La Segunda SEÑORA BENNET

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

CATHERINE BILSON

La Segunda Señora Bennet

Una variación de Orgullo y Prejuicio

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Copyright en inglés 2024

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo Diecinueve
20. Capítulo Veinte
21. Capítulo Veintiuno
22. Capítulo Veintidós
23. Epílogo
24. Un Luto en Longbourn - Capítulo de muestra

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Capítulo Uno

MIENTRAS UN AMANECER TRANQUILO extendía tonos dorados por el cielo, la casa de Longbourn despertaba a una mañana muy distinta del caos que alguna vez había sido su costumbre diaria. El canto de los pájaros servía como un suave toque de diana, reemplazando las estridentes exhortaciones de la señora Bennet que tan a menudo habían perturbado la paz. En efecto, un notable sentido de armonía reinaba ahora en Longbourn, y se debía en gran parte a la presencia tranquila y capaz de su nueva señora, la segunda señora Bennet; la que fuera Charlotte Lucas.

—Buenos días, señora Hill —saludó Charlotte a la ama de llaves mientras bajaba las escaleras, sus palabras acompañadas de una sonrisa alentadora—. ¿Confío en que todo está bien?

—En efecto, señora —respondió la señora Hill, sus ojos reflejando su gratitud por el orden que ahora caracterizaba al hogar—. El personal ya ha comenzado sus tareas, y las chicas se están preparando para el desayuno.

—Gracias, señora Hill —dijo Charlotte, complacida con el informe. Se movió con gracia por los pasillos de Longbourn, observando el funcionamiento fluido de la casa con una satisfacción silenciosa. Se habían ido los días de incertidumbre y desorden, reemplazados ahora por un sentido de propósito y dirección que solo podía atribuirse a la mano firme de Charlotte.

Al entrar en el comedor, Charlotte se encontró inmersa en las reconfortantes vistas y sonidos de una comida familiar. Elizabeth y Jane compartían un intercambio alegre, mientras Kitty y Lydia se enfrascaban en una animada charla sobre sus recientes cartas de amigos. La ausencia de Mary,

quien actualmente estaba bajo la tutela de los Gardiner en Londres, dejaba un notable vacío en la mesa, pero el ambiente general seguía siendo agradable y amistoso.

Mientras contemplaba la escena ante ella, Charlotte sintió un profundo sentido de propósito y realización. El delicado equilibrio entre el deber y el deseo había sido durante mucho tiempo objeto de su contemplación, desde que había aceptado casarse con el señor Bennet tras el fallecimiento de su primera esposa en el parto. Asumiendo el papel de madrastra de sus cinco hijas, Charlotte sabía que su decisión había nacido de un amor genuino por su nueva familia, así como de un agudo sentido de responsabilidad hacia el bienestar de Longbourn. Y en este momento silencioso de reflexión, Charlotte no podía evitar sentir que, en efecto, estaba cumpliendo su destino.

—Buenos días, madrastra —exclamó Elizabeth, levantando la mirada con una cálida sonrisa—. ¡Has entrado tan silenciosamente que no te oí! Ven, toma un poco de tostada antes de que Lydia se la coma toda.

Lydia graznó indignada, tomando una fresa de su plato y lanzándola a su hermana. Elizabeth la atrapó hábilmente, pero fue Charlotte quien intervino de inmediato.

—Lydia Bennet, no lanzamos comida en esta casa, ni graznamos como una gallina. ¿Has terminado tu desayuno? Entonces sube arriba y termina de hacer tu equipaje. Tu padre desea partir en una hora para escoltarte a ti y a Kitty de vuelta a la escuela después de vuestras vacaciones.

Lydia suspiró, pero obedientemente murmuró una disculpa a Elizabeth por lanzar la fresa —que fue inmediatamente seguida por una disculpa de Elizabeth por burlarse de ella— y salió de la habitación, seguida por Kitty.

—Las quiero muchísimo, pero no se puede negar que Longbourn estará bastante más tranquilo una vez que se hayan ido de vuelta a la escuela —murmuró Jane, llevándose la taza de té a los labios para dar un sorbo.

—Qué agradable será estar solo nosotras, las damas adultas, aquí —coincidió Elizabeth, con una cálida sonrisa dirigida a Charlotte.

Charlotte no dijo nada, ya que nunca le gustaba hablar mal de ninguna de sus hijastras, pero en privado estaba de acuerdo con Elizabeth. También amaba a Kitty y a Lydia, pero el par podía ser tonto a veces, especialmente cuando se juntaban con Maria, la hermana menor de Charlotte. Ciertamente, Charlotte pensaba que era lo mejor que Kitty y Lydia estuvieran seguras en la escuela si el rumor que Charlotte había escuchado justo el día anterior se hacía realidad: que un regimiento de la milicia podría acuartelarse durante el invierno en Meryton. Mantener a las jóvenes tontas alejadas de los casacas rojas no era particularmente como Charlotte quisiera pasar los próximos meses.

Era un poco más tarde de la hora señalada cuando el carruaje de los Bennet partió, con Kitty y Lydia colgadas de las ventanas agitando sus pañuelos hasta que Longbourn se perdió de vista, mientras su padre suspiraba y ponía los ojos en blanco con impaciencia ante su tontería. Pasaría una noche o dos en Oxford visitando a viejos amigos antes de regresar, sabiendo que Longbourn estaba seguro en las capaces manos de Charlotte hasta entonces.

Elizabeth se cogió del brazo de Charlotte mientras se volvían de despedirse para entrar de nuevo en la casa. —Estoy planeando una larga caminata esta mañana, madrastra. ¿Me acompañarás?

—Gracias por la oferta, querida Lizzy, pero sin duda Kitty y Lydia habrán dejado un desastre terrible en su habitación para ordenar, y no dejaré todo a la pobre Hill. —Charlotte le besó la mejilla—. Si resulta que pasas por Lucas Lodge de camino a casa, ¿podrías dejar este recibo para mamá?

Elizabeth tomó el papel doblado con una risa. —¡Por supuesto! ¿Hay algún otro recado en el que pueda hacerme útil?

—No hoy. ¡Disfruta tu paseo, querida! —Charlotte observó cómo Elizabeth se alejaba a paso decidido, sin prestar atención al viento creciente que agitaba sus oscuros rizos.

Jane estaba en el cuarto de destilación, vio Charlotte al pasar. A la hija mayor de los Bennet le gustaban las flores y las hierbas, y le gustaba hacer jabones y agua de lavanda, así como algunos remedios herbales simples. Charlotte alentaba a Jane en este pasatiempo; era una habilidad útil para la señora de una casa y, desafortunadamente, las flores tendían a hacer estornudar a Charlotte si pasaba demasiado tiempo en estrecha proximidad a ellas.

Lydia y Kitty habían dejado, en efecto, un desastre desastroso, con ropa descartada, cintas y chucherías esparcidas por toda la habitación. Con un suspiro cariñoso y una sacudida de cabeza, Charlotte se dispuso a poner orden en la habitación, tal como había pasado los últimos diez años poniendo orden en Longbourn en su conjunto.

La triste partida de la primera señora Bennet, incluso cuando intentó desesperadamente darle a su marido un hijo tan deseado, había sumido al hogar en un completo desorden. Jane, con doce años, y Elizabeth con diez, habían intentado con valentía mantener unida a la familia, pero era evidente para todos sus conocidos que el señor Bennet necesitaba una esposa que fuera madre para sus hijas, y pronto. Lady Lucas y la señora Phillips estaban completamente de acuerdo en el asunto, y cuando Lady Lucas puso sus ojos en su hija Charlotte, de solo dieciocho años pero tan sensata, y tan sencilla que era muy posible que nunca atrajera a un pretendiente, pareció ciertamente una unión ventajosa que promover.

Charlotte, por su parte, había estado bastante contenta de ser presentada ante Thomas Bennet como una posible esposa. Sí, él le llevaba casi veinte años, pero era un caballero inteligente y amable —a pesar de sus ocasionales comentarios mordaces— y ser la señora de una casa como

Longbourn era mucho más de lo que ella jamás se hubiera atrevido a soñar para sí misma. No era romántica, pero Thomas era paciente y gentil con ella, y durante los últimos años había llegado a amarlo profundamente.

Su único pesar era que tampoco había logrado darle un hijo —ni siquiera había concebido— pero no permitiría que esa carencia empañara su alegría en su hogar y su familia. Completando su tarea autoimpuesta, miró a su alrededor la habitación ahora ordenada con una sonrisa satisfecha.



A su regreso de Oxford dos días después, el señor Bennet bajó de su carruaje y entró en un Longbourn inmaculado, felizmente tranquilo, con su esposa y sus dos hijas mayores ocupadas silenciosamente en el salón. Elizabeth, como de costumbre, tenía un libro en la mano, y Charlotte y Jane trabajaban diligentemente con sus agujas.

—Qué escena tan encantadora para volver a casa —declaró Thomas Bennet, y las tres damas levantaron la vista con sonrisas de bienvenida.

Charlotte realmente ha traído orden a esta propiedad, reflexionó el señor Bennet, sus pensamientos volviendo al fallecimiento de su esposa y el caos que alguna vez reinó en Longbourn. El recuerdo de la voz chillona y las preocupaciones incesantes de la señora Bennet parecía un eco distante, reemplazado por el comportamiento tranquilo y organizado de su nueva esposa. Casarse por la belleza estaba muy bien —al menos Fanny le había dado hijas de notable hermosura— pero casarse con una mujer de buen juicio había sido una decisión mucho mejor.

Charlotte se levantó y fue a su lado, entrelazando su brazo con el de él y poniéndose de puntillas para besarle la mejilla. —Bienvenido a casa, esposo —dijo cálidamente—. Llegas a tiempo para la cena.

—Y huele excelente —dijo Thomas, olfateando con aprecio. Cordero asado, a menos que su nariz le engañara mucho, y sin duda habría salsa de menta y patatas asadas para acompañarlo. Como señora de su casa, Charlotte no tenía igual en poner una mesa excelente, aunque cómo lograba hacerlo con menos de la mitad del dinero que Fanny siempre gastaba cada mes, no podía comprenderlo. Los hábitos frugales de su esposa beneficiaban mucho a Longbourn; incluso había podido ahorrar un poco más para las dotes de sus hijas en los últimos años, y aunque nunca se les consideraría bien dotadas, creía que podría conseguir mil libras para cada una de ellas cuando llegara el momento.

—Llegaron algunas cartas para usted en el correo esta mañana, papá —comentó Jane, dejando a un lado su labor de aguja—. Las coloqué en su escritorio.

—Gracias, querida. Bien, será mejor que vaya a lavarme este polvo del viaje. No quisiera retrasar nuestra cena. ¡No cuando huele tan bien!

Después de la cena, Thomas se sentía tan cómodo y a gusto con su esposa e hijas mayores que no se retiró a su estudio, sino que recogió sus cartas y se sentó con ellas en el salón, disfrutando de escuchar el suave fluir de la conversación femenina sensata. Reconociendo la caligrafía en una carta, suspiró y la dejó para el final, finalmente rompiendo el sello cuando ya no tenía más excusa para retrasarse.

—Hmm —murmuró, leyendo la caligrafía ornamentada con cierta dificultad—. Sigue siendo un idiota, entonces.

—¿De quién habla, papá? —preguntó Elizabeth, con una risa en su voz.

—De nuestro primo, querida. —Thomas miró a Charlotte. Había sido idea suya, hace unos años, que Thomas se acercara a su primo y heredero e intentara reparar la brecha entre ellos. Como en muchos otros asuntos, ella había tenido toda la razón. El temor de que su esposa e hijas fueran expulsadas de Longbourn se había aliviado considerablemente una vez que Thomas comenzó la correspondencia con William Collins. El hombre era tonto, pero no malicioso, y no mantendría el viejo rencor de su padre contra Thomas y sus hijas.

—Collins finalmente ha tomado las órdenes y tiene la suerte de ser el receptor de un beneficio eclesiástico ya. En Kent, aparentemente, un lugar llamado Hunsford. —Thomas volvió a leer la carta—. Canta las alabanzas de la dama que le otorgó el beneficio, una tal Lady Catherine de Bourgh.

—No puedo pensar mucho de ella —murmuró Charlotte, manejando su aguja—. Pues, ¿qué mujer sensata otorgaría a un hombre de las habilidades del señor Collins un valioso beneficio?

Todos rieron, aunque la bondadosa Jane negó con la cabeza. Ni ella ni Elizabeth habían conocido realmente al señor Collins; ambas habían pasado el invierno en Londres con sus parientes Gardiner dos años antes, cuando el señor Collins había hecho su única visita a Longbourn. Sin embargo, habían oído lo suficiente sobre su tontería y sus modales obsequiosos como para creer que la falta de su conocimiento no era una pérdida particular.



La mañana siguiente trajo visitas a Longbourn, visitas regulares. La madre de Charlotte, Lady Lucas, había hecho costumbre pasar al menos dos veces por semana, generalmente acompañada por su hija menor, Maria. Con los años, las visitas habían cambiado de Lady Lucas husmeando y ofreciendo sus consejos, a las damas sentándose en el salón, bebiendo té y disfrutando de un poco de chismorreo suave, mientras las chicas más jóvenes reían arriba.

Con Kitty y Lydia ausentes, Maria se vio obligada a sentarse en el salón con las demás. Suspiró y pareció aburrida, sentándose junto a la ventana para mirar afuera. Jane se apiadó de ella y fue a sentarse a su lado, hablándole en voz baja mientras las damas mayores chismorreaban.

Hoy, Lady Lucas tenía un chisme particularmente interesante que compartir. —¡No se imaginan lo que escuché ayer! —exclamó una vez que se acomodó en una silla cómoda con una taza de té en la mano y un plato de delicados pasteles a su lado—. ¡La señora Phillips lo oyó primero del tendero, y luego el carnicero confirmó que también había recibido un pedido!

—¿Una orden para qué, Lady Lucas? —preguntó Elizabeth con curiosidad.

—¡Pues para Netherfield Park! ¡Por fin se ha alquilado de nuevo!

—Vaya —dijo Charlotte con suavidad, removiendo delicadamente su té antes de dejar la cuchara —. ¿Otro grupo de caballeros que viene a usarlo como pabellón de caza? ¿Cuánto ha pasado, cuatro años? Pero como la última vez no vimos ni rastro de ellos en sociedad, no creo que esta vez sea diferente.

—Esta vez será diferente —dijo Lady Lucas con aire de suficiencia, visiblemente complacida de compartir nueva información—. La casa ha sido alquilada por un caballero, de apellido Bingley, y su hermana viene con él para llevar la casa, y traen consigo un gran grupo de invitados, según me han dicho. ¡Ciertamente han enviado suficiente equipaje! ¡Cinco carros pasaron por Lucas Lodge esta mañana en el camino a Netherfield!

—Un caballero y su hermana —meditó Charlotte, con el interés obviamente despertado—. ¿No una esposa? Me pregunto qué edad tendrá.

—Esperemos que tenga una edad de interés. Bastante adinerado, supongo. Debe serlo, para alquilar Netherfield. —Lady Lucas ofreció una sonrisa cómplice—. Podría ser algo bueno para una de tus chicas, Charlotte.

—¿Cómo así? —preguntó Elizabeth con una risa.

—Para casarse con una de vosotras, por supuesto. —Charlotte bebió su té plácidamente.

—¡Madrastra! —Elizabeth la miró, claramente sorprendida.

—Elizabeth. Querida. Esta es nuestra casa, y todos la amamos profundamente, pero incluso tú debes admitir que hay una trágica escasez de jóvenes elegibles en este vecindario. Tu padre y yo solo nos convencimos de dejaros a ti y a Jane quedaros con vuestros parientes Gardiner en Londres con la esperanza de ampliar vuestro círculo social y quizás encontrar algunos pretendientes elegibles. —Charlotte negó con la cabeza—. Y a pesar de que ambas sois admiradas dondequiera que vais, y de que aquel joven le escribiera a Jane una poesía muy bonita, ni un solo pretendiente ha estado a la altura.

Elizabeth abrió la boca, pareciendo a punto de negar las palabras de Charlotte, pero luego dudó, mirando hacia donde Jane estaba sentada junto a Maria en la ventana.

—Jane tiene veintidós años —dijo Charlotte con suavidad—. Más que edad suficiente para casarse y tener su propia familia. Aunque ni tu padre ni yo os presionaríamos jamás a aceptar a un caballero que no consideráramos digno de vosotras, ni a uno con el que no quisierais casaros de todo corazón, nos gustaría ver al menos a algunas de vosotras bien establecidas, ahora que estáis en edad.

—¡Y la señora de Netherfield ciertamente estaría bien establecida! —trinó Lady Lucas, alcanzando el plato de pasteles—. Haré que Sir William haga una visita tan pronto como oiga que los nuevos inquilinos han llegado, y tú debes animar al señor Bennet a que haga lo mismo, querida. Porque como todo el mundo sabe, un caballero en posesión de una buena fortuna debe estar necesitado de esposa, ¿y quién mejor que una de tus chicas?



Capítulo Dos

UNOS DÍAS DESPUÉS, EL señor Bennet estaba sentado en su estudio, con un libro a medio leer en su regazo, cuando Charlotte entró. Sus ojos perspicaces captaron su postura relajada y la taza de té vacía en la mesa auxiliar.

—Disfrutando de tu soledad como siempre, por lo que veo —dijo, con una risa que le daba un tono melodioso a su voz mientras se unía a él junto a la chimenea.

Los ojos del señor Bennet se arrugaron con diversión. —Me conoces demasiado bien, querida.

La expresión de Charlotte se volvió pensativa. —¿Has tenido ocasión de visitar a nuestros nuevos vecinos en Netherfield Park?

—¿Visitarlos? —Una luz juguetona entró en los ojos del señor Bennet—. ¿Por qué habría de hacer eso?

—¡Vamos, Thomas! —Le dio un golpecito en la rodilla en señal de reproche—. Debes saber que estoy pensando en Jane y Lizzy. Si el señor Bingley es realmente tan joven y apuesto —y rico— como mamá me ha dicho, sería un buen partido para una de ellas.

—Ah, pero podría preferirte a ti, si llegara a conocerte, pues eres tan hermosa como cualquiera de mis hijas.

La expresión de Charlotte se suavizó. Sabía que eso no era cierto en absoluto —ni siquiera se comparaba con Mary, la más sencilla de las hermanas— pero amaba a su esposo por decirlo, de todos modos.

—De hecho, hice una visita a Netherfield esta misma mañana —comentó el señor Bennet, marcando su lugar en el libro con una cinta.

Charlotte se inclinó hacia adelante con entusiasmo. —¿Y qué te pareció el grupo? ¿Algún caballero de mérito?

—Tuve el placer de conocer al señor Bingley hoy. Parece un buen joven: amable, educado y claramente capaz de mantener a una esposa con comodidad.

Charlotte asintió con aprobación. —Grandes elogios viniendo de ti. ¿Crees que podría convenir a una de las chicas?

El señor Bennet se acarició la barbilla. —Quizás. Aunque me pareció demasiado complaciente. Nuestra Lizzy se impondría a un hombre así, me atrevo a decir, pero la dulce Jane podría ser justo lo que necesita.

—Debemos esperar hasta que lo conozcamos en la asamblea para estar seguros —concluyó Charlotte sensatamente—. Pero me alegra oír que apruebas al caballero hasta ahora.

El señor Bennet se rió entre dientes. —Mi querida Charlotte, has perdido tu vocación. Habrías sido una excelente casamentera.

Charlotte sonrió con picardía. —Solo quiero lo mejor para nuestra familia.

—Lo sé.

—¿Y qué hay del grupo del señor Bingley? —insistió Charlotte—. ¿Sus hermanas? ¿Algún otro caballero del que debamos tomar nota?

El señor Bennet hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Me temo que no tuve ese placer. Bingley estaba solo cuando lo visité.

El rostro de Charlotte decayó ligeramente. Había esperado reunir toda la información posible sobre el grupo de Netherfield antes de su presentación en la asamblea. Sus fortunas y caracteres seguían siendo un misterio.

—Bueno —reflexionó—, supongo que tendremos que reservar nuestro juicio hasta que los

conozcamos en persona.

—Muy cierto, querida —coincidió el señor Bennet—. Y me atrevo a decir que ellos también reservarán sus juicios sobre nosotros.

Charlotte asintió. —Entonces debemos comportarnos de la mejor manera posible. Me aseguraré de que las chicas entiendan lo importante que es causar una buena impresión.

El señor Bennet se rió entre dientes. —Qué bueno que enviamos a Kitty y Lydia a la escuela, ¿eh? De lo contrario, sin duda estarían haciendo un espectáculo de sí mismas.

Charlotte suspiró. El señor Bennet tenía razón en eso, lamentablemente. Pero estaba decidida a hacer todo lo posible para asegurar futuros prósperos para tantas de las hijas Bennet como fuera posible. El baile de la asamblea sería un buen comienzo, y conseguir que al menos una de las chicas se casara ventajosamente podría asegurar el futuro de todas las demás. Aún había tiempo para que Kitty y Lydia crecieran y aprendieran algo de sensatez.

—Jane y Lizzy serán admiradas por todos —dijo con resolución—. Ahora, debo ir a hablar con Hill sobre los vestidos de las chicas.



Las Salas de Asamblea en Meryton bullían de anticipación cuando las hermanas Bennet entraron la noche de la asamblea. Charlotte se había asegurado de que sus vestidos estuvieran recién planchados, sus zapatillas pulidas y sus cabellos peinados según las últimas modas. Jane y Elizabeth eran sin duda las jóvenes más hermosas de la sala, y ciertamente no les faltaban parejas, aunque ninguno de los jóvenes que las invitaban a bailar era lo que Charlotte consideraría elegible.

Cuando llegó el grupo de Netherfield, Charlotte notó la inmediata atracción del señor Bingley hacia Jane. Sus ojos se iluminaron cuando fueron presentados y rápidamente aseguró su mano para los dos primeros bailes. Las mejillas de Jane estaban encantadoramente sonrojadas mientras se movía con gracia a través de los pasos con el señor Bingley, los dos intercambiando miradas de admiración cuando se encontraban.

El amigo del señor Bingley, el señor Darcy, se mantenía distante, su semblante severo mientras su mirada recorría desdeñosamente la sala. Las hermanas del señor Bingley, la señorita Bingley y la señora Hurst, parecían igualmente descontentas con la compañía, aunque más hábiles socialmente, entablando conversaciones y bailando con gran destreza técnica, si bien con poco

entusiasmo.

Charlotte mantuvo un ojo vigilante sobre Jane y el señor Bingley mientras bailaban por segunda vez, notando cómo él se inclinaba atentamente cada vez que Jane hablaba. Era evidente que estaba completamente cautivado por la belleza y el dulce carácter de Jane.

Cuando terminó el baile, Charlotte guió suavemente a Jane a un rincón tranquilo de la sala, entregándole un vaso de limonada.

—Parece bastante prendado de ti —dijo Charlotte en voz baja.

Jane se sonrojó. —Oh, solo está siendo amable, estoy segura.

—Querida, apenas te ha quitado los ojos de encima toda la noche —insistió Charlotte.

Jane se mordió el labio, una tímida sonrisa extendiéndose por su rostro. —Es muy amable. Y bastante apuesto.

—En efecto —dijo Charlotte—. Pero ten cuidado, aún sabemos poco de él. No entregues tu corazón demasiado firmemente hasta que estemos seguras de su carácter.

Jane asintió seriamente. —Por supuesto. Es demasiado pronto para saber cuáles son sus intenciones.

Charlotte le apretó la mano. —Disfrútalo, pero con cautela, querida. Ahora, no debes bailar con él de nuevo esta noche, para no tentar a los chismes, pero si desea dar un paseo contigo por la sala, e incluso acompañarte a la cena, eso sería bastante aceptable.

—Sí, madrastra —dijo Jane con un asentimiento obediente. Sus ojos brillaban mientras giraba la cabeza, y Charlotte observó de inmediato que el señor Bingley, aunque aparentemente enfrascado en una conversación con su amigo el señor Darcy, nunca había apartado la mirada de Jane.

Elizabeth estaba cerca de Bingley y su amigo, hablando con la madre de Charlotte, y Charlotte se preguntó qué había sucedido cuando vio a Elizabeth ponerse rígida y volverse primero pálida, luego sonrojarse. Elizabeth entonces se llevó la mano a los labios y comenzó a reír, y Lady Lucas miró a su alrededor consternada.

Charlotte se acercó rápidamente, tomando a Elizabeth del codo. —¿Qué ha pasado? —preguntó en voz baja, pero Elizabeth se reía demasiado para responderle. Fue Lady Lucas quien habló.

—Bueno, apenas sé cómo decírtelo, Charlotte. El alto amigo del señor Bingley, el señor Darcy, parece creerse muy por encima de la compañía. El querido señor Bingley estaba tratando de animar a su amigo a bailar, señalando lo encantadoras que son las damas de Meryton, y lo alentó a pedirle a nuestra Lizzy que bailara.

Los hombros de Elizabeth temblaban. Charlotte le lanzó una mirada preocupada antes de volver a mirar a su madre. —¿Y?

—Él dijo... él dijo... ¡oh, no puedo decirlo, Charlotte, fue bastante terrible! —Lady Lucas se abanicó.

Elizabeth se controló y habló, bajando la voz en un intento de imitar el tono altivo del señor Darcy. —Dijo que yo era *pasable, supongo, pero no lo suficientemente hermosa como para tentarme*. —Su voz se quebró en las últimas palabras y comenzó a reír de nuevo, cubriéndose la boca con su mano enguantada.

Charlotte se quedó boquiabierta por un momento antes de recomponerse. —Él... bueno, Dios mío. —Enojada en nombre de Elizabeth, miró hacia el caballero, solo para encontrarlo observándolas. —Bueno, quizás está decidido a creerse por encima de la compañía. Aun así. —Tomó un respiro profundo. —No dejes que los comentarios maleducados del señor Darcy te hieran, Lizzy. Las primeras impresiones a menudo son engañosas. Puede haber más en él de lo que su orgulloso exterior sugiere.

Elizabeth negó con la cabeza. —Lo dudo mucho, madrastra. El hombre es insufrible. —Parecía más divertida que herida, lo cual fue un alivio para la mente de Charlotte.

Charlotte le dio unas palmaditas en la mano a Elizabeth. —Solo prométeme que no juzgarás apresuradamente. Mantén una mente abierta y observa más su carácter antes de decidir. *Él* puede habernos juzgado rápidamente, pero no seamos tan apresurados.

Elizabeth suspiró. —Está bien, por ti lo intentaré. Pero confieso que será difícil.



La joven lo había escuchado. No podía haber otra explicación para su risa y las miradas que le estaba dando mientras conversaba con las otras dos damas. Darcy se sentía como un completo tonto, especialmente porque no había querido decir ni una palabra de eso. La joven Bennet era bastante hermosa, quizás no tan impactante como su hermana mayor, pero la forma en que sus ojos brillaban mientras ocultaba gentilmente su risa detrás de su mano enguantada era realmente

encantadora. Apenas podía apartar la mirada y ya se estaba castigando a sí mismo por tonto. Todo lo que quería era que Bingley dejara de acosarlo para que bailara, pero ahora estaba reconsiderando su postura, mirando fijamente a la hermosa joven que claramente lo consideraba un patán grosero.

En ese momento, Caroline Bingley se acercó al señor Darcy. —¡Vaya! Pensé que estaba siendo demasiado pesimista sobre esta asamblea, señor Darcy, pero después de una hora aquí estoy completamente de acuerdo. Qué asunto tan espantoso y provinciano. —Hizo una mueca mientras miraba a su alrededor, posando su mirada en Elizabeth Bennet. —¡Y estas chicas Bennet que son aclamadas como las bellezas del condado! La mayor es bastante bonita, supongo, con ese cabello dorado, pero ¿Eliza Bennet? Nada fuera de lo común. Y sus modales son decididamente pueblerinos.

Caroline examinó críticamente el sencillo vestido de Elizabeth. —¡Y su vestido! Claramente no tiene gusto ni está a la moda. —Tocando las joyas incrustadas de oro en su garganta, Caroline negó con la cabeza en un gesto de lástima, aunque Darcy estaba bastante seguro de que no sentía tal emoción. —¿Esa cruz alrededor de su cuello es de *plata*? ¿En una *cinta*? Qué baratija tan barata, aunque me atrevo a decir que no tiene nada mejor.

Darcy no respondió. Empezaba a sentirse bastante avergonzado de sí mismo y estaba debatiendo pedirle a Bingley que lo presentara a la señorita Elizabeth Bennet después de todo. En ese momento, sin embargo, la música cesó y sonó la campana de la cena, y Caroline Bingley se aferró a su brazo.

—Venga, señor Darcy, vamos a ver qué vituallas se consideran adecuadas para servir en una asamblea como esta. —El desprecio en su voz lo hizo estremecerse.

—No dudo que podremos encontrar algo de nuestro agrado —murmuró.

—¡Oh, es usted demasiado generoso, señor Darcy! ¡Simplemente me alegro de haber pensado en instruir a los sirvientes para que tengan té y pastel listos para nosotros a nuestro regreso a Netherfield!



—Bueno, parece que Jane ha causado una buena impresión en el señor Bingley —dijo el señor Bennet con picardía a Charlotte, mientras la ayudaba a subir al carruaje para su regreso a Longbourn.

Charlotte sonrió. —Así parece. Pero no saquemos conclusiones precipitadas. Aún hay mucho que aprender sobre la situación y el carácter del señor Bingley antes de determinar si sería un esposo adecuado para Jane.

El señor Bennet rió entre dientes. —Muy cierto, querida. No debemos adelantarnos. —Subió y se sentó junto a Charlotte.

Elizabeth se quedó atrás, contemplando el cielo estrellado. Había sido una noche llena de nuevos conocidos y primeras impresiones contradictorias. Sin embargo, tenía un sentimiento esperanzador de que les esperaban cosas buenas a todos. Enlazando su brazo con el de Jane, se unió a su familia en el carruaje, su cansancio superado por pensamientos agradables sobre las nuevas amistades que florecían en su pequeño pueblo.



Capítulo Tres

EL SOL ESTABA BAJO en el cielo, proyectando largas sombras sobre las calles empedradas de Meryton cuando la milicia llegó con gran fanfarria. Elizabeth se encontraba junto a la ventana en el apartamento de la señora Phillips, observando la bulliciosa escena, sus pensamientos una mezcla de curiosidad y cautela. Los oficiales de casacas rojas cabalgaban a caballo, acompañados por el constante redoble de tambores de los soldados marchando. Un animado parloteo llenaba el aire, con los habitantes del pueblo reuniéndose para dar la bienvenida a los recién llegados.

—Mi padre está organizando una fiesta para los oficiales mañana por la noche —dijo Charlotte, uniéndose a Elizabeth en la ventana—. Debemos asistir, por supuesto, para darles la bienvenida a Meryton.

—En efecto —respondió Elizabeth, observando cómo Sir William Lucas agitaba su sombrero con entusiasmo—. Parece que nuestro tranquilo pueblo se ha transformado en todo un espectáculo.

—¡Seguramente debes estar emocionada, Lizzy! —exclamó Maria Lucas, con los ojos abiertos de par en par por la emoción—. ¡Tantos hombres jóvenes y apuestos en uniforme!

Elizabeth arqueó una ceja hacia la joven, preguntándose si mantendría el mismo ardor cuando se enfrentara a la realidad de los jóvenes que buscaban entretenimiento en lugar de compromiso. Volvió su mirada a la multitud de abajo, sintiendo una inexplicable inquietud apoderarse de ella.

—Recordemos que su presencia aquí es principalmente para nuestra seguridad, no para nuestro entretenimiento —le recordó Charlotte a su hermana, intentando aplacar el entusiasmo de Maria.

—En efecto —murmuró Elizabeth, agradecida por la sensatez de su madrastra.

Lucas Lodge era una animada escena de música, risas y baile. Los oficiales parecían deleitarse con la atención que recibían de los habitantes del pueblo, su energía bulliciosa llenando la sala. Sus brillantes uniformes rojos añadían un toque de vivacidad a la escena, pero su presencia hizo poco para impresionar a las tres damas Bennet.

—Aunque su compañía es animada —comentó Charlotte—, es prudente recordar que es muy poco probable que un oficial de la milicia tenga los ingresos necesarios para mantener a una esposa. Debemos ser cautelosas para no dejar que nuestros corazones se dejen llevar por las meras apariencias.

—En efecto, madrastra —respondió Jane con una gentil sonrisa—. Siempre debemos tener en cuenta la verdadera medida de una persona, más allá del mero encanto superficial.

Elizabeth asintió en acuerdo, su mirada vagando por la sala hasta donde el señor Darcy se mantenía distante, observando el jolgorio. *Su* apariencia ciertamente ocultaba su carácter, pensó con una pequeña sonrisa. ¡Un rostro apuesto escondiendo un espíritu mezquino!

Cuando la música comenzó, el señor Bingley se acercó a Jane, con una radiante sonrisa en su rostro.

—Señorita Bennet —dijo, extendiendo su mano—, ¿me concedería el honor de este baile?

—Por supuesto, señor Bingley —respondió Jane, aceptando su mano con un delicado rubor subiendo a sus mejillas. Mientras procedían a unirse a las otras parejas, Elizabeth no pudo evitar observar la forma en que la mirada del señor Bingley se demoraba en Jane, su encantamiento con ella evidente en cada mirada y toque. Estaba claro que estaba más enamorado de ella que nunca.

—Míralos, Lizzy —susurró Charlotte, inclinándose más cerca de su hijastra—. El señor Bingley parece completamente cautivado por Jane.

Elizabeth sonrió, su corazón hinchándose de felicidad por su hermana.

—Jane merece todo el amor y la alegría que el señor Bingley pueda ofrecerle.

—En efecto —concordó Charlotte—, pero no debemos olvidar tus propias perspectivas tampoco, querida. Como hemos discutido, los oficiales de la milicia pueden no ser adecuados, pero hay otros caballeros presentes que podrían ser parejas dignas. —Miró significativamente hacia el

señor Darcy, que estaba al otro lado de la sala, con la mirada fija en Elizabeth—. No te ha quitado los ojos de encima desde que llegó, creo.

—Oh, madrastra, no —Elizabeth dejó escapar una pequeña risa—. No soy lo suficientemente hermosa para tentarlo, ¿recuerdas?

—¿No recuerdas esa conversación que tuvimos sobre las primeras impresiones, y cómo uno no debería confiar en ellas, ni ser demasiado rápido para juzgar? A menos que me equivoque, el señor Darcy ha reconsiderado su primera impresión de ti. —Charlotte le dio un ligero codazo y se rio—. No seas demasiado apresurada, querida. Diez mil al año y una gran finca en Derbyshire merecen al menos el beneficio de tu consideración.

—Estoy más inclinada a medir a un hombre por su carácter que por el tamaño de su fortuna —dijo Elizabeth, esforzándose por igualar el tono ligero de Charlotte.

—Y nunca te diría que no lo hicieras, pero solo te aconsejo que te tomes el tiempo para conocerlo adecuadamente. Algo que nunca harás si no llegas a conocerlo.

Demasiado tarde, Elizabeth observó a Sir William Lucas acercándose, con el señor Darcy a su lado. Charlotte estaba dando la bienvenida a su acercamiento con una sonrisa y un asentimiento.

—Querida Elizabeth —retumbó Sir William jovialmente—. No puedo evitar notar que aún no has bailado con nuestro querido señor Darcy. Él ha expresado su deseo de bailar, y pensé en presentarte como la pareja más adecuada. ¿Qué dices?

Elizabeth sonrió, mientras su mente trabajaba frenéticamente, tratando de pensar en una forma de declinar cortésmente.

—Vaya, Sir William, digo que no estoy acostumbrada a que me pidan bailar por intermediarios —dijo ligeramente.

Sir William soltó una carcajada, Charlotte suspiró, y la postura ya rígida del señor Darcy pareció volverse aún más tensa.

—Señorita Elizabeth, ¿me concedería el placer de este baile? —espetó Darcy.

Sin escapatoria, Elizabeth hizo una reverencia.

—Gracias —murmuró distantemente, solo esperando que el baile fuera corto. O incluso que el señor Darcy resultara ser un conversador interesante, pero no fue así; apenas habló hasta que ella lo provocó, y luego pareció más interesado en provocarla a ella en respuesta que en cualquier otra cosa.

Cuando el aparentemente interminable baile finalmente terminó, ella le hizo una reverencia y rápidamente se retiró al lado de Charlotte, sintiéndose agitada y desequilibrada.

—Madrastra —susurró urgentemente, con el corazón aún acelerado por el encuentro—, no puedo creer que me haya visto obligada a bailar con el señor Darcy.

—En efecto, Lizzy —respondió Charlotte, con la voz teñida de diversión—. Pero no dejes que un mal comienzo te prejuicie contra un hombre extremadamente rico e influyente. Sé pragmática.

—Quizás —admitió Elizabeth, frunciendo los labios pensativamente—. Pero no puedo evitar sentir que tu pragmatismo nubla tu juicio cuando se trata de asuntos del corazón.

—El pragmatismo me ha hecho una mujer muy feliz, Lizzy —comentó Charlotte suavemente, y Elizabeth se vio obligada a conceder el punto.

Elizabeth tenía diez años cuando su madre falleció intentando traer un hijo al mundo, y recordaba bien el temperamento histérico y las maneras tontas de Fanny Bennet. La calma y la sensatez de Charlotte habían sido como un soplo de aire fresco para Longbourn, y no había pasado mucho tiempo antes de que Elizabeth se diera cuenta de que Charlotte hacía a su padre mucho más feliz de lo que su primera esposa lo había hecho alguna vez, aunque su primer matrimonio había sido ostensiblemente por amor y el segundo por practicidad.

Quizás Jane, al menos, pueda tener ambas cosas, pensó Elizabeth mientras observaba a su hermana bailar con el señor Bingley, el rostro angelical de Jane resplandeciente de felicidad mientras sonreía a su pareja. *¡Pero que ambas nos enamoremos de hombres adinerados parece tan inverosímil! Tendré que conformarme con ser tía de todos los hijos de Jane y enseñarles a tocar el piano muy mal.*

Elizabeth se rió para sí misma ante ese pensamiento, sin darse cuenta de cómo su alegría realzaba su belleza y el brillo de sus ojos oscuros.

El señor Darcy lo notó.

Y Charlotte se dio cuenta de que él lo notaba, y se volteó, con una sonrisa de suficiencia en los labios que no dejaría que Elizabeth viera, para que su hijastra no quisiera saber qué le resultaba tan divertido.

Unos días después, Elizabeth se encontró sentada en la sala, con su labor de costura olvidada en su regazo mientras escuchaba a su padre leer en voz alta una carta que acababa de recibir. El señor Bennet miró a su esposa e hijas con una expresión que era una curiosa mezcla de diversión y exasperación.

—Ah, mi querido señor Bennet —comenzó, adoptando el tono pomposo de su primo, el señor Collins—. Le escribo para informarle de mi intención de visitar Longbourn en las próximas semanas. Mi estimada patrona, Lady Catherine de Bourgh, me ha hecho ver la necesidad de que un clérigo respetable tenga una compañera en la vida. Es mi ferviente esperanza poder conocer a sus estimables hijas y, quizás, incluso encontrar entre ellas una esposa adecuada.

—¿El señor Collins? —preguntó Elizabeth, arqueando las cejas con sorpresa—. ¿Por qué querría casarse con una de nosotras?

—Lady Catherine se lo ha dicho —respondió el señor Bennet con sequedad—. Parece pensar que el señor Collins debería compensar las circunstancias del mayorazgo casándose con una de ustedes.

—Qué ridículo —declaró Elizabeth, con los ojos brillantes de irritación—. Y declarar su intención de venir entre nosotras y seleccionar a una... ¡como si estuviera eligiendo entre diferentes sombreros en una tienda!

—En efecto, Lizzy —coincidió Charlotte, que había estado escuchando en silencio desde su lugar cerca de la ventana—. Creo que sé cómo proceder mejor. Señor Bennet, sería más prudente que fuera a buscar a Mary a la residencia de los Gardiner en Londres. Creo que ella es la pareja más adecuada para nuestro primo.

—¿Mary? —repitió Elizabeth con incredulidad, mirando a Charlotte—. Pero apenas lo conoce, más que Jane y yo, lo admito, pero tuvo poco que decir sobre él después de conocerlo.

—Es cierto —concedió Charlotte, con su voz tan calmada y pragmática como siempre—. Sin embargo, como clérigo, una dama instruida y piadosa sería la esposa más adecuada para el señor Collins, cualidades que Mary posee en abundancia. Además, ha estado en Londres el tiempo suficiente para haber adquirido cierto refinamiento que puede servir para recomendarla a nuestro primo.

—Muy bien —accedió el señor Bennet, dejando la carta a un lado y levantándose de su asiento —. Haré los arreglos para viajar a Londres y traer a Mary conmigo. Dios sabe qué tipo de esposa será para ese tonto pomposo, si es que decide aceptarlo, pero al menos habremos hecho lo posible por acomodar sus deseos.

—En efecto —murmuró Elizabeth, con pensamientos preocupados mientras contemplaba la

perspectiva de que su hermana se casara con un hombre como el señor Collins. Parecía un cruel giro del destino que las mismas cualidades que siempre habían marcado a Mary como algo peculiar en su familia fueran ahora el medio por el cual podría conseguir un marido, aunque fuera uno cuyo carácter dejaba mucho que desear.

—Ten ánimo, Lizzy —aconsejó Charlotte, notando la inquietud de su hijastra—. Esto aún puede resultar un arreglo afortunado para todos los involucrados. Mary ha comentado más de una vez que le gustaría ser la esposa de un clérigo. Con uno prácticamente ofreciéndose en bandeja de plata, sería una tontería rechazarlo antes de darles siquiera la oportunidad de ver si se llevan bien.

—Es cierto —concedió Elizabeth, aunque no pudo sacudirse la molesta sensación de inquietud que se había apoderado de ella—. Simplemente debemos confiar en que Mary encontrará la manera de manejarlo o, en su defecto, al menos asegurarse de que no se convierta en una gran molestia.

—En efecto —coincidió Charlotte, con los ojos brillantes de humor reprimido—. ¿Y quién sabe? Quizás esta unión sirva para recordarnos a todos que hay más en la vida que la riqueza y la influencia. Después de todo, ni siquiera el pretendiente más obsequioso puede compensar la falta de afecto genuino. Tu padre y yo no presionaremos a Mary para que lo acepte si ella no lo desea, te lo prometo.

El señor Bennet asintió con firmeza, de acuerdo con su esposa, y con esas promesas, Elizabeth tuvo que contentarse.



El carruaje del señor Bennet acababa de desaparecer de la vista, en su camino a Londres para recoger a Mary, cuando llegó un mensajero de Netherfield.

—La señorita Bingley me invita a cenar —murmuró Jane, leyendo el mensaje antes de pasárselo a Charlotte.

—Oh, los caballeros cenarán con los oficiales. Qué lástima. —Charlotte sonrió ligeramente—. Veo que no te incluyeron en la invitación, Lizzy.

—No es que quisiera ir —comentó Elizabeth con sequedad—. La señorita Bingley y yo hemos causado malas impresiones la una en la otra hasta ahora, creo. No, evidentemente quieren conocer mejor a Jane, ya que su hermano está obviamente bastante enamorado de ella.

Jane se sonrojó, y Elizabeth y Charlotte se rieron suavemente de ella.

—¿Te gustaría ir, Jane? —preguntó Charlotte—. Con tu padre habiendo tomado el carruaje, y sin volver hasta mañana por la noche, tienes una excusa perfectamente buena si quieres declinar.

—No, es demasiado amable de la señorita Bingley invitarme como para declinar por esa razón. Me gustaría ir —dijo Jane con firmeza—. Montaré a Nellie.

—Muy bien, querida. Pero si el tiempo empeora (esas nubes se ven sospechosamente grises), no dudo que los Bingley se ofrecerán a enviarte de vuelta en su carruaje —dijo Charlotte con firmeza—. Puede parecer una imposición, pero debes aceptar, porque insistir en quedarte a pasar la noche sería mucho más imponente.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó Jane—. Gracias, madrastra. Te haré sentir orgullosa, lo prometo.

—Nunca haces otra cosa, queridísima Jane —dijo Charlotte, besándole la mejilla—. Le diré a John que ensille a Nellie para ti.



El sol brillaba débilmente a través de las nubes, proyectando una luz pálida y acuosa sobre la tierra húmeda mientras Elizabeth Bennet miraba pensativamente por la ventana. Una inquietud urgente llenaba su pecho, haciendo difícil concentrarse en otra cosa que no fuera la noticia que acababa de llegar a Longbourn: Jane, atrapada bajo la lluvia durante su cabalgata a Netherfield el día anterior, había caído enferma y ahora estaba confinada en su cama en la mansión del señor Bingley.

—Queridísima Lizzy —su mano temblaba mientras leía en voz alta—, por favor no te alarmes, pero me encuentro bastante indispuesta esta mañana. Me temo que el aire húmedo me ha afectado, y tanto la señorita Bingley como la señora Hurst consideran mejor que permanezca aquí hasta que me recupere.

—¡Jane nunca debió haber ido! —exclamó Elizabeth, arrugando la nota en su puño—. ¿Cómo pudimos permitir que se aventurara con semejante clima? ¡Y sin el carruaje, nada menos!

—En efecto —concordó Charlotte, con el ceño fruncido de preocupación—. Fue una circunstancia muy desafortunada que la lluvia comenzara mucho antes de lo que esperábamos; la

pobre Jane debió haber quedado atrapada en ella durante su cabalgata. Sin embargo, debemos apresurarnos y velar por su bienestar.

—Tienes razón —dijo Elizabeth, con determinación iluminando sus ojos—. Iré caminando a Netherfield de inmediato para atender a mi hermana.

—Permíteme acompañarte parte del camino —ofreció Charlotte—. Debo pasar por Lucas Lodge para ver a mi madre hoy.

—Gracias, madrastra —respondió Elizabeth con gratitud—. Tu compañía será muy bienvenida.

Mientras emprendían su viaje, la humedad persistente de la lluvia del día anterior se aferraba a la hierba bajo sus pies, dejando un rastro de huellas húmedas a su paso. El corazón de Elizabeth latía con preocupación por su hermana, cada paso la acercaba más a Netherfield y al estado desconocido de la salud de Jane.

—Madrastra —dijo, con la voz tensa de preocupación—, ¿y si la condición de Jane es peor de lo que temíamos? ¿Y si esta enfermedad le causa algún daño duradero?

—Ten valor, Lizzy —la tranquilizó Charlotte—. Jane es fuerte y se recuperará pronto. Mientras tanto, es nuestro deber cuidarla y asegurarnos de que no le falte nada. Envía a Longbourn si necesitas algo, y me aseguraré de que te lo envíen de inmediato, estaré en casa en una hora o dos.

—En efecto —murmuró Elizabeth, aunque su mente permaneció nublada de inquietud mientras dejaba atrás a Charlotte y continuaba su camino.

La imponente fachada de Netherfield se alzaba ante Elizabeth mientras se acercaba, su corazón latía más rápido con una mezcla de aprensión y urgencia. Los sirvientes se afanaban por los terrenos, atendiendo sus numerosas tareas, y la casa parecía zumbar de actividad. Con un profundo suspiro, subió los amplios escalones y llamó a la enorme puerta.

—Señorita Bennet —dijo el mayordomo, con voz fríamente formal al admitirla—, la señorita Bingley está recibiendo esta mañana.

—Gracias —respondió Elizabeth, con los ojos recorriendo el opulento vestíbulo mientras lo seguía hasta el salón. El esplendor de Netherfield hizo poco para aliviar su ansiedad; si acaso, solo sirvió para amplificar su sensación de incomodidad.

—Ah, señorita Eliza —arrastró las palabras la señorita Bingley al verla llegar, su tono rebosante de desdén—, qué... dedicada es usted, al caminar todo este trayecto para atender a su hermana.

—En efecto, señorita Bingley, estoy aquí para cerciorarme del bienestar de Jane por mí misma

—replicó Elizabeth, luchando por mantener la compostura frente a tal indiferencia descarada—. Espero que esté descansando cómodamente, al menos.

—Por supuesto —respondió la señorita Bingley con desdén, agitando una mano como si el asunto no tuviera real importancia—. Está en cama, y se ha mandado llamar al médico. Siéntase como en casa, señorita Eliza, aunque debo decir que su atuendo está bastante húmedo.

Ante la observación punzante de la señorita Bingley, Elizabeth miró su vestido empapado, agudamente consciente del dobladillo embarrado y los mechones húmedos de cabello pegados a su frente. Se sonrojó de vergüenza, repentinamente consciente de su apariencia desaliñada.

—Su preocupación por su hermana es encomiable, señorita Bennet —vino la voz profunda del señor Darcy, sobresaltándola. Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella, y detectó un destello de algo parecido a la admiración en sus profundidades.

—Gracias, señor Darcy —respondió Elizabeth vacilante, con el pulso acelerándose ante su inesperado elogio—. Haría cualquier cosa por Jane.

—Sin duda —dijo él, sin apartar la mirada de su rostro—. Si hay alguna ayuda que pueda ofrecer, por favor no dude en pedirla.

—Su amabilidad es de lo más inesperada, señor —balbuceó Elizabeth, sorprendida por su oferta —. Lo tendré en cuenta.

—Muy bien —asintió él, antes de retirarse con una determinación silenciosa que la dejó sintiéndose both desconcertada y extrañamente reconfortada.

Mientras Elizabeth se apresuraba al lado de su hermana, no pudo evitar reflexionar sobre el repentino cambio en el comportamiento del señor Darcy, ni pudo sacudirse la sensación de que acababa de vislumbrar una faceta oculta de su carácter que pocos tenían el privilegio de ver. Su corazón se hinchó de gratitud, incluso mientras sus pensamientos permanecían nublados por la preocupación por su querida Jane.



La suave luz de la mañana se filtraba por las ventanas, proyectando un cálido resplandor sobre la habitación donde Elizabeth estaba sentada junto a la cama de Jane. Sus dedos alisaban hábilmente el paño húmedo sobre la frente de su hermana, su corazón hinchándose de afecto y

preocupación mientras observaba el subir y bajar del pecho de Jane.

—Disculpe, señorita —dijo una criada desde la puerta—. La señora Bennet y la señorita Mary están aquí.

—¡Madrastra! —exclamó Elizabeth, levantándose de su asiento cuando Charlotte entró en la habitación con Mary a cuestas—. ¡Mary, has regresado! Qué alegría verlas a ambas.

—Elizabeth, estábamos muy ansiosas por saber cómo se encuentra Jane —dijo Charlotte, frunciendo el ceño con preocupación al observar las facciones sonrojadas de Jane.

—Nada bien, me temo. El doctor ha venido, pero dice que está demasiado enferma para ser trasladada. Tuvo mucha fiebre durante la noche. —Elizabeth misma había dormido poco, sentada junto a la cama de Jane, tratando de consolar a su hermana mientras se agitaba inquieta, o intentando que bebiera unos sorbos de té reconfortante entre sus labios agrietados.

—Pobre Jane. —Charlotte tocó la frente caliente de Jane, negando con la cabeza—. Bueno, supongo que tendré que ir a hablar con la señorita Bingley y ver si está dispuesta a extender la hospitalidad de Netherfield a Jane por un tiempo más. ¿Y tú, Lizzy? Te conozco lo suficiente como para estar segura de que no dejarás a Jane hasta que esté mejor.

—Ciertamente no lo haré.

—¿Quieres que me quede contigo? —ofreció Charlotte.

Elizabeth vaciló, mirando a Mary, quien apenas había pronunciado palabra desde que la saludó. Mary se veía bien, vestida con un atuendo más favorecedor que su habitual vestido marrón apagado, con el cabello arreglado con gracia. —No. Deberías estar en Longbourn, preparándote para nuestro invitado. —Preparando a Mary para su potencial pretendiente, quiso decir, y Charlotte asintió, entendiendo el mensaje tácito.

—Eres muy capaz de cuidar a Jane, querida, pero si me necesitas, envía a buscarme de inmediato.

—Lo haré —prometió Elizabeth, sabiendo que Charlotte vendría, incluso en medio de la noche si fuera necesario—. Jane está descansando tranquilamente por el momento; vamos, bajemos e informemos a la señorita Bingley que debemos imponernos un poco más. Y presentemos a Mary a todos, por supuesto.

—Oh, yo... podría quedarme aquí con Jane —ofreció Mary rápidamente, claramente no encantada con la idea de conocer a un grupo de extraños, pero Charlotte negó con la cabeza para rechazar la petición.

—Es hora de que conozcas a nuestros vecinos, Mary —dijo Charlotte en voz baja, y aunque Mary suspiró, también inclinó la cabeza en resignación.

—Te ves muy bien, Mary —dijo Elizabeth, enlazando su brazo con el de Mary mientras bajaban las escaleras—. ¿Cómo encontraste a nuestros tíos Gardiner?

—Son tan amables —una sonrisa se dibujó en el rostro de Mary—. ¡Y nuestros queridos primitos! Anna me suplicaba constantemente otra lección de música.

—Qué familiar suena eso —dijo una voz profunda cuando llegaron al pie de las escaleras, y ambas chicas se sobresaltaron al ver al señor Darcy emergiendo de un pasillo. Les hizo una educada reverencia—. Les ruego me disculpen, no era mi intención asustarlas. Es solo que lo que dijeron sonaba tan familiar... ¡durante los últimos años, he estado escuchando constantemente a mi hermana Georgiana suplicarme más lecciones de música!

Elizabeth le dirigió una sonrisa descarada.

—¿Y usted la ha complacido, señor Darcy? Ciertamente, según los relatos de la señorita Bingley sobre los logros de la señorita Darcy, debe haberlo hecho.

Él hizo una reverencia en respuesta, sus ojos desviándose hacia Mary, y Elizabeth sintió que sus mejillas se sonrojaban.

—Señor Darcy, permítame presentarle a mi hermana Mary, que acaba de regresar de visitar a unos parientes en Londres. Mary, este es el señor Darcy de Pemberley, en Derbyshire.

—¿Y cómo está su otra hermana, señorita Bennet? —preguntó el señor Darcy una vez que se observaron las formalidades. Una genuina preocupación se reflejaba en sus rasgos.

—Estamos a punto de hablar con la señorita Bingley sobre Jane, señor —dijo Charlotte—. Tal vez le gustaría acompañarnos al salón y escuchar lo que Lizzy tiene que decir sobre el estado de Jane.

—Sería un honor, señora Bennet —el señor Darcy le hizo una pequeña reverencia, y efectivamente las siguió al salón. Un poco desconcertada, Elizabeth lo observó por el rabillo del ojo mientras Charlotte saludaba a los Bingley y los Hurst reunidos y les presentaba a Mary.

—¡Otra Bennet! —Caroline Bingley soltó una falsa risita—. Cielos. ¿Cuántas son ustedes en total?

—Tengo dos hijas más, señorita Bingley, pero son demasiado jóvenes para estar en sociedad y actualmente están en la escuela en Oxford —respondió Charlotte con ecuanimidad.

—Bueno —Caroline pareció estar tratando de encontrar algo que criticar en esa declaración. En su lugar, optó por un pequeño movimiento de cabeza—. ¿Y cómo está la mayor de su multitud de hijas? —Por el tono de su voz era evidente que no le importaba en lo más mínimo cómo estaba Jane, y Elizabeth apretó los dientes.

—Me temo que Jane no está nada bien —dijo Elizabeth—. El doctor Jones ha dicho que está demasiado enferma para ser trasladada en este momento.

—Señorita Elizabeth —intervino Bingley, dando un paso adelante desde su posición cerca de la puerta—. Por favor, no se preocupe por eso. Insisto en que su hermana permanezca aquí en Netherfield hasta que se haya recuperado por completo. Tiene mi palabra de que recibirá el máximo cuidado y atención.

—Gracias, señor Bingley —dijo Charlotte, con un tono y expresión gentiles y agradecidos, mientras Elizabeth asentía con sincero acuerdo—. Su amabilidad es muy apreciada.

Con sus preocupaciones momentáneamente aliviadas, Charlotte y Mary se despidieron. Al volverse desde la puerta principal después de despedirlas, los agudos oídos de Elizabeth captaron el sonido de voces elevadas provenientes del salón.

—Dios mío —la voz de Caroline Bingley destilaba desdén—, debo confesar que me resulta bastante tedioso que nuestro hogar se convierta en una enfermería.

—¡Será una enfermería mientras la señorita Bennet lo necesite! —la voz del señor Bingley era enfática.

—Señor Darcy, seguramente estará de acuerdo en que no hay nada peor que huéspedes no deseados —dijo Caroline lastimosamente, obviamente buscando un aliado—. Especialmente aquellos con parientes en el *comercio*.

—Señorita Bingley —respondió el señor Darcy, con voz firme pero tranquila—. Creo que el vínculo entre hermanas es algo digno de admiración; la devoción y preocupación que la señorita Elizabeth muestra por su hermana es un testimonio de la fuerza de su relación, al igual que el cariño de la señora Bennet y la señorita Mary. Solo desearía que mi propia hermana fuera bendecida con hermanas tan cariñosas —hizo una pausa antes de añadir—: Y si tuviera objeciones a aquellos con parientes dedicados al comercio, nunca habría entablado amistad con su hermano.

La réplica de Caroline murió en sus labios, incapaz de soportar el peso de las palabras del señor Darcy. Elizabeth, que había estado escuchando con silencioso asombro, sintió que una mezcla de gratitud y confusión la invadía. El elogio del señor Darcy hacia ella y su familia, y su reprimenda a la señorita Bingley, era totalmente inesperado, y sin embargo le calentó el corazón, incluso mientras luchaba por entender sus motivos.

Elizabeth estaba de pie junto a la ventana de la biblioteca de Netherfield, sus pensamientos persistían en el elogio del señor Darcy a su familia mientras observaba al señor Darcy y al señor Bingley alejarse a caballo de la casa. Era una idea que apenas podía comprender: que él, que una vez los había mirado con desdén, ahora hablara bien de sus vínculos, incluso cuando Caroline Bingley buscaba denigrarlos.

—Señorita Eliza —una voz llamó desde detrás de ella, y se volvió para encontrar a Caroline Bingley entrando en la habitación. La boca de la mujer estaba fruncida en desaprobación, una expresión que parecía llevar siempre que miraba a Elizabeth—. Debo decir que me sorprende que abandone el lado de su hermana ni siquiera por un momento. Seguramente no puede pensar que es apropiado dejarla desatendida.

Elizabeth sonrió serenamente, su compostura inquebrantable.

—Su preocupación es conmovedora, señorita Bingley, pero le aseguro que Jane está descansando en este momento, y se me ha aconsejado tomar un breve respiro, para no enfermarme yo misma. No quisiéramos abusar de su generosa hospitalidad más tiempo del necesario.

Los ojos de Caroline Bingley se estrecharon.

—En efecto —dijo después de un momento de tenso silencio, pero ni siquiera ella sería tan grosera como para decirle a Elizabeth a la cara que ese momento no podía llegar demasiado pronto. En su lugar, giró sobre sus talones y salió de la habitación con un frufrú, dejando a Elizabeth sola para examinar la escasa selección de libros que ofrecía la biblioteca de Netherfield.



Capítulo Cuatro

UNOS DÍAS DESPUÉS, CON Jane completamente recuperada, el señor Bingley admitió a regañadientes que era mejor que regresaran a casa, y puso su carruaje a su disposición, despidiéndose de Jane con el corazón en los ojos. Elizabeth se abstuvo de burlarse de su hermana, sin embargo. La añoranza melancólica de Jane era demasiado evidente mientras miraba hacia Netherfield hasta que el carruaje las llevó más allá de su vista.

A su llegada a Longbourn, el calor del hogar y la bienvenida de su familia las envolvieron. Charlotte las recibió con los brazos abiertos y una sonrisa afectuosa, mientras que el señor Bennet las miró por encima de sus anteojos con un gesto juguetón en los labios.

—Es un alivio verte de vuelta con mejor salud, Jane —dijo Charlotte, con evidente preocupación en sus ojos mientras miraba a su hijastra mayor.

—Sí, en efecto —añadió el señor Bennet, cerrando el libro que tenía en las manos con un suave golpe—. Nuestro hogar ha estado demasiado silencioso sin ustedes dos.

Las hermanas se acomodaron felizmente en la sala, compartiendo historias de su estancia en Netherfield. Elizabeth podía sentir los ojos perspicaces de Charlotte sobre ella cada vez que hablaba del señor Darcy, y tuvo que admitir que sus primeras impresiones sobre él podrían haber sido erróneas; había sido solícito con la comodidad de Jane, atento con Elizabeth misma, e incluso había defendido a su familia contra las agudas puyas de la señorita Bingley.

A medida que se acercaba la hora de la cena, se pudo escuchar el traqueteo de ruedas afuera, y

Elizabeth miró a Charlotte.

—Hoy es el día esperado de la llegada del señor Collins —respondió Charlotte a la pregunta no formulada con una rápida mirada a Mary, quien comenzó a alisar su falda con un cuidado inesperado por su apariencia.

El interés de Elizabeth, momentáneamente desviado del relato de la reciente estancia en Netherfield, ahora se agudizó con curiosidad ante la perspectiva de conocer a su primo.

El señor Bennet se levantó, haciendo un gesto a sus hijas con una mezcla de resignación y leve diversión.

—Vamos a saludar a nuestro invitado entonces —dijo—. Sin duda está ansioso por conocer a sus primas.

Jane, Elizabeth y Mary se alinearon junto a su padre mientras la puerta se abría para dar paso al señor Collins. Sus reverencias practicadas fueron recibidas con una inclinación exageradamente profunda de él, que ejecutó con un floreo que rayaba en lo teatral.

—Señor Collins —saludó el señor Bennet a su primo con una formalidad cansada.

—Qué placer es ser recibido en Longbourn una vez más, señor —dijo efusivamente el señor Collins, frotándose las manos.

Elizabeth observó a su primo con divertido disgusto; un hombre alto y corpulento vestido de negro clerical, que de alguna manera parecía igualmente arrogante y obsequioso, mirando la fachada de Longbourn con aire posesivo mientras casi se arrastraba ante su padre. *Exactamente el tonto que parecía en sus cartas, veo.*

—Señor Collins, bienvenido de nuevo a Longbourn —lo saludó Charlotte con gracia practicada —. Recuerda a nuestra querida Mary, supongo. Y estas son nuestras hijas mayores que estaban fuera de casa en su última visita, Jane y Elizabeth.

—Ah, en efecto, señora Bennet —respondió el señor Collins, evaluando rápidamente con la mirada los nuevos rostros ante él. Un destello de apreciación brilló en su mirada al contemplar la belleza dorada de Jane y los ojos vivaces de Elizabeth. Mary, que recibió solo una mirada superficial, arrastró ligeramente los pies, sintiendo el aguijón de ser pasada por alto a pesar de sus esfuerzos por ponerse un bonito vestido y rizarse el cabello.

—Qué placer me produce conocer a las hijas de la casa —dijo el señor Collins, su voz adoptando un tono de mayor interés—. He oído mucho sobre la belleza y los logros de la señorita Jane y la señorita Elizabeth Bennet. Debo confesar que mi curiosidad ha estado muy ansiosa por verificar

estas afirmaciones por mí mismo. ¡Los relatos de sus encantos, parece, fueron muy subestimados!

—Entonces estamos igualmente curiosas, señor —respondió Elizabeth con una sonrisa juguetona —, por descubrir si su propia reputación de ingenio y elocuencia también se mantiene.

—Ah, señorita Elizabeth —se rio el señor Collins, aparentemente complacido por su comentario —, veo que posee no solo belleza sino también una mente aguda y vivaz.

A medida que se desarrollaba la conversación, Elizabeth observaba al señor Collins con una mezcla de diversión y perplejidad, notando sus cumplidos exagerados y reflexionando sobre lo que su visita podría presagiar para el futuro de Longbourn y sus habitantes.

La sala de Longbourn brillaba con el suave resplandor de la luz de las velas, creando una atmósfera cálida y acogedora para el grupo reunido. El señor Collins, aún disfrutando de la admiración que creía haber inspirado en sus hermosas primas, apenas podía contener su deleite.

—Ah, señor Collins —dijo Charlotte, llevándolo aparte suavemente después de la cena al percibir que la atención del señor Collins se estaba fijando demasiado en Jane—, debo informarle que nuestra querida señorita Bennet ha atraído la atención de un soltero muy elegible. El señor Charles Bingley, un caballero de considerable fortuna, ha mostrado gran interés en ella.

—¡En efecto! —exclamó el señor Collins, levantando las cejas con sorpresa—. ¡Vaya, esta es una noticia muy gratificante, señora Bennet! Nada podría darme mayor placer que ver a mis encantadoras primas adecuadamente emparejadas.

—Las atenciones del señor Bingley han sido muy asiduas —continuó Charlotte, con un tono de voz teñido de justo el toque correcto de orgullo—. Y estoy segura de que estará de acuerdo en que un caballero de su posición sería una excelente pareja para nuestra Jane.

—Sin duda —convino el señor Collins, desviando su mirada de Jane a Elizabeth, quien en ese momento se reía de algo que su padre estaba leyendo de su libro—. ¿Y qué hay de la señorita Elizabeth? ¿Tiene ella también un pretendiente?

—Elizabeth tiene muchos admiradores, como puede imaginar —dijo Charlotte, aprovechando la oportunidad para redirigir la atención del señor Collins—. Pero, sabiendo que parte del propósito de esta visita es considerar a una de las hijas de Longbourn como una posible compañera para usted, sería negligente si no usara mi conocimiento superior de mis hijas para ayudar en su selección. Mary acaba de regresar de una estadía con su tía y tío en Londres, donde ha estado refinando sus habilidades. Creo que la encontrará una conversadora interesante, particularmente en asuntos de mejora moral.

—Ah, la señorita Mary —dijo el señor Collins, dirigiendo su atención a la menor de las tres

hermanas presentes. Su boca se torció en las esquinas mientras la consideraba, sentada en una sombra como estaba en ese momento. Su rostro delgado y puntiagudo, cabello castaño oscuro y gafas no la hacían lucir con ventaja al lado de la belleza etérea y dorada de Jane y el aspecto vibrante y oscuro de Elizabeth.

—Mary ha expresado anteriormente su felicidad ante la idea de ser la esposa de un clérigo —dijo Charlotte confidencialmente.

—Hm. —El señor Collins pareció más pensativo ante ese comentario—. Señorita Mary —dijo, alejándose de Charlotte—. ¿Es eso *Sermones de Fordyce* lo que veo en la mesa junto a usted?

—¡Lo es, señor! —se sobresaltó Mary, tomando el libro en su mano con entusiasmo.

El señor Collins sonrió y tomó asiento junto a Mary.

Mientras la conversación entre el señor Collins y Mary se desarrollaba, Elizabeth observaba las sutiles maquinaciones de Charlotte con una mezcla de admiración y preocupación. Sabía que su ingeniosa madrastra solo tenía las mejores intenciones para todos ellos, pero no podía evitar preguntarse si las atenciones del señor Collins resultarían una bendición o una carga para Mary.

—Madrastra —susurró suavemente a su madrastra mientras permanecían juntas al borde de la habitación—, no puedo evitar sentir cierta aprensión sobre el rumbo de los acontecimientos de esta noche. Mary todavía tiene solo dieciocho años... quizás sea demasiado joven para casarse. Demasiado joven para conocer su propia mente. ¡Se la estás sirviendo al señor Collins en bandeja!

—Querida Lizzy —respondió Charlotte—, no dejes que tus temores nublen tu juicio. Tu padre y yo no presionaremos a Mary para que haga nada con prisa.

—Lo sé —aceptó Elizabeth, con sus pensamientos aún turbados—. Pero temo que podamos estar entrometiéndonos en asuntos que están fuera de nuestro control.

—Confía en mi juicio, querida —dijo Charlotte, colocando una mano reconfortante en el brazo de Elizabeth—. Todo saldrá bien, siempre que procedamos con cuidado y discreción. Tu padre y yo queremos lo mejor para todas ustedes.

Elizabeth creía que Charlotte decía la verdad. Sin embargo, también era muy consciente de que a pesar de estar casada con su padre durante una década, Charlotte también había fallado en proporcionarle el hijo y heredero necesario para asegurar que los Bennet permanecieran en Longbourn después del fallecimiento del señor Bennet. La vinculación significaba que sin un hijo varón, el señor Collins heredaría Longbourn, y Charlotte y cualquiera de las hijas Bennet que permanecieran solteras quedarían completamente a merced del señor Collins. Sin embargo, si una de las hermanas se casara con el señor Collins, Charlotte podría estar segura de que su

afecto la mantendría siempre segura en su hogar.

El interés propio debe estar jugando un papel en la toma de decisiones de Charlotte, consideró Elizabeth mientras observaba a Mary tomar asiento en el pianoforte. Elizabeth se estremeció internamente, esperando que Mary no tuviera la intención de cantar; si bien la interpretación de Mary era adecuada, su voz era delgada y chillona, y tenía dificultades para mantener la afinación.

Afortunadamente, Mary seleccionó una pieza sin acompañamiento vocal y dio una buena muestra de sí misma. Elizabeth no pudo evitar notar, sin embargo, que la atención del señor Collins no se fijaba en Mary por mucho tiempo durante su actuación; la mirada de su primo se posaba con mayor frecuencia en Elizabeth, haciéndola sentir bastante incómoda. Independientemente de si Mary deseaba casarse con el señor Collins o no, Elizabeth ya sabía que ella misma nunca podría ser feliz como la esposa de un hombre así.



Bajo el suave resplandor de la luz de las velas, Jane Bennet estaba de pie en silencio junto a la ventana, con la mirada fija en el cuadro que se desarrollaba ante ella. Los sinceros intentos del señor Collins de entablar conversación con Elizabeth y Mary fueron recibidos con una mezcla de sutil diversión por parte de Elizabeth y un entusiasmo mal disimulado por parte de Mary. La mirada de súplica de Elizabeth impulsó a Jane a intervenir, y se acercó para solicitar la ayuda de su hermana en un asunto trivial con su labor, dejando a Mary como el foco exclusivo de la atención del señor Collins.

—Querida Lizzy —dijo Jane suavemente mientras ella y Elizabeth se retiraban al extremo opuesto de la habitación—, no puedo evitar sentirme agradecida de que el señor Collins parezca haber decidido no otorgarme sus atenciones. Creo que encontraría bastante desconcertante ser el objeto de una... admiración tan persistente.

—En efecto, querida hermana —respondió Elizabeth, con los ojos brillantes de alegría—, debes considerarte afortunada de haberte librado de tal experiencia. Mary es bienvenida a ello.

Mientras las hermanas intercambiaban miradas cómplices, Charlotte se les acercó, con un semblante tranquilo y decidido. Tomó la mano de Jane y le dio un apretón tranquilizador.

—Ven —susurró—, aunque al principio el señor Collins mostró poco interés en Mary, ciertamente está respondiendo al interés de ella hacia él.

Esto era innegable, y tanto Jane como Elizabeth asintieron, observando al señor Collins

inclinarse más cerca de Mary con interés mientras Mary hablaba, la animación sobre su tema iluminando sus ojos.

—Ninguna de nosotras ignora el interés del señor Bingley por ti, Jane. Sería prudente, creo, corresponder a su interés abiertamente. Un hombre de tan fino carácter y fortuna no es para tomarse a la ligera, después de todo —dijo Charlotte en voz baja—. He planeado una pequeña cena para celebrar la llegada de tu primo al vecindario, y por supuesto el grupo de Netherfield está invitado. Recibir al señor Bingley en nuestro hogar es una oportunidad ideal para mostrarle cómo te sientes.

Las mejillas de Jane se tiñeron de un delicado rosa, y su corazón se agitó en respuesta a las palabras de Charlotte. Aunque ciertamente había notado el creciente afecto del señor Bingley, su innata reserva la retenía de abrazar la perspectiva de un cortejo con demasiado entusiasmo.

—Gracias por tu consejo, madrastra —murmuró Jane—. Me esforzaré por tener en cuenta tu consejo.

—Recuerda, querida —añadió Charlotte suavemente, soltando la mano de Jane—, que es de suma importancia dar a un caballero razones para creer que sus afectos no son en vano. Es un delicado equilibrio que manejar mientras se mantiene toda apariencia de decoro, pero uno que debe intentarse por el bien de asegurar un matrimonio adecuado.

Mientras Charlotte se retiraba con un asentimiento y una sonrisa, los pensamientos de Jane se agitaban con emociones conflictivas. Por un lado, se sentía halagada por las atenciones del señor Bingley y encontraba su compañía encantadora; por otro, dudaba en sobrepasar los límites del decoro y arriesgarse a parecer atrevida.

—Deja que tu corazón te guíe, querida hermana —la animó Elizabeth, sintiendo su tormento interior—. Y recuerda, es natural sentir cierto grado de incertidumbre cuando nos enfrentamos a asuntos de amor y cortejo. Confía en ti misma, y todo saldrá bien.

Respirando profundamente, Jane resolvió prestar atención a las palabras tanto de su madrastra como de su hermana. Caminaría por la línea entre la reserva y la apertura, permitiendo que sus verdaderos sentimientos por el señor Bingley brillaran mientras mantenía la modestia que definía su carácter. A pesar de su timidez ante la idea de permitir que el señor Bingley viera su corazón de tal manera, su ánimo se elevó ante la idea de descubrir la profundidad de su afecto mutuo.



El sol se hundió bajo el horizonte, proyectando un cálido resplandor dorado sobre Longbourn mientras se hacían los preparativos finales para la íntima reunión que Charlotte había planeado para la noche. La fragancia de las flores frescas llenaba el aire, y el sonido de la risa se mezclaba con acordes de música que flotaban desde el interior. Elizabeth estaba de pie en el salón, observando la escena y maravillándose de la habilidad de Charlotte para crear una atmósfera tan elegante. Mientras los invitados comenzaban a llegar, notó a Jane de pie a un lado, con la mirada distante y pensativa.

—Jane —dijo Elizabeth suavemente, acercándose a su hermana—, puedo ver que todavía estás preocupada por nuestra conversación con mamá. Recuerda, es natural tener dudas y temores cuando nos enfrentamos a asuntos del corazón.

Jane sonrió débilmente, sus ojos llenos de gratitud por la comprensión de su hermana. —Gracias, Lizzy. Intentaré confiar en mis instintos y seguir mi corazón, como me aconsejaste.

—Bien —respondió Elizabeth, con los ojos brillantes—. Ahora, disfrutemos de la velada y de la compañía de aquellos a quienes apreciamos.

A medida que avanzaba la noche, la reunión íntima resultó ser justo lo que todos necesitaban. Los pocos oficiales mayores que Charlotte había invitado deleitaron a la compañía con historias de su destreza militar, mientras que los Lucas participaban en animadas discusiones sobre las últimas noticias de Londres. El grupo de Netherfield compartió anécdotas de sus viajes y experiencias, provocando risas y deleite entre los invitados reunidos.

Charlotte, siempre atenta a las necesidades de sus invitados, mantuvo un ojo vigilante sobre Jane durante toda la velada. Notó con placer que Jane parecía estar más cómoda mientras conversaba con el señor Bingley, cuyo afecto genuino por ella era evidente en cada palabra y gesto.

—Jane parece estar pasándolo bien esta noche, ¿no crees? —comentó Charlotte a Elizabeth, quien asintió en acuerdo.

—En efecto —respondió Elizabeth—. Tu consejo no ha caído en saco roto, y creo que está empezando a confiar más en sí misma en asuntos del corazón.

—Esperemos que ella y el señor Bingley encuentren el camino el uno hacia el otro, pues son realmente compatibles —dijo Charlotte con una cálida sonrisa.

Las velas parpadeaban suavemente, proyectando un cálido resplandor sobre la elegante reunión en Longbourn. Charlotte se había superado a sí misma con los preparativos, e incluso Caroline Bingley, siempre ansiosa por encontrar fallos, poco pudo criticar cuando los invitados se levantaron de la mesa del comedor.

—Su hogar es realmente encantador, señora Bennet —ofreció, intentando sonar graciosa—. Lo

ha hecho muy... acogedor.

—Gracias, señorita Bingley —respondió Charlotte, con los ojos brillantes de satisfacción—. Nos complace darles la bienvenida a todos esta noche.

Cuando Mary se sentó al pianoforte y comenzó la música, el señor Darcy se acercó a Elizabeth con una mezcla de determinación y trepidación. —Señorita Bennet —dijo, inclinándose ligeramente—, ¿podría tener el honor de este baile?

Elizabeth dudó por un momento, recordando su encuentro anterior en la pista de baile, pero se encontró dispuesta a darle otra oportunidad. —Muy bien, señor Darcy —respondió, aceptando su mano ofrecida—. Estaré encantada de complacerle.

Mientras se movían con gracia a través de los pasos del baile, Elizabeth se sorprendió al encontrarse disfrutando de la experiencia mucho más de lo que había anticipado. La rigidez y formalidad que habían caracterizado sus interacciones anteriores parecían haber dado paso a una nueva facilidad y entendimiento.



Una explosión de risa resonó por la habitación mientras Jane, con las mejillas sonrojadas de placer, giraba por la pista en los brazos del señor Bingley. El calor en sus ojos era inconfundible, y por una vez, Jane se permitió disfrutarlo sin reservas. Miró hacia Elizabeth, quien aparentemente se reía de algo que el señor Darcy le acababa de decir, y el peso de la incertidumbre que hasta entonces había nublado los pensamientos de Jane comenzó a disiparse.

—Su hermana tiene una risa encantadora, señorita Bennet —observó el señor Bingley, su propia risa mezclándose con la de ella—. Es difícil no sentirse atraído por ella.

—En efecto, su risa es contagiosa —coincidió Jane, envalentonada por el afecto genuino que veía reflejado en los ojos del señor Bingley—. Siempre he encontrado gran alegría en su compañía, especialmente en tiempos difíciles.

—Entonces somos parecidos en ese aspecto —respondió él cálidamente, presionando su mano ligeramente—. Pues yo también encuentro su presencia muy agradable.

La sinceridad en sus palabras removió algo profundo en el pecho de Jane, y dudó por un momento antes de responder. —¿Puedo confesarle algo, señor Bingley? —preguntó, con voz

suave y tentativa.

—Por favor, hágalo —la animó, sin apartar los ojos de los de ella.

—Su compañía se ha vuelto muy querida para mí —admitió, temblando un poco por la osadía de sus propias palabras—. Me encuentro esperando nuestros encuentros con gran anticipación.

—Señorita Bennet —suspiró el señor Bingley, con las comisuras de los labios curvándose en una tierna sonrisa—, debo decirle que su confesión me llena de alegría, pues mis sentimientos hacia usted hacen eco de los suyos.

—¿De verdad, señor Bingley? —los ojos de Jane se abrieron con sorpresa y deleite.

—En efecto —le aseguró él, con expresión sincera—. He encontrado mis pensamientos ocupados con usted más a menudo que no, y no puedo imaginar una felicidad mayor que asegurar su afecto.

—Entonces, señor —respondió Jane, con la voz temblorosa de emoción mientras sus dudas se desvanecían—, ha tenido éxito en ese empeño, pues estoy segura de mi estima por usted.

Mientras continuaban bailando, su conversación fluyendo sin esfuerzo entre ellos, Jane sintió que los últimos vestigios de su incertidumbre se desvanecían como la niebla ante el sol. En los brazos del señor Bingley, había encontrado un compañero que valoraba su amabilidad y naturaleza gentil tanto como su belleza. Y con el apoyo de Elizabeth y Charlotte, había aprendido a confiar en sus propios instintos y abrir su corazón al amor.



Capítulo Cinco

EL SOL OTOÑAL PROYECTABA una cálida luz moteada sobre las pintorescas calles de Meryton mientras Elizabeth Bennet caminaba con sus hermanas Jane y Mary, acompañadas por su primo, el señor Collins. El aire era fresco y las hojas crujían bajo sus pies mientras paseaban. La conversación entre las hermanas fluía con facilidad, mientras que el señor Collins hablaba extensamente sobre las numerosas virtudes de su estimada patrona, Lady Catherine de Bourgh.

—¡Ah, mis queridas sobrinas! —exclamó la señora Phillips, apareciendo repentinamente ante ellos con un brillo travieso en los ojos. Tomó el brazo de Elizabeth con un agarre emocionado—. Debo presentarles a un caballero muy encantador que acaba de llegar a la ciudad.

—¿De veras, tía? —respondió Elizabeth, arqueando una ceja e intercambiando una rápida mirada con Jane. Se habían acostumbrado a la afición de su tía por presentarles a cualquier soltero vagamente elegible que se cruzara en su camino.

—¡En efecto! Permítanme presentarles al teniente Wickham —continuó la señora Phillips, haciendo un gesto al recién llegado para que se acercara.

Mientras Wickham se aproximaba, Elizabeth notó su apuesto semblante y la confianza con la que se conducía. Hizo una elegante reverencia a las hermanas, sus ojos oscuros brillando con calidez.

—Señorita Bennet, señorita Elizabeth, señorita Mary, he oído mucho sobre su familia y me complace finalmente conocerlas —dijo con una voz suave y melodiosa.

—Gracias, señor —respondió Jane, con un rubor en las mejillas, mientras Mary ofrecía una tímida sonrisa.

El señor Collins, momentáneamente silenciado por la llegada de un caballero tan imponente y agradable, se aclaró la garganta y extendió su mano.

—Y yo soy el señor Collins, su primo y humilde servidor.

—Ah, señor Collins —respondió Wickham, estrechando su mano firmemente—. Es un placer conocerlo también.

Mientras continuaban su paseo por las calles, Elizabeth observó los modales fáciles y la animada conversación de Wickham. Lo poco que sabía de los oficiales de la milicia no le daba muchas esperanzas de una conexión más profunda, pero no podía negar el placer de su compañía, ni que tenía un rostro verdaderamente apuesto y un porte noble.

—Vamos, señorita Elizabeth —dijo Wickham en tono de broma, mientras discutían sobre una novela reciente—. Seguramente no puede ser tan implacable en su juicio sobre la insensatez de la heroína.

—Quizás soy demasiado dura —concedió ella con una risa—, pero solo porque reconozco algunos de sus defectos en mí misma.

—Ah, pero la autoconciencia es el primer paso hacia la mejora —respondió él, con un destello en los ojos—. Y debo decir que es una cualidad poco común entre el bello sexo.

—En efecto, señor —replicó Elizabeth juguetonamente—, ¿y puedo añadir que es una cualidad aún más rara entre los caballeros?

Wickham rio de buena gana, claramente disfrutando de su animado intercambio.

—Su hermana Jane es verdaderamente una visión —comentó Wickham, lanzando una mirada hacia Jane, quien estaba enfrascada en una conversación con Collins—. Debo confesar que rara vez he visto tanta belleza.

—En efecto —asintió Elizabeth—. La belleza de Jane solo es igualada por su bondad y gracia.

—Ah, pero no es solo la señorita Bennet quien posee tales cualidades —dijo Wickham, volviendo su mirada hacia Elizabeth.

Ella sintió un ligero rubor subir a sus mejillas, poco acostumbrada como estaba a cumplidos tan

directos. Aunque apreciaba su elogio, no pudo evitar sentir una punzada de pesar al saber que los ingresos de un oficial de la milicia probablemente resultarían insuficientes para mantener la vida de la esposa de un caballero. Sabía que no debía entretener pensamientos de matrimonio con un hombre que acababa de conocer, pero había algo en la presencia de Wickham que hacía difícil acallar tales nociones por completo.

—Gracias, señor —respondió, intentando mantener un tono ligero y desafectado—. Es una fortuna, entonces, que mis hermanas y yo estemos bendecidas con diferentes fortalezas, pues sería muy tedioso si todas fuéramos iguales.

—En efecto —concordó Wickham, riendo suavemente—. La variedad es la sal de la vida, como dicen. Y sin embargo, no puedo evitar pensar que su familia ha sido bendecida con una abundancia de belleza y talento.

—Su adulación es muy amable, teniente Wickham —replicó Elizabeth, con una sonrisa juguetona en las comisuras de los labios—. Pero debo advertirle que el exceso de elogios no lo hará quedar bien con mi padre; él valora la humildad por encima de todo en sus hijas.

—Entonces tenga la seguridad, señorita Elizabeth, de que mi admiración es sincera y no pretende halagar ninguna vanidad —dijo Wickham con seriedad, su mirada fija en la de ella—. Creo que es importante reconocer y apreciar las virtudes de los demás, especialmente cuando son tan evidentes.

Mientras continuaban su paseo, Elizabeth levantó la vista de su conversación con el teniente Wickham para encontrar al señor Darcy y al señor Bingley acercándose. Su pulso se aceleró al ver la alta figura de Darcy, y observó cómo su expresión cambiaba al ver a Wickham. El señor Darcy se puso primero pálido, luego rojo, y la conmoción e inquietud que cruzaron por sus facciones no pasaron desapercibidas para Elizabeth. ¿Acaso el señor Darcy conocía de alguna manera al señor Wickham? Especuló que quizás se conocían de algún encuentro anterior, pero ¿qué podría haber ocurrido entre ellos para causar tal reacción en el señor Darcy?

—¡Señorita Bennet! —llamó el señor Bingley, su semblante alegre un contraste bienvenido con el rostro taciturno de Darcy—. Qué agradable sorpresa encontrarla aquí. ¿Puedo acompañarla en su paseo? —Su tono transmitía un innegable sentido de urgencia mientras miraba a Wickham, y Elizabeth sospechó que nacía de su deseo de separar a Jane del apuesto oficial de la milicia.

—Por supuesto, señor Bingley —respondió Jane, con las mejillas teñidas de un delicado rubor mientras aceptaba el brazo que le ofrecía, su sonrisa ya feliz ensanchándose aún más.

—Wickham —dijo Darcy con rigidez, sin siquiera molestarse en inclinar la cabeza a modo de saludo.

—Señor Darcy. Qué casualidad verlo aquí. —Una sonrisa burlona cruzó el rostro de Wickham,

haciéndolo parecer bastante menos apuesto a los ojos de Elizabeth.

La mandíbula de Darcy se tensó, pero no dijo una palabra más. Simplemente se quedó mirando a Wickham hasta que la sonrisa burlona del otro hombre se desvaneció y bajó la mirada.

—Si me disculpa, señorita Elizabeth. —Wickham se volvió hacia ella y le ofreció su encantadora sonrisa—. Debo atender mis deberes. Hasta que nos volvamos a encontrar.

Elizabeth lo observó marcharse, reflexionando sobre el enigma de su conexión con el señor Darcy.

—Señorita Elizabeth —dijo Darcy suavemente, sobresaltándola de su ensueño. Le ofreció su brazo, su rostro sin revelar ninguna de las emociones conflictivas que rugían en su interior—. ¿Puedo tener el placer de acompañarla? —Señaló con un gesto hacia donde Jane y el señor Bingley avanzaban por la calle, seguidos por Mary y el señor Collins.

—Gracias, señor Darcy —respondió Elizabeth vacilante, colocando su mano sobre el brazo de él. Su mirada se detuvo por un momento en la figura que se alejaba de Wickham antes de volverse para encontrarse con los ojos de Darcy.



Interiormente, Darcy se preparó contra el aluvión de preguntas que sabía que Elizabeth debía estar ansiosa por hacer.

—Su hermana y el señor Bingley parecen estar disfrutando de su paseo —comentó Darcy, esperando desviar su atención del tema de Wickham—. Y parece que el señor Collins está bastante encantado con la señorita Mary.

—En efecto —murmuró Elizabeth, mirando hacia donde Jane y Bingley caminaban del brazo, su conversación fluyendo con facilidad. Detrás de ellos, Mary y el señor Collins participaban en un discurso más solemne, este último sin duda explayándose largamente sobre algún tema moral o religioso.

—Señor Darcy —comenzó Elizabeth, con tono tentativo—, no pude evitar notar su reacción al ver al teniente Wickham. Parecía... preocupado.

La mandíbula de Darcy se tensó.

—Simplemente me sorprendió verlo en Meryton, señorita Bennet —respondió, con voz cuidadosamente controlada—. Nos conocemos desde niños; el padre del señor Wickham era un hombre excelente, mayordomo de mi difunto padre. Sin embargo, no esperaba que nuestros caminos se cruzaran aquí.

—Ah, ya veo —dijo Elizabeth pensativamente, sus ojos escrutando su rostro en busca de algún indicio de la verdad que se ocultaba tras sus palabras—. ¿Confío en que su sorpresa no fue desagradable, señor Darcy?

—Confieso que rara vez encuentro las sorpresas agradables, señorita Bennet —respondió, evitando una respuesta directa—. Pero he aprendido a lo largo de los años que la vida tiene una manera de confundir nuestras expectativas.

—En efecto, así es —coincidió ella.

Darcy esperaba a medias que Elizabeth lo cuestionara más, pero ella no habló, caminando tranquilamente con una expresión serena en su hermoso rostro. Darcy se encontró luchando con una agitación interna. Aunque deseaba desesperadamente librar a Elizabeth y a sus hermanas de la presencia venenosa de Wickham, sabía que revelar la extensión completa de las fechorías del hombre podría exponer a su querida hermana Georgiana a la desgracia pública.

—Señorita Elizabeth —comenzó vacilante, ofreciendo solo una fracción de la verdad con la esperanza de que fuera suficiente—. Siento que es mi deber informarle que el carácter del señor Wickham no es lo que parece. Aunque dudo en hablar mal de alguien, temo por el bienestar de su familia si permanezco en silencio.

Elizabeth lo miró con expresión inquisitiva, instando a Darcy a continuar.

—Wickham es el hijo del antiguo mayordomo de Pemberley, un hombre excelente, muy valorado por mi estimado padre. George Wickham y yo crecimos juntos, pero desafortunadamente, su naturaleza se volvió... salvaje, a medida que maduró.

—¿Salvaje, señor Darcy? —preguntó ella, con la curiosidad despertada—. ¿En qué sentido lo dice?

Darcy dudó, sopesando el daño potencial de compartir más información contra la necesidad de proteger a aquellos que le importaban.

—Se volvió descuidado con sus amistades y asociaciones, a menudo sin tener en cuenta las consecuencias de sus acciones. Tiene una inclinación por crear discordia y angustia a su paso, sin mencionar que deja deudas significativas cada vez que abandona un vecindario.

—¿De veras? —Elizabeth alzó una ceja escéptica, su mente aguda ya intentando armar el rompecabezas que tenía ante sí—. ¿Y por qué, me pregunto, debería esto preocuparnos? ¿Qué relación tiene el pasado del señor Wickham con nuestra presente relación?

—Mi padre —comenzó Darcy vacilante—, tenía a Wickham en alta estima y, a pesar de su naturaleza díscola, trató de proveer para él. Tenía la intención de dejarle un beneficio en la iglesia, una posición respetable que le habría proporcionado una vida cómoda.

—¿Sin embargo, el señor Wickham no es clérigo? —inquirió Elizabeth, con el ceño fruncido por la confusión.

—En efecto, no lo es —confirmó Darcy, su voz teñida de pesar—. Wickham rechazó la oferta, exigiendo dinero en su lugar después del fallecimiento de mi padre. Accedí, ya que sabía que su carácter no era apto para ser clérigo. Le concedí una suma significativa, suficiente para establecerse en cualquier profesión que eligiera, incluyendo la compra de una comisión en el ejército regular.

Los ojos de Elizabeth se abrieron ante esta revelación.

—Y sin embargo —reflexionó en voz alta—, se ha unido a la milicia en lugar del ejército regular. ¿Por qué lo haría si tenía los medios para asegurarse una posición más ventajosa?

—Señorita Bennet, me temo que Wickham ya ha dilapidado el dinero —admitió Darcy, con semblante grave—. Una posición en la milicia, aunque mal pagada en comparación con cómo podría estar viviendo, le proporciona la oportunidad de mantener las apariencias sin revelar el alcance de su ruina financiera. No puedo imaginar por qué un hombre con miles de libras a su nombre —los miles que yo le di— tomaría tal posición, por lo que solo puedo concluir que ya no tiene el dinero. Y conociendo sus malos hábitos, puedo creerlo fácilmente.

Mientras caminaban, Elizabeth reflexionó sobre las palabras de Darcy, luchando por reconciliar la imagen del encantador oficial con quien recientemente habían entablado relación, y el hombre irresponsable descrito por el caballero a su lado. Lanzó una mirada furtiva a Darcy, notando la preocupación grabada en su rostro, y no pudo evitar sentir gratitud por sus revelaciones.

—Señor Darcy, le estoy agradecida por compartir esta información conmigo —dijo con sinceridad—. Me ha dado mucho que considerar, y le aseguro que su advertencia no será desatendida.

—Gracias, señorita Bennet —respondió Darcy, con alivio evidente en su voz. Mientras continuaban su paseo por las pintorescas calles de Meryton, solo podía esperar que su relato de advertencia fuera suficiente para proteger a Elizabeth y su familia del encantador, pero peligroso, señor Wickham.



Wickham se mantenía a distancia, sus ojos agudos observando la escena que se desarrollaba mientras Elizabeth y Darcy caminaban del brazo por las bulliciosas calles de Meryton. No podía distinguir sus palabras, pero la intensidad de su conversación era inconfundible. Wickham sintió una punzada de inquietud, imaginando que la verdad sobre su pasado podría ser revelada al objeto de su nuevo interés.

—Maldito seas, Darcy —murmuró entre dientes, con la mirada fija en la pareja—. ¿Por qué estás aquí, de todos los lugares?

Mientras Elizabeth y Darcy continuaban conversando, los pensamientos de Wickham corrían desenfrenados. Sabía que debía actuar rápidamente, antes de que su fachada cuidadosamente elaborada se desmoronara sin darle la oportunidad de congraciarse con la gente de Meryton. Observando la figura de Elizabeth alejándose mientras caminaba con Darcy, Elizabeth se veía radiante, su sonrisa iluminando su rostro. Wickham no era ciego a su belleza, pero más importante aún, notó cómo la mirada de Darcy se demoraba en ella, su expresión habitualmente severa suavizándose ligeramente.

—Señor Denny —murmuró Wickham a su compañero oficial, asintiendo discretamente en dirección a la pareja que se alejaba—. ¿No le parece que el señor Darcy parece bastante prendado de la señorita Elizabeth Bennet?

—Ah, sí —suspiró Denny—. Todos los oficiales de la milicia han intentado su suerte con las hermanas Bennet, pero son demasiado refinadas para hacer más que aceptar un baile de vez en cuando. Una lástima, pues son excepcionalmente hermosas. ¡El señor Darcy tiene la suerte de ser lo suficientemente rico como para resultar interesante para ellas!

—En efecto —coincidió Wickham, sus pensamientos acelerándose con una nueva determinación. Si bien no podía negar el encanto de las hermanas Bennet, era la oportunidad de antagonizar a Darcy lo que realmente aceleraba su pulso. Wickham consideró y descartó varias estrategias diferentes, sus pensamientos llenos de planes para frustrar el interés de Darcy en Elizabeth. Quizás comenzaría esa misma noche, pues su tonta tía lo había invitado a cenar y había prometido que sus sobrinas estarían presentes.

Fue bastante fácil acercarse a Elizabeth Bennet en el salón de su tía esa noche, aunque tuvo que ahuyentar con la mirada a un par de otros oficiales esperanzados de captar unos momentos con la belleza.

—Señorita Elizabeth —comenzó Wickham, con voz suave y encantadora—, me siento obligado a hablar con usted sobre un asunto de suma urgencia.

Elizabeth arqueó una ceja hacia él.

—¿En serio? ¿Qué asunto podría ser tan urgente que requiera mi atención inmediata?

—Perdone mi atrevimiento, pero creo que es mi deber advertirle sobre alguien cuyas intenciones pueden no ser tan honorables como parecen —respondió Wickham, bajando la voz de manera conspiratoria.

—Ah —dijo Elizabeth, sus labios curvándose en una sonrisa conocedora—. Habla usted del señor Darcy, ¿no es así?

Wickham vaciló, sorprendido por su perspicacia.

—Sí, señorita Elizabeth. Parece que ya está al tanto de la... reputación del caballero.

—Su preocupación queda debidamente registrada, teniente —respondió ella, con un tono teñido de escepticismo—. Sin embargo, no estoy inclinada a juzgar a una persona únicamente basándome en rumores. Prefiero formar mis propias opiniones.

—Por supuesto, señorita Elizabeth, y con razón —dijo Wickham, intentando ocultar su frustración detrás de una sonrisa afable—. Pero por favor, permítame compartir algunas ideas de nuestra historia compartida. Quizás entonces comprenda la profundidad de mi preocupación.

—Muy bien —cedió Elizabeth, cruzando los brazos sobre su pecho—. Prosiga.

Mientras Wickham la regalaba con historias de las supuestas fechorías y desaires de Darcy hacia él, Elizabeth escuchaba atentamente, su expresión permaneciendo inescrutable. Ocasionalmente, ella interrumpía con una pregunta u observación, dejando abundantemente claro que no era alguien que se dejara influenciar fácilmente por historias embellecidas.

—Gracias por compartir sus experiencias conmigo, teniente Wickham —dijo una vez que él había terminado su relato—. Debo decir que su historia es bastante extraordinaria. Sin embargo, mantengo que me reservaré el juicio hasta que haya tenido la oportunidad de conocer mejor al señor Darcy.

—Su cautela es admirable, señorita Elizabeth —respondió Wickham, su sonrisa tensa al darse cuenta de que sus esfuerzos no habían dado el fruto deseado. ¿Qué habría dicho ya Darcy sobre él?—. Confío en que mantendrá nuestra conversación en confidencia.

—Por supuesto —le aseguró ella—. Ahora, si me disculpa, debo volver con mis hermanas.

Mientras Elizabeth se alejaba de la conversación, Wickham la observó marcharse, sus pensamientos acelerados por la frustración y la determinación. Si sus palabras no podían influenciarla, entonces quizás sus acciones resultarían más convincentes. Se propuso redoblar sus esfuerzos para frustrar el potencial cortejo de Darcy hacia Elizabeth Bennet, sin importar el costo. Después de todo, en cuestiones de amor y guerra, todo valía. Mirando alrededor de la habitación, consideró su próximo objetivo. La tonta tía era un posible punto de influencia, pero pensó que había vislumbrado un mejor objetivo, habiendo escuchado al señor Collins mencionar a su patrona, Lady Catherine de Bourgh.

Lady Catherine estaría muy disgustada, sin duda, al enterarse de que su sobrino tenía ojos para alguien que no fuera su hija.

Wickham observó al señor Collins desde una distancia discreta, notando la manera obsequiosa del clérigo y su tendencia a adular a aquellos que consideraba sus superiores sociales. El hombre era débil y tonto, y Wickham esperaba que pudiera ser fácilmente manipulado para servir a sus propios fines.

—Señor Collins —llamó Wickham, acercándose al hombre con una sonrisa afable—. ¿Confío en que está disfrutando de esta encantadora velada?

—¡Ah, teniente Wickham! —exclamó el señor Collins, haciendo una profunda reverencia—. En efecto, lo estoy. Como clérigo, por supuesto, no conviene participar en demasiada frivolidad, pero una ocasión agradable como esta, en el hogar de un familiar, siento que puede disfrutarse con seguridad.

—Ciertamente —respondió Wickham, sus ojos brillando con cálculo—. De hecho, he estado queriendo hablar con usted sobre un asunto de cierta importancia. Concierne a nuestro conocido mutuo, el señor Darcy.

—¿El señor Darcy? —repitió el señor Collins, su interés despertado—. Por favor, cuénteme.

Wickham vaciló por un momento, fingiendo reticencia a compartir sus preocupaciones.

—Es un asunto delicado, señor, y temo que compartirlo pueda causar una angustia innecesaria. Sin embargo, como hombre de fe y alguien que goza de la estima de Lady Catherine de Bourgh, creo que usted es la persona más adecuada para escuchar mis preocupaciones.

—Su confianza en mí es muy halagadora, teniente —dijo el señor Collins, hinchándose de orgullo ante la idea de ser confiado con información crítica—. Por favor, continúe.

—Muy bien —comenzó Wickham, bajando la voz como si fuera a impartir un terrible secreto—. Tengo razones para creer que el señor Darcy puede estar en peligro de caer presa de una... aventurera.

—¿Una aventurera? —jadeó el señor Collins, escandalizado por la noción—. Seguramente no quiere insinuar que una dama de mala reputación tiene planes sobre los afectos del señor Darcy, ¿verdad?

—En efecto, me temo que así es —confirmó Wickham solemnemente—. He observado sus interacciones y no puedo evitar sentir un mal presagio por mi antiguo amigo. Es mi creencia que esta mujer busca atraparlo en un matrimonio inadecuado, uno que sería muy perjudicial para su reputación y posición.

—¡Santo cielo! —exclamó el señor Collins, con el rostro pálido por la conmoción—. Este es, en efecto, un asunto grave. Pero, ¿qué se puede hacer para evitar tal calamidad?

—Quizás, como hombre bajo el patrocinio de Lady Catherine, usted podría escribirle e informarle de la situación —sugirió Wickham, fingiendo renuencia—. Ella podría ser capaz de intervenir y proteger al señor Darcy de cometer un error desastroso en su juicio.

—¡Por supuesto! —exclamó el señor Collins, iluminándosele los ojos ante la idea de ser el instrumento de la voluntad de Lady Catherine—. Pero debe decirme, para que pueda aconsejar a su señoría... ¿quién es esta aventurera?

Wickham dudó. —Quizás aventurera sea una palabra demasiado dura —dijo con cautela—. Pero la dama en cuestión es decididamente inferior en su posición al señor Darcy... quien, por supuesto, está prometido a su prima, la señorita Anne de Bourgh. Es bastante comprensible que muchas jóvenes pongan sus ojos en un caballero como el señor Darcy, siendo tan rico e influyente como es.

—Por supuesto, por supuesto —asintió el señor Collins, inclinándose más cerca mientras Wickham hablaba en un tono confidencial—. Pero esta... ¿cree usted que el señor Darcy corresponde a su admiración?

—Me temo que sí —Wickham se puso una expresión de pesar—. Y entiendo que sus lealtades pueden estar divididas, señor Collins, pues la señorita Elizabeth Bennet es su propia prima, pero seguramente ve que es imperativo que no se le permita distraer al señor Darcy de su deber.

—¡La señorita Elizabeth! —el señor Collins se quedó boquiabierto, antes de volverse para mirar al otro lado de la habitación, donde Elizabeth estaba hablando con el coronel Forster y su tío, el señor Phillips—. Es muy hermosa —dijo consideradamente.

—Lo es —concedió Wickham—, pero la señorita Anne de Bourgh está prometida al señor

Darcy. ¡Imagine solamente el desagrado de Lady Catherine si su prima se interpusiera entre ellos, señor Collins!

El señor Collins palideció ligeramente, obviamente capaz de imaginar demasiado bien la furia de Lady Catherine. —En efecto, no se puede permitir que eso suceda —dijo el clérigo apresuradamente. Frunció el ceño, aparentemente sumido en sus pensamientos, antes de volverse hacia Wickham y asentir—. Le agradezco la información, teniente. Sé cómo actuar.

—¿Con una carta a Lady Catherine? —insistió Wickham.

—Ya veremos —respondió Collins—. Tengo planes propios que pueden significar que la intervención de Lady Catherine no sea necesaria. De hecho, preferiría no atraer su ira sobre mis primas a menos que sea necesario. Déjeme ver qué puedo hacer primero.

Molesto, Wickham observó a Collins alejarse, dirigiéndose hacia Elizabeth. ¿Iba el hombre a escribir a Lady Catherine o no? Wickham no podía imaginar qué pensaba Collins que podría hacer para frustrar el interés de Darcy en Elizabeth. —Estúpido necio —murmuró Wickham. Bueno, tendría que concentrarse en su primer objetivo, la tonta tía. Hacerse amigo de ella al menos aseguraría que tuviera acceso regular a Elizabeth, así que Wickham volvió a ponerse su sonrisa y cruzó la habitación para convencer a la señora Phillips de que le concediera un baile.



Capítulo Seis

EL GRAN SALÓN DE Netherfield mostraba las inequívocas señales de los preparativos para un baile: guirnaldas de flores adornaban las paredes, mientras que candelabros relucientes y platería se alineaban sobre la repisa de la chimenea. El señor Darcy estaba de pie junto a la ventana, contemplando el paisaje otoñal que se extendía ante él. Estaba perdido en sus pensamientos, considerando su creciente apego hacia Elizabeth Bennet, cuando el sonido de una discusión entre su amigo, el señor Charles Bingley, y la hermana de este, Caroline, llegó a sus oídos.

—Charles, te imploro que lo reconsideres —decía Caroline, con voz afilada por la desaprobación —. Los Bennet difícilmente son una conexión adecuada para un hombre de tu posición.

—Caroline, no me dejaré influenciar por tus opiniones en este asunto —respondió Bingley con firmeza, su carácter afable momentáneamente reemplazado por una determinación poco característica—. Estoy profundamente enamorado de Jane Bennet, y le pediré que sea mi esposa.

Darcy volvió la mirada hacia el interior de la habitación, observando cómo Bingley se mantenía firme frente a la oposición de su hermana. Su corazón se enterneció al ver la devoción de su amigo por la dulce Jane Bennet, pues sabía que era sincera y verdadera.

—Además —continuó Bingley—, la familia Bennet, aunque no sea acaudalada, es respetable; su familia ha estado en Longbourn por más de un siglo, y son muy apreciados en la vecindad. No veo por qué no deberíamos casarnos, a pesar de la pequeña dote de Jane; no necesito más dinero.

Los ojos de Caroline se dirigieron hacia Darcy, buscando apoyo.

—Señor Darcy —apeló a él, con la voz tensa por la frustración contenida—. Espero que esté de acuerdo conmigo en que la unión que mi hermano pretende con la señorita Bennet es de lo más inadecuada. Seguramente no puede apoyar tal alianza.

Darcy se encontró en una posición incómoda. Si bien no podía negar sus propias reservas iniciales sobre la idoneidad de la unión, había sido testigo de primera mano de la sinceridad del afecto entre Bingley y Jane. Era cierto que la familia Bennet no era tan adinerada como algunas, pero eran respetables, y Jane era la hija de un caballero.

—Señorita Bingley —comenzó Darcy lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado—. Aunque comprendo sus preocupaciones, debo confesar que no veo razón alguna por la que su hermano no deba casarse con la señorita Bennet. Su familia puede que no sea acaudalada, pero es respetable, y ella es hija de un caballero. Además, es evidente que existe un afecto mutuo entre la pareja.

Caroline miró a Darcy con incredulidad, con la boca abierta. Había esperado que compartiera su desdén por los Bennet y su falta de fortuna, no que apoyara la unión. Sus mejillas se sonrojaron de indignación, y luchó por encontrar palabras para expresar su ultraje.

—¡Seguramente está bromeando, señor Darcy! —exclamó, con la voz elevándose en tono—. ¡Usted, de entre todas las personas, debe ver la imprudencia de tal emparejamiento! Pensé que compartiría mi preocupación por la felicidad y el futuro de mi hermano.

—Señorita Bingley, la felicidad de su hermano es de gran importancia para mí —respondió Darcy con firmeza—. Pero no creo que la felicidad dependa únicamente de la riqueza o la posición social. El propio señor Bingley ha declarado que ama a la señorita Bennet, y he observado su afecto mutuo. ¿Por qué deberíamos usted o yo pedirles que nieguen su afecto, para que sin duda sean miserables el uno sin el otro, sin una buena razón?

Los ojos de Caroline destellaron de ira, pero no pudo encontrar argumento alguno contra las palabras de Darcy. Se vio obligada a aceptar su apoyo a la unión, aunque de mala gana, y se retiró del salón sin decir una palabra más.

—¡Ah, Darcy! —dijo Bingley, volviéndose hacia su amigo con un semblante radiante—. No puedo expresar cuán contento estoy de tener tu aprobación en mi elección de la señorita Bennet. Tu opinión tiene gran peso en mi estima.

—En efecto, Bingley —respondió Darcy, dando una palmada afectuosa en el hombro de su amigo—. Estoy verdaderamente encantado de que hayas encontrado tanta felicidad con una dama que es tan eminentemente adecuada para ti. Tu buen gusto es incuestionable, y parece que la fortuna te ha sonreído.

Mientras conversaban, Darcy no pudo evitar reflexionar sobre la ironía de la situación. A pesar

de sus propias reservas sobre la brecha social entre sus familias, había optado por apoyar los deseos de Bingley por encima de las objeciones de Caroline. La verdad era que ya no podía negar el amor genuino que existía entre Jane Bennet y su querido amigo. Además, como él mismo había comenzado a albergar pensamientos de una unión con cierta hermana vivaz de Jane, difícilmente podía oponerse a los deseos de Bingley.

—La señorita Bennet es, en efecto, una joven muy amable y talentosa —continuó Bingley, con la voz llena de calidez y admiración—. Y creo que su familia, aunque quizás no tan elevada en la sociedad como algunos podrían desear, llegará a ocupar un lugar especial en mi corazón también.

Darcy asintió en acuerdo, su mente divagando hacia la impertinente pero cautivadora Elizabeth Bennet. Por mucho que intentara reprimir estos sentimientos, de alguna manera ella había logrado capturar su corazón, y ya no podía ignorar este hecho. Sabía que apoyar la unión de Bingley podría llevarlo a cuestionar sus propios prejuicios y quizás incluso a considerar un futuro con Elizabeth.

—Tu felicidad es de suma importancia, Bingley —dijo Darcy con sinceridad—. Y estoy seguro de que la encontrarás con la señorita Bennet y su familia.

—Gracias, amigo mío —respondió Bingley, con los ojos brillando de gratitud—. No puedo esperar al día en que Jane se convierta en mi esposa y podamos comenzar nuestra vida juntos.

Mientras estaban de pie junto a la ventana, ambos hombres perdidos en sus pensamientos de amor y futuro, Darcy no pudo evitar preguntarse si él también conocería algún día la misma alegría que su amigo. Esperaba que, tal vez, si se permitía abrazar los cambios en su corazón, tal felicidad también podría estar a su alcance. Con este pensamiento llenando su mente, Darcy se prometió aprovechar cualquier oportunidad que pudiera surgir en la búsqueda de su propia felicidad.



Días después, el tan esperado baile de Netherfield finalmente había llegado. El gran salón zumbaba con animada conversación y risas mientras las parejas desfilaban graciosamente por la pulida pista de baile. Sin embargo, en medio de la alegría de la velada, la expresión sombría de Caroline Bingley destacaba como una nube oscura amenazando con eclipsar el sol.

—Señor Darcy —lo saludó Elizabeth cuando se acercó a ella, con los ojos chispeantes de júbilo y emoción—. ¿Confío en que está disfrutando del baile?

—En efecto, lo estoy, señorita Elizabeth —respondió él, con una leve sonrisa en los labios mientras contemplaba su radiante belleza. Su vestido, aunque no tan ostentoso como los de otras damas, mostraba elegancia y buen gusto, acentuando la natural hermosura que tanto había cautivado su atención. Diminutas perlas y cristales entretejidos en su cabello oscuro brillaban a la luz de las velas, y parecía casi resplandecer mientras la miraba—. Y permítame decirle que esta noche luce particularmente encantadora.

—Gracias —dijo ella, con un ligero rubor en las mejillas—. ¡Qué encantador se ve Netherfield esta noche!

Mientras hablaban, Darcy no pudo evitar lanzar miradas furtivas a Caroline, cuyos ojos entrecerrados estaban fijos en ellos con un resentimiento apenas disimulado. Sabía que sus atenciones hacia Elizabeth solo servirían para avivar la ira de Caroline, pero no podía fingir indiferencia ante esta encantadora e intrigante joven.

—Señorita Elizabeth —comenzó vacilante, sintiendo una nerviosidad poco familiar apoderarse de él—. ¿Podría solicitar el honor del próximo baile? —Su voz era baja, casi un susurro, como si temiera que la mera expresión de su deseo pudiera destrozar la frágil esperanza que había echado raíces en su pecho.

—Señor Darcy, estaré encantada —respondió Elizabeth, con los ojos brillantes de genuina calidez y placer. Las simples palabras, pronunciadas sin ningún rastro de artificio o pretensión, hicieron estremecer a Darcy.

Mientras se tomaban de las manos y se dirigían a la pista de baile, Darcy no pudo evitar notar que la expresión hosca en el rostro de Caroline se volvía aún más severa. Sus celos eran palpables, pero él se encontró incapaz de sentir simpatía por su difícil situación. Aunque sabía que el decoro y las expectativas sociales exigían cierto nivel de civilidad hacia la señorita Bingley, no fingiría afecto donde no existía. Caroline no había ocultado sus esperanzas de ser la próxima señora de Pemberley, pero Darcy nunca le había dado motivos para pensar que pudiera considerar tal idea.

El mundo pareció desvanecerse mientras Darcy bailaba con Elizabeth, dejándolos solo a ellos dos en un reino de su propia creación. Entre los elegantes giros y pasos amplios, Elizabeth lo miró, con los ojos brillantes, y comenzó a hablar, sacando a colación un tema que Darcy preferiría no abordar.

—Señor Darcy, debo pedirle su opinión sobre un asunto —comenzó ella—. Recientemente tuve la oportunidad de conversar con el señor Wickham. Hizo ciertas afirmaciones sobre su carácter que, debo admitir, me dejaron algo perpleja.

El ceño de Darcy se frunció momentáneamente, su mente dando vueltas con las posibles implicaciones de la lengua engañosa de Wickham. Tomó un respiro para calmarse antes de

responder, con la voz teñida de emoción contenida.

—Señorita Elizabeth —comenzó Darcy, tratando de mantener el equilibrio a pesar de la ira que lo inundaba con la mera mención del nombre del señor Wickham—, debo confesar que el señor Wickham posee cierto encanto que durante mucho tiempo ha cautivado a quienes lo rodean. Es hábil para hacer amigos con gran facilidad, para gran pesar de esos amigos cuando inevitablemente se ven traicionados por su verdadera naturaleza.

Elizabeth arqueó una ceja con picardía.

—¿En serio, señor? Parece entonces que su encanto sirve tanto de don como de maldición.

—Así es —respondió Darcy, su mirada oscureciéndose brevemente con recuerdos de las indiscreciones pasadas de Wickham—. En verdad, no desearía que nadie fuera tan desafortunado como para cruzarse en el camino del señor Wickham, pues es solo cuestión de tiempo antes de que descubran el alcance de su doblez.

—Un desenlace trágico, sin duda —dijo Elizabeth con seriedad. Luego se inclinó un poco más cerca, con una sonrisa absolutamente cautivadora en los labios—. ¿Cree que debería intervenir? —Hizo un gesto hacia un lado del salón de baile.

Darcy miró hacia donde Bingley conducía a Jane Bennet hacia la terraza oscura, ambos obviamente intentando pasar desapercibidos.

—Absolutamente no —dijo Darcy con firmeza—. Tengo razones para creer que Bingley tiene una pregunta en particular que desea hacerle a su hermana, y ciertamente no creo que se requiera una audiencia.

¿Había pensado antes que la sonrisa de Elizabeth era cautivadora? En ese momento, Darcy no deseaba nada más que ver esa sonrisa frente a él todos los días, por el resto de su vida.



Todo el salón de baile pareció contener la respiración mientras el señor Bingley y Jane se encontraban en el centro, con las manos entrelazadas y los ojos llenos del tierno resplandor del amor. Un murmullo de anticipación recorrió la multitud de invitados cuando el señor Bingley alzó la voz, dirigiéndose a la asamblea.

—Queridos amigos —comenzó, con una expresión que reflejaba tanto la felicidad desbordante como la incredulidad ante su propia buena fortuna—, es con gran alegría que anuncio mi compromiso con la encantadora señorita Jane Bennet.

Una sinfonía de exclamaciones de felicitación estalló cuando la noticia fue recibida con deleite, y la pareja se vio asediada por los invitados ansiosos por ofrecer sus felicitaciones.

La sonrisa cuidadosamente compuesta de Caroline Bingley ocultaba una tempestad de irritación y decepción mientras observaba la escena desarrollarse. Había tramado y planeado, con la esperanza de disuadir a su hermano de esta unión, solo para que sus esfuerzos resultaran en vano. Ahora, se veía obligada a enfrentar la realidad de que estaría para siempre conectada con la familia que consideraba tan inferior.

—Querida Jane —pronunció Caroline entre dientes apretados, acercándose con un aire ensayado de gracia y calidez—, permíteme ofrecerte mis más sinceras felicitaciones por tu compromiso.

—Gracias, señorita Bingley —respondió Jane, su dulce semblante irradiando sincera gratitud, aparentemente ajena a la insinceridad que se ocultaba bajo las palabras de Caroline.

Mientras Caroline se alejaba de la feliz pareja, sus pensamientos estaban consumidos por la amargura y la envidia. En su mente, se imaginaba a sí misma como la futura novia, de pie junto al señor Darcy con la admiración de todos los presentes. Este era el futuro que había deseado, el futuro que creía merecer, pero parecía alejarse cada vez más de su alcance con cada momento que pasaba.

—Señorita Bingley —dijo el señor Darcy, apareciendo a su lado—, ha sido usted muy amable al ofrecer sus felicitaciones a su hermano y a la señorita Bennet.

—Gracias, señor Darcy —respondió Caroline, con la voz tensa mientras luchaba por mantener su fachada de compostura—. Es lo apropiado que extienda mis mejores deseos a ellos, pues van a unirse en santo matrimonio, después de todo. Jane será mi hermana.

—En efecto —asintió el señor Darcy, su aguda mirada revelando una comprensión del tumulto que se agitaba en el corazón de Caroline—. Que su unión sea un testimonio del poder del amor y de la importancia de encontrar a alguien que sea nuestro igual tanto en mente como en corazón.

Caroline apenas podía contener su ira ante estas palabras, pues servían como un recordatorio de que el señor Darcy, objeto de sus afectos, había considerado la unión entre su hermano y Jane Bennet como apropiada y digna de elogio. Mientras las celebraciones continuaban a su alrededor, Caroline se encontró a la deriva en un mar de descontento, incapaz de sacudirse la sensación de que el futuro que había imaginado se le escapaba entre los dedos como granos de arena. ¡Esos horribles Bennet! Ahí venía la señora Bennet ahora, esa criatura simple, acercándose para felicitar a su hijastra. ¡Mujer intrigante y espantosa!

—Señor Bingley, mi querida Jane —dijo Charlotte—, permítanme ofrecerles mis más sinceras felicitaciones por su compromiso. Su amor el uno por el otro es evidente para todos los que los conocen, y el señor Bennet y yo estamos encantados ante la perspectiva de su unión.

—Gracias, madrastra —respondió Jane, con las mejillas sonrojadas de felicidad—. Sus amables palabras significan mucho para ambos.

—En efecto —convino Bingley, su rostro era la viva imagen de la satisfacción—. Somos muy afortunados de habernos encontrado.

—La fortuna, quizás, jugó un papel —dijo Charlotte pensativa—, pero son sus propios buenos corazones los que los han unido. Ahora, si me permiten ser tan atrevida como para hacer una sugerencia —hizo una pausa, con un brillo en los ojos, antes de continuar—: Creo que sería muy apropiado que su boda se celebrara antes de Navidad. La temporada se presta a la alegría y la celebración, y tal ocasión solo serviría para realzar las festividades.

Los ojos de Bingley se iluminaron ante la idea, y se volvió hacia Jane, buscando su aprobación.

—¿Qué piensas, mi amor? Una boda navideña sería sin duda un evento mágico.

La sonrisa de Jane se ensanchó aún más, y asintió con entusiasmo.

—Oh, Charles, no puedo pensar en un mejor momento para comenzar nuestra vida juntos. Una boda navideña sería perfecta.

—¡Entonces está decidido! —declaró Bingley, con la emoción evidente en su voz—. Nos casaremos antes de Navidad.

Caroline se preguntó si iba a ponerse enferma. Apartando la vista de la nauseabunda escena ante ella, su mirada se posó en un rostro casi tan descontento como el suyo propio; ese tonto clérigo primo de los Bennet. Preguntándose qué le desagradaba de la unión, se acercó un poco más, pensando que tal vez al menos encontraría un aliado para escuchar sus descontentos sentimientos. Sin embargo, el señor Collins se estaba acercando a Elizabeth Bennet en ese momento, solicitando su mano para el baile. Caroline observó con diversión. Ver a Elizabeth pisoteada sería un pequeño consuelo para las miserias de la noche.

—Se lo agradezco, señor Collins, pero me encuentro bastante agotada —dijo Elizabeth rápidamente—. La emoción de la noche, ya sabe. ¿Ya ha felicitado al señor Bingley y a Jane?

—Un enlace impresionante ciertamente para su hermana —dijo el señor Collins—, pero confieso que tengo mis reservas en cuanto a su idoneidad. Seguramente debe estar de acuerdo en que la disparidad entre el modesto origen de Jane y la generosa fortuna del señor Bingley es motivo de

preocupación.

Caroline sonrió mientras escuchaba. ¡Un aliado inesperado, sin duda! Pero el señor Collins no era rival en ingenio para Elizabeth Bennet, y la pícara casi se rio en su cara.

—Señor Collins —replicó Elizabeth, con esa desagradable sonrisa burlona en su rostro—, me gustaría recordarle que el señor Bingley es un caballero, y Jane es la hija de un caballero. Su unión es perfectamente apropiada, y cualquier preocupación sobre su unión es infundada.

El señor Collins resopló y se cruzó de brazos.

—De hecho —añadió Elizabeth—, lo que más importa es que son compatibles en temperamento y se aman profundamente. Seguramente incluso un hombre de su estimada posición puede apreciar la importancia de tales cualidades en un matrimonio.

La expresión en el rostro del señor Collins pasó de la indignación a la incomodidad mientras balbuceaba una respuesta, claramente desconcertado por el razonamiento de Elizabeth. Buscó refugio entre la multitud, dejando atrás un aire de satisfacción entre la familia reunida... y a una furiosa Caroline Bingley, jurando encontrar una manera de interrumpir los planes de su hermano aunque fuera lo último que hiciera.



Capítulo Siete

LA MAÑANA DESPUÉS DEL baile de Netherfield, Charlotte y Jane se sumergieron rápidamente en los preparativos de la boda. El señor Bennet, ante la perspectiva de escuchar más conversaciones sobre encajes de las que jamás hubiera deseado, se retiró a su estudio sin demora, y Mary optó por practicar en el pianoforte. Con el mal tiempo impidiendo a Elizabeth dar su habitual paseo, se dirigió al salón y estaba sentada a solas con un libro cuando el señor Collins la encontró. Él había estado esperando este momento con gran anticipación, vislumbrando la oportunidad de asegurar su futuro. Elizabeth Bennet, pensó, sería una excelente esposa. Su ingenio entretendría a Lady Catherine de Bourgh, y su atractiva figura sería un placer para el propio señor Collins.

—Mi querida señorita Elizabeth —comenzó, acercándose a ella con una mezcla de temor y confianza en sí mismo—, difícilmente puede usted dudar del propósito de mi discurso, aunque su natural delicadeza pueda llevarla a disimular; mis atenciones han sido demasiado evidentes para ser malinterpretadas. Casi desde el momento en que entré en esta casa, la elegí a usted como la compañera de mi futura vida. Pero antes de dejarme llevar por mis sentimientos sobre este asunto, quizás sería aconsejable exponer mis razones para casarme y, además, para venir a Hertfordshire con el designio de elegir una esposa, como ciertamente hice —. Comenzó un discurso sobre los méritos de su propuesta y las ventajas de la proximidad a Lady Catherine de Bourgh que su esposa disfrutaría, sin notar la expresión en el rostro de Elizabeth, que se deslizaba lentamente hacia el horror mientras él continuaba.

—Y ahora solo me queda asegurarle, con el lenguaje más animado, la violencia de mi afecto — concluyó felizmente—, y sugerir que quizás, como medida de economía, podríamos compartir las celebraciones de boda con la señorita Bennet y el señor Bingley.

Elizabeth hizo una pausa por un momento, y él sonrió con suficiencia, seguro de que ella estaba abrumada por el honor de recibir sus atenciones.

Por fin, sin embargo, Elizabeth habló.

—¡Se apresura usted demasiado, señor! Olvida que no he dado respuesta alguna. Permítame hacerlo sin más demora. Agradezco el cumplido que me hace. Soy muy sensible al honor de sus proposiciones, pero me es imposible hacer otra cosa que declinarlas.

Esto era completamente imposible. Él sonrió.

—Entiendo que es habitual en las jóvenes rechazar las propuestas del hombre que secretamente pretenden aceptar, cuando este solicita por primera vez su favor; y que a veces el rechazo se repite una segunda, o incluso una tercera vez. Por lo tanto, no me desaliento en absoluto por lo que acaba de decir, y espero conducirla al altar en breve.

—Por mi honor, señor, su esperanza es bastante extraordinaria después de mi declaración. Le aseguro que no soy una de esas jóvenes tan osadas como para arriesgar su felicidad ante la posibilidad de que se les pida una segunda vez. Soy perfectamente seria en mi rechazo. Usted no podría hacerme feliz, y estoy convencida de que soy la última mujer en el mundo que podría hacerlo feliz a usted.

Ella parecía serena, calmada, y sin el menor indicio de que pudiera cambiar de opinión. ¡Ni siquiera parecía halagada por sus atenciones! Por un breve momento, la fachada cuidadosamente construida del señor Collins se desmoronó, revelando un destello de dolor e indignación. ¿Cómo podía rechazarlo tan fácilmente, se preguntó, cuando él había estado tan seguro de su aceptación?

—Señorita Elizabeth —insistió, luchando por mantener la compostura—, entiendo que mi propuesta pueda resultar una sorpresa, pero le aseguro que mis intenciones son sinceras. Estoy preparado para ofrecerle todas las comodidades y seguridad que un caballero de mi posición puede proporcionar.

—Su generosidad es encomiable, señor Collins —respondió Elizabeth, con voz firme—. Sin embargo, debo ser fiel a mis propios sentimientos, y estos no se alinean con el futuro que me propone. Le ruego me perdone por cualquier angustia que mi decisión pueda causarle, pero no puedo aceptar su oferta.

El rostro del señor Collins se sonrojó de vergüenza y frustración, su anterior confianza desvaneciéndose como arena en un reloj de arena. Sus pensamientos corrían, lidiando con las implicaciones del rechazo de Elizabeth. ¿Había juzgado mal su carácter? ¿Había algún obstáculo insuperable que no había percibido? ¿O simplemente era que ella no lo encontraba lo suficientemente deseable como para considerarlo como esposo?

Mientras el señor Collins se alejaba, con el corazón apesadumbrado por la decepción, no pudo evitar sentir que había sufrido una grave injusticia. Le había ofrecido a Elizabeth Bennet todo lo que una mujer podría desear: un hogar confortable, unos ingresos respetables y la estima de su noble patrona, Lady Catherine de Bourgh, y, sin embargo, ella lo había rechazado sin vacilar.

—Quizás —reflexionó amargamente—, me equivoqué en mi elección de esposa. Pero no permitiré que este revés me aparte de mi objetivo final —. Hablaría con el señor y la señora Bennet; ¡ambos habían alentado sus motivos para buscar esposa entre sus hijas! Seguramente, harían entrar en razón a Elizabeth.

En la tranquila soledad de la biblioteca del señor Bennet, el señor Collins encontró tanto a su primo como a la señora Bennet, aparentemente discutiendo el presupuesto para el ajuar de boda de la señorita Bennet. El señor Collins no tuvo reparos en interrumpir tan trivial conversación con sus preocupaciones.

—Señor Bennet, señora Bennet —comenzó tras un profundo y afligido suspiro—, estoy desconcertado. La señorita Elizabeth me ha rechazado a pesar de las muchas ventajas que le expuse. No puedo comprender sus razones.

Los Bennet intercambiaron una mirada de aparente confusión.

—Lo siento, señor Collins —dijo el señor Bennet—, ¿acaba de decir que le propuso matrimonio a *Elizabeth*?

—¡En efecto, señor! Casi desde el momento en que entré en esta casa, la elegí como la compañera de mi futura vida —. Afligido, el señor Collins se desplomó en una silla y miró fijamente a su primo—. ¡Pero ella me ha rechazado incomprensiblemente! Ha criado usted a una hija muy tonta, primo, que no entiende las grandes ventajas que...

—Señor Collins —lo interrumpió Charlotte, con voz serena—, Elizabeth tiene derecho a declinar su propuesta si no siente que la conduciría a su felicidad.

—Señora Bennet —dijo el señor Collins, exasperado—, seguramente usted puede entender mi confusión. ¡Tengo un muy buen beneficio que ofrecer, así como el patrocinio de Lady Catherine de Bourgh!

El señor Bennet se cubrió la boca y apartó la mirada. Avergonzado, quizás, por la insensatez de su hija, pensó el señor Collins, y dejando por tanto la conversación a su esposa.

—Por supuesto, señor Collins —le aseguró Charlotte con una suave sonrisa—. Pero mencioné a su llegada que creía que Mary sería más adecuada para usted. Esperaba que pudiera considerarla como una potencial pareja.

—Mary es una chica sensata —añadió el señor Bennet, juntando las puntas de los dedos—. Comparte su pasión por el orden y la propiedad. Quizás un cortejo con ella sería más exitoso.

Pero Mary no es ni de lejos tan bonita como Elizabeth, pensó el señor Collins con rebeldía.

—¿No intercederán con la señorita Elizabeth? —preguntó, esperando desesperadamente que cambiaran de opinión.

—Hablaré con ella, por supuesto —dijo el señor Bennet, después de mirar a su esposa—. Pero no, señor Collins, no ejerceremos presión sobre ella para que cambie su decisión. Lizzy conoce su propia mente, y si ha decidido en su contra, ciertamente respetaremos su elección. Le insto a que reconsidere la suya.

No podía escuchar más. Enfadado por verse frustrado, el señor Collins se puso de pie de un salto y salió de la biblioteca sin despedirse de sus primos, seriamente disgustado. Subiendo las escaleras con fuerza hacia su habitación, se quedó un momento mirando por la ventana antes de girarse hacia su escritorio.

Ahora sabía cómo actuar. El señor Wickham tenía toda la razón. Su pluma arañó el papel mientras componía laboriosamente una carta para Lady Catherine de Bourgh. En ella, detallaba el desafortunado giro de los acontecimientos que había llevado al rechazo de Elizabeth Bennet a su propuesta de matrimonio.

Sin duda, su señoría coincidirá con mi razonamiento, escribió, *de que las esperanzas de la señorita Elizabeth de casarse con un hombre de gran importancia como el señor Darcy la han cegado ante el honorable y ventajoso enlace que le ofrecí.*

Con un floreo de su pluma, el señor Collins firmó su nombre y dejó la carta a un lado para que se secara. Meditó sobre el consejo que le habían dado Charlotte y el señor Bennet acerca de la idoneidad de Mary como potencial esposa. Aunque su orgullo escocía por el rechazo de Elizabeth, sabía que sería prudente considerar su consejo.

—Mary es una joven diligente y prudente —musitó en voz alta, su voz apenas audible por encima del crepitar del fuego—. Comparte mis valores y entiende la importancia de cumplir con los deberes de la vida. Quizás esté mejor adaptada al papel de señora Collins que su hermana.

Resuelto en su decisión, el señor Collins buscó a Mary Bennet, encontrándola practicando en el pianoforte. Los sombríos tonos de su música llenaban el aire, y él dudó un momento antes de interrumpir su interpretación.

—Señorita Mary —comenzó, aclarándose la garganta nerviosamente—. ¿Podría hablar con usted en privado?

—Por supuesto, señor Collins —respondió Mary, frunciendo el ceño con curiosidad mientras cerraba la tapa del piano. Se retiraron a un rincón tranquilo de la habitación, lejos de los oídos indiscretos de los demás.

—Señorita Mary, debo confesar que he pasado mucho tiempo reflexionando sobre las cualidades de una esposa adecuada —comenzó el señor Collins, su voz temblando de emoción—. Después de mucha deliberación, y a la luz de los recientes acontecimientos, me ha quedado claro que usted posee las virtudes y la disposición necesarias que nos harían una pareja muy compatible.

Hizo una pausa, tomando una profunda bocanada de aire antes de continuar.

—Por lo tanto, me honra ofrecerle mi mano en matrimonio, señorita Mary, si usted la acepta.

Mary lo miró con una mezcla de sorpresa e incertidumbre.

—Señor Collins —dijo vacilante—, me siento halagada por su propuesta y agradecida por sus amables palabras. Sin embargo, debo solicitar algo de tiempo para considerar su oferta y sopesarla contra mis propios deseos y aspiraciones.

—Por supuesto, señorita Mary —respondió el señor Collins, tratando de ocultar su decepción porque ella no lo hubiera aceptado con entusiasmo—. Entiendo que este es un asunto de gran importancia, y esperaré ansiosamente su respuesta.

Mientras se separaban, el señor Collins no pudo evitar sentir una punzada de incertidumbre royendo su corazón. ¿Encontraría alguna vez una hija Bennet dispuesta a aceptar su mano? ¿O estaría condenado a enfrentar más rechazos y decepciones?

Un delicado rayo de sol atravesaba las cortinas de encaje de la Casa Darcy en Londres, proyectando un cálido resplandor sobre los delgados dedos de Georgiana Darcy mientras trazaban la elegante caligrafía de la carta de su hermano. Las noticias contenidas en sus páginas eran a la vez emocionantes y desconcertantes: una próxima boda en Netherfield, y la decisión de Fitzwilliam de permanecer en Hertfordshire con los Bingley hasta poco antes de Navidad.

—Señorita Darcy —observó la señora Annesley, su acompañante, con una suave sonrisa—, parece estar muy ensimismada. ¿Hay noticias de gran importancia en la carta de su hermano?

—En efecto, las hay, señora Annesley —respondió Georgiana—. Fitzwilliam escribe sobre una boda que pronto tendrá lugar en Netherfield, y ha decidido quedarse con los Bingley algunas semanas más. No se unirá a nosotros aquí hasta la víspera de Navidad.

—Ah, esas son noticias muy agradables, señorita Darcy. Su hermano debe estar muy entusiasmado con la sociedad de Hertfordshire.

—Quizás —murmuró Georgiana, su corazón palpitando con una mezcla de preocupación y curiosidad. ¿Encontraría su querido hermano la felicidad en estas nuevas amistades? ¿Y qué hay de ella? Sin su firme guía, se sentía a la deriva en medio de las arremolinadas corrientes de la sociedad londinense.

—¿Algo le preocupa, querida? —preguntó la señora Annesley, frunciendo el ceño con inquietud.

Georgiana dudó, luego suspiró.

—No puedo evitar sentirme... dejada atrás, señora Annesley. La carta de Fitzwilliam está llena de calidez y emoción, mientras yo permanezco aquí en Londres, confinada por la propiedad y las circunstancias.

—Ah, entiendo sus sentimientos, señorita Darcy —dijo la señora Annesley con simpatía—. Pero recuerde que el primer deber de su hermano es asegurar su seguridad y bienestar. No la dejaría sin una buena razón.

—Por supuesto, tiene razón —concedió Georgiana, con una sonrisa melancólica en los labios—. Debo confiar en el juicio de Fitzwilliam y apreciar nuestra reunión en Navidad.

—En efecto, querida —convino la señora Annesley, dando unas palmaditas reconfortantes en la mano de Georgiana—. Con paciencia y fortaleza, los días pasarán rápidamente, y pronto te reunirás con tu hermano en medio de las alegrías de la temporada festiva.

Sin embargo, mientras Georgiana contemplaba las bulliciosas calles de Londres, no podía sacudirse la sensación de que algo no andaba bien: un susurro quedo y persistente que insinuaba secretos aún no revelados. Y aunque se esforzaba por desterrar tales pensamientos de su mente, estos permanecían como sombras, su presencia un recordatorio inoportuno de la distancia entre ella y su querido Fitzwilliam.

A la mañana siguiente, Georgiana se encontraba paseando por el salón, rozando con las yemas de los dedos los delicados pétalos de un arreglo de flores de invernadero al pasar. Sus pensamientos estaban consumidos por el contenido de la carta de Fitzwilliam y la inquietante noción de que había sido intencionalmente excluida de las celebraciones en Netherfield.

—Señora Annesley —comenzó Georgiana vacilante, deteniendo sus inquietos movimientos para enfrentar a su acompañante—. ¿No le parece extraño que no me hayan invitado a acompañar a Fitzwilliam a Hertfordshire? Seguramente debe de haberse olvidado de incluirme.

—Señorita Darcy —respondió la señora Annesley con una sonrisa amable—, estoy segura de que su hermano nunca la dejaría fuera intencionalmente. Quizás haya razones prácticas para su decisión que desconocemos.

—Aun así —replicó Georgiana, con las mejillas enrojecidas de determinación—, no puedo soportar la idea de perderme un evento tan importante en su vida. Debo ir a Netherfield inmediatamente.

—¿Estás completamente segura, querida? —preguntó la señora Annesley, con un destello de preocupación en su mirada—. Es un largo viaje, y podríamos llegar sin previo aviso y no ser bienvenidas.

—En efecto, estoy segura —declaró Georgiana, con la barbilla levantada en silenciosa resolución. Y aunque sintió que un temblor de duda la atravesaba, acalló sus recelos con la convicción de que su presencia en la boda era de suma importancia, no solo para su propia felicidad sino también para el vínculo entre ella y su querido hermano.

—Muy bien —cedió la señora Annesley con un suspiro, percibiendo que la determinación de Georgiana no sería disuadida—. Dispondré nuestra partida para mañana por la mañana.

—Gracias, señora Annesley —dijo Georgiana, con gratitud brillando en sus ojos—. Espero que Fitzwilliam comprenda mis acciones y perdone cualquier inconveniente que pueda causar.

—Su hermano la quiere profundamente, señorita Darcy —le aseguró la señora Annesley—. No tengo duda de que se alegrará de verla, aunque nuestra llegada sea inesperada.

El carruaje traqueteaba y se sacudía con cada bache del camino desigual, pero Georgiana se mantenía firme en su determinación, a pesar de la creciente preocupación por la salud de la señora Annesley. Aunque solo era un día de viaje en el coche bien suspendido, la dama mayor se había vuelto cada vez más febril a medida que avanzaba el trayecto, y Georgiana no podía evitar sentirse responsable por la enfermedad de su acompañante.

—Señora Annesley —se aventuró Georgiana suavemente, extendiendo la mano para tocar la suya—. Lamento profundamente que haya enfermado por mi causa.

—No se preocupe por ello, señorita Darcy —respondió débilmente la señora Annesley, ofreciendo una pálida sonrisa—. No me sentía del todo bien ayer, pero estoy segura de que esta dolencia actual es meramente consecuencia de nuestra apresurada partida.

—No obstante —insistió Georgiana, con los ojos llenos de remordimiento—, si hubiera sido menos obstinada, podríamos haber evitado esta situación por completo. Ruego que Fitzwilliam no sea demasiado severo cuando se entere de nuestra llegada.

—Su hermano la quiere profundamente, querida —la tranquilizó la señora Annesley—. Comprenderá su deseo de estar presente en una ocasión tan importante.

Al llegar a Netherfield, la vista de la grandiosa propiedad llenó a Georgiana tanto de emoción como de temor. Cuando el carruaje finalmente se detuvo, dudó un momento antes de bajar, con el corazón acelerado ante la idea de enfrentar la reacción de su hermano ante su presencia inesperada.

—¡Georgiana! —exclamó el señor Darcy, su voz tensa de sorpresa y alarma cuando fueron anunciadas en el salón—. ¿Qué te trae a Netherfield?

—Perdóname, Fitzwilliam —dijo Georgiana, con la mirada baja en deferencia al evidente desagrado de su hermano—. Estaba ansiosa por asistir a la boda del señor Bingley y temía que mi invitación hubiera sido pasada por alto.

—Georgiana, no deberías haber venido sin avisar —la reprendió Darcy, con preocupación grabada en sus facciones mientras sus ojos se posaban en el semblante pálido de la señora Annesley—. ¡Señora Annesley, está usted indispuesta!

—En efecto —admitió la mujer mayor, con voz apenas audible—. Temo que el viaje me ha pasado factura.

—Entonces no hay otra opción —declaró Darcy con aire autoritario—. Deben permanecer en Netherfield hasta que la señora Annesley esté lo suficientemente recuperada para viajar. Sin embargo, Georgiana, debo insistir en que te confines a los terrenos de la propiedad durante tu estancia.

—Querido Fitzwilliam —comenzó ella, dudando antes de continuar con una voz apenas audible incluso para sí misma—, entiendo tu preocupación por mi seguridad, pero seguramente debe haber alguna manera de hacer amigos sin exponerme al peligro.

—Georgiana —respondió Darcy—, solo deseo lo mejor para ti, pero debemos ser cautelosos. Eres joven, y hay quienes se aprovecharían de tu inocencia. —Su expresión era inflexible, y Georgiana se dio cuenta de que no cedería en su decisión.

—¿He de permanecer enjaulada como un pájaro en Netherfield, entonces? —preguntó, con el corazón pesado de decepción.

—Solo hasta que la señora Annesley se haya recuperado —la tranquilizó Darcy—. Te prometo que una vez que esté bien, tendrás la libertad de explorar y hacer amigos como desees. Por ahora, sin embargo, es vital que prioricemos su salud y tu seguridad.

—Muy bien —murmuró Georgiana mansamente. Anhelaba confiar en el juicio de su hermano, pero en lo profundo de su corazón, no podía evitar preguntarse si el precio de la protección era demasiado alto.

Subieron al piso superior, donde el ama de llaves inmediatamente puso a su disposición un conjunto muy cómodo de habitaciones, y dos competentes doncellas se apresuraron a acomodar a la señora Annesley, asegurando a Georgiana que atenderían todas sus necesidades.

Georgiana se encontró sola en su habitación, de pie junto a la ventana. Unos pasos detrás de ella la hicieron volverse, forzando una sonrisa en sus labios al ver a su anfitriona entrar en la habitación. Caroline Bingley siempre había sido cortés con ella —casi aduladora, de hecho— pero Georgiana no lograba sentir simpatía por la dama mayor, quizás porque la persecución de Caroline a Fitzwilliam era tan obvia. Georgiana sospechaba que Caroline solo era amable con ella porque pensaba que eso podría aumentar la buena opinión de Darcy.

—Señorita Darcy —se aventuró Caroline Bingley, con un aire practicado de cordialidad—, ¿puedo ofrecerle algún consuelo en su confinamiento en los terrenos de Netherfield? Quizás podríamos tomar el té juntas y hablar sobre las últimas modas o compartir nuestras opiniones sobre novelas recientes.

—Gracias por su amable oferta, señorita Bingley —respondió Georgiana cortésmente—. Sin embargo, estoy bastante cansada por nuestro viaje y preferiría descansar.

—Por supuesto —concedió Caroline, ocultando su decepción bajo una sonrisa educada—. Pero si cambia de opinión, no dude en llamarme. Estoy segura de que podríamos volvernos grandes amigas.

Mientras veía a Caroline salir de la habitación, Georgiana no pudo negar la punzada de soledad que roía su corazón. Sin embargo, a pesar de su anhelo de compañía, se encontró incapaz de pasar por alto el aire de condescendencia que se adhería a la señorita Bingley como una segunda piel. Incluso a su corta edad, Georgiana reconocía el inconfundible aroma de una trepadora social, y se mostraba reacia a aliarse con semejante persona.

—Solo espero que mi hermano también la vea como realmente es —murmuró Georgiana, volviéndose hacia la ventana para contemplar melancólicamente la vista una vez más—. ¡Caroline Bingley como mi hermana es una perspectiva demasiado horrible para contemplar!



Capítulo Ocho

ELIZABETH OBSERVABA A SU hermana Mary, con el ceño fruncido en un gesto pensativo, mientras esta acompañaba a su primo a la puerta de Longbourn, donde le esperaba el coche que lo llevaría de vuelta a Kent.

—Señor Collins —dijo Mary con una educada inclinación de cabeza—, confío en que tenga un viaje seguro de regreso a Hunsford. Consideraré debidamente su propuesta y le escribiré pronto con mi decisión.

—Gracias, señorita Mary —respondió el señor Collins, con su sonrisa servil firmemente en su lugar—. Espero ansiosamente su respuesta y confío en un desenlace favorable.

Cuando la puerta se cerró tras él, Elizabeth no pudo evitar sentir alivio por su partida. Miró a Mary, cuyo semblante pensativo indicaba que la perspectiva de su decisión le pesaba considerablemente. Elizabeth solo podía esperar que su hermana tomara la decisión que mejor se ajustara a su propia felicidad.

—Mary —se aventuró con cautela—, ¿te encuentras bien?

Mary alzó la vista, encontrándose con la mirada preocupada de Elizabeth.

—Sí, Lizzy, estoy bien. Simplemente me encuentro... reflexionando sobre el futuro.

—Sea cual sea tu decisión, querida hermana —la tranquilizó Elizabeth—, debes saber que cuentas con todo mi apoyo.

—Gracias, Lizzy —respondió Mary suavemente.

Elizabeth no había intentado ocultar el hecho de que el señor Collins le había propuesto matrimonio y había sido rechazado, contándoselo a Mary y a Jane tan pronto como vieron al señor Collins salir de la casa, diciendo que tenía una carta que enviar en Meryton. Al escuchar que el señor Collins se había declarado a Elizabeth, Mary se había puesto muy seria, antes de admitir que ella también había recibido una propuesta.

Elizabeth había deseado al instante no haber dicho nada, pero Mary negó con la cabeza, diciendo que se alegraba de saberlo.

—No creo que me guste ser su segunda opción —murmuró Mary en voz baja—. Me alegro de haber dudado y pedido tiempo para tomar mi decisión. —Esbozó una pequeña sonrisa—. No estoy segura de ser lo suficientemente valiente como para rechazarlo cara a cara como tú, Lizzy. Si decido no aceptarlo, será mucho más fácil hacérselo saber por carta.

Al ver ahora a Mary, ni siquiera molestándose en ver cómo se alejaba el coche, Elizabeth sospechaba que Mary ya había tomado su decisión, pero evitaba compartirla porque quería evitar cualquier confrontación antes de que el señor Collins partiera. Como Mary había dicho, un rechazo por carta sería mucho menos doloroso, aunque posiblemente no para el señor Collins, rechazado dos veces por las hermanas Bennet.

El señor Bennet partió poco después que el señor Collins, dirigiéndose una vez más a Oxford. Él y Charlotte habían decidido traer a Kitty y Lydia de vuelta del colegio, para que pasaran tiempo con Jane antes de que se casara. A última hora de la tarde, el carruaje regresó, y sus ocupantes descendieron en medio de un alboroto de charla emocionada y faldas crujientes. La puerta se abrió de golpe y Kitty y Lydia irrumpieron en la casa, con los rostros encendidos de emoción y anticipación.

—¡Jane! —exclamó Lydia, arrojándose a los brazos de su hermana mayor—. ¡Oh, cuánto hemos anhelado verte! ¡Qué maravillosa noticia, que hayas encontrado un hombre rico para casarte!

—Qué bueno verte, querida —respondió Jane con una sonrisa radiante, envolviendo a su hermana menor en un tierno abrazo, pero ignorando con tacto la observación poco elegante de Lydia.

—¡Qué emocionante noticia! —exclamó Kitty, juntando las manos con deleite—. ¡Tendremos unas celebraciones maravillosas, y solo imagina todos los apuestos caballeros que asistirán!

—Kitty, intenta contener tu entusiasmo —la reprendió Elizabeth suavemente, aunque no pudo

reprimir del todo una sonrisa ante la alegría desenfrenada de sus hermanas.

—Muy bien, Lizzy —suspiró Kitty dramáticamente, pero sus ojos brillaban con picardía—. Pero seguramente no se nos puede culpar por nuestra emoción. Después de todo, ¡no es todos los días que la hermana de una se compromete con un caballero tan elegible!

—Ciertamente no —convino Elizabeth, desviando la mirada hacia Jane, cuyas mejillas ahora resplandecían con un hermoso rubor—. Pero recordemos que es el afecto y el entendimiento entre dos corazones lo que verdaderamente importa, más que los adornos de la riqueza y el rango.

—Por supuesto, Lizzy —cedió Lydia, poniendo los ojos en blanco juguetonamente—. ¡Pero piensa en los bailes, los vestidos y los carruajes que tendrá! ¡Sin mencionar a los apuestos caballeros que sin duda acudirán en tropel al lado de nuestra hermana cuando el señor Bingley la lleve a Londres para la temporada!

—¡Lydia! —la amonestó Jane con una risa, sacudiendo la cabeza ante el incorregible buen humor de su hermana.

—Está bien, querida hermana —se rindió Lydia, sonriendo con picardía—. En cualquier caso, todas estamos encantadas por ti y ansiosas por desempeñar nuestro papel en tu felicidad. ¡Especialmente porque papá ha accedido a que todas tengamos vestidos nuevos para tu boda!

—Gracias, mis queridas —respondió Jane, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas mientras miraba con cariño a sus hermanas—. Vuestro amor y apoyo significan para mí más de lo que las palabras pueden expresar.

—¿Y cuándo conoceremos a tu prometido? —exigió saber Lydia, con los ojos chispeantes de emoción.

—Mañana. —Jane sonrió pacientemente mientras Kitty y Lydia chillaban y aplaudían—. Iremos de visita por la mañana, y conoceréis al señor Bingley y a sus hermanas.



A la mañana siguiente, el carruaje de los Bennet volvió a rodar por el gran camino de Netherfield, llevando a las damas Bennet, todas menos una: Mary había decidido quedarse en casa, diciendo que quería escribir una carta.

Elizabeth, del brazo de Jane y Charlotte, guiaba a Kitty y Lydia por los escalones hacia la gran entrada, con el corazón lleno de una mezcla de anticipación y preocupación. Sabía que presentar a sus hermanas menores al círculo del señor Bingley sería un paso importante en su desarrollo social, pero no podía evitar preocuparse por su propensión a la travesura y la frivolidad. La escuela no parecía haber mejorado particularmente a ninguna de las dos; Lydia seguía siendo intrépida e irresponsable, aunque al menos había aprendido a moderar ligeramente el volumen de su voz, posiblemente porque había descubierto que su bullicio era más probable que la delatara con mayor frecuencia. Kitty seguía siendo demasiado fácil de influenciar y no parecía pensar en las consecuencias de sus acciones.

—Recordad, mis queridas hermanas —advirtió Elizabeth mientras se acercaban a la puerta—, que estamos aquí para causar una impresión favorable a nuestras nuevas amistades. Por favor, comportaos con decoro y mesura.

—Por supuesto, Lizzy —respondió Kitty, poniendo los ojos en blanco con fingida exasperación, mientras Lydia simplemente sonrió con aire burlón y asintió con un brillo travieso en los ojos.

Cuando las hicieron pasar al salón, encontraron a los Bingley ya reunidos, junto a una joven que Elizabeth no reconoció. La muchacha, de no más de dieciséis años, estaba de pie junto al señor Darcy, con las manos fuertemente entrelazadas frente a ella y la mirada tímidamente baja.

—¡Ah, señorita Bennet, señorita Elizabeth y señora Bennet! —las saludó calurosamente el señor Bingley, acercándose para hacer sus reverencias—. ¡Qué maravilloso volver a verlas! Y estas deben de ser sus otras hermanas. Encantado de conocerlas.

Presentaron a Lydia y Kitty, y luego Bingley se volvió para indicar a la joven que estaba con el señor Darcy que se acercara. —Y permítanme presentarles a una recién llegada... la señorita Darcy.

—Señorita Darcy —dijo Elizabeth con amabilidad—. Es un placer conocerla al fin. Su hermano nos ha hablado muy bien de usted.

—G-gracias, señorita Elizabeth —tartamudeó Georgiana, con las mejillas sonrojadas mientras hacía una reverencia nerviosa.

Mientras todas tomaban asiento, Elizabeth no pudo evitar observar el contraste entre sus hermanas vivaces y bulliciosas y la figura callada y recatada de Georgiana. Esperaba que el encuentro sirviera para ampliar sus horizontes y ofrecerles un atisbo de un tipo diferente de refinamiento y gracia.

—Georgiana toca el pianoforte maravillosamente —comentó el señor Darcy, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tal vez, cuando terminemos el té, podríamos persuadirla para que nos deleite con una interpretación.

—Sin duda —convino Elizabeth, sonriendo cálidamente a la joven, quien se sonrojó y asintió en respuesta—. Estoy segura de que todos estaríamos encantados de escucharla tocar.



El corazón de Georgiana se agitó al observar los rostros animados de Kitty y Lydia, con los ojos abiertos de asombro mientras examinaban su atuendo. Era una mezcla de admiración y envidia que Georgiana no pudo dejar de notar, aunque deseaba apartarse de su atención.

—¡Vaya! ¡Qué vestido de seda tan hermoso! —exclamó Lydia, extendiendo la mano para tocar la tela antes de detenerse justo a tiempo—. ¡Me atrevo a decir que debe tener un gusto exquisito, señorita Darcy!

—En efecto —agregó Kitty, con la mirada fija en el delicado encaje que adornaba las mangas de Georgiana—. Y su peinado está tan elegantemente arreglado. Ojalá tuviéramos una doncella tan habilidosa como la suya.

—Gracias a ambas por sus amables palabras —respondió Georgiana suavemente, sintiéndose un poco avergonzada por sus efusivos cumplidos. Lanzó una mirada hacia Elizabeth, quien parecía estar observando el intercambio con una mezcla de diversión y preocupación.

—Señorita Darcy —dijo Lydia, inclinándose con aire conspirador—, ¿alguna vez usa vestidos tan elegantes cuando asiste a bailes? ¡Imagino que debe ser toda una bella de la temporada!

—¡Lydia! —la reprendió Elizabeth con suavidad, aunque había un dejo de risa en su voz—. Seguramente puedes encontrar temas de conversación más apropiados.

—Disculpas, hermana. Pero en verdad, señorita Darcy, debe contarnos cómo es asistir a un baile en Pemberley —insistió Lydia, sin dejarse amilanar por la reprimenda de su hermana mayor.

—Eh, bueno... —Georgiana vaciló, sin saber cómo responder al entusiasmo de la otra joven—. Yo... me temo que aún no he sido presentada en sociedad. Nunca he asistido a un baile, y creo que no se ha celebrado ninguno en Pemberley desde antes de que yo naciera.

—Lydia, quizás la señorita Darcy preferiría hablar de otra cosa —intervino Elizabeth amablemente, percibiendo la incomodidad de Georgiana—. Estoy segura de que tiene muchos otros intereses además de la moda y el baile.

—Por supuesto —asintió Lydia, aunque su curiosidad permanecía intacta—. ¡Como la música, por ejemplo! Esa pieza que tocó en el pianoforte fue absolutamente hermosa, señorita Darcy.

—Gracias —murmuró Georgiana, sintiendo una mezcla de orgullo y vergüenza ante sus elogios. Era cierto que amaba la música apasionadamente, pero siempre había sido tímida al tocar frente a otros.

—Señorita Darcy —se aventuró Kitty con vacilación—, ¿cree que... sería posible que nos mostrara algunas de sus piezas favoritas en algún momento? Ambas hemos estado estudiando el pianoforte en la escuela, pero ni siquiera nuestra profesora de música es la mitad de habilidosa que usted.

—En efecto —agregó Lydia con entusiasmo—, ¡estaríamos muy agradecidas por cualquier consejo o instrucción que pudiera ofrecernos!

Georgiana dudó por un momento, considerando la sinceridad en sus expresiones. A pesar de su atrevimiento, no podía negar que su entusiasmo era genuino. Y quizás, pensó, esta podría ser una oportunidad para forjar una conexión con estas jóvenes tan vivaces y tan diferentes a ella misma.

—Muy bien —aceptó suavemente, tomando su decisión—. Sería un honor compartir mi amor por la música con ustedes dos, si tenemos la oportunidad.

—Niñas —dijo entonces Charlotte—, hace un día seco y agradable. ¿Por qué no dan un paseo por los jardines?

Georgiana sospechaba que la señora Bennet solo quería sacar a las ruidosas hermanas menores del salón para que los mayores pudieran tener una conversación más civilizada, pero salir de la casa —y alejarse de la falsa y aduladora amistad de Caroline Bingley— sonaba como una idea encantadora, aunque solo fuera para dar un paseo por los jardines. Miró suplicante a su hermano.

Darcy no dudó antes de asentir amablemente, diciéndole en voz baja: —Deberías aprovechar esta oportunidad para conocer mejor a tus nuevas amigas. Confío en que la señorita Catherine y la señorita Lydia serán compañeras sensatas para ti.

—Gracias, Fitzwilliam —respondió Georgiana, conmovida por el inesperado apoyo de su hermano. Podía sentir que él se sentía culpable por haber sido duro con ella a su llegada, y su aliento parecía surgir de un deseo de enmendar las cosas. Sabía que él aprobaba a las hermanas Bennet mayores y obviamente sentía que sus hermanas menores serían amigas adecuadas para ella. Georgiana sintió que su ánimo se elevaba mientras se ponía el sombrero y la pelliza en el vestíbulo antes de salir al aire fresco y frío.

—¡Vamos, señorita Darcy! —exclamó Lydia, apenas conteniendo su entusiasmo—. La llevaremos a dar un encantador paseo a Meryton. Es el pueblo más encantador, ¡y estamos

ansiosas por conocer a todos los oficiales de la milicia que se han instalado allí!

Kitty asintió vigorosamente en acuerdo, sus rizos rebotando con cada movimiento.

—¡Sí! Nuestra amiga Maria Lucas nos ha escrito, contándonos sobre ellos. ¡Son hombres tan apuestos y simplemente no podemos esperar para conocerlos!

Georgiana dudó, recordando la advertencia de su hermano de permanecer en la propiedad. Sin embargo, se encontró reacia a decepcionar a sus nuevas amigas, cuyo entusiasmo era contagioso. Su corazón latía con una mezcla de emoción y temor mientras consideraba la perspectiva de aventurarse más allá de los seguros confines de Netherfield.

—Muy bien —accedió, con voz queda pero decidida—. Las acompañaré a Meryton.

Mientras emprendían su viaje, la mente de Georgiana era un torbellino de emociones conflictivas. Estaba emocionada por la perspectiva de conocer gente nueva y experimentar el mundo más allá de su existencia protegida, pero también profundamente consciente de las posibles consecuencias si su hermano descubría su desobediencia. El peso de sus expectativas recaía sobre ella, y no podía evitar preguntarse si su recién descubierta libertad podría tener un costo demasiado alto.

—Señorita Darcy, está inusualmente callada —observó Lydia, rompiendo el ensueño de Georgiana—. ¿No está emocionada por conocer a todos esos apuestos jóvenes oficiales?

—Lo estoy —respondió Georgiana vacilante, sin querer expresar sus preocupaciones—. Solo espero que mi hermano no se disguste con nuestra excursión.

—Su hermano no tiene por qué enterarse —intervino Kitty, con los ojos brillantes de picardía—. Después de todo, lo que no sabe no puede hacerle daño.

—En efecto —coincidió Lydia, sonriendo con complicidad—. Estaremos de vuelta antes de que se dé cuenta de que nos hemos ido, y no se habrá hecho ningún daño.

Mientras continuaban su caminata, Georgiana no pudo evitar maravillarse ante la exuberancia y vivacidad de las dos hermanas Bennet menores. Charlaban incesantemente sobre sus actividades en Oxford, los chismes locales y las diversas familias del vecindario, sus voces cantarinas de risa mientras compartían anécdotas divertidas. Aunque se sentía algo abrumada por su energía, Georgiana también se encontró envidiando su facilidad y confianza.

—Señorita Darcy —comenzó Kitty vacilante—, espero que no nos considere demasiado atrevidas o impertinentes, pero realmente deseamos ser sus amigas.

—En efecto —añadió Lydia con sinceridad—, estamos ansiosas por conocerla mejor y aprender de su excelente ejemplo.

Georgiana se mordió el labio, conmovida por su sinceridad pero insegura de cómo responder. Había pasado gran parte de su vida protegida del mundo, y la idea de formar amistades cercanas era a la vez intrigante y abrumadora.

—Gracias —logró decir finalmente, con una voz apenas audible por encima del susurro de las hojas—. Me sentiría honrada de contarlas a ambas como mis amigas. Y para ello, deben llamarme Georgiana, por favor.

—¡Excelente! —exclamó Lydia, juntando las manos con deleite—. ¡Nos divertiremos sin fin juntas, Georgiana, te lo prometo!

Las bulliciosas calles de Meryton recibieron a las tres jóvenes damas con una cacofonía de vistas, sonidos y aromas. Los tenderos pregonaban sus mercancías, los niños correteaban por todas partes, y el embriagador aroma del pan recién horneado flotaba desde una panadería cercana. Los ojos de Kitty y Lydia brillaban de alegría mientras escudriñaban ansiosamente la multitud en busca de rostros familiares, mientras Georgiana vacilaba, sintiendo una repentina oleada de temor.

—¡Lydia! ¡Kitty! —Una voz alegre resonó por encima del bullicio, y Maria Lucas se apresuró hacia ellas, con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo—. ¡Han vuelto!

—¡Maria! —exclamó Lydia, abrazando a su amiga con entusiasmo—. Debes conocer a la señorita Darcy, la hermana del señor Darcy. Se ha unido a nosotras en nuestra pequeña excursión.

—Señorita Darcy, es un honor —dijo Maria, haciendo una reverencia educadamente antes de volverse hacia Lydia con una sonrisa cómplice—. Ahora, vengan y déjenme presentarles a todos los oficiales, ¡están ansiosos por conocerlas!

—Vamos entonces —respondió Lydia, agarrando el brazo de Maria y arrastrándola entre la multitud—. ¡No perdamos tiempo!

Georgiana dudó al borde de la animada multitud de oficiales y jóvenes damas. Las risas y la charla coqueta llenaban el aire, creando una atmósfera que era a la vez estimulante y abrumadora para la gentil y tímida muchacha.

—Georgiana —llamó Lydia, haciéndole señas para que se acercara con una sonrisa traviesa—. ¡Ven a conocer al capitán Carter! ¡Nos ha estado deleitando con historias de sus más recientes hazañas!

Kitty asintió con entusiasmo, añadiendo:

—¡Oh, sí! ¡Tienes que escuchar sobre la vez que escapó de una banda de espías franceses nadando a través de un río en plena noche!

Aunque Georgiana anhelaba compartir su emoción, no pudo evitar sentir una punzada de inquietud ante la idea de participar en tales ocupaciones frívolas. La severa desaprobación de su hermano parecía flotar en el aire como una nube oscura, proyectando una sombra incluso sobre los placeres más simples.

—Discúlpame, Lydia —dijo suavemente, intentando zafarse de la situación mientras mantenía una apariencia de cortesía—. Me temo que no me siento del todo bien hoy.

Lydia desechó sus preocupaciones con una risa, respondiendo:

—¡Tonterías! Un poco de alegría es justo lo que necesitas para desterrar esos pensamientos sombríos. ¡Vamos, no tiene sentido ser tímida!

A pesar de sus reservas, Georgiana se encontró incapaz de resistir la fuerza del entusiasmo de Lydia y Kitty. Con un suspiro reluctante, les permitió guiarla más adentro de la multitud, su corazón latiendo con una mezcla de ansiedad y anticipación.

—Capitán Carter —anunció Lydia, presentando a Georgiana con un flourish—, ¿me permite presentarle a la señorita Georgiana Darcy, hermana del señor Darcy de Pemberley?

El capitán hizo una reverencia galante, tomando la mano de Georgiana y depositando un casto beso en sus nudillos. —Encantado, señorita Darcy.

—Gracias, capitán —murmuró ella, con las mejillas sonrojadas ante su atrevido gesto.

Mientras la conversación continuaba a su alrededor, con Lydia y Kitty compitiendo por la atención de los diversos oficiales presentes, Georgiana se sentía cada vez más incómoda. Sus risas estridentes y comentarios sugestivos chocaban con su naturaleza sensible, haciendo que se encogiera cada vez más en sí misma con cada momento que pasaba.

—Señorita Darcy —dijo el capitán Carter, observando su angustia—, ¿se encuentra bien?

—Gracias, capitán, pero creo que es hora de que regrese a Netherfield —respondió ella, forzando una sonrisa educada en su rostro—. Mi hermano me estará esperando.

—Por supuesto —dijo él, con comprensión en sus ojos—. ¿Quiere que la acompañe de vuelta?

—No, gracias —insistió ella, sintiendo alivio ante la perspectiva de escapar, pero también horror al pensar en lo que diría su hermano si llegaba a Netherfield escoltada por un oficial de la milicia —. Me las arreglaré perfectamente sola.

Kitty y Lydia ni siquiera parecieron notar cuando se escabulló silenciosamente.

A su regreso a Netherfield, Georgiana encontró el salón ocupado por un pequeño grupo: los Hurst jugaban una partida de whist con la señora y la señorita Bennet, y Elizabeth Bennet, sentada serenamente cerca de la ventana, estaba absorta en un libro. Una suave sonrisa tocaba sus labios mientras pasaba cada página con elegancia pausada.

—Señorita Darcy —la saludó Elizabeth, levantando la vista de su lectura con una cálida sonrisa —. Espero que haya disfrutado de su paseo.

—En efecto, señorita Elizabeth, gracias —respondió Georgiana, vacilando en el umbral de la habitación, insegura de su próximo movimiento.

—Por favor, acompáñeme —ofreció Elizabeth, señalando un asiento vacío a su lado. Aunque aún algo tímida, Georgiana no pudo rechazar tan amable invitación y aceptó agradecida la silla indicada.

—Gracias, señorita Elizabeth —dijo en voz baja, acomodándose en su asiento.

—¿Mis hermanas no la acompañan? —preguntó Elizabeth, mirando hacia la puerta.

—Decidieron caminar un poco más —mintió Georgiana, sin querer meter a Kitty y Lydia en problemas—. Me sentí cansada, así que entré.

Con un asentimiento tranquilo y aceptador, Elizabeth volvió su atención a las páginas frente a ella, permitiendo a Georgiana un momento de respiro para ordenar sus pensamientos.

Mientras estaba sentada allí, Georgiana observó que Elizabeth poseía cierta gracia que había estado ausente en sus interacciones con Kitty y Lydia. Su voz, aunque suave, transmitía una evidente fuerza de carácter. Era una cualidad que Georgiana admiraba y anhelaba emular, pero temía carecer por completo.

—Señorita Elizabeth —se aventuró Georgiana tímidamente—, ¿puedo preguntarle qué está leyendo?

Elizabeth levantó la vista de su libro una vez más, con los ojos brillantes de entusiasmo. —Es una colección de poesía de Lord Byron. Encuentro su obra bastante encantadora.

—¿De veras? —dijo Georgiana, con su interés despertado—. Mi hermano a menudo ha hablado de su admiración por los versos de Lord Byron, pero aún no he tenido el placer de leer ninguno yo misma.

—¿Le gustaría que le leyera algunos pasajes en voz alta? —sugirió Elizabeth, con su voz impregnada de genuina calidez.

—Me encantaría —respondió Georgiana, con una sonrisa tímida formándose en sus labios.

Y así pasaron el resto de la tarde juntas, la voz de Elizabeth tejiendo un tapiz de palabras que resonaban profundamente en el alma de Georgiana. La tímida joven comenzó a sentir una sensación de comodidad en presencia de Elizabeth, como si finalmente hubiera encontrado a alguien que pudiera entender sus pensamientos y sueños más íntimos.



Capítulo Nueve

GEORGIANA DARCY ESTABA DE pie junto a la ventana del salón de Netherfield, su aliento empañando el cristal mientras observaba las altas figuras de su hermano, el señor Darcy, y su amigo, el señor Bingley, caminando a grandes pasos por el crujiente césped. Una fina capa de escarcha crujía bajo sus botas, y sus alientos se convertían en vaho en el aire frío, testimonio del clima frío pero seco que se había instalado. Los guardabosques les seguían con armas y perros, pues los dos caballeros planeaban aprovechar el clima seco y pasar la mañana cazando.

A pesar del aire frío del exterior, Georgiana sintió una punzada de envidia por su libertad, la facilidad con la que los hombres se aventuraban al aire libre, dejando atrás los confines de la casa. Ella, por otro lado, estaba confinada al salón y a la compañía de la señorita Caroline Bingley, cuya presencia parecía llenar el espacio con una escarcha propia.

El sonido de un carruaje acercándose atrajo la mirada de Georgiana, y observó cómo la llegada de la familia Bennet hizo que los hombres se detuvieran y ofrecieran saludos corteses. Desde su lugar resguardado detrás de la ventana, notó el sutil cambio en la postura de su hermano, el suavizamiento alrededor de sus ojos y la curva sutil de sus labios mientras hablaba con Elizabeth Bennet. Nunca había visto tal expresión en el rostro de su hermano antes, y la hizo preguntarse.

Caroline Bingley, que había estado rondando cerca con un interés apenas disimulado, dejó escapar un suave bufido de fastidio.

—Parece que nunca podremos librarnos de esas malditas Bennet, ni siquiera con este clima helado —comentó con gélido desdén, antes de estornudar.

El comentario, destinado solo a los oídos de Georgiana, resonó con una amargura que dejó a la mujer más joven sintiéndose aún más aislada. Georgiana se apartó de la ventana, su mirada cayendo sobre el bordado en sus manos, pero sus pensamientos permanecieron afuera - con el frío, la libertad y la calidez de la sonrisa poco característica de su hermano. No se dignó a reconocer el comentario malicioso de Caroline Bingley, y con un suspiro, la señorita Bingley se alejó, limitada por sus deberes como anfitriona para saludar a sus invitados.

Dejada sola una vez más, Georgiana se hundió en una silla cercana, su corazón pesado con ansiedad e incertidumbre. Solo había querido estar aquí con su hermano, pero ahora que lo estaba, no parecía poder encontrar la felicidad.

—¿Señorita Darcy? —La suave voz de Elizabeth Bennet sacó a Georgiana de su ensimismamiento—. Sé que su hermano nos ha dejado por hoy, pero espero que encuentre algo de disfrute en nuestra compañía.

—Gracias, señorita Elizabeth —murmuró Georgiana, agradecida por la amabilidad y calidez de Elizabeth—. Me esforzaré por hacerlo.

—¡Excelente! —Elizabeth sonrió radiante, sus ojos brillando con sinceridad—. Ahora, busquemos alguna diversión para ocupar nuestro tiempo.

A medida que avanzaba la mañana, Georgiana se sintió atraída por la animada conversación y el ingenio rápido de Elizabeth. Se maravilló de la facilidad con la que la otra dama navegaba por las complejas dinámicas sociales de su pequeña reunión. Era honestamente un deleite presenciar la manera en que Elizabeth paraba cada pulla de Caroline Bingley con total aplomo.

—Señorita Darcy —exclamó Lydia de repente—, es un día tan encantador afuera, ¿no cree que deberíamos aventurarnos a dar un paseo?

—En efecto —añadió Kitty, sus ojos brillando con anticipación—, sería un terrible desperdicio pasar un día tan hermoso encerradas en el interior.

El corazón de Georgiana se encogió con reluctancia ante su propuesta, recordando el desafortunado encuentro del día anterior. Sin embargo, no podía negar que la perspectiva de aire fresco era tentadora, especialmente después de pasar tanto tiempo en los confines de Netherfield.

—Tal vez sea una buena idea —ofreció Elizabeth suavemente, sintiendo la vacilación de Georgiana—, un paseo vigoroso podría hacerte bien. Solo desearía poder acompañarte.

Georgiana quería suplicarle a Elizabeth que hiciera precisamente eso, pero Caroline Bingley estaba siendo particularmente mezquina y cruel con Jane, y Georgiana podía ver que Elizabeth estaba completamente ocupada protegiendo a su hermana. Sacar a Lydia y Kitty —potencial combustible para la malicia de Caroline— de la situación sería hacerle un favor a Elizabeth.

—Muy bien —accedió Georgiana, intentando esbozar una sonrisa—, las acompañaré.

—¡Estupendo! —exclamó Lydia, juntando las manos con alegría, mientras Kitty asentía con entusiasmo.

Efectivamente, tan pronto como estuvieron fuera de la vista de las ventanas de la casa, Lydia y Kitty se dirigieron hacia Meryton, sordas a la sugerencia suavemente expresada por Georgiana de que tal vez no necesitaran ir allí hoy. Con ellas aferrándose firmemente a sus brazos y charlando sin parar, Georgiana no tuvo más remedio que ir con ellas.

En el pintoresco pueblo de Meryton, el animado bullicio de la plaza del mercado las rodeaba mientras paseaban entre los concurridos puestos. Lydia y Kitty parecían apenas poder contener su emoción al divisar un grupo de oficiales cercanos, resplandecientes en sus uniformes rojos. Como atraídas por una fuerza invisible, gravitaron hacia los soldados, riendo detrás de manos enguantadas y lanzando miradas coquetas en su dirección.

—Lydia, por favor, ten en cuenta tus modales —reprendió suavemente Georgiana, su ceño frunciéndose con preocupación. No podía evitar sentir una sensación de inquietud ante la idea de encontrarse con más extraños.

—¡Anímate, Georgiana! —exclamó Lydia, sus ojos brillando con picardía—. Simplemente nos estamos divirtiendo un poco. Además, nunca se sabe cuándo podrías conocer a alguien que te haga perder la cabeza.

—O te lleve por mal camino —murmuró Georgiana entre dientes, aunque dudaba que sus palabras fueran escuchadas.

—¡Lydia! ¡Kitty! —llamó Maria Lucas al verlas, haciéndoles señas para que se acercaran con entusiasmo—. Tengo a alguien que me gustaría presentarles.

Con la curiosidad picada, las hermanas intercambiaron miradas desconcertadas antes de dirigirse al lado de Maria. A medida que se acercaban, el corazón de Georgiana dio un vuelco; de pie junto a Maria estaba nada menos que el señor George Wickham, su sonrisa pícara tan encantadora como siempre, vestido ahora con el abrigo rojo de un oficial de la milicia.

—Señor Wickham —comenzó Maria, su voz impregnada de calidez—, permítame presentarle a la señorita Lydia Bennet y la señorita Catherine Bennet. No tuvieron el placer de conocerlo ayer. Y nuestra nueva amiga, la señorita Darcy.

—Encantado, estoy seguro —declaró Wickham, haciendo una profunda reverencia ante las chicas de ojos abiertos—. Y permítanme decir que Meryton ciertamente ha sido bendecido con una abundancia de belleza.

—Gracias, señor —dijo Lydia con afectación, un rubor tiñendo sus mejillas, mientras Kitty simplemente rió en respuesta.

Georgiana observó cómo se desarrollaba la escena con una mezcla de horror e incredulidad. ¿Cómo podía estar Wickham aquí, en Meryton, relacionándose tan descaradamente con sus conocidos? Sintió que la sangre se le iba del rostro, dejándola mareada y desorientada. La verdad se hizo dolorosamente clara: por esto su hermano había sido tan cauteloso en sus instrucciones. Había sabido todo el tiempo que Wickham estaría en el pueblo, esperando como una serpiente en la hierba para atacar una vez más el corazón de su familia.

Wickham, siempre el consumado actor, no perdió tiempo en deleitar a Kitty y Lydia con historias de sus hazañas como oficial de la milicia, salpicando sus anécdotas con el ingenio y la osadía suficientes para mantenerlas al borde de sus asientos. Mientras hablaba, se aseguraba de incluir a Georgiana en su mirada, como para recordarle la conexión que una vez compartieron.

—En efecto —continuó Wickham, con voz melodiosa mientras describía una escaramuza particularmente angustiosa—, fue solo por la gracia de la Providencia y el coraje de mis compañeros oficiales que salimos victoriosos de ese terrible encuentro.

—¡Vaya! —exclamó Lydia, con los ojos brillantes de emoción—. ¡Qué aventura! ¡Cómo me hubiera gustado estar allí para presenciarlo!

—Ojalá hubieras podido —respondió Wickham, con una sonrisa a la vez pícara y tierna—. Estoy seguro de que tu presencia nos habría inspirado a realizar hazañas aún más valientes.

Georgiana, todavía conmocionada por la inesperada aparición de Wickham, luchaba por mantener la compostura. Su mente se llenaba de preguntas, siendo la principal cómo debía proceder. ¿Debería confrontarlo, exigirle una explicación por su repentino regreso? ¿O debería permanecer en silencio, confiando en que su hermano se ocuparía de la situación cuando regresara de su cacería?

Mientras estos pensamientos daban vueltas en su cabeza, la atención de Georgiana volvió a la conversación en curso. Wickham ahora dirigía su encanto hacia Kitty, involucrándola en un animado debate sobre los méritos de varias tácticas militares. Era demasiado; Georgiana podía sentir cómo su determinación se desmoronaba bajo el peso de su magnetismo. Sabía que debía distanciarse de Wickham, para no volver a caer en su red de engaños.

—Disculpen —murmuró, con una voz apenas audible por encima de las risas y la charla de sus compañeros—. Creo que necesito tomar un poco de aire.

—Por supuesto, querida Georgiana —dijo Lydia, con los ojos aún brillantes de emoción—. No tardaremos mucho; seguramente unos momentos más en la encantadora compañía del señor Wickham no nos harán daño.

Mientras Georgiana se alejaba del grupo, con el corazón latiéndole en el pecho, no pudo evitar preguntarse por el cruel giro del destino que había traído a Wickham de vuelta a su vida. Era como si el mismo universo conspirara contra su tranquilidad, decidido a recordarle la locura de la que tan estrechamente había escapado. Retirándose tras una esquina, se apoyó contra la pared de una tienda, con la mano presionada contra su garganta, intentando valientemente recuperar el aliento.

—Señorita Darcy —la voz de Wickham era suave, como seda endulzada, mientras se acercaba a ella con una cálida sonrisa—. ¿Podría hablar con usted un momento? ¿En privado?

Georgiana dudó, sus ojos desviándose hacia donde Kitty y Lydia estaban enfrascadas en una animada conversación con varios otros oficiales de la milicia. No pudo evitar sentir un escalofrío de aprensión ante la idea de estar a solas con Wickham, aunque fuera por un momento. Sin embargo, no podía rechazarlo sin llamar la atención indeseada, así que asintió en señal de aceptación.

—Por supuesto, señor Wickham.

—Espléndido —respondió él, señalando hacia un banco aislado bajo un imponente olmo—. ¿Vamos?

Mientras caminaban, Georgiana no podía quitarse de encima la sensación de inquietud que se había apoderado de ella como un pesado manto. Miró hacia atrás a Kitty y Lydia, que parecían completamente ajenas a su apuro, sus risas resonando en el aire mientras los amigos de Wickham las entretenían con relatos de sus hazañas.

—Señorita Darcy —comenzó Wickham, con voz baja e íntima al llegar al banco—. Debo decirle cuánto he extrañado su compañía estos últimos meses.

—¿De veras? —murmuró Georgiana, fingiendo desinterés mientras miraba fijamente sus manos enguantadas, que estaban fuertemente entrelazadas en su regazo.

—De veras —confirmó él, inclinándose más cerca para que sus palabras le hicieran cosquillas en el oído—. Y no puedo evitar preguntarme si quizás usted también me ha echado de menos.

—Señor Wickham —dijo Georgiana con cuidado, con el corazón martilleándole en el pecho—. No creo que sea apropiado que discutamos tales asuntos.

—Ah, pero no somos meros conocidos, señorita Darcy —contrarrestó él, con los ojos brillando con intención oculta—. Compartimos una historia, y creo que eso me da derecho a ser franco con usted.

—Muy bien —respondió ella, preparándose contra la avalancha de emociones que sus palabras seguramente provocarían—. ¿Qué es lo que desea decir?

—Simplemente esto —susurró él, estirándose para tomar su mano entre las suyas—. La amo, Georgiana Darcy. Y no puedo soportar pasar un día más separado de usted. Fuguémonos juntos, y encontraremos la felicidad que ambos anhelamos tan desesperadamente.

Por un momento, Georgiana quedó atónita, su mente dando vueltas ante la audacia de su propuesta. Sabía que debía rechazarlo de inmediato, que considerar sus palabras aunque fuera por un instante equivalía a una traición. Sin embargo, había algo dentro de ella que no podía evitar anhelar el amor y el afecto que él parecía ofrecer tan libremente.

—Señor Wickham —comenzó ella, con la voz temblorosa de emoción—. Yo... no sé qué decir.

Los ojos de Wickham ardían con intensidad, manteniendo a Georgiana cautiva en su magnética mirada. —Debe entender, mi querida —imploró con sinceridad—, que su hermano siempre ha albergado un odio irracional hacia mí. Su querido padre, el difunto señor Darcy, me tenía aprecio, y me atrevo a decir que los celos de su hijo no conocían límites.

Los pensamientos de Georgiana corrían desenfrenados, su corazón dividido entre lo que sabía de su hermano y las seductoras palabras que ahora brotaban de los labios de Wickham. Buscaba desesperadamente una forma de reconciliar estas narrativas contradictorias, pero se encontró incapaz de descartar sus afirmaciones sin más.

—¿Es esa realmente la razón del desagrado de mi hermano hacia usted? —preguntó vacilante, su mente aún lidiando con las implicaciones de esta revelación.

—En efecto, lo es —respondió él con fervor—. Y son esos mismos celos los que lo han llevado a mantenernos separados todos estos años. Pero ya no tenemos que ser peones en su mezquino juego, Georgiana. Usted tiene el poder de elegir su propio camino, y yo estoy aquí ante usted como prueba viviente de que el amor puede conquistarlo todo.

La dulzura de sus palabras dejó a Georgiana con la cabeza dando vueltas, y por un momento salvaje e imprudente, consideró ceder a la tentación que él ofrecía. Sin embargo, las preocupaciones prácticas que habían sido inculcadas en ella por años de estricta educación no podían ser completamente silenciadas.

—Señor Wickham —se aventuró con cautela—, incluso si estuviera inclinada a aceptar su propuesta, ¿cómo podría usted abandonar su puesto en la milicia para fugarse conmigo? Seguramente tal acción traería deshonra sobre ambos.

—Ah —balbuceó él, evidentemente desconcertado por su pregunta—, bueno, yo... verá, existe cierto... arreglo que puede hacerse con mi oficial al mando, uno que me permitiría una ausencia

temporal de mis deberes...

Antes de que pudiera terminar esta explicación poco convincente, un carruaje se detuvo abruptamente junto a ellos, y la puerta se abrió con un chasquido brusco e imperioso. Para consternación de Georgiana, Lady Catherine de Bourgh emergió del interior, sus severas facciones fijas en una expresión de total desaprobación.

—¡Señorita Darcy! —exclamó, fijando su mirada penetrante en la joven—. ¿Qué cree que está haciendo, confraternizando con un soldado en medio de la calle? ¿No tiene consideración por su reputación o por el honor de su familia?

Georgiana, demasiado alterada para formar una respuesta coherente, simplemente miró sus pies, con las mejillas ardiendo de vergüenza. Sabía que Lady Catherine tenía razón; incluso si sus intenciones hubieran sido completamente inocentes, la mera apariencia de impropiedad podría tener consecuencias desastrosas para su posición social.

La mirada fulminante de Lady Catherine se dirigió entonces hacia Wickham, quien pareció encogerse ante su formidable presencia. —En cuanto a usted, señor —dijo fríamente—, le sugiero que recuerde su lugar y mantenga su distancia de las jóvenes damas de calidad.

—Su señoría —comenzó Wickham, intentando sonar contrito aunque sus ojos destellaban de indignación, pero Lady Catherine levantó una mano para silenciarlo.

—¡Basta! —espetó—. Georgiana, sube al carruaje inmediatamente. Tendremos una seria conversación sobre tu conducta cuando lleguemos a Netherfield.

El mundo pareció inclinarse bajo los pies de Georgiana mientras se tambaleaba hacia el carruaje, su mente un torbellino de conmoción y confusión. Sentía los ojos de Lady Catherine clavados en ella, su silenciosa amonestación resonando en sus oídos como el tañido de una campana ominosa. Al llegar a la puerta del carruaje, dudó por un breve momento, lanzando una última mirada hacia Wickham. Él permanecía donde lo había dejado, sus hermosos rasgos retorcidos en una máscara de frustración, pero si estaba dirigida a ella o a Lady Catherine, no podía decirlo.

—Georgiana —dijo Lady Catherine con brusquedad, recordándole su orden. Con un suspiro silencioso, Georgiana obedientemente subió al carruaje, la puerta cerrándose tras ella con una sensación de finalidad que le hizo hundirse el corazón. El interior estaba oscuro y sofocante, un marcado contraste con el brillante sol que la había recibido antes en Meryton. Se sentía como si estuviera siendo tragada por una gran bestia oscura, una cuya mandíbula silenciaría para siempre los susurros de amor y aventura que las palabras de Wickham habían encendido dentro de ella.

Mientras el carruaje se ponía en movimiento, Georgiana se hundió en los mullidos cojines, sintiendo como si estuviera siendo desgarrada por dentro. Una parte de ella no deseaba nada más que abrir la puerta de golpe y correr de vuelta a Wickham, entregarse a la pasión salvaje y

temeraria que él le había prometido. Otra parte, sin embargo, retrocedía ante la mera idea, horrorizada por las posibles consecuencias de tal elección.

—¿Hice mal? —susurró para sí misma, su voz apenas audible incluso en el estrecho confín del carruaje—. ¿Podría haber habido verdad en sus palabras, o fue todo un cruel engaño?

Sus pensamientos corrían mientras trataba de conciliar las emociones conflictivas que se agitaban dentro de ella. ¿Cómo podía alguien que profesaba tal amor estar tan dispuesto a poner en peligro su reputación y el honor de su familia? Y sin embargo, ¿no era posible que Wickham hubiera sido sincero en sus intenciones, que realmente creyera que su amor podría conquistar todos los obstáculos, incluso aquellos puestos ante ellos por la injusta enemistad de Darcy?

—Georgiana —la voz de Lady Catherine interrumpió sus tumultuosos pensamientos como un baño de agua fría—. Debes entender que tu conducta hoy fue de lo más impropia para una joven de tu posición. Confío en que tomarás esto como una lección sobre la importancia de la propiedad y el decoro.

Georgiana asintió dócilmente, aunque interiormente hervía ante la injusticia de la situación. Sabía que había actuado ingenuamente, quizás incluso temerariamente, pero también sentía un feroz instinto protector hacia los tiernos sentimientos que habían florecido en su corazón. Que fueran desestimados tan despreocupadamente por Lady Catherine la dejaba sintiéndose tanto enojada como avergonzada.

—Tu hermano estaría muy decepcionado de ti, Georgiana —continuó Lady Catherine, suavizando algo su tono—. Sin embargo, estoy segura de que con tiempo y orientación, aprenderás a navegar las traicioneras aguas de la sociedad sin más escándalos.

—Gracias, tía Catherine —murmuró Georgiana, su voz apenas audible. Miró por la ventana, perdida en sus pensamientos. Su futuro parecía tan incierto como el paisaje que se difuminaba a su paso, pero una cosa permanecía clara: su camino hacia adelante no estaba con Wickham, sino dentro de las limitaciones del deber y la propiedad.

Y sin embargo, mientras el carruaje avanzaba hacia Netherfield, no podía evitar preguntarse si aún podría haber espacio para el amor y la pasión en su vida, o si tales sueños estaban destinados a permanecer para siempre fuera de su alcance.



Capítulo Diez

GEORGIANA DARCY ESTABA SENTADA en el mullido asiento del carruaje de su tía junto a su prima Anne, con las manos pulcramente dobladas sobre su regazo, observando el paisaje pasar por la ventana. Georgiana no podía evitar sentir una sensación de inquietud mientras el carruaje avanzaba inexorablemente hacia Netherfield. *Fitzwilliam estará furioso conmigo*, era todo lo que podía pensar, sintiendo pánico al saber que su hermano estaba a punto de descubrir que había desafiado su orden de permanecer en los terrenos de Netherfield.

—Georgiana —susurró Anne de Bourgh, inclinándose hacia Georgiana, con sus ojos oscuros llenos de curiosidad—. Dime, por favor, ¿quién era ese apuesto oficial con quien te vi hablando? Parecía bastante cautivado por tu compañía.

Las mejillas de Georgiana se sonrojaron al mencionar al señor Wickham. Su corazón se aceleró al recordar su encantadora sonrisa y la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba. Dudó antes de responder, encontrando difícil hablar de él sin traicionar sus propias emociones enredadas. —Es... un conocido de mi hermano —dijo finalmente, manteniendo su voz firme.

Anne se acercó aún más. —¿En serio? Qué fascinante. Parecía estar muy atento contigo. Debo admitir que estoy bastante envidiosa de la atención.

Georgiana miró a su prima, notando el rubor de emoción en sus pálidas mejillas. Sabía que Anne rara vez experimentaba tales emociones en su existencia protegida bajo la estricta supervisión de Lady Catherine. Le entristecía pensar en el mundo limitado que habitaba Anne, pero no podía animarse a fomentar ningún interés en el señor Wickham. En su lugar, ofreció una suave sonrisa

y volvió su mirada hacia el paisaje que pasaba, esperando que la conversación cambiara a un tema diferente.

Mientras el carruaje continuaba avanzando, el peso de su silencio se cernía pesadamente en el aire. Los pensamientos de Georgiana se volvieron hacia adentro, reflexionando sobre la compleja red de relaciones y engaños que parecía rodearla. Se preguntaba cuánto más había que aprender sobre el señor Wickham y, de hecho, sobre su propio corazón.

—Por fin hemos llegado —anunció Lady Catherine con un aire de grandiosidad al llegar a Netherfield—. Exigiré hablar con mi sobrino de inmediato.

El carruaje se detuvo, y un lacayo abrió la puerta para ayudar a las damas a descender. Lady Catherine salió del carruaje con toda la pompa y circunstancia correspondiente a su rango, su mirada recorriendo los terrenos de Netherfield como si los evaluara en busca de posibles faltas. Anne siguió a su madre con más gracia de la que se podría haber esperado, dada su salud a menudo frágil.

Georgiana luchaba por reprimir su inquietud mientras seguía a su tía y prima. Había algo ominoso en la forma en que su tía había insistido en hablar con el señor Darcy tan pronto como hubieran llegado a Netherfield. Georgiana no se atrevía a preguntar por qué Lady Catherine había venido; ciertamente no podía tener nada que ver con la propia Georgiana, a pesar de su conciencia culpable. Georgiana ni siquiera había estado en Hertfordshire el tiempo suficiente para que Lady Catherine se hubiera enterado de su presencia. No, su tía estaba aquí por Fitzwilliam.

—Georgiana, querida —dijo Lady Catherine, volviéndose hacia su sobrina con una mirada severa—. Confío en que comprendes la gravedad de la situación en la que nos encontramos.

—Sí, tía —respondió Georgiana suavemente, con los ojos bajos. Sabía que era mejor no cuestionar a Lady Catherine, pero no podía evitar preguntarse qué estaba pasando exactamente. ¿Tenía algo que ver con el señor Wickham? No, seguramente no; su tía ni siquiera parecía haberlo reconocido.

—Bien —dijo Lady Catherine bruscamente, apartándose de su sobrina—. Tu hermano debe ser consciente del peligro que acecha en Meryton. Es mi deber como su tía, y el tuyo como su hermana, asegurarnos de que no caiga presa de las maquinaciones de individuos sin escrúpulos.

Georgiana reflexionó sobre las palabras de su tía, su confusión profundizándose con cada momento que pasaba. Qué poco entendía del mundo más allá de Pemberley; cuánto más había que aprender sobre la lealtad, la traición y las enredadas redes que la gente tejía en busca de sus deseos.

Le correspondió a Caroline Bingley hacer de anfitriona para Lady Catherine de Bourgh.

—Bienvenida a Netherfield, Lady Catherine —comenzó Caroline con una sonrisa forzada—. Nos sentimos honrados con su presencia. Soy la señorita Caroline Bingley, y...

—Sus cortesías son apreciadas, señorita Bingley, pero no he venido para charlas ociosas —respondió Lady Catherine, pasando junto a Caroline y dirigiéndose hacia la chimenea para sentarse en el mejor sillón—. ¿Dónde está mi sobrino?

—El señor Darcy ha salido esta mañana con mi hermano —respondió Caroline, luchando por mantener la compostura—. Se espera que regrese en breve.

—Muy bien —dijo Lady Catherine, entornando los ojos—. Esperaré, pero no ociosamente. Hay un asunto de gran importancia que debe ser abordado, y faltaría a mis deberes como su tía si lo dejara pasar sin comentarlo. Parece que hay una mujer intrigante que busca atrapar a mi sobrino, y me siento muy aliviada de que el señor Collins haya tenido a bien advertirme de este peligro.



Un repentino silencio cayó sobre el salón, como si el aire mismo hubiera sido succionado por la llegada de Lady Catherine. Desde su posición privilegiada cerca de la ventana, Elizabeth no pudo evitar observar el intercambio entre Caroline y la formidable matrona con una mezcla de diversión y aprensión.

—Su Señoría, le aseguro que mis intenciones hacia el señor Darcy siempre han sido de la naturaleza más honorable —balbuceó Caroline, con la voz temblorosa y el rostro pálido.

—¿*Sus* intenciones? —repitió Lady Catherine, levantando una sola ceja de una manera que envió un escalofrío involuntario por la espalda de Elizabeth—. Habla como si presumiera saber lo que es mejor para mi sobrino. Ruego me ilumine sobre cómo se digna a poseer tal perspicacia.

Caroline abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera pronunciar una sola sílaba, su rostro se contorsionó con una repentina mueca. Un momento después, estornudó violentamente en su pañuelo, la fuerza de su acción la impulsó hacia adelante y la hizo tropezar involuntariamente con la propia Lady Catherine.

Lady Catherine gritó horrorizada ante el contacto inesperado, retrocediendo. Toda la sala parecía contener la respiración, esperando la inminente explosión de indignación.

—¡Señorita Bingley! —bramó, con las mejillas enrojecidas de ira—. ¿No tiene usted sentido de

la propiedad? Primero, se atreve a entrometerse en asuntos que no le conciernen, ¡y ahora me inflige su enfermedad! ¡Esto es intolerable!

Caroline, con el rostro pálido de terror, solo pudo balbucear una débil disculpa, con la mirada fija en el suelo como si esperara que este la tragara por completo.

—Su Señoría, yo... —comenzó, pero Lady Catherine la silenció con un solo gesto imperioso de su mano.

—¡Suficiente! —espetó—. Ya he oído bastante de usted, señorita Bingley, y ciertamente no puedo arriesgarme a exponer a Anne a cualquier enfermedad que pueda estar padeciendo. Georgiana, llévanos a otro salón. ¡Esperaremos allí el regreso de Darcy!

Elizabeth observó cómo la puerta se cerraba de golpe tras Lady Catherine, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Intercambió una mirada con Jane, que parecía tan conmocionada como ella se sentía. Fue en ese momento cuando Charlotte, siempre el epítome de la gracia y el tacto, dio un paso adelante y colocó suavemente sus manos sobre los hombros de Elizabeth y Jane.

—Vamos, retirémonos —dijo Charlotte en voz baja—. Recogeremos a Kitty y Lydia y volveremos a Longbourn.

—En efecto —asintió Elizabeth, agradecida por la intervención de su madrastra—. Creo que no podríamos soportar ni un momento más aquí.

Mientras se dirigían hacia el carruaje que las esperaba fuera de Netherfield, Jane habló.

—Madrastra —comenzó vacilante—, ¿qué opinas de las acusaciones de Lady Catherine? ¿Crees que hay algo de verdad en ellas? ¿Piensas que el señor Collins se refería a la señorita Bingley?

—Jane —interrumpió Elizabeth—, no es el momento para tales discusiones. Centrémonos en volver a casa.

—Muy bien —cedió Jane, sacudiendo la cabeza—. ¡Pobre Caroline, tener que soportar a semejante invitada!

Se lo merecen, pensó Elizabeth con cierta falta de caridad, pero no expresó el pensamiento en voz alta.

—¿Dónde están Kitty y Lydia? —murmuró Charlotte, mirando hacia los jardines como si estuviera considerando ir a buscarlas.

—Deben de haber caminado hacia Meryton —observó Elizabeth—. ¿De qué otra manera podría Lady Catherine haber recogido a Georgiana en su camino a Netherfield? Vayamos en esa dirección y estoy segura de que las encontraremos.

En efecto, encontraron a Kitty y Lydia en el mismo Meryton, cerca de la posada, hablando con su tía Phillips.

—¡Por fin! —exclamó Lydia, levantando las manos al aire al ver que se acercaba el carruaje—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Lydia —la reprendió Charlotte suavemente—, la paciencia es una virtud.

Kitty simplemente frunció el ceño mientras subía al carruaje, seguida por Lydia, que continuó refunfuñando entre dientes. El ambiente dentro del carruaje era tenso e incómodo, y Elizabeth se encontró anhelando la relativa paz de Longbourn.

—Lydia, Kitty —comenzó Charlotte cuando se pusieron en marcha de nuevo—, confío en que os habéis comportado mientras estábamos ocupadas en Netherfield.

—¡Por supuesto que sí! —replicó Lydia poniendo los ojos en blanco, mientras Kitty se encogía de hombros sin comprometerse.

—Muy bien —respondió Charlotte, aunque su expresión traicionaba sus dudas. Dirigió su mirada a Elizabeth, quien la recibió con una sonrisa cansada y una promesa silenciosa de discutir estos asuntos más a fondo una vez que estuvieran a salvo en casa.

Mientras el carruaje avanzaba, un silencio incómodo pendía pesadamente en el aire, roto solo por el ocasional traqueteo de las ruedas sobre un tramo de camino lleno de baches.

—Realmente, es una lástima —estalló Lydia al fin, su impaciencia finalmente superándola—. Lo estábamos pasando tan bien con el señor Wickham y sus amigos antes de que Georgiana se fuera, ¡y luego todo de lo que podía hablar era de ella! ¡Como si fuera una especie de ángel!

—En efecto —intervino Kitty, con los ojos entrecerrados con resentimiento—. No entiendo por qué tuvo que irse tan abruptamente. Fue muy descortés de su parte.

Elizabeth intercambió una mirada con Charlotte, quien simplemente arqueó una ceja en respuesta. Volvió su atención a sus hermanas menores, esforzándose por mantener un tono uniforme mientras preguntaba:

—Y díganme, por favor, ¿qué tenía que decir el señor Wickham sobre la señorita Darcy?

—Nada particularmente interesante —se quejó Lydia—. Simplemente habló de cómo la conocía desde que era una niña y de lo cercanos que fueron una vez. No entiendo por qué eso debería importar ahora: ¡somos una compañía mucho más entretenida que una chica aburrida que apenas dice una palabra!

—¡Lydia! —la reprendió Elizabeth, con voz cortante—. No debes hablar tan cruelmente de la señorita Darcy. Ella no ha hecho nada para merecer tal animosidad.

—Tal vez no —refunfuñó Lydia, hundiéndose en un silencio hosco.

—No me agrada que ustedes dos hayan llevado a la señorita Darcy a Meryton y hayan estado hablando con oficiales sin carabina —dijo entonces Charlotte, con tono frío—. Este no es un comportamiento apropiado, y espero más de ustedes. Ninguna de las dos ha sido presentada en sociedad aún.

—Estábamos con Maria Lucas —dijo Lydia desafiante— y con nuestra tía Phillips. ¡No puedes negar que ella es una carabina adecuada!

—También hablaremos sobre la manera en que me estás hablando, Lydia —la expresión de Charlotte no cambió—. Pensé que la escuela estaba mejorando tus modales y tu sensatez, pero quizás no.

Lydia se puso roja, pero no dijo nada más. Elizabeth notó que Kitty, al menos, parecía un poco avergonzada de sí misma.

Mientras la conversación se calmaba, los pensamientos de Elizabeth se volvieron hacia adentro, su mente dando vueltas con las implicaciones de las palabras de sus hermanas. Recordó los relatos del señor Wickham sobre su propia historia con el señor Darcy, sobre las injusticias que afirmaba haber sufrido. Sin embargo, había algo más aquí, otra capa que aún no había descubierto. Resolvió hablar con el señor Darcy la próxima vez que se encontraran, para buscar respuestas directamente de él. Después de todo, si había algo que Elizabeth había aprendido en el curso de su tumultuosa relación con el caballero, era que las cosas rara vez eran tan simples como parecían.

—Elizabeth —murmuró Charlotte suavemente, sacándola de su ensimismamiento—. Pareces sumida en tus pensamientos, querida.

—En efecto, lo estoy —respondió Elizabeth con una sonrisa irónica—. Hay mucho que aún no me queda claro, y me temo que solo mediante más indagaciones se podrá sacar la verdad a la luz.

—Entonces esperemos que tus averiguaciones sean fructíferas —dijo Charlotte, con sus ojos rebosantes de comprensión—. Y que tus descubrimientos te traigan paz.

—Gracias, querida —susurró Elizabeth, con el corazón henchido de gratitud por el apoyo inquebrantable de Charlotte.

Al retirarse al salón una vez que regresaron a Longbourn, Jane, Elizabeth y Charlotte encontraron a Mary sentada con un libro. Mary dejó el libro a un lado y sonrió al verlas entrar.

—Habéis vuelto antes de lo que esperaba —observó Mary—. ¿Acaso la visita no fue bien?

—Ciertamente tomó un giro inesperado. No vas a creer quién llegó a Netherfield, Mary —dijo Jane, tomando asiento mientras Charlotte llamaba para pedir el té.

—Ilumíname —dijo Mary, con expresión curiosa.

—Lady Catherine de Bourgh —anunció Elizabeth—. En respuesta, al parecer, a una citación del señor Collins, advirtiéndole que hay una dama aquí en Hertfordshire con intenciones hacia el señor Darcy, tentándolo a alejarse de su compromiso con la señorita Anne de Bourgh. Quien, debo suponer, era aquella joven que acompañaba a Lady Catherine —señaló, mirando a Jane y Charlotte.

—Apenas me fijé en ella, para ser honesta —admitió Jane—. Estaba demasiado ocupada temblando de miedo ante Lady Catherine.

—Oh, no tienes nada que temer de ella —dijo Elizabeth con una risa—. ¡Tú no eres la que tiene intenciones hacia el señor Darcy! Casi podría sentir lástima por Caroline Bingley.

—¿Crees que el señor Collins se refería a Caroline Bingley? —preguntó Charlotte.

—Por supuesto —Perpleja, Elizabeth se volvió hacia su madrastra—. ¿A quién más podría haberse referido?

—Hmm —fue todo lo que Charlotte dijo en respuesta.

—Pero ¿por qué? —preguntó Mary, con expresión seria mientras consideraba esta noticia—. ¿Qué podría haberlo poseído para escribir tal carta?

—Los motivos del señor Collins suelen ser inescrutables, pero en este caso, creo que fue su equivocado sentido del deber hacia Lady Catherine —explicó Charlotte—. Sintió que era necesario advertirle de la situación.

—Independientemente de sus intenciones, sus acciones muestran un nivel extraordinario de mezquindad —declaró Mary, con los labios apretados en una fina línea de desaprobación—. No

puedo aprobar tal comportamiento, ni puedo alinearme con él a través del matrimonio.

—¿Entonces piensas rechazar su propuesta? —inquirió Charlotte suavemente.

—En efecto, lo haré —respondió Mary con firmeza—. Aunque soy muy consciente de los beneficios que tal unión traería, no puedo obligarme a casarme con un hombre cuyo carácter encuentro tan fundamentalmente deficiente.

—Tu determinación es admirable, Mary —dijo Charlotte, poniendo una mano tranquilizadora en su brazo—. Mereces un compañero que te trate a ti y a quienes te rodean con respeto.

—Gracias, madrastra —respondió Mary con una pequeña sonrisa, una que la hacía verse bastante bonita, notó Elizabeth—. Es reconfortante saber que entiendes mi posición y la apoyas.

—Siempre, querida —le aseguró Charlotte.

—Mary, me alegro mucho de que hayas decidido no aceptarlo —dijo Elizabeth, extendiendo la mano para tomar la de Mary y apretarla con afecto—. Creo que habrías sido un desperdicio, casada con un hombre tan tonto y mezquino como Collins.

—Gracias, Lizzy —respondió Mary, obviamente conmovida por el sentimiento de su hermana —. Siento lo mismo. Preferiría no casarme en absoluto que conformarme con el primer hombre que me lo pida cuando no es la elección correcta.

—Tal madurez es rara y admirable —comentó Jane, sonriendo dulcemente a su hermana.

—En efecto —concordó Elizabeth—. Todas debemos aprender del ejemplo de Mary y esforzarnos por tomar decisiones basadas en nuestra propia felicidad, en lugar de las expectativas de los demás.



Los pasos de Mary eran pesados mientras subía las escaleras hacia su dormitorio, sentándose en su pequeño escritorio. No encontraba placer en lo que estaba a punto de hacer, pero posponerlo era una noción intolerable. Sumergió su pluma en el tintero, exhalando profundamente mientras contemplaba el peso de las palabras que estaba a punto de escribir. Esta carta pondría fin a cualquier posibilidad de matrimonio entre ella y el señor Collins, y aunque se sentía segura de su decisión, todavía había una parte de ella que no podía evitar preguntarse qué sería de ella en el

futuro.

Estimado señor Collins, comenzó Mary, con la mano firme mientras escribía las primeras líneas, *Espero que esta carta lo encuentre con buena salud y ánimo. Su reciente propuesta me ha dado mucho motivo de reflexión.*

—Mary, ¿necesitas ayuda con tu carta? —preguntó Elizabeth, asomándose por la puerta entreabierta.

—Gracias, Lizzy, pero debo hacer esto por mi cuenta —respondió Mary, ofreciendo a su hermana una débil sonrisa.

—Muy bien, entonces —asintió Elizabeth, comprendiendo la importancia de que Mary manejara el asunto por sí misma—. Si necesitas algo, solo llámame.

—Gracias —murmuró Mary, volviendo a concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Continuó escribiendo, sus pensamientos fluyendo en la página: *Después de una cuidadosa consideración, debo informarle con pesar que no puedo aceptar su oferta de matrimonio. Aunque estoy agradecida por su amable atención y consideración, es mi creencia que no somos adecuados el uno para el otro.*

Haciendo una pausa por un momento, Mary consideró la mejor manera de explicar su decisión sin causar una ofensa indebida. Era importante para ella ser honesta y directa, pero deseaba permanecer respetuosa y considerada.

Desde que pasé tiempo en Londres con mis tíos, he llegado a entender más sobre mí misma y mis deseos para el futuro, escribió Mary, esperando que al compartir una parte de su viaje personal, el señor Collins pudiera comprender mejor su elección. *He aprendido que valoro mi independencia y la búsqueda del conocimiento por encima de todo, y aunque el matrimonio es sin duda una institución honorable, no puedo en buena conciencia entrar en tal unión a menos que esté segura de que contribuirá a mi felicidad y crecimiento personal.*

Además, continuó, sus palabras cobrando fuerza a medida que articulaba sus convicciones, *creo firmemente que ambas partes en un matrimonio deben ser compatibles en temperamento y valores, para evitar que su unión se convierta en una fuente de conflicto y descontento. Temo que nuestras diferentes perspectivas de la vida nos impedirían alcanzar una verdadera armonía y entendimiento dentro del matrimonio.*

Mientras Mary escribía las últimas líneas de su carta, sintió una mezcla de alivio y aprensión. Sabía que su rechazo podría disgustar al señor Collins y quizás incluso a Lady Catherine de Bourgh; sin embargo, también reconocía que se debía a sí misma y a su futuro tomar decisiones basadas en sus propias convicciones en lugar de las expectativas de los demás.

Por favor, acepte mis más sinceras disculpas por cualquier decepción que esta decisión pueda causarle. Le deseo toda la felicidad en sus futuros empeños, concluyó Mary, con la mano temblando ligeramente mientras firmaba su nombre.

Con un suspiro, Mary dobló la carta y la selló cuidadosamente con cera. Mientras contemplaba el producto terminado, no pudo evitar sentir una sensación de orgullo por su recién descubierta fuerza y determinación. Al elegir su propio camino, había dado el primer paso hacia la definición de su propio destino, y eso, lo sabía, valía más que cualquier propuesta de matrimonio que pudiera recibir.



Capítulo Once

ERA TARDE CUANDO EL señor Darcy y el señor Bingley regresaron de su día fuera, habiendo sido invitados y aceptado una invitación para cenar en Lucas Lodge. La amable compañía de los Lucas había sido un respiro bienvenido de las tensiones dentro de Netherfield, y los dos caballeros se encontraban de buen humor.

Cuando la puerta se abrió, la señora Hurst estaba ante ellos, su semblante grabado con preocupación. Su habitual aire distante de desdén altivo parecía haberla abandonado por completo, reemplazado por una palpable sensación de pánico.

—¡Oh, mi querido hermano, y señor Darcy! —exclamó sin aliento, acercándose a ellos con pasos apresurados—. ¡Gracias a Dios que han regresado! Debo hablar con ustedes inmediatamente.

—Louisa, ¿qué sucede? —preguntó el señor Bingley, con evidente preocupación en su voz al observar la apariencia desordenada de su hermana.

—Caroline... —vaciló, retorciéndose las manos ansiosamente—, se ha enfermado después de... Bueno, después de que su tía llegara y la confrontara, señor Darcy.

—¿Mi tía? —Darcy la miró confundido—. ¿Qué tía?

—¡Lady Catherine de Bourgh! Acusó a Caroline de... de... —La señora Hurst claramente no

quería decir las palabras, pero con Darcy y su hermano mirándola fijamente, tuvo que admitir la verdad—. De poner sus ojos en usted —confesó, casi en un susurro.

—¿Y Lady Catherine vino aquí para confrontarla por eso? —preguntó Darcy, luchando por contener su sorpresa. No era ninguna novedad para él que la señorita Bingley se imaginara como la futura señora de Pemberley, pero nunca había anticipado que Lady Catherine se involucrara en el asunto.

—Caroline parece haber contraído la misma gripe que ha mantenido a la señora Annesley en cama desde su llegada —añadió la señora Hurst, con la voz cargada de preocupación—. Temo que la angustia por la diatriba de Lady Catherine solo haya exacerbado su condición.

—Enviaré a buscar al médico inmediatamente —dijo Bingley—. ¿Dónde está Lady Catherine ahora?

—Cuando usted y el señor Darcy no regresaron para la cena, exigió habitaciones para ella y su hija. Ordené al ama de llaves que preparara las mejores suites de invitados que tuviéramos disponibles para ellas. —La señora Hurst respiró profundamente y pareció recomponerse.

—Espere, ¿mi prima Anne también está aquí? —preguntó Darcy, preguntándose qué podría estar tramando su tía—. Perdóname, Bingley. No anticipé la intrusión de mi tía en tu hospitalidad.

—No te preocupes, Darcy —respondió Bingley, siempre el anfitrión amable—. Nos las arreglaremos lo mejor que podamos, incluso si Caroline no está bien. De hecho, estoy seguro de que mi querida Jane estará ansiosa por intervenir y aprender las costumbres de Netherfield; ¡no tendrás que encargarte de todo sola, Louisa!

La señora Hurst apenas parecía encantada ante la perspectiva, pero no dijo nada, quizás dándose cuenta de que si rechazaba la ayuda de Jane tendría que encargarse de todo ella sola hasta que su hermana se recuperara, lo cual no se ajustaría en absoluto a su inclinación por la indolencia.

A pesar de las garantías de Bingley, Darcy no pudo sacudirse la sensación de presagio que se asentó sobre él cuando se retiró por la noche. Se preparó para la confrontación con su imperiosa tía que sabía que inevitablemente llegaría.

A la mañana siguiente, cuando Darcy bajaba la escalera para unirse a sus compañeros para el desayuno, Lady Catherine apareció repentinamente a su lado. Su semblante era tormentoso, sus ojos brillando de indignación mientras lanzaba su diatriba sin preámbulos.

—Darcy, debo hablar contigo —declaró, su voz una mezcla de ira y altivez—. ¡Ha llegado a mi atención que cierta mujer de estatus inferior te ha estado persiguiendo!

Darcy abrió la boca, pero ella no le dio ni un momento para hablar.

—Seguramente debes saber que tal unión está fuera de cuestión —continuó Lady Catherine, sus palabras un verdadero torrente de desaprobación—. Estás obligado por deber a hacer una alianza más ventajosa, una digna de un hombre de tu posición.

—En efecto, señora —respondió Darcy, luchando por mantener la compostura ante sus acusaciones—. Le aseguro que no tengo intención de casarme con ninguna mujer que no cumpla con los estándares requeridos por mi familia y la sociedad.

—¿Y qué si caes en la trampa de una mujer calculadora como esta? ¡Una que ha rechazado una propuesta perfectamente adecuada del señor Collins! ¡Solo puedo suponer que cree que recibirá una mejor oferta! —Lady Catherine le lanzó una mirada significativa.

El ceño de Darcy se frunció en confusión. *¿El señor Collins? ¿El señor Collins le había propuesto matrimonio a Caroline Bingley?* —Tía Catherine —aventuró con cautela—, ¿se refiere usted a la señorita Bingley? ¿Realmente ha recibido una propuesta del señor Collins?

Los ojos de Lady Catherine se abrieron con incredulidad, su semblante traicionando su asombro ante su sugerencia. —¿La señorita Bingley? —repitió, con un gesto de desprecio formándose en sus labios—. ¡Cielos, no! Ella es aún menos adecuada para ser tu esposa que la dama de la que hablo... al menos esa es hija de un caballero.

—¡Señora, sigo sin entender a quién se refiere! —exclamó Darcy, perdiendo la paciencia.

—¡La señorita Elizabeth Bennet! —gritó su tía, furiosa.

—¿La señorita Elizabeth? —repitió Darcy, su corazón eludiendo sus intentos de aquietar su repentina e inexplicable aceleración dentro de su pecho.

—En efecto —confirmó Lady Catherine, su voz impregnada de desdén—. Parece que ha rechazado su propuesta, a pesar de que una unión con un clérigo tan respetable habría asegurado el futuro de toda su familia además del suyo propio.

Darcy luchó por ocultar su asombro, su mente dando vueltas con las implicaciones de esta revelación. Siempre había sabido que Elizabeth era una joven mujer de ingenio y discernimiento excepcionales, pero parecía que había superado incluso sus estimaciones en su rechazo al señor Collins. Aun así, no podía permitir que sus sentimientos nublaran su juicio o lo traicionaran frente a su imperiosa tía.

—Su preocupación por mi bienestar es muy conmovedora, tía —respondió con serenidad, esforzándose por mantener una apariencia de indiferencia—. Sin embargo, puedo asegurarle que

no hay necesidad de alarmarse. La situación está completamente bajo control.

—¿Bajo control, dices? —se burló Lady Catherine, entrecerrando los ojos mientras escrutaba a Darcy—. Me resulta muy alarmante que un hombre de tu importancia sea vinculado a una mujer tan claramente inferior a ti. Esperaba un mejor juicio de tu parte, sobrino.

La mandíbula de Darcy se tensó, y se obligó a no traicionar sus verdaderos sentimientos. No serviría de nada darle a Lady Catherine más munición.

—Su preocupación ha sido registrada, tía —respondió él, forzando una sonrisa cortés—. Sin embargo, debo informarle que no he dado indicación alguna de interés por la señorita Elizabeth Bennet. Me temo que ha habido algún malentendido por parte del señor Collins.

—En efecto —resopló Lady Catherine, claramente dudando de su sinceridad—. Y aun así, el señor Collins parece estar bastante convencido de que está usted enamorado de la joven y que ella espera en cualquier momento su declaración, ¡lo cual la ha llevado a rechazar la más adecuada propuesta que el señor Collins le ofreció! ¿Qué podría haberle dado semejante impresión?

—Quizás el señor Collins sea simplemente propenso a fantasear —sugirió Darcy, con voz rebosante de falsa indiferencia. Interiormente, se estremeció por la facilidad con la que las falsedades brotaban de sus labios. Él *sí* admiraba a Elizabeth Bennet, mucho más de lo que debería.

—Sea como fuere —dijo Lady Catherine con frialdad—, tengo la intención de resolver este asunto de inmediato. Dígame, ¿dónde podría uno encontrar a esta Elizabeth Bennet?

Darcy vaciló, sabiendo perfectamente que la interferencia de su tía solo serviría para complicar aún más las cosas. Sin embargo, la verdad era que no podía soportar la idea de que Lady Catherine confrontara a Elizabeth, y quizás incluso dañara su reputación en el proceso.

Antes de que Darcy pudiera idear un plan para evitar que Lady Catherine se enfrentara a Elizabeth, la señora Hurst se adelantó con entusiasmo y proporcionó indicaciones detalladas para llegar a Longbourn. Su voz estaba teñida de satisfacción maliciosa, y sus ojos brillaban ante la perspectiva de un escándalo, especialmente uno que pudiera dañar a la familia Bennet.

—Longbourn está a un corto paseo de aquí —informó a Lady Catherine, quien escuchaba atentamente—. Simplemente siga el camino principal a través de Meryton, y llegará allí en poco tiempo.

—Excelente —dijo Lady Catherine, asintiendo secamente—. Ha sido usted de gran ayuda, señora Hurst.

—Siempre a su servicio, mi lady —respondió la señora Hurst, inclinando la cabeza en una ligera reverencia.

Cuando Lady Catherine se dispuso a marcharse, Darcy sintió una oleada de desesperación. No podía permitir que su tía cayera sobre Elizabeth como una tormenta vengativa, causando estragos en la vida de la joven. Con una resolución nacida de su creciente afecto por Elizabeth, tomó una decisión apresurada.

Tan pronto como el carruaje de Lady Catherine comenzó a alejarse, Darcy no perdió tiempo en convocar a su caballo y lo instó a un rápido galope, esperando llegar a Longbourn antes que su tía.

Con cada paso atronador, los pensamientos de Darcy corrían, consumidos por la necesidad de proteger a Elizabeth de la ira de Lady Catherine. Aunque sabía que sería imposible disuadir a su tía por completo, esperaba que su presencia pudiera de alguna manera proteger a Elizabeth de lo peor de la confrontación.

Mientras Darcy se acercaba a Longbourn, rezaba para llegar a tiempo y proporcionar cualquier apoyo que Elizabeth pudiera necesitar frente a la formidable presencia de Lady Catherine. No podía, y no permitiría, que su reputación o felicidad se vieran empañadas por las maquinaciones de su dominante tía. Su corazón latía con urgencia mientras desmontaba su caballo y se apresuraba hacia la puerta, rogando haber llegado antes que Lady Catherine. Al llegar a la entrada, vaciló por un momento, tomando una respiración profunda para calmarse antes de levantar el aldabón.

—¡Señor Darcy! —exclamó Elizabeth, con los ojos abiertos de sorpresa cuando lo condujeron al salón, donde ella estaba sentada sola—. ¿A qué debemos esta visita inesperada?

—Señorita Elizabeth —comenzó Darcy, luchando por recuperar el aliento—, he venido a advertirle de una inminente visita de mi tía, Lady Catherine de Bourgh. Está bajo la impresión de que existe algún... entendimiento entre usted y yo, y ha decidido intervenir por su cuenta.

Elizabeth arqueó una ceja, claramente desconcertada.

—Y dígame, señor Darcy, ¿qué tipo de entendimiento cree su tía que existe entre nosotros?

—Un compromiso, señorita Elizabeth —confesó Darcy, sintiendo que sus mejillas se sonrojaban de vergüenza—. Cree que usted ha rechazado una oferta de matrimonio del señor Collins debido a alguna conexión entre nosotros.

Elizabeth pareció bastante atónita, antes de echarse a reír.

—Así que a eso se refería Charlotte —murmuró, casi para sí misma, antes de volver a mirarlo—. Bueno, debo decir que es una historia bastante imaginativa. Por mucho que agradezca su advertencia, señor Darcy, le aseguro que no me intimida la inminente visita de su tía.

—Elizabeth —suplicó Darcy, tan preocupado por su bienestar que se deslizó y la llamó solo por su nombre de pila—, por favor, reconsidérelo. Mi tía puede ser bastante... enérgica, y temo las repercusiones si se enfrenta a usted directamente.

—Señor Darcy —respondió Elizabeth con calma, una sonrisa traviesa jugando en las comisuras de sus labios—, si acaso, su presencia aquí probablemente dará precisamente la impresión opuesta a la que pretende. Debe irse de inmediato si desea evitar alimentar aún más las sospechas de su tía.

Darcy vaciló, dividido entre su deseo de proteger a Elizabeth y su necesidad de respetar sus deseos. Al final, fue su mirada firme y su expresión resueltamente tranquila lo que le convenció de ceder.

—Muy bien —concedió, con voz cargada de renuencia—. Me marcharé, pero por favor sepa que estoy dispuesto a apoyarla si surge la necesidad.

—Gracias, señor Darcy —respondió Elizabeth suavemente, sosteniendo su mirada—. Pero tenga la seguridad de que soy perfectamente capaz de manejar a Lady Catherine por mi cuenta.

Mientras Darcy se alejaba de Longbourn, no pudo evitar sentirse impresionado por la innegable fuerza y valentía que yacían bajo el delicado exterior de Elizabeth. Esto solo sirvió para profundizar su admiración por ella, incluso mientras se resignaba a la realidad de que su presencia podría solo complicar más las cosas.

A su regreso a Netherfield, los pensamientos de Darcy estaban consumidos por Elizabeth y la potencial confrontación con Lady Catherine. Su admiración por ella solo había crecido debido a su inquebrantable resolución frente a una figura tan imponente como su tía.

Al entrar en el salón, Darcy encontró a Bingley enfrascado en un juego de cartas con los Hurst. Su amigo levantó la vista a su llegada y notó la expresión preocupada en el rostro de Darcy.

—¿Está todo bien, Darcy? —preguntó Bingley, con genuina preocupación en su voz—. Pareces bastante perturbado.

Darcy dudó, inseguro de cuánto revelar sobre la situación en Longbourn. Se decidió por una explicación vaga, reacio a traicionar la confianza de Elizabeth.

—Simplemente un asunto familiar menor —respondió, forzando una sonrisa tensa—. Nada que

deba preocuparte, Bingley.

—Muy bien —accedió Bingley, aunque aún miraba a Darcy con preocupación—. Si estás seguro, amigo mío.

—En efecto, lo estoy —le aseguró Darcy, aunque no podía sacudirse por completo la preocupación persistente que lo carcomía. Mientras se unía a sus amigos en la mesa de cartas, su mente permanecía enfocada en Elizabeth, esperando fervientemente que saliera ilesa de su encuentro con Lady Catherine.

A medida que avanzaba la tarde, a Darcy le resultaba cada vez más difícil concentrarse en el juego en cuestión, sus pensamientos se desviaban constantemente hacia Longbourn y la mujer vivaz que empezaba a temer que había capturado su corazón. Solo podía esperar y confiar en la fuerza y el coraje de ella para superar la tormenta que le aguardaba.



Capítulo Doce

EL AIRE EN NETHERFIELD había adquirido un frío notablemente gélido, a pesar de los rugientes fuegos que ardían en cada chimenea. El señor Darcy observaba a su tía, Lady Catherine de Bourgh, mientras esta recorría el salón como una leona enjaulada, sus ojos afilados recorriendo la estancia y su boca formando una línea delgada y furiosa.

—¡No puedo creer la impertinencia de esa chica tonta y testaruda! —exclamó Lady Catherine, elevando su voz con cada palabra—. ¡Pensar que Elizabeth Bennet se atrevió a desafiarme, a mí! ¡La hija de un conde! Es inaceptable.

Darcy se removió incómodo en su asiento. Ansiaba presionar a su tía para obtener detalles de su confrontación con la señorita Elizabeth, para saber exactamente qué había ocurrido entre ellas, pero intuía que no era el momento oportuno. El genio de Lady Catherine era legendario e impredecible. Era mejor dejarla desahogarse primero antes de aventurarse a hacer preguntas.

—Y ahora, para colmo de males —continuó Lady Catherine, con las mejillas enrojecidas de ira —, ¡descubro que todo el mundo en este lugar miserable parece pensar que esa advenediza de la señorita Bingley también te ha echado el ojo, Darcy! ¡Qué atrevimiento! Como si un hombre de tu posición y linaje fuera a considerar jamás una unión tan inadecuada. Tu amistad con su hermano ya es bastante mala, ¡pero el matrimonio! ¡Su dinero proviene del *comercio*!

La mandíbula de Darcy se tensó ante el insulto a sus amigos. Agradecía que él y Lady Catherine fueran los únicos en la habitación en ese momento; no le habría gustado que Bingley escuchara lo que Lady Catherine estaba diciendo.

—Tengo medio pensado llevarte de vuelta a Rosings en este mismo instante, Darcy —declaró Lady Catherine—. ¡No permitiré que caigas presa de las maquinaciones de jóvenes ambiciosas y sus familias intrigantes! —Se giró para enfrentarlo, sus ojos brillando con una determinación acerada—. Sí, creo que sería lo mejor. Debes abandonar Hertfordshire de inmediato.

Darcy negó con la cabeza, fingiendo una calma que no sentía.

—Vamos, tía Catherine —dijo en un tono conciliador—. No hay necesidad de medidas tan drásticas. Le aseguro que no estoy en peligro ni por parte de la señorita Elizabeth Bennet ni de la señorita Bingley.

Lady Catherine lo estudió por un largo momento, su mirada perspicaz pareciendo penetrar en lo más profundo de su alma. Finalmente, asintió bruscamente.

—Muy bien, Darcy. Supongo que no puedo exactamente arrastrarte fuera de aquí por el pescuezo. Pero toma nota de mis palabras: no me quedaré de brazos cruzados viendo cómo te desperdicias con alguna don nadie del campo, *o* con una advenediza de una familia de dudosos antecedentes. Las sombras de Pemberley no serán así mancilladas.

Se sentaron en silencio por unos momentos, habiendo alcanzado una tregua incómoda, hasta que Darcy se aventuró a hablar de nuevo.

—Tía Catherine —comenzó, con voz cuidadosamente medida—, debo hablar con usted sobre su conversación con la señorita Elizabeth Bennet.

Los labios de Lady Catherine se apretaron en una línea tensa.

—No hay nada que discutir, Darcy. La chica es completamente inadecuada para ti, y no me quedaré de brazos cruzados viendo cómo arruinas tu futuro por un mero capricho.

Darcy se erizó ante sus palabras, su mandíbula apretándose con ira apenas contenida.

—Lady Catherine, no estoy de ninguna manera involucrado con la señorita Elizabeth Bennet, y no puedo concebir de dónde sacó el señor Collins la idea de que lo estoy... ¡o la audacia de intentar interferir en mi vida personal!

Eso hizo que Lady Catherine se detuviera por un momento.

—Quizás no era el lugar del señor Collins —concedió—, pero debes hacer concesiones por sus sentimientos heridos después de ser rechazado tan sumariamente por una mujer que debería haber estado agradecida por sus atenciones.

—¡Agradecida! —se burló Darcy—. El señor Collins es un hombre tonto y adulador que no tiene ni una décima parte del ingenio de la señorita Elizabeth. Habría sido una unión muy desigual y, francamente, aplaudo su decisión de rechazarlo.

—La *admiras*. —Sintiendo debilidad, Lady Catherine se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos.

—Lo hago —Darcy lo admitió libremente—. Pero no he hecho ningún avance ni he ilusionado a la señorita Elizabeth de ninguna manera. He estado considerando, en verdad, la posibilidad de elegir alinearme con una familia como los Bennet, en lugar de buscar una unión por conexiones y riqueza. Me inclino hacia seguir la emoción genuina que la señorita Elizabeth ha inspirado en mí.

—¿Genuina? —se burló Lady Catherine—. ¿Qué puedes saber tú de sentimientos genuinos? Eres un Darcy, y con eso vienen ciertas obligaciones y expectativas. ¡No puedes simplemente seguir tu corazón sin considerar las consecuencias!

—¿Y cuáles podrían ser esas consecuencias? —preguntó Darcy, su tono volviéndose más acalorado—. ¿Casarme por amor, encontrar una compañera que me desafíe y me inspire? No logro ver cómo eso podría ser otra cosa que una bendición.

Lady Catherine negó con la cabeza, su expresión una mezcla de lástima y exasperación.

—Estás cegado por la infatuación, sobrino. La señorita Bennet puede tener una cara bonita y una lengua afilada, pero está muy por debajo de ti en todo lo que importa. Su familia, sus conexiones, su fortuna... todo es lamentablemente inadecuado para un hombre de tu posición.

Darcy recorrió la habitación, su agitación creciendo con cada paso.

—No me importa nada su fortuna ni sus conexiones. Es su mente, su espíritu, lo que admiro.

—Eres un tonto, Darcy —dijo Lady Catherine fríamente—. Un tonto que está dispuesto a tirar todo por la borda por un capricho pasajero. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo te arruinas a ti mismo y al nombre de tu familia.

—Entonces no mire —dijo Darcy en voz baja, su voz llena de una determinación acerada—. Soy mi propio hombre, tía, y tomaré mis propias decisiones. No son en absoluto de su incumbencia, y si intenta interferir más, no tendré más remedio que mostrarle exactamente quién es el superior en nuestra familia.

El rostro de Lady Catherine se tornó rojo, y su mandíbula se movió como si estuviera masticando, pero no dijo nada. Darcy la miró con un toque de lástima.

—No me da ningún placer recordarle que su esposo consideró apropiado dejar todo a su hija en fideicomiso y no nombrarla a usted como una de las fideicomisarias —dijo Darcy en voz baja—. Mi primo Fitzwilliam y yo hemos elegido darle tanta libertad para dirigir Rosings como nos es posible, visitando solo ocasionalmente para manejar los asuntos legales que requieren nuestra presencia o una de nuestras firmas. Pero no se equivoque; intentar interferir en mi elección de esposa está considerablemente más allá de su ámbito de competencia y no lo toleraré.

Un silencio tenso flotaba en la habitación mientras las dos fuertes personalidades se miraban, Lady Catherine obviamente considerando si podía presionar más a Darcy. —Era el deseo más ferviente de tu madre... —comenzó, pero Darcy levantó la mano para detenerla.

—Anne y yo nunca nos casaremos —dijo tajantemente—. En eso, los dos estuvimos de acuerdo hace años. Es una idea a la que te has aferrado durante demasiado tiempo, y claramente es tu divulgación de esto lo que llevó al señor Collins a correr hacia ti con su historia inventada en primer lugar. No lo toleraré más. Me he ofrecido, en numerosas ocasiones, a ayudarte a llevar a Anne a Londres para una temporada, donde sin duda sería festejada como la gran heredera que es, y tendría su elección de maridos. Esa oferta sigue en pie. A pesar de tus afirmaciones de que Anne es demasiado débil para ello, creo que lo único que le pasa a Anne es que has pasado años diciéndole que está enferma. Está demasiado sobreprotegida, y ya es hora de que vea un poco más del mundo. Si tú no te ocupas de ello, lo trataré con Lord y Lady Matlock la próxima vez que les escriba.

Lady Catherine resopló. —Nunca solías ser tan impertinente, Darcy —dijo, un poco quejumbrosa—. ¡Esa chica Bennet ha sido una mala influencia, me temo!

A Darcy le habría encantado preguntar exactamente qué había dicho Elizabeth a Lady Catherine que fuera tan impertinente, pero se vio impedido de intentar obtener una vez más la información de su tía cuando el señor Bingley entró en el salón en ese momento, con su habitual sonrisa afable firmemente en su lugar, aunque debía haber sido capaz de escuchar sus voces elevadas en el pasillo.

Darcy presentó a su tía y a Bingley, quienes no se habían conocido previamente.

Bingley hizo una reverencia muy profunda y dijo: —Lady Catherine, espero que extienda su estancia con nosotros en Netherfield. Sería un gran placer tenerla como nuestra invitada por el tiempo que desee.

Lady Catherine resopló, entrecerrando los ojos mientras evaluaba al joven frente a ella. —Supongo que no tengo más remedio que aceptar su oferta, señor Bingley. Alguien debe estar aquí para asegurarse de que mi sobrino no se haga el completo tonto por esa chica impertinente. O cualquier otra chica que se imagine digna de él. —Lanzó una mirada de reojo a Darcy.

La sonrisa de Bingley vaciló ligeramente, pero mantuvo la compostura. —Estoy bastante seguro,

mi lady, de que el señor Darcy es más que capaz de manejar sus propios asuntos.

Mientras Bingley continuaba conversando educadamente con Lady Catherine, Darcy se encontró con sus pensamientos vagando hacia Elizabeth. Anhelaba verla, hablar con ella, asegurarse de que no se había angustiado demasiado por la visita de su tía. Pero sabía que debía esperar su momento, que debía permitir que la situación se calmara antes de poder acercarse a ella de nuevo.

Por ahora, tendría que contentarse con el conocimiento de que Elizabeth se había negado a ser intimidada por las amenazas y ultimátums de Lady Catherine.



Lady Catherine se permitió ser un poco encantada por el señor Bingley, quien Darcy pensó amargamente que probablemente era capaz de encantar a los pájaros de los árboles si se lo proponía, y pronto la persuadió para que se uniera a él en el comedor donde se había dispuesto un ligero buffet. El señor Hurst ya estaba allí, al igual que Georgiana, y Anne entró unos momentos después.

Anne saludó a Darcy con una sonrisa, y él le hizo una reverencia antes de presentarla a Hurst y Bingley.

Bingley hizo una reverencia. —Un placer conocerla, señorita de Bourgh.

Anne hizo una torpe reverencia. —El placer es mío, señor.

—Los dejaré para que se conozcan —dijo Darcy—. Si me disculpan...

Se movió para servirse algo de comida, escuchando a medias mientras Anne intentaba una conversación forzada con Bingley. Después de algunas banalidades sobre el clima, notó que el tono de Anne cambiaba.

—Debe ser tan aburrido para usted aquí en el campo —dijo, batiendo las pestañas en lo que Darcy supuso era un intento de coqueteo.

—Oh, para nada —respondió Bingley, ajeno—. La caza es excelente.

Anne soltó una risita y puso una mano en el brazo de Bingley de una manera que hizo que Darcy se estremeciera. Bingley se liberó suavemente, luciendo desconcertado.

Justo entonces, el sonido de un carruaje que se acercaba salvó a Bingley de más incomodidad. —Ah, creo que serán los Bennet ahora. ¡Estoy ansioso por presentarle a mi prometida, la señorita Jane Bennet, señorita de Bourgh!

El rostro de Anne decayó cómicamente mientras Bingley se apresuraba a salir. Darcy tuvo que contener una risa ante su fallido coqueteo. *Algo de diversión después de todo*, pensó irónicamente.

—¿Por qué están aquí los Bennet? —exigió Lady Catherine, su tono indignado.

—Tía Catherine —dijo Darcy en tono de advertencia—. La mayor de las señoritas Bennet es la prometida del señor Bingley. Con la señorita Bingley indispuesta y la fecha de la boda acercándose rápidamente, la presencia diaria de la señorita Bennet en Netherfield es tanto esperada como bienvenida. Generalmente la acompaña una o más de sus hermanas, y a veces también la señora Bennet. De hecho, las jóvenes Bennet han sido muy amables al hacerse amigas de Georgiana; son inteligentes y vivaces, y me atrevo a decir que a Anne también le gustaría conocerlas. De hecho, esta es una buena oportunidad para que Anne se encuentre con más personas en situaciones sociales, ¿no es así? —Le dirigió una mirada significativa a Lady Catherine. Ella frunció los labios, pero finalmente asintió de mala gana.

—Muy bien —dijo, bastante descortésmente—. Anne, te harás amiga de las hijas menores de Bennet.

—Sí, mamá —dijo Anne, obviamente sorprendida, pero Darcy pudo ver que la emoción se dibujaba en su rostro.

Esto sería bueno para Anne, pensó. Ella tenía muy pocas oportunidades de hacer amigas de su edad. Quizás no era tan malo que Lady Catherine hubiera venido a Hertfordshire después de todo, si eso llevaba a que Anne pudiera vivir un poco.

Pero sus pensamientos pronto fueron interrumpidos por Georgiana, quien se le acercó con una expresión preocupada en su rostro cuando terminó de comer. —Hermano —susurró, llevándolo aparte—, debo hablar contigo en privado.

Darcy siguió a su hermana fuera de la habitación y hacia la biblioteca, donde ella tomó un profundo respiro y comenzó a hablar, sus palabras saliendo en una prisa apresurada. —Fitzwilliam, debo confesarte algo. Yo... caminé hacia Meryton con Lydia y Kitty, y vi al señor Wickham allí.

Darcy sintió una oleada de ira y miedo al escuchar el nombre de Wickham. —¿Te habló? —

preguntó con voz baja y urgente.

Georgiana desvió la mirada, sin encontrarse con sus ojos. —Sé que me vio, y yo... tuve miedo —dijo.

Darcy se preguntó si estaba evadiendo la verdad, pero considerando que acababa de venir a confiar en él por su propia voluntad, decidió no presionarla. En su lugar, suspiró y tomó las manos de su hermana entre las suyas. —Georgiana, lamento que hayas tenido que enfrentar eso sola. Debería haber estado allí para protegerte.

Georgiana lo miró con ojos llorosos. —Lo siento, Fitzwilliam. Sé que no debí haber ido al pueblo sin tu permiso. Prometo que no lo volveré a hacer.

Darcy asintió, con el corazón pesado de arrepentimiento. Se dio cuenta de que debería haber sido más honesto con Georgiana desde el principio, que debería haber confiado en ella y haberle contado sobre la presencia de Wickham en Meryton. Pero había querido protegerla, resguardarla del dolor del pasado. En cambio, la había hecho más vulnerable al ocultar la verdad.

Ahora, mientras miraba a los ojos de su hermana, vio una nueva madurez allí, una fortaleza que no había notado antes. Tal vez era hora de confiar en ella, de tratarla como la joven mujer en la que se estaba convirtiendo, en lugar de la niña frágil que siempre había visto en ella.

—Georgiana —dijo suavemente—, estoy orgulloso de ti. Has demostrado gran valor al enfrentar tus miedos, y sé que seguirás creciendo en fortaleza y sabiduría. Lamento no haber confiado en ti con la verdad sobre Wickham, pero te prometo que de ahora en adelante, seré honesto contigo en todo.

Georgiana sonrió a través de sus lágrimas y abrazó fuertemente a su hermano. —Gracias, Fitzwilliam —susurró—. Te quiero.

Al separarse del abrazo, los ojos de Georgiana brillaban con una determinación recién descubierta. —Hermano —comenzó, con voz firme a pesar del ligero temblor de su labio—, ahora entiendo por qué me prohibiste salir de Netherfield. Ver al señor Wickham en Meryton trajo de vuelta todo el dolor y la vergüenza de mis acciones insensatas del verano pasado. Pero me doy cuenta de que no puedo esconderme de mi pasado para siempre. Debo aprender a enfrentarlo con coraje y dignidad, como tú me has enseñado.

Darcy sintió una oleada de orgullo ante las palabras de su hermana. Había crecido tanto en el último año, y se maravilló de la fuerza y la resiliencia que ahora mostraba. —Georgiana, lamento no haber confiado en ti la verdad desde el principio. Pensé que te estaba protegiendo, pero ahora veo que eres capaz de manejar mucho más de lo que te di crédito. Fue un error mantenerte en la oscuridad sobre la presencia de Wickham aquí.

Georgiana asintió, una pequeña sonrisa adornando sus facciones. —Aprecio tu disculpa, Fitzwilliam. Sé que solo quieres lo mejor para mí, pero ya no soy una niña. Quiero ser tratada como una igual, como alguien en quien se puede confiar con la verdad, por dolorosa que sea.

Darcy tomó la mano de su hermana entre las suyas, sus ojos transmitiendo la profundidad de su afecto y respeto por ella. —Tienes mi palabra, Georgiana. A partir de hoy, seré honesto contigo en todo. No más secretos entre nosotros.

La sonrisa de Georgiana se ensanchó, y apretó la mano de su hermano en respuesta. —Gracias, Fitzwilliam. Eso significa más para mí de lo que puedas imaginar. Y prometo que no volveré a salir de Netherfield sin tu permiso. Entiendo la importancia del decoro y la necesidad de proteger la reputación de nuestra familia.

Mientras estaban allí, cogidos de la mano, Darcy sintió que se le quitaba un peso de encima. Siempre había cargado con la responsabilidad de proteger a Georgiana, de resguardarla de las duras realidades del mundo. Pero ahora, se daba cuenta de que ella era más fuerte de lo que jamás había imaginado, y que juntos podrían enfrentar cualquier desafío que se les presentara.

Un golpe en la puerta interrumpió su momento de unión fraternal. Bingley entró, su expresión habitualmente jovial teñida con un toque de nerviosismo. —Darcy, ¿podría hablar contigo un momento?

Darcy asintió, soltando la mano de Georgiana y volviéndose para enfrentar a su amigo. —Por supuesto, Bingley. ¿Qué tienes en mente?

Bingley jugueteó con su corbata, una señal segura de que estaba ansioso por algo. —Bueno, verás, necesito ir a Londres por unos días para consultar con mi abogado sobre los acuerdos matrimoniales. Esperaba que pudieras acompañarme, ya que valoro tu opinión y podría usar tu apoyo.

Darcy consideró la petición, sopesando su deseo de estar allí para su amigo contra su renuencia a dejar a Georgiana y Netherfield. Miró a su hermana, quien le dio una sonrisa alentadora, como diciéndole que estaría bien en su ausencia. —Por supuesto, Bingley. Estaré encantado de acompañarte a Londres. ¿Cuándo planeas partir?

El alivio de Bingley era palpable. —Estaba pensando que podríamos salir mañana por la mañana, si te parece bien. No deseo estar lejos de Jane por mucho tiempo, pero sé que este es un asunto importante que requiere mi atención.

Darcy asintió, su mente ya girando en torno a los asuntos prácticos del viaje. —Muy bien. Haré los arreglos necesarios e informaré a mi personal. Podemos tomar mi carruaje, ya que será más rápido y cómodo que el tuyo.

Mientras Bingley se iba para atender sus propios preparativos, Darcy se volvió hacia Georgiana. —¿Estarás bien aquí mientras estoy fuera, Georgiana? No me gusta la idea de dejarte sola con nuestra tía y la señorita Bingley.

Georgiana levantó la barbilla, con un brillo determinado en sus ojos. —Estaré bien, Fitzwilliam. Soy más fuerte de lo que piensas. Y además, de ninguna manera estoy sin amigos. Tendré a la señora Annesley para que me haga compañía. Está mejorando de su enfermedad. Me gustaría pasar más tiempo sentada con ella, haciéndole compañía, y también deseo llegar a conocer mejor a las hermanas Bennet mayores.

Darcy sonrió, el orgullo hinchándole el pecho ante el recién descubierto coraje y resistencia de su hermana. Quizás este viaje a Londres sería bueno para ambos: una oportunidad para que Bingley arreglara sus asuntos y para que Darcy ganara una perspectiva muy necesaria sobre sus propios sentimientos hacia Elizabeth. Con un último apretón de la mano de Georgiana, se fue a hacer los arreglos necesarios, con el corazón más ligero de lo que había estado en semanas.

Mientras Darcy recorría los pasillos de Netherfield, sus pensamientos se dirigieron a los otros beneficios de este viaje improvisado a Londres. Con suerte, su ausencia permitiría que el famoso mal genio de Lady Catherine se calmara. Darcy esperaba que unos días separados ayudaran a suavizar sus plumas alborotadas.

Y luego estaba el asunto de la señorita Bingley. Darcy reprimió un suspiro al recordar el brillo calculador que había visto en sus ojos últimamente. Era evidente que lo había elegido como su futuro esposo, a pesar de sus repetidos intentos por desalentar sus atenciones. Quizás con Lady Catherine presente para desanimarla de la manera inimitable en que solo Lady Catherine podía hacerlo, la señorita Bingley finalmente se daría cuenta de la futilidad de su persecución y dirigiría sus atenciones a otra parte.

Perdido en sus pensamientos, Darcy casi chocó con un sirviente que llevaba una pila de sábanas. Se disculpó, con las mejillas encendidas de vergüenza. No era propio de él estar tan distraído, pero claro, nada en su vida había sido normal desde que puso sus ojos por primera vez en Elizabeth Bennet.

Al entrar en sus aposentos para hacer el equipaje para el viaje, los pensamientos de Darcy volvieron una vez más a Elizabeth. Se preguntó qué estaría haciendo en ese preciso momento: tal vez dando un paseo por el campo, con las mejillas sonrosadas por el fresco aire invernal. O quizás estaba acurrucada con un libro, su mente ingeniosa absorta en algún nuevo relato de aventuras y romance.

Darcy sacudió la cabeza, tratando de desterrar tales pensamientos de su mente. Era hora de dejar a un lado sus sentimientos y concentrarse en el asunto que tenía entre manos. Bingley necesitaba su ayuda, y Darcy no defraudaría a su amigo. Y si, en el proceso, lograba obtener algo de claridad sobre el deseo de su propio corazón... bueno, eso sería ciertamente un desarrollo muy bienvenido.



Capítulo Trece

ANNE ESTABA DE PIE junto a la ventana, observando el carruaje que contenía al señor Darcy y al señor Bingley mientras se alejaba de Netherfield. Un ligero ceño fruncía su frente. Con los caballeros ausentes, la casa se sentía hueca y vacía, desprovista de cualquier compañía estimulante. Apoyando su frente contra el frío cristal de la ventana, Anne suspiró.

De repente, se oyó un golpe urgente en la puerta y su doncella entró apresuradamente, sonrojada por la importancia. —¡Señorita de Bourgh! Su señora madre ha enfermado de influenza, la misma dolencia que aqueja a la señorita Bingley.

Los ojos de Anne se abrieron con alarma. —¿Madre? ¿Enferma? ¡Pero si ella nunca está enferma! —Y sin embargo, una parte traidora de ella sintió una punzada de alivio. Con Lady Catherine confinada en cama, Anne estaría libre, al menos temporalmente, de las constantes críticas y órdenes de su madre. Ciertamente, se le prohibiría la presencia de su madre, por temor a que Anne misma contrajera la enfermedad.

Pero, ¿qué haría con este inesperado respiro? Anne se retorcía las manos mientras caminaba, sin saber qué hacer. Toda su vida había estado estructurada en torno a obedecer los caprichos y deseos de su madre. Nunca antes se le había presentado un tiempo sin restricciones.

Anne paseaba por el salón, sin saber cómo ocuparse con Lady Catherine enferma y los caballeros ausentes. Hizo una pausa cuando el sonido de un carruaje que llegaba la atrajo hacia la ventana.

Cuatro jóvenes damas elegantemente vestidas bajaron. Anne reconoció a la rubia alta y

encantadora como la señorita Bennet, la prometida del señor Bingley, lo que significaba que las otras serían sus hermanas menores. La señorita Bennet había venido sola el día anterior, pero habló mucho de sus hermanas, intrigando a Anne.

Al entrar, la señorita Bennet saludó a Anne respetuosamente. —Señorita de Bourgh, qué encantador verla de nuevo. La señora Hurst me rogó que viniera a ayudar mientras la querida señorita Bingley y su madre están indispuestas. Por favor, permítame presentarle a mis hermanas Elizabeth, Kitty y Lydia.

Anne asintió tímidamente mientras la señorita Bennet y la señorita Elizabeth tomaban el mando, dirigiendo a los sirvientes y atendiendo a Lady Catherine.

—Kitty, Lydia, creo que a la señorita de Bourgh le gustaría vuestra compañía —dijo Elizabeth con decisión—. Por favor, haced todo lo posible por entretenerla mientras Jane y yo nos ocupamos de los asuntos aquí.

Las chicas hicieron una reverencia y tomaron las manos de Anne con entusiasmo. —¡Es un placer conocerla! —exclamó Lydia, mientras Elizabeth y Jane salían de la habitación—. Seremos las mejores amigas.

—En efecto —asintió Kitty sabiamente—. Debe ser muy aburrido, encerrada aquí con Lady Catherine enferma y los caballeros ausentes. Pensamos que le gustaría algo de compañía.

Anne parpadeó hacia ellas, desconcertada por sus ansiosos ofrecimientos. No conocía a estas chicas en lo más mínimo. ¿Por qué deberían interesarse por su bienestar? Y sin embargo... la perspectiva de diversión, de algo novedoso después de tantos años de rutina insípida, despertó una sensación desconocida en su pecho. Emoción.

Una sonrisa floreció en el pálido rostro de Anne. —Gracias a ambas, de verdad. Vuestra amabilidad me conmueve. —Hizo un gesto para que volvieran a sentarse—. Confieso que estoy bastante perdida sobre cómo ocuparme. ¿Qué sugerís?

Lydia y Kitty intercambiaron una mirada alegre antes de que Lydia se inclinara conspiratoriamente. —Bueno, señorita de Bourgh, Kitty y yo tenemos varios amigos entre los oficiales de la milicia actualmente estacionados en Meryton. ¿Quizás le gustaría acompañarnos en algunas visitas sociales?

Anne sintió un escalofrío de temor ante la audacia de la idea. ¿Visitar a caballeros desconocidos? ¿Sin carabina? Lady Catherine estaría horrorizada por la impropiedad.

Y sin embargo, en ese momento, Anne decidió que estaba cansada de ser la tímida y obediente Anne. Esta era su oportunidad de probar un poco de independencia, de vivir, antes de que el yugo de su futuro predestinado se asentara sobre su cuello. Su barbilla se elevó un poco.

—Estaré encantada de acompañaros —dijo con firmeza—. ¿Cuándo empezamos?

—¡Oh, hoy mismo, por supuesto! —rio Lydia, sacudiendo sus brillantes rizos con exuberancia —. Es un buen día seco, y Meryton está a menos de una milla de aquí; ¡llegaremos en apenas un cuarto de hora!

Anne no creía haber caminado una milla en su vida, pero un cuarto de hora no era mucho tiempo, así que sonrió valientemente, no queriendo que Lydia y Kitty la consideraran débil. —¡Entonces partamos!

Las tres jóvenes damas salieron del brazo, riendo y charlando mientras se dirigían a Meryton. La ciudad, habitualmente tranquila, parecía zumbar de energía, las calles llenas de apuestos oficiales con casacas escarlata. Anne sintió una emoción ante la perspectiva de conocer a estos apuestos desconocidos.

Su primera parada fue la casa de la señora Phillips, tía de Lydia y Kitty. La dama se alegró de verlas y las invitó inmediatamente a su salón para tomar un refrigerio. Apenas se habían sentado cuando entraron varios oficiales, que las habían visto llegar y las habían seguido ansiosamente. Mientras el grupo bebía té y picoteaba pasteles, la conversación fluía fácilmente, salpicada de frecuentes risas.

Anne se maravilló de la fácil camaradería entre las hermanas Bennet y los oficiales. Bromeaban y coqueteaban con una libertad que ella envidiaba. Por primera vez, se preguntó cómo sería tener amistades tan sencillas, interacciones tan despreocupadas con el sexo opuesto.

Perdida en sus pensamientos, se sobresaltó cuando Lydia le puso una mano en el brazo. —Señorita de Bourgh, permítame presentarle al señor Wickham, uno de los caballeros más encantadores de nuestro conocimiento.

Anne levantó la vista y se encontró cara a cara con un oficial sorprendentemente apuesto, sus ojos brillando de inteligencia y humor. Él se inclinó profundamente sobre su mano, sus labios rozando sus nudillos de una manera que le provocó un escalofrío por la espalda.

—Señorita de Bourgh, es un honor conocerla —murmuró, su voz rica y suave como la miel—. Confieso que he estado ansioso por conocer a la ilustre hija de Lady Catherine de Bourgh.

Anne se sonrojó de placer ante sus palabras, ante la admiración no disimulada en su mirada. —El honor es mío, señor Wickham. Debo decir que estoy bastante impresionada por la galantería y el encanto de los oficiales que he conocido hoy. Son ustedes un crédito para su regimiento.

Él sonrió, una sonrisa lenta y devastadora que hizo que su corazón aleteara en su pecho. —Es usted demasiado generosa, señorita de Bourgh. Le aseguro que palidecemos en comparación con la belleza y la gracia de las damas presentes.

Mientras sostenía su mirada, Anne sintió un escalofrío de algo desconocido, un calor que inundó sus mejillas y aceleró su respiración. Nunca había experimentado una conexión tan instantánea con nadie, y menos con un apuesto desconocido.

Apenas notó cómo Lydia y Kitty continuaban charlando y coqueteando con los otros oficiales, tan cautivada estaba por las atenciones del señor Wickham. Él la hizo hablar hábilmente, pidiéndole su opinión sobre libros y música, escuchando atentamente sus respuestas. Por primera vez en su vida, Anne se sintió verdaderamente vista, verdaderamente escuchada.

Las horas se deslizaron en una bruma de risas y conversación estimulante. Cuando al fin se despidieron, el señor Wickham se inclinó sobre su mano una vez más, sus ojos fijos en los de ella.

—Hasta que nos volvamos a ver, señorita de Bourgh. Contaré las horas.

Anne regresó flotando a Netherfield en una nube de felicidad, su cabeza dando vueltas con los acontecimientos del día. La euforia de las nuevas amistades, la emoción de la atención del señor Wickham... era como algo salido de un sueño.

Y sin embargo, en el fondo de su mente, una pequeña voz susurraba una advertencia. Se había alejado tanto de su esfera habitual, se había comportado con una impropiedad que escandalizaría a su madre. ¿Estaba preparada para las consecuencias de sus acciones?

Pero al recordar la calidez de la sonrisa del señor Wickham, el aleteo de su corazón ante su toque, Anne apartó esas dudas. Por primera vez en su vida, estaba verdaderamente viviendo. Y estaba decidida a saborear cada momento.

Durante el resto del día, incluso después de regresar a Netherfield, Anne se encontró pensando en poco más que en el señor Wickham. Sus palabras encantadoras resonaban en su mente, su apuesto rostro aparecía en sus sueños. Anhelaba volver a verlo, bañarse una vez más en el resplandor de su atención.

Una oportunidad se presentó antes de lo que se había atrevido a esperar. Kitty y Lydia, encantadas por el éxito de su primera salida, insistieron en otra visita a los oficiales a la mañana siguiente. Anne, con el corazón saltando ante la perspectiva, aceptó de buena gana.

Mientras caminaban por la calle principal de Meryton, los ojos de Anne escudriñaban la multitud, buscando una figura en particular. Y allí estaba: el señor Wickham, resplandeciente en su uniforme, su rostro iluminándose al verla.

—Señorita de Bourgh —la saludó calurosamente, inclinándose profundamente sobre su mano—. Qué placer verla de nuevo tan pronto. Temía tener que esperar una eternidad para volver a vislumbrar su hermoso rostro.

Anne se sonrojó ante sus audaces palabras, un escalofrío recorriéndola.

—El placer es todo mío, señor Wickham. Debo confesar que apenas he pensado en otra cosa que no sea nuestro último encuentro.

Sus ojos brillaron de deleite.

—Entonces estamos en sintonía, pues usted apenas ha abandonado mis pensamientos tampoco. Venga, caminemos juntos y conversemos. Estoy ansioso por escuchar más de sus opiniones sobre el mundo.

Mientras acomodaba la mano de ella en su brazo, el señor Wickham se inclinó de manera cómplice.

—Debo decir, señorita de Bourgh, que usted es toda una revelación. Tan diferente de las otras damas de mi conocimiento. Hay una profundidad en usted, un fuego que arde bajo la superficie. Me encuentro completamente cautivado.

El corazón de Anne se aceleró ante sus palabras. Nadie le había hablado así antes, nadie había visto más allá de su tímido exterior hacia el alma apasionada en su interior.

—Me halaga, señor Wickham. No estoy acostumbrada a tales atenciones.

—Entonces, más tontos son los hombres de su conocimiento —declaró él—. Pues están ciegos para no ver qué tesoro es usted. Una mujer de intelecto, de espíritu. Una joya rara, sin duda.

Mientras hablaba, su mano descansaba sobre la de ella, enviando una descarga eléctrica a través de ella incluso a través de las capas de sus guantes. Anne sabía que debía alejarse, que debía mantener una distancia adecuada. Pero se encontró inclinándose hacia él, atraída como una polilla a la llama.

El señor Wickham sonrió, una curva lenta y seductora en sus labios.

—Dígame, señorita de Bourgh, ¿alguna vez ha anhelado la aventura? ¿Algo más que los rígidos límites de la sociedad?

—Yo... —Anne dudó, luego se lanzó, envalentonada por su interés—. Siempre he soñado con ver el mundo. Con experimentar la vida más allá de los estrechos límites de mi existencia. Pero temo que nunca tendré la oportunidad.

—Nunca diga nunca —murmuró el señor Wickham—. Porque donde hay voluntad, hay un

camino. Y creo, señorita de Bourgh, que usted tiene la voluntad para forjar su propio destino. Con el compañero adecuado a su lado, por supuesto.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, cargadas de promesa y posibilidad. El aliento de Anne se atascó en su garganta, su pulso retumbando en sus oídos. Sabía que estaba pisando terreno peligroso, que se estaba desviando mucho del camino de la propiedad.

Pero en ese momento, perdida en las profundidades de los ojos del señor Wickham, Anne descubrió que no le importaba. Por primera vez en su vida, se sentía verdaderamente viva. Y estaba decidida a aferrarse a ese sentimiento, sin importar el costo.



Al día siguiente, el clima estaba demasiado húmedo para caminar a Meryton. Anne se irritaba por estar atrapada en Netherfield, incluso con la vivaz compañía de Kitty y Lydia, hasta que se le ocurrió que podía ordenar que prepararan el carruaje de su madre para llevarlas a Meryton. ¿Quién se lo impediría, con los caballeros ausentes y su madre confinada en la cama? Ciertamente no la dulce señorita Bennet, ni la señora Hurst, que parecía totalmente incapaz de manejar nada sin la presencia de su hermana.

Lydia y Kitty se animaron considerablemente cuando Anne sugirió pedir el carruaje, exclamando lo inteligente que era y qué maravillosa amiga. Anne floreció bajo sus elogios, y en muy poco tiempo el carruaje de los de Bourgh se detenía frente a la casa de los Phillips.

Como era temprano por la tarde en lugar de la mañana cuando solían visitar, la señora Phillips estaba ocupada en la planta baja, pero se alegró de recibirlas y acomodarlas en su pequeña sala, y muy pronto llegaron varios oficiales para hacerles compañía. El señor Wickham, como de costumbre, se acercó inmediatamente al lado de Anne.

Anne había estado compartiendo historias de su vida protegida en Rosings, la tranquila monotonía rota solo por las infrecuentes pero imperiosas exigencias de su madre, cuando Kitty y Lydia se acercaron a ella, sus mejillas sonrojadas por la alegría.

—¡Oh, Anne, simplemente debes dar una vuelta por la sala! —exclamó Lydia, sus ojos brillando con picardía—. Señor Wickham, está siendo bastante terrible, monopolizando a la señorita de Bourgh de esta manera. Los otros oficiales están muy ansiosos por conocerla.

Kitty soltó una risita, asintiendo con entusiasmo.

—En efecto, han estado preguntando por ti toda la tarde. Has cautivado por completo su atención, Anne.

El señor Wickham se inclinó de manera cómplice, su voz baja e íntima.

—Parece que tiene admiradores, señorita de Bourgh. ¿Deberíamos complacerlos con su encantadora presencia?

Anne dudó, dividida entre la emoción de la atención y la persistente sensación de que se estaba adentrando en territorio desconocido. Pero el atractivo del momento, la embriagadora sensación de ser buscada y deseada, era demasiado poderoso para resistir.

—Supongo que una breve vuelta por la sala sería agradable —dijo, un leve temblor en su voz traicionando sus nervios.

Mientras el señor Wickham le ofrecía su brazo, Anne captó las miradas de aprobación de Kitty y Lydia, sus ojos iluminados con emoción vicaria. Parecían deleitarse en su recién descubierta audacia, ansiosas por ver a su amiga abrazar las delicias de la sociedad.

—Recuerda, Anne —susurró Lydia mientras pasaban—, la fortuna favorece a los audaces. No temas aprovechar el momento.

Con aquellas palabras resonando en sus oídos, Anne permitió que el señor Wickham la condujera hacia la multitud de oficiales, sus chaquetas escarlata un vertiginoso borrón de color. Podía sentir el peso de sus miradas sobre ella, el murmullo de sus voces mientras especulaban sobre la joven heredera en medio de ellos.

Pero era el señor Wickham quien acaparaba su atención, su presencia un ancla firme en el arremolinado mar de sensaciones. La guiaba por entre la multitud con practicada facilidad, su mano en la parte baja de su espalda una presión suave pero insistente.

Mientras caminaban, Anne se encontró confiando más en él, compartiendo sus esperanzas y sueños, sus miedos e inseguridades. Las palabras brotaban de sus labios, involuntariamente, como si su mera presencia hubiera abierto las compuertas dentro de ella.

—Siempre he anhelado una vida más allá de Rosings —admitió, con voz apenas por encima de un susurro—. Una vida de mi propia elección, donde pueda ser libre de seguir mi corazón. Pero mi deber es para con mi madre.

—El deber es una pesada carga de llevar, señorita de Bourgh. Una que puede aplastar la vida misma si lo permite. —Sus palabras le provocaron un escalofrío por la espalda, una emoción de miedo y excitación a la vez. Kitty llamó a Anne con pesar, diciendo que era hora de partir, y se

separaron, pero la intimidad del momento persistió entre ellos.

—Reúnase conmigo mañana —susurró el señor Wickham, sus ojos oscuros con promesas—. Y hablemos más sobre la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Anne solo pudo asentir, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Mientras el señor Wickham hacía una reverencia y se despedía, sintió una oleada de euforia, teñida con el agridulce conocimiento de que se estaba aventurando en un territorio peligroso.

Pero por primera vez en su vida, Anne se sentía verdaderamente viva, verdaderamente despierta a las posibilidades que se extendían ante ella. Y mientras regresaba a Netherfield una vez más, supo que arriesgaría todo por la oportunidad de atraparlas.



La noche siguiente, se celebraba una pequeña velada en Lucas Lodge. Lady Catherine aún estaba demasiado enferma para levantarse de la cama, al igual que la señorita Bingley, pero tras ruegos entusiastas, la señora Bennet accedió a que Anne acompañara a sus hijastras al evento, así como Georgiana. Sin embargo, Georgiana declinó inmediatamente, alegando que no se sentía lo suficientemente bien para abandonar Netherfield, y aunque Elizabeth la miró con preocupación, nadie pensó nada extraño en que la tímida señorita Darcy no deseara particularmente exponerse a una multitud de desconocidos.

Anne apenas se había acomodado junto a la señora Bennet en la sala principal de Lucas Lodge cuando Kitty y Lydia se abalanzaron sobre ella, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de picardía.

—¡Ven, Anne! —susurró Lydia, tirando de su brazo y riendo—. ¡Los oficiales han abierto una botella de oporto y nos han invitado a probarlo!

—¿Oporto? —repitió Anne, abriendo mucho los ojos—. Pero seguramente eso no es apropiado...

—¡Oh, al diablo con la propiedad! —chilló Lydia—. Estamos entre amigos aquí, ¿no es así?

Anne dudó, mirando nerviosamente a la señora Bennet, que estaba enfrascada en una conversación con Lady Lucas. La tentación de unirse a la diversión, de desprenderse de las restricciones de su vida protegida, era abrumadora.

—Muy bien —dijo al fin, poniéndose de pie—. Pero solo una pequeña probada.

Lydia aplaudió encantada, y las tres jóvenes se dirigieron a la esquina donde se habían reunido los oficiales. El señor Wickham estaba allí, sus ojos iluminándose al ver acercarse a Anne.

—Señorita de Bourgh —la saludó, con voz baja e íntima—. Me honra que se una a nosotros.

Le puso una copa en la mano, sus dedos rozando los de ella de una manera que le provocó un escalofrío por la espalda. Anne dio un sorbo tentativo, el rico sabor afrutado explotando en su lengua.

—Es delicioso —murmuró, sintiendo un cálido rubor inundar sus mejillas.

El señor Wickham sonrió, sin apartar la mirada de su rostro. —Un sabor de libertad, ¿no es así?

Anne asintió, tomando otro sorbo del vino fortificado. Podía sentir cómo sus inhibiciones se derretían, su habitual reserva cediendo ante una vertiginosa sensación de rebeldía.

—Dígame, señorita de Bourgh —dijo el señor Wickham, inclinándose más cerca—. ¿Qué haría si pudiera hacer cualquier cosa en el mundo?

La mente de Anne se llenó de posibilidades, de sueños que nunca se había atrevido a expresar en voz alta. —Viajaría —dijo al fin, con voz apenas audible—. Vería el mundo más allá de Rosings, más allá de Kent.

—Y así lo hará —prometió el señor Wickham, sus ojos brillando con algo que podría haber sido triunfo—. Si es lo suficientemente valiente como para alcanzarlo.

El corazón de Anne se aceleró ante sus palabras, ante la promesa de aventura y emoción que se avecinaba. Sabía que estaba jugando con fuego, que el camino que estaba contemplando podría llevarla a la ruina y la desgracia.

Pero en ese momento, con el alcohol cantando en sus venas y la mirada del señor Wickham manteniéndola cautiva, Anne no podía obligarse a preocuparse. Por primera vez en su vida, se sentía verdaderamente viva, verdaderamente libre. Sabía que sus sentimientos por el señor Wickham se estaban profundizando, transformándose de un simple capricho en algo mucho más profundo y consumidor.

—Señor Wickham —dijo suavemente, su voz temblando de emoción—, hay algo más que debo decirle, algo que pesa mucho en mi corazón.

Él la miró intensamente, sus ojos llenos de preocupación y ternura. —Puede decirme cualquier cosa, señorita de Bourgh. Estoy aquí para usted, siempre.

Anne respiró hondo, preparándose para la revelación que estaba a punto de hacer. —Mi herencia, señor Wickham. No es enteramente mía, aunque mi padre me dejó Rosings y todo lo demás que poseía. Hasta que me case, está bajo el control de mis primos, el señor Darcy y el coronel Fitzwilliam.

Vio un destello de sorpresa cruzar el rostro del señor Wickham, rápidamente reemplazado por una mirada de comprensión y simpatía. —Ya veo —dijo suavemente, tomando su mano entre las suyas—. Eso debe ser una gran carga para usted, señorita de Bourgh, sentir que su futuro no es enteramente suyo.

Anne asintió, sus ojos llenándose de lágrimas. —Lo es, señor Wickham. Me siento atrapada, no solo por las expectativas de mi madre, sino por los propios términos de mi herencia. Anhelo la libertad, la capacidad de tomar mis propias decisiones y trazar mi propio camino en la vida.

—La entiendo, señorita de Bourgh. Verdaderamente lo hago. Pero no debe perder la esperanza. Siempre hay una manera de encontrar la felicidad, de liberarse de las cadenas que nos atan.

Anne lo miró, su corazón hinchándose de amor y gratitud. En ese momento, supo que seguiría al señor Wickham a cualquier parte, que haría cualquier cosa por estar con él.

Su mente volaba con las posibilidades de su futuro juntos, de una vida libre de las restricciones de su herencia y las expectativas de su madre. Se imaginó a sí misma como la señora Wickham, dueña de su propio hogar, capaz de tomar sus propias decisiones y vivir la vida en sus propios términos.

Pero incluso mientras se dejaba llevar por la embriagadora promesa de un futuro diferente, una pequeña voz en el fondo de su mente le susurró una advertencia. ¿Estaba realmente preparada para dar la espalda a todo lo que había conocido, para arriesgar su reputación y la desaprobación de su familia por el amor?

Cuando Anne miró a los ojos del señor Wickham, vio la respuesta reflejada en ellos. Sí, estaba lista. Por él, lo arriesgaría todo.

—Debemos actuar rápido, mi amor —murmuró el señor Wickham, su aliento cálido contra su oído—. Tu madre nunca aprobará nuestra unión, y tu primo, el señor Darcy, seguramente intentará detenernos. Debemos fugarnos lo antes posible.

El corazón de Anne se aceleró ante la idea de un plan tan atrevido. Siempre había sido la hija obediente, la pupila sumisa, pero ahora, con el señor Wickham a su lado, sentía un nuevo sentido de coraje y determinación.

—Sí —suspiró, con los ojos brillantes de emoción—. Sí, fuguémonos. No puedo soportar la idea de separarme de ti, ni siquiera por un momento.

El señor Wickham sonrió, apretando su mano con más fuerza.

—Entonces está decidido. Partiremos al amanecer, antes de que nadie más despierte. Arreglaré un carruaje y te encontraré en el borde del parque de Netherfield.

Anne asintió, su mente ya dando vueltas con los detalles prácticos de su escape. Necesitaría empacar una pequeña bolsa, dejar una nota para su madre explicando su decisión. Pero incluso mientras planeaba, un destello de duda cruzó por su mente.

—¿Pero qué hay de mi herencia? —preguntó, frunciendo el ceño—. El señor Darcy y el coronel Fitzwilliam tienen control sobre ella hasta que me case. ¿Cómo viviremos sin ella?

La sonrisa del señor Wickham solo se ensanchó, sus ojos brillando con un toque de picardía.

—No te preocupes, mi amor. Nos dirigiremos a Gretna Green y estaremos casados mucho antes de que se enteren de nuestros planes. Confía en mí, y todo saldrá bien.

Anne confiaba en él, con todo su corazón. Sabía que el señor Wickham cuidaría de ella, que la proveería de maneras que su familia nunca podría. Y así, con un último apretón de su mano, selló su destino.

—Estaré lista al amanecer —prometió, con voz firme y decidida—. Y entonces, comenzaremos nuestra nueva vida juntos, libres de las restricciones de nuestro pasado.



Capítulo Catorce

ELIZABETH HABÍA ENCONTRADO A Georgiana en la sala de música de Netherfield, sus delicados dedos vagando sin rumbo sobre las teclas del piano. El rostro de la joven estaba pálido y demacrado, sus ojos distantes. A Elizabeth se le encogió el corazón al verla. Se había encariñado mucho con Georgiana en los últimos días, descubriendo que era una chica dulce, ansiosa por agradar y nada orgullosa.

—Georgiana, ¿te encuentras bien? —preguntó Elizabeth suavemente, sentándose en el banco del piano junto a la joven—. Pareces desanimada hoy.

Georgiana se sobresaltó, como si la hubieran sacado de un ensueño. —¡Oh! Perdóname, Elizabeth. Estaba distraída —intentó sonreír, pero no le llegó a los ojos.

—Sabes que puedes confiar en mí, Georgiana —dijo Elizabeth con dulzura, colocando una mano sobre la de la chica—. Espero que me consideres una amiga.

El labio inferior de Georgiana tembló. —Lo hago, Elizabeth. De verdad.

—¿Pero no deseas asistir a la velada en Lucas Lodge con nosotras y tu prima Anne esta noche? —insistió Elizabeth.

—No —Georgiana negó con la cabeza—. Gracias. Preferiría no hacerlo.

Elizabeth consideró esto, estudiando las líneas de tensión alrededor de los ojos de Georgiana, la rigidez en sus hombros. Claramente, había más cosas que pesaban en la mente de la chica que una simple aversión a los eventos sociales. Una sospecha inquietante comenzó a formarse.

—Georgiana —comenzó Elizabeth con cuidado—, ¿hay alguien que probablemente asista esta noche a quien podrías desear evitar?

Los ojos de Georgiana volaron al rostro de Elizabeth, el asombro floreciendo en su expresión. —¿Cómo lo... acaso mi hermano dijo algo?

—No lo hizo —Elizabeth refutó esa sugerencia rápidamente—. Pero Lydia mencionó que cuando ella y Kitty te llevaron a Meryton, el señor Wickham te prestó cierta atención. ¿Acaso el señor Wickham... ha hecho algo para angustiarte? ¿Algo más allá de su desagrado general? Sé que él y tu hermano no están en términos particularmente buenos, y espero que el señor Wickham no haya descargado su disgusto con el señor Darcy en ti.

Georgiana se estremeció como si la hubieran golpeado. Durante un largo momento, guardó silencio, su respiración acelerándose. Luego, en una voz apenas por encima de un susurro: —Intentó convencerme de fugarme con él el verano pasado.

Elizabeth inhaló bruscamente. El señor Darcy había insinuado que Wickham no era un hombre de buen carácter, pero pensar que se aprovecharía de una joven confiada, pensar en el dolor que Georgiana debió haber soportado... la rabia y una feroz protección florecieron en su pecho.

—Oh, mi querida niña —suspiró Elizabeth, atrayendo a Georgiana en un abrazo mientras las primeras lágrimas comenzaban a caer—. No tienes nada de qué avergonzarte, ¿me oyes? La vergüenza es enteramente de Wickham. Se aprovechó de tu buen corazón.

Georgiana se aferró a ella, pequeños sollozos sacudiendo su cuerpo. —Fui tan tonta, Elizabeth. Tan ingenua. Realmente creí que me amaba. Pero solo quería mi fortuna.

—No fuiste tonta —dijo Elizabeth con fiereza, acariciando el cabello de Georgiana—. Eras una inocente, confiando en un hombre que debería haberte protegido, no traicionado. No más lágrimas por alguien tan indigno, mi querida.

Gradualmente, los sollozos de Georgiana se convirtieron en resoplidos y respiraciones entrecortadas. Se apartó, secándose los ojos. —Fitzwilliam... mi hermano... nos detuvo a tiempo. Estaba tan enojado, señorita Elizabeth. No conmigo, sino con Wickham. Nunca lo había visto tan furioso.

—Como debía estarlo —dijo Elizabeth con firmeza—. Tu hermano te ama profundamente, Georgiana. Al igual que yo. Te mantendremos a salvo, te lo prometo.

Una sonrisa temblorosa floreció en el rostro de Georgiana, y apretó las manos de Elizabeth. —Gracias, señorita Elizabeth. De verdad. No sé qué haría sin tu amistad.

—Bueno, nunca tendrás que averiguarlo —declaró Elizabeth—. Ahora, seca tus lágrimas. Presentaré tus excusas a los Lucas. No necesitas salir de Netherfield esta noche a menos que lo desees.

La sonrisa de Georgiana volvió, más fuerte ahora, y una genuina gratitud brilló en sus ojos. —No dejaré los terrenos de Netherfield sin mi hermano. Le hice una promesa, una vez que supe que Wickham estaba en Meryton.

Mientras Elizabeth volvía a abrazar a la joven, juró en silencio que nunca más se permitiría a Wickham oscurecer la puerta de Georgiana, ni destrozar su frágil confianza.

La fiesta en Lucas Lodge estaba en pleno apogeo cuando llegaron los Bennet, los oficiales de casaca roja mezclándose con la nobleza local en una exhibición brillante y colorida. Elizabeth se detuvo un momento en la entrada, permitiendo que sus ojos se ajustaran al brillo y sus oídos al alegre estruendo de la conversación y la risa.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que el ruido cortés fuera perforado por una risa aguda que hizo rechinar los dientes de Elizabeth. Se giró para ver a Lydia y Kitty acurrucadas en un rincón con Maria Lucas, sus cabezas inclinadas mientras susurraban y soltaban risitas detrás de sus manos.

Elizabeth frunció el ceño mientras las observaba, una sensación de inquietud hormigueando en la parte posterior de su cuello. Lydia y Kitty siempre eran propensas a la tontería, pero había una cualidad furtiva, casi febril en su alegría que la preocupaba.

Captando la mirada de Charlotte al otro lado de la habitación, Elizabeth inclinó la cabeza hacia las chicas, una pregunta silenciosa en su mirada. Charlotte frunció el ceño, luego asintió, moviéndose para unirse a Elizabeth mientras se dirigía hacia el trío risueño.

—Lydia. Kitty. Quisiera hablar con ustedes, por favor —el tono de Charlotte no admitía discusión—. Y Maria... me atrevo a decir que tú también puedes venir. Ahorrará a Madre tener que repetir lo que estoy a punto de decir —su expresión era implacable, y tanto sus hijastras como su hermana la siguieron mansamente fuera de la habitación. Satisfecha de que Charlotte tendría algunas palabras duras con las chicas más jóvenes sobre su comportamiento, Elizabeth se relajó y comenzó a mirar alrededor. La señora Hurst pasó junto a ella del brazo de uno de los oficiales, apenas inclinando la cabeza ante el saludo de Elizabeth, y Elizabeth sonrió irónicamente, antes de buscar a Anne de Bourgh. La señora Hurst había declarado que estaba feliz de traer a Anne a la fiesta, deseando salir de Netherfield, pero aparentemente había dejado a la heredera a su suerte. Sabiendo que Anne era casi tan tímida como Georgiana, Elizabeth pensó que sería mejor ver si la señorita de Bourgh querría la compañía de un rostro familiar.

Elizabeth quedó conmocionada al entrar en otra habitación y ver a Anne de Bourgh en un sofá con un oficial de casaca roja, sentados en íntima cercanía mientras él le susurraba al oído. Elizabeth se quedó completamente atónita cuando ambos levantaron la mirada al oír su jadeo, y Elizabeth vio que el oficial era el señor Wickham.

Con el terrible relato de Georgiana fresco en su mente, lo único en lo que Elizabeth podía pensar era en alejar a Anne del señor Wickham lo más rápido posible.

—Si me disculpan —dijo, tratando de mantener la voz firme—. ¿Señorita de Bourgh? Hay alguien a quien me gustaría presentarle.

Anne se puso de pie con evidente renuencia, un atisbo de rebeldía cruzando su expresión, pero estaba demasiado intimidada por la fastidiosa prepotencia de su madre como para hacer algo más que pensar en discutir con alguien que actuaba como si tuviera autoridad sobre ella, sospechaba Elizabeth. *Y gracias a Dios por eso*, pensó, mientras agarraba la mano de Anne y la sacaba apresuradamente de la habitación.

—¿Conoces bien al señor Wickham? —preguntó mientras se abrían paso por el abarrotado salón —. ¿De tus visitas a Pemberley en tu infancia, supongo?

Anne la miró de manera extraña.

—¿Perdón? Nunca había conocido al señor Wickham antes de esta semana. ¿Por qué habría de haberlo conocido en Pemberley?

—Él es el hijo del antiguo administrador de allí, tengo entendido. Ciertamente, el señor y la señorita Darcy lo conocen bien, y ninguno de los dos aprueba su compañía. —Elizabeth dudó, y luego decidió compartir un poco de lo que sabía—. Parte de la decisión de la señorita Darcy de no asistir esta noche fue debido a la probable presencia del señor Wickham.

Anne parpadeó, pero luego se encogió de hombros con un poco de desafío.

—Con quién mis primos elijan o no asociarse no es asunto mío, señorita Elizabeth. Ahora, ¿a quién quería presentarme?

Habiendo olvidado la excusa que había inventado para alejar a Anne del señor Wickham, Elizabeth buscó por un momento hasta que su mirada se posó en una de sus vecinas.

—Creo que a la señora Goulding le gustaría conocerte. Ella es originaria de Kent, aunque no tengo idea si de algún lugar cercano a Rosings; tendrás que determinar la geografía directamente con ella.



Mientras el carruaje de los Bennet rodaba por los oscuros caminos de vuelta a Longbourn, la mente de Elizabeth daba vueltas con los acontecimientos de la noche. Las risas y el bullicio de la fiesta en Lucas Lodge parecían ahora un recuerdo lejano, reemplazados por una creciente sensación de inquietud que se asentaba pesadamente en la boca de su estómago.

En el asiento opuesto, Charlotte, Jane y Lydia dormitaban. Elizabeth había insistido en quedarse hasta que la señora Hurst se marchara con Anne de Bourgh, y en consecuencia, fueron de las últimas en irse, ya que la señora Hurst no quería abandonar las mesas de juego. Era muy tarde, y Elizabeth esperaba que su padre no estuviera despierto preguntándose dónde estaban todas.

A su lado, Kitty soltó una risita y un hipo, los efectos de demasiado vino evidentes en sus mejillas sonrojadas y ojos vidriosos.

—¿No es romántico? —balbuceó, apoyándose pesadamente en el hombro de Elizabeth—. Anne y el señor Wickham, fugándose juntos como algo sacado de una novela.

Elizabeth se puso rígida, su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—¿Qué quieres decir, Kitty? —preguntó, tratando de mantener la voz firme—. ¿Qué has oído?

Kitty sonrió, sus palabras saliendo atropelladamente en un arrebato de embriaguez.

—Los oí hablando en la fiesta —confió, bajando la voz a un susurro conspiratorio—. Están planeando fugarse, ¿puedes creerlo? Anne va a escabullirse de Netherfield antes del amanecer, y el señor Wickham la estará esperando con un carruaje. ¡Van a huir a Gretna Green y casarse!

A Elizabeth se le heló la sangre, su mente dando vueltas con las implicaciones de las palabras de Kitty. Después de su conversación con Georgiana, sabía muy bien qué clase de hombre era realmente el señor Wickham: un cazafortunas, un mentiroso, un hombre que no se detendría ante nada para asegurar sus propios intereses. Y ahora, parecía que había puesto sus ojos en Anne de Bourgh y su considerable herencia.

La idea de que la pobre e ingenua Anne cayera víctima de los halagos de Wickham le revolvía el estómago a Elizabeth. Anne, con su crianza protegida, era aún más vulnerable que la mayoría.

Mientras el carruaje traqueteaba en la oscuridad, la mente de Elizabeth corría con posibilidades.

Tenía que encontrar una manera de detener la fuga, de salvar a Anne de cometer un terrible error que arruinaría su vida para siempre. Pero, ¿cómo? Wickham era astuto y persuasivo, y Anne estaba claramente encaprichada con él. Se necesitaría más que meras palabras para convencerla de la verdad.

A su lado, Kitty se había quedado dormida, su cabeza balanceándose contra la ventana del carruaje. Elizabeth envidiaba la feliz ignorancia de su hermana, la forma en que podía desestimar tan fácilmente la gravedad de la situación como nada más que un cuento romántico. Pero Elizabeth sabía mejor. Había visto el dolor y el sufrimiento que venían con la confianza mal depositada, y no dejaría que Anne cayera víctima del mismo destino.

Cuando el carruaje finalmente se detuvo en Longbourn, la determinación de Elizabeth se endureció. Encontraría una manera de detener la fuga, costara lo que costara. La felicidad de Anne, su futuro mismo, dependía de ello. Y Elizabeth no descansaría hasta haber arreglado las cosas.

—Madrastra. —Agarró la mano de Charlotte—. Debo hablar contigo. Ahora.

A Charlotte le bastó una mirada a su rostro para saber que la urgencia de Elizabeth no era fingida.

—Lleva a Kitty y a Lydia adentro, Jane —dijo Charlotte, con voz calmada—. Nos uniremos a ustedes en breve.

—Tenemos que ir a Netherfield —dijo Elizabeth, tan pronto como sus hermanas abandonaron el carruaje—. Ahora. La señorita de Bourgh está a punto de cometer un terrible error, fugándose con el señor Wickham.

Los ojos de Charlotte se agrandaron.

—¿Estás segura? —fue todo lo que preguntó, sin embargo, y cuando Elizabeth asintió, Charlotte dijo—: Muy bien. Espera aquí cinco minutos, e iré contigo.

Charlotte salió del carruaje y llamó al cochero, presumiblemente diciéndole que su noche aún no había terminado, antes de entrar brevemente a Longbourn. Elizabeth se quedó sentada en el carruaje, retorciéndose las manos, con el único pensamiento en su mente de que debía llegar a Netherfield a tiempo para evitar el desastre.

Mientras el carruaje traqueteaba por los oscuros caminos rurales, la mente de Elizabeth daba vueltas con las implicaciones de lo que Kitty le había contado. ¿Anne de Bourgh, fugándose con el señor Wickham, un hombre que Anne afirmaba haber conocido solo esta semana? Parecía impensable, y sin embargo...

—Lizzy, ¿te encuentras bien? —la voz preocupada de Charlotte interrumpió su ensimismamiento —. Parece que hubieras visto un fantasma.

Elizabeth sacudió la cabeza, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Charlotte, me temo que podríamos llegar tarde. Si lo que dijo Kitty es cierto...

—Debemos esperar que no lo sea —dijo Charlotte con firmeza—. Y si lo es, debemos hacer todo lo posible para evitarlo.

Elizabeth asintió, con la mandíbula apretada por la determinación. No permitiría que Anne arruinara su vida con un hombre como Wickham, no si podía evitarlo.

Cuando el carruaje se detuvo frente a Netherfield, Elizabeth saltó casi antes de que se detuviera por completo, con Charlotte pisándole los talones. Se apresuraron a subir los escalones y entrar en la casa, sobresaltando al adormilado lacayo que abrió la puerta.

—La señorita de Bourgh —dijo Elizabeth con urgencia—. ¿Está aquí?

El lacayo parpadeó, confundido.

—Creo que se retiró a su habitación hace un tiempo, señorita. ¿Debo...?

Pero Elizabeth ya había pasado de largo, subiendo las escaleras de dos en dos en su prisa, con Charlotte siguiéndola de cerca.

Encontraron a Anne en su alcoba, con una pequeña maleta abierta sobre la cama, a medio llenar con ropa y valiosas bagatelas. Anne levantó la vista desde donde estaba sentada en su escritorio cuando entraron, con los ojos abiertos de sorpresa y un atisbo de miedo.

—Señorita Elizabeth, señora Bennet —dijo, con la voz temblando ligeramente—. ¿Qué hacen aquí?

Elizabeth dio un paso adelante, con una expresión amable pero firme.

—Anne, sabemos de tus planes de fugarte con el señor Wickham. Y estamos aquí para evitar que cometas un terrible error.

El rostro de Anne se sonrojó, y se irguió con altivez.

—No sé de qué están hablando. Y aunque lo supiera, no es asunto suyo.

Charlotte negó con la cabeza, con una expresión triste.

—Oh, Anne —dijo suavemente—. Si tan solo supieras la verdad sobre el señor Wickham. No es el hombre que crees que es.

Elizabeth asintió, con el corazón dolido por la joven que tenía delante.

—Anne, por favor, escúchanos. El señor Wickham es un mentiroso y un sinvergüenza. Solo está interesado en tu fortuna, no en ti. Si sigues adelante con esta fuga, arruinarás tu vida para siempre.

Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas, su labio inferior temblando.

—No —susurró, negando con la cabeza—. No, eso no puede ser cierto. Él me ama, lo sé.

Elizabeth se acercó, tomando las manos de Anne entre las suyas.

—Sé que es difícil de creer —dijo con dulzura—. Pero tenemos pruebas, Anne. Pruebas de que no se puede confiar en el señor Wickham.

Elizabeth salió brevemente de la habitación para buscar a la joven doncella que les había mostrado el camino escaleras arriba y que ahora merodeaba con incertidumbre en el pasillo.

—Por favor, despierta a la señorita Darcy de inmediato. Dile que su presencia es urgentemente requerida.

La doncella hizo una reverencia y se apresuró a marcharse, dejando a Elizabeth y Charlotte a solas con la angustiada Anne. Elizabeth se acercó tentativamente a la heredera, con el corazón dolorido al ver el rostro de Anne manchado de lágrimas.

—Anne —dijo con suavidad—, sé que esto es difícil, pero debemos decir la verdad. El señor Wickham no es el hombre que crees que es.

Anne negó con la cabeza obstinadamente, apretando contra su pecho la nota a medio escribir.

—No lo entiendes. Él me ama, y yo lo amo. Estamos destinados a estar juntos.

Charlotte se sentó en el borde de la cama, sus cálidos ojos marrones llenos de compasión.

—Oh, mi querida niña —murmuró—, sé que ahora se siente así. Pero a veces, lo que creemos que es amor no es más que una infatuación pasajera.

Antes de que Anne pudiera responder, se oyó un suave golpe en la puerta. Elizabeth la abrió para encontrar a Georgiana de pie allí, con el rostro pálido y ansioso.

—¿Me mandaste llamar? —preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro.

Elizabeth asintió, haciéndola entrar en la habitación y cerrando la puerta tras ella, para asegurarse de que la curiosa doncella no pudiera oírlas.

—Sí, Georgiana. Me temo que necesitamos tu ayuda.

Los ojos de Georgiana se abrieron de par en par al contemplar la escena ante ella: el equipaje de Anne, la nota arrugada, las lágrimas en sus mejillas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, con la voz temblorosa.

Elizabeth respiró hondo, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Anne planeaba fugarse con el señor Wickham —dijo en voz baja—. Pero creemos que él puede no ser el hombre honorable que ella cree que es.

Georgiana jadeó, llevándose la mano a la boca. Por un momento, pareció incapaz de hablar. Luego, con una voz ahogada por la emoción, comenzó a contar su historia.

Habló del encanto y la adulación de Wickham, de cómo la había hecho sentir especial y amada. Habló de las reuniones secretas, las promesas susurradas, los planes de huir juntos. Y habló del momento devastador en que había descubierto la verdad: que Wickham solo estaba interesado en su fortuna, que nunca se había preocupado realmente por ella.

Mientras Georgiana hablaba, el rostro de Anne se iba poniendo cada vez más pálido. Cuando Georgiana terminó su relato, Anne lloraba abiertamente, con los hombros sacudidos por los sollozos.

—Soy una tonta —lloró, enterrando el rostro entre las manos—. ¿Cómo pude ser tan ciega?

Charlotte la envolvió en un cálido abrazo maternal, meciéndola suavemente.

—Ya, ya —la consoló, acariciándole el cabello—. No eres una tonta. Eres una joven con un corazón tierno, y eso no es algo de lo que avergonzarse.

Mientras Charlotte consolaba a Anne, Elizabeth se volvió hacia Georgiana, con sus propios ojos llenos de lágrimas.

—Gracias —susurró, tomando la mano de la joven entre las suyas—. Sé lo difícil que debe haber sido esto para ti.

Georgiana logró esbozar una sonrisa acuosa, apretando la mano de Elizabeth en respuesta.

—Solo desearía haber hablado antes —dijo suavemente—. Tal vez entonces, Anne se habría ahorrado este dolor.

Elizabeth negó firmemente con la cabeza.

—No debes culparte —dijo—. El único culpable es el señor Wickham, por su engaño y su crueldad.

Los sollozos de Anne se habían calmado hasta convertirse en ocasionales sollozos, y levantó la cabeza del hombro de Charlotte, con el rostro manchado y los ojos enrojecidos.

—Por favor —dijo, con la voz ronca y temblorosa—, no le cuenten esto a mi madre. Se sentiría terriblemente decepcionada de mí.

Elizabeth intercambió una mirada con Charlotte, viendo el mismo sentimiento de simpatía y comprensión que ella sentía reflejado en los ojos de su madrastra. —No se lo diremos —aseguró Elizabeth a Anne con suavidad—. Pero debes prometernos algo a cambio.

Anne asintió con entusiasmo, claramente dispuesta a aceptar cualquier cosa con tal de mantener su secreto a salvo. —¡Lo que sea! —exclamó.

Elizabeth tomó aire profundamente, preparándose para lo que sabía que debía decir. —Debes prometernos que nunca volverás a hablar con el señor Wickham —dijo con firmeza—. Ni una palabra, ni siquiera de pasada. Si llegases a encontrarte con él en alguna reunión, no debes reconocerlo de ninguna manera. Le darás un corte directo.

Los ojos de Anne se agrandaron y, por un momento, Elizabeth temió que fuera a protestar. Pero luego, lentamente, la joven asintió. —Lo prometo —susurró—. Nunca quiero volver a verlo, no después de lo que ha hecho.

El alivio invadió a Elizabeth y sintió que se le quitaba un peso de encima. Era una pequeña victoria, pero una victoria al fin y al cabo. Sabía que el camino que le esperaba a Anne no sería fácil, pero con el apoyo de quienes la querían, se recuperaría con el tiempo.

Cuando la primera luz del amanecer comenzó a filtrarse a través de las cortinas, Elizabeth sintió que el cansancio de la larga noche la alcanzaba. Reprimió un bostezo, parpadeando pesadamente mientras intentaba concentrarse en la conversación a su alrededor.

A su lado, Georgiana parecía estar luchando contra su propia fatiga, con la cabeza cabeceando hacia adelante mientras se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Sin pensarlo, Elizabeth extendió la mano y atrajo a la joven hacia sus brazos, ofreciéndole todo el consuelo que podía.

Georgiana se tensó por un momento, claramente sorprendida por el gesto. Pero luego, lentamente, se relajó en el abrazo de Elizabeth, con sus propios brazos rodeando la cintura de Elizabeth.

—Debemos irnos —dijo Charlotte al fin—. ¿Os quedaréis juntas las dos? Volveremos más tarde hoy, y prometo que no le diremos nada a Lady Catherine, pero necesitamos saber más sobre lo que Wickham te dijo, Anne.

—Nos quedaremos juntas —Georgiana extendió la mano y tomó la de su prima—. ¿Verdad, Anne?

—Sí —Anne asintió—. Lo prometo. Y... gracias. Por evitar que cometiera un error terrible.

—Nos alegra haber sido de ayuda, señorita de Bourgh —dijo Elizabeth.

—Creo que ya hemos superado esas formalidades, ¿no crees? —Anne sonrió débilmente—. Debes llamarme Anne.



El carruaje se sacudió al golpear un bache particularmente profundo en el camino, sacando a Elizabeth de su somnoliento ensueño. Parpadeó, tomándose un momento para orientarse en su entorno. A su lado, Charlotte se movió, con sus propios ojos pesados por la fatiga.

A través de la ventana, Elizabeth podía ver el sol elevándose sobre el horizonte, proyectando un resplandor dorado sobre el campo. Era una vista hermosa, pero una que le resultaba difícil de apreciar en su actual estado de agotamiento. Todo lo que quería era hundirse en su propia cama en Longbourn y dormir.

En el borde del parque, bajo un roble fulminado, un carruaje solitario esperaba, con el cochero desplomado en su asiento. Y allí, paseando de un lado a otro como un animal enjaulado, estaba la inconfundible figura del señor Wickham.

Elizabeth sintió una oleada de ira al verlo, su hermoso rostro torcido en una mueca de

frustración.

A su lado, Charlotte dejó escapar un suave resoplido de disgusto. —Míralo —murmuró, con la voz cargada de desdén—. Paseándose como un niño caprichoso al que le han negado un dulce.

A pesar de su agotamiento, Elizabeth no pudo evitar sonreír ante las palabras de su madrastra. Era cierto; había algo casi cómico en la visión del apuesto señor Wickham reducido a tal estado de furia impotente.

Cuando su carruaje se acercó, Wickham levantó la cabeza de golpe, entrecerrando los ojos al verlas. Por un momento, Elizabeth pensó que podría intentar acercarse a ellas, exigir saber si Anne estaba con ellas.

Pero entonces, como si lo pensara mejor, se dio la vuelta y se dirigió a su propio carruaje, abriendo la puerta de un tirón y subiendo.

Elizabeth soltó el aire que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo, hundiéndose en el asiento acolchado. Todo había terminado. Anne estaba a salvo y los planes de Wickham habían sido frustrados.

Se volvió hacia Charlotte, con una sonrisa cansada tirando de las comisuras de su boca. —Lo hemos conseguido —dijo suavemente.

Charlotte le apretó los dedos, con su propia sonrisa cansada pero triunfante. —Lo hemos conseguido —estuvo de acuerdo—. Y ahora, mi querida Lizzy, creo que es hora de que obtengamos un merecido descanso.

Elizabeth asintió, sintiendo ya el tirón del sueño en sus párpados. Mientras el carruaje avanzaba hacia Longbourn, se permitió quedarse dormida, segura en el conocimiento de que, al menos por ahora, todo estaba bien.



Capítulo Quince

EL RUIDO DE LOS cascos retumbó en la grava cuando el carruaje de Darcy se detuvo frente a Netherfield. Darcy descendió primero, seguido de cerca por Bingley y el coronel Fitzwilliam.

—Es bueno estar de vuelta —declaró Bingley, radiante mientras contemplaba la grandiosa propiedad—. ¡Y que nos acompañes, Fitzwilliam! La boda no estaría completa sin la presencia del primo favorito de Darcy.

El coronel Fitzwilliam se rio entre dientes.

—¿Una oportunidad para verte finalmente atado, Bingley? No me lo perdería por nada del mundo.

Darcy esbozó una pequeña sonrisa ante su fácil camaradería, pero su mente estaba en otra parte, recordando unos brillantes ojos oscuros y un ingenio asombrosamente agudo. No había pensado en otra cosa durante el viaje desde la ciudad, con la anticipación y el temor librando una batalla en su pecho. Verla de nuevo, hablar con ella... Pero ¿qué diría? ¿Cómo podría transmitir la profundidad de su admiración, de su estima, sin traspasar los límites del decoro?

Mientras se dirigían al interior, una mancha de muselina y cintas casi lo derribó. Georgiana. Su rostro estaba sonrojado, sus ojos grandes y ansiosos. Los instintos fraternales de Darcy surgieron de inmediato.

—¿Georgiana? ¿Qué sucede? ¿Qué va mal?

Ella se aferró a su manga, llevándolo aparte.

—Oh, Fitzwilliam, debo hablar contigo de inmediato. Ha ocurrido algo...

Darcy escuchó con creciente asombro y alarma mientras la historia se desarrollaba: la casi fuga de Anne, la perfidia de Wickham, y Elizabeth, la brillante Elizabeth, desentrañando el plan y salvándolos a todos de la calamidad.

—Dios mío —apenas podía asimilarlo. El hercúleo esfuerzo de voluntad que le costó dominar sus facciones, ocultar la abrumadora ola de alivio, gratitud y admiración que amenazaba con engullirlo.

Separándose suavemente del agarre de Georgiana, Darcy logró esbozar una sonrisa tranquilizadora para su hermana.

—Hiciste bien en contármelo de inmediato. Pero todo está bien, y debemos agradecérselo a la señorita Elizabeth. Discúlpame, debo hablar con Bingley y Fitzwilliam.

Se alejó a grandes zancadas, con la mente dando vueltas. Un pensamiento era cristalino en medio de la confusión. Debía ver a Elizabeth, debía encontrar una manera de expresar su aprecio por sus acciones, de forma sutil y con la máxima delicadeza.

Primero, sin embargo, debía informar a su primo de lo que Georgiana había revelado. En cuanto a lo que vendría después... Darcy apenas se atrevía a albergar esperanzas.

Darcy encontró a Bingley y al coronel Fitzwilliam en la sala de billar, enfrascados en una animada partida. Ambos levantaron la vista cuando entró, sus sonrisas desvaneciéndose al ver su grave expresión.

—Darcy, ¿qué ocurre? —preguntó Bingley, dejando su taco—. ¿Ha sucedido algo?

Darcy asintió, con la mandíbula tensa.

—Acabo de hablar con Georgiana. Parece que durante nuestra ausencia, hubo un incidente que involucra a Wickham y a nuestra prima Anne.

Los ojos del coronel Fitzwilliam se entrecerraron.

—¿Qué tipo de incidente?

Tomando un profundo respiro, Darcy primero hizo jurar a Bingley que guardaría el secreto sobre lo que estaba a punto de revelar, antes de relatar la historia tal como Georgiana se la había contado, con voz baja y tensa. El intento de fuga, la oportuna intervención de Elizabeth, la angustia de Anne cuando Georgiana reveló la verdad sobre Wickham. Cuando terminó, ambos hombres mostraban expresiones de conmoción y furia entremezcladas.

—Santo Dios —murmuró Bingley, sacudiendo la cabeza—. Pensar en lo que podría haber sucedido si la señorita Elizabeth no hubiera intervenido...

—Me estremezco al contemplarlo —dijo Darcy con gravedad—. Le debemos una enorme deuda de gratitud.

El coronel Fitzwilliam asintió, su rostro endurecido.

—En efecto. Y en cuanto a Wickham... —Su mano se cerró en un puño a su lado—. No desearía nada más que retarlo a duelo por esto.

—Créeme, comparto el sentimiento —dijo Darcy—. Pero debemos proceder con cautela. Lo último que queremos es atraer una atención indebida sobre el asunto y arriesgarnos a un escándalo.

—Tienes razón, por supuesto —concedió el coronel Fitzwilliam con un suspiro—. Pero algo debe hacerse con Wickham. No se le puede permitir que continúe sin control.

—Estoy de acuerdo —la mente de Darcy corría con posibilidades, cada una más insatisfactoria que la anterior—. Déjame pensarlo. Mientras tanto, debemos centrarnos en la boda y en apoyar a Bingley y a la señorita Bennet.



Cuando los Bennet llegaron a Netherfield esa noche, invitados a cenar ya que Bingley no podía soportar otro momento sin ver a Jane, la anticipación de Darcy creció. Había estado esperando ansiosamente la oportunidad de hablar con Elizabeth, de transmitirle su admiración por su rápido pensamiento y valentía frente a una situación tan precaria.

La encontró en el salón antes de la cena, de pie cerca de la ventana mirando hacia la noche que rápidamente oscurecía, su elegante figura iluminada por el suave resplandor de las velas. Ella se volvió cuando él se acercó, sus hermosos ojos abriéndose ligeramente con sorpresa.

—Señorita Elizabeth —la saludó, inclinándose respetuosamente—. ¿Podría concederme un momento de su tiempo para hablar sobre un asunto de cierta delicadeza?

Ella hizo una reverencia en respuesta, con una expresión curiosa en su rostro.

—Por supuesto, señor Darcy.

Él la condujo a un rincón más tranquilo de la habitación, lejos del parloteo de los otros invitados.

—Quería expresar mi más profunda gratitud por sus acciones con respecto a mi prima Anne y al señor Wickham —comenzó, con voz baja y sincera—. Su valor y rápido pensamiento evitaron lo que podría haber sido una situación desastrosa.

Elizabeth se sonrojó ante su elogio, bajando modestamente la mirada.

—Solo hice lo que cualquiera habría hecho en tales circunstancias —respondió con humildad.

—Por el contrario —insistió Darcy—, creo que sus acciones fueron realmente extraordinarias. Demostró gran presencia de ánimo y fortaleza, cualidades que he llegado a admirar enormemente en usted.

Sus ojos volaron hacia los de él, con sorpresa y algo más que no pudo descifrar brillando en sus profundidades.

—Yo... gracias, señor Darcy —logró decir, con voz ligeramente entrecortada—. Sus palabras son muy amables.

Él inclinó la cabeza, con una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca.

—Son bien merecidas, señorita Elizabeth. Y espero que sepa que se ha ganado no solo mi gratitud, sino también mi más profundo respeto.

Ella sostuvo su mirada por un largo momento, una miríada de emociones jugando en su expresivo rostro.

—Me siento honrada, señor Darcy —dijo finalmente—. Verdaderamente.

A medida que avanzaba la noche, Darcy se encontró incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera Elizabeth, su mente dando vueltas con pensamientos sobre sus experiencias compartidas y la profundidad de su carácter. Siempre había admirado su inteligencia y ingenio, pero ahora se sentía cautivado por su fuerza, su compasión y su inquebrantable sentido de lo correcto.

La observó mientras conversaba con Georgiana, su manera gentil provocando sonrisas e incluso risas de su tímida hermana. La escena le calentó el corazón, y no pudo evitar imaginar un futuro en el que Elizabeth fuera una presencia permanente en sus vidas.

El pensamiento lo sobresaltó, y rápidamente apartó la mirada, con el corazón acelerado. *Es una tontería entretener tales ideas*, se dijo severamente. Elizabeth era hija de un caballero, sí, pero la posición de su familia en la sociedad estaba muy por debajo de la suya. Y sin embargo, mientras le echaba otra mirada furtiva, no podía negar la poderosa atracción que sentía, el anhelo de conocerla más íntimamente, de compartir su vida con ella.

Sacudiendo la cabeza, Darcy buscó al coronel Fitzwilliam, llevándolo aparte. —Debo hablar contigo —murmuró, con expresión seria—. Sobre lo que ocurrió con Anne y Wickham.

Las cejas de Fitzwilliam se alzaron, pero asintió, siguiendo a Darcy a un rincón tranquilo. —¿Qué sucede, Darcy? —preguntó, con preocupación grabada en su rostro.

Darcy vaciló, mirando alrededor para asegurarse de que no los oyeran. —Creo que es mejor que Lady Catherine nunca se entere de lo que casi ocurrió —dijo en voz baja—. El escándalo, la vergüenza que traería a nuestra familia... no vale la pena ni pensarlo.

Los ojos de Fitzwilliam se agrandaron, pero asintió lentamente. —Estoy de acuerdo —dijo, con voz grave—. Por las mismas razones por las que tú y yo decidimos mantener lo que sucedió en Ramsgate entre nosotros dos. Pero ¿qué hay de Wickham? Seguramente debe rendir cuentas por sus acciones.

La mandíbula de Darcy se tensó, un destello de ira brillando en sus ojos. —Se le hará frente —juró—. Pero discretamente. No permitiré que la reputación de Anne se mancille, ni la de Georgiana. Ya han sufrido bastante por su culpa.

La expresión de su primo se suavizó, y le puso una mano en el hombro a Darcy. —Eres un buen hombre, Darcy —dijo cálidamente—. Y un verdadero amigo. Mantendré este asunto en la más estricta confidencialidad, tienes mi palabra.

Darcy asintió, sintiendo una oleada de gratitud. —Gracias, Fitzwilliam —dijo sinceramente—. Sabía que podía contar con tu discreción y comprensión.

El coronel Fitzwilliam, siempre observador, no había dejado de notar el cambio en el comportamiento de su primo. Mientras la mirada de Darcy volvía a desviarse hacia Elizabeth, el coronel se inclinó hacia Darcy con un brillo travieso en los ojos.

—Debo decir, Darcy —comenzó, con un tono ligero y burlón—, que nunca te había visto tan cautivado por una joven antes. La señorita Elizabeth Bennet parece tener un gran efecto en ti.

Darcy sintió que un rubor le subía por el cuello, su pulso acelerándose al mencionar su nombre. —Yo... la admiro mucho —admitió, con voz baja y sincera—. Es diferente a cualquier mujer que haya conocido.

Fitzwilliam se rió, dándole una palmada en la espalda a Darcy. —Eso es obvio, querido primo —dijo con una sonrisa—. Y si puedo ser tan atrevido, me atrevería a decir que el sentimiento es mutuo. La forma en que te mira... es claro que te tiene en alta estima.

El corazón de Darcy dio un salto ante las palabras de su primo, una chispa de esperanza encendiéndose en su pecho. ¿Podría ser cierto? ¿Podría Elizabeth realmente corresponder a sus sentimientos? Apenas se atrevía a creerlo.

Cuando la noche llegaba a su fin y los Bennet se preparaban para marcharse, Darcy se encontró demorándose al lado de Elizabeth, reacio a despedirse. —Señorita Elizabeth —dijo suavemente, su voz llena de calidez—, no puedo agradecerle lo suficiente por todo lo que ha hecho. Su valentía y rápido pensamiento han salvado a mi familia del escándalo y el dolor. Estoy eternamente en deuda con usted.

Elizabeth le sonrió, sus ojos brillando con una emoción que no pudo nombrar. —No hay deuda, señor Darcy —respondió gentilmente—. Solo hice lo que era correcto. Y lo haría de nuevo sin dudarlo.

Demasiado lleno de emoción para hablar, solo pudo hacer una profunda reverencia antes de ayudarla a subir al carruaje. El toque de su mano parecía quemarle, incluso a través de los guantes que ambos llevaban. ¿Se lo imaginó, o ella le dio el más ligero apretón a sus dedos antes de soltarlos?



Darcy regresó al salón después de despedirse de los Bennet, distraído por pensamientos de Elizabeth. Se sorprendió al encontrar al coronel Fitzwilliam y Anne solos, enfrascados en una intensa conversación privada.

El coronel estaba de pie frente a Anne, sosteniendo suavemente su delicada mano entre las suyas. El rostro del coronel estaba iluminado por la emoción mientras declaraba: —Anne, he guardado silencio demasiado tiempo. Mis sentimientos por ti me abruman; te he amado devotamente desde hace más tiempo del que puedo recordar.

Los ojos de Anne se agrandaron, un rubor rosado floreciendo en sus pálidas mejillas. Con voz

trémula respondió: —¡Primo, no tenía idea de que albergabas tal afecto por mí! —Una radiante sonrisa se extendió lentamente por su rostro—. Porque yo también te he admirado más allá del mero cariño familiar durante mucho tiempo.

Darcy observó con asombro cómo su primo atraía tiernamente a Anne hacia un abrazo. Mirándola a los ojos, el coronel preguntó con sinceridad: —Mi querida Anne, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Anne susurró alegremente su consentimiento antes de apoyar la cabeza contentamente en el hombro del coronel. Darcy quedó impresionado por el poderoso amor evidente entre la pareja recién comprometida. Los ojos de Anne brillaban de adoración por su prometido; el coronel miraba a su futura novia como si fuera el tesoro más preciado.

Darcy intentó retirarse en silencio, pero una tabla traicionera crujió bajo su pie y el coronel volvió la cabeza.

—Darcy. —Una amplia sonrisa se extendió por el rostro del coronel—. ¿Serás el primero en desearnos felicidad? Mi querida Anne me ha hecho el gran honor de consentir en ser mi esposa.

—Por supuesto que sí, primo —dijo Darcy cordialmente. Se acercó y estrechó la mano del coronel, inclinándose para besar la mejilla de Anne—. No podría imaginar un mejor esposo para ti, querida —le dijo amablemente a una sonrojada Anne.

—Debería decírselo a mi madre. —Anne miró de uno a otro, su expresión nublándose ligeramente—. Ella... no podría impedirlo, ¿verdad?

—No, no puede —confirmó Darcy—. Fitzwilliam y yo somos tus tutores legales, y Lady Catherine no puede contradecir nuestra decisión. Sin embargo, creo que la encontrarás bastante satisfecha con tu elección.

La expresión de Anne se iluminó y salió apresuradamente de la habitación.

Darcy se volvió hacia el coronel Fitzwilliam, con las cejas arqueadas.

—Vaya, este es un secreto que has sabido guardar bastante bien.

—A diferencia de ti, Darcy —dijo el coronel con serenidad—, yo soy excepcional ocultando mis sentimientos.

Darcy hizo una mueca, reconociendo el golpe. No le había llevado mucho tiempo a su primo discernir su admiración por Elizabeth Bennet; de hecho, sospechaba que había sido obvio en sus sentimientos casi desde la primera vez que la conoció, considerando lo celosa que Caroline

Bingley se había puesto de inmediato.

—¿Crees que la tía Catherine estará contenta? —El ligero quiebre en la voz del coronel le indicó a Darcy que su primo no estaba tan seguro como intentaba aparentar.

—Sin duda, lo estará —dijo Darcy con firmeza—. Eres hijo de un conde, después de todo, y siempre ha sido tu destino casarte con una heredera, ¿no es así? Considerando que Lady Catherine quería que yo me casara con Anne, difícilmente puede objetar que seas tú. —Se le ocurrió entonces que el coronel Fitzwilliam debía haber sufrido agonías a lo largo de los años, escuchando a Lady Catherine insistir continuamente en que Darcy estaba destinado a casarse con la mujer que él amaba. ¡Sin mencionar cómo debió haberse sentido al oír que Anne había planeado fugarse con ese canalla de Wickham!

Darcy apretó cálidamente el hombro de su primo.

—No podría estar más feliz por ustedes dos. Son una buena pareja y seguramente encontrarán gran alegría juntos.

El coronel Fitzwilliam sonrió, visiblemente aliviado por el apoyo incondicional de Darcy.

—Gracias, Darcy. Tu bendición significa mucho.

Cuando Darcy se retiró esa noche, sus pensamientos volvieron involuntariamente a Elizabeth. Presenciar el amor sincero del coronel y Anne había reavivado su propio anhelo. El sueño se le hizo esquivo mientras su mente reproducía los momentos compartidos con Elizabeth. Su risa resonaba en sus oídos, sus ojos lo acosaban en la oscuridad de su habitación. Darcy ya no podía negar la profundidad de sus sentimientos por ella, ni podía suprimir la esperanza creciente de que tal vez, solo tal vez, Elizabeth albergara un sentimiento similar hacia él.



Capítulo Dieciséis

ELIZABETH OBSERVABA, CON EL corazón henchido de afecto, mientras Jane permanecía en el umbral de la iglesia del brazo de su padre. La belleza de Jane era incomparable, su semblante resplandecía de pura felicidad mientras se preparaba para casarse con su amado señor Bingley. El vestido de la novia era una visión de elegancia, el delicado encaje y la seda fluida acentuaban su gracia gentil. Elizabeth no pudo evitar maravillarse ante el amor que emanaba de Jane.

—Hasta que no tenga su bondad, nunca tendré su felicidad —murmuró Elizabeth para sí misma, antes de reírse por lo bajo y sacudir la cabeza con una sonrisa irónica—. Jamás la igualaré, así que debo resignarme a una felicidad meramente mortal, ¡no a la trascendencia angelical que veo en su rostro!

Cuando comenzó la ceremonia, la mirada de Elizabeth se desvió hacia el señor Bingley, cuyos ojos adoradores nunca abandonaron el rostro de Jane. La expresión del novio era de pura devoción, su sonrisa amplia y su corazón sin duda lleno del más profundo afecto por su novia. Las manos de la pareja se entrelazaron mientras intercambiaban sus sagrados votos, sus voces llenas de emoción y sinceridad.

—Yo, Charles Bingley, te tomo a ti, Jane Bennet, como mi legítima esposa —declaró el señor Bingley, con voz firme y fuerte—. Para tenerte y conservarte, desde hoy en adelante, en lo próspero y en lo adverso, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe.

Los ojos de Jane brillaban con lágrimas contenidas de alegría mientras repetía sus propios votos, su suave voz llevaba el peso de su amor por el señor Bingley. El corazón de Elizabeth se hinchó de felicidad por su hermana, sabiendo que Jane había encontrado un amor tan puro y verdadero, un amor que perduraría a través de todos los desafíos de la vida.

La ceremonia llegó a su fin, y la pareja recién casada se volvió para enfrentar a sus invitados, sus rostros iluminados por la alegría de su unión. Elizabeth alcanzó a ver a Caroline Bingley, sus facciones estropeadas por una mueca de celos y descontento. Sin embargo, ni siquiera la amargura de Caroline podía disminuir la felicidad que impregnaba el aire, pues en este día, el amor había triunfado, y dos corazones se habían convertido en uno.

La fiesta de bodas en Netherfield fue un evento animado, lleno de risas alegres y alegre charla de los invitados. Elizabeth se vio envuelta en las festividades, su corazón ligero y su ánimo elevado mientras observaba a Jane y al señor Bingley bailar su primer baile como marido y mujer. Los recién casados se movían con gracia sin esfuerzo, sus ojos fijos el uno en el otro, su amor palpable para todos los que presenciaban su abrazo.

Mientras la música aumentaba, otras parejas se unieron al baile, y pronto la sala cobró vida con el remolino de faldas y el taconeo de pies. Elizabeth se encontró emparejada con el coronel Fitzwilliam, quien resultó ser un bailarín amable y hábil. Mientras se movían por la pista, el coronel la entretuvo con relatos de sus aventuras en el ejército, su ingenio y encanto arrancando risas de los labios de Elizabeth.

—Debo decir, señorita Elizabeth —comentó el coronel, con los ojos brillando de alegría—, que nunca he visto una pareja tan bien avenida como su hermana y el señor Bingley. Es reconfortante presenciar su felicidad.

Elizabeth sonrió, su mirada desviándose hacia donde Jane y el señor Bingley estaban de pie, rodeados de personas que les deseaban lo mejor.

—En efecto, coronel. No podría estar más encantada por ellos. Han enfrentado su cuota de pruebas, pero su amor solo se ha fortalecido por ello. ¿Y tengo entendido que usted también ha de ser felicitado?

El coronel Fitzwilliam no era un hombre guapo, pensó Elizabeth, su rostro demasiado cuadrado y su nariz demasiado fuerte para la belleza, pero cuando sonrió ante su pregunta, ella revisó su opinión. Su sonrisa iluminó todo su rostro mientras miraba al otro lado de la sala donde Anne de Bourgh estaba sentada con su madre.

—Gracias, señorita Elizabeth. La señorita de Bourgh y yo nos casaremos en Rosings en primavera, y no podría estar más feliz por ello.

Cuando el baile llegó a su fin, Elizabeth se encontró cara a cara con el señor Darcy, quien la

había estado observando desde el otro lado de la sala. Su expresión era de tranquila intensidad, sus ojos llenos de una calidez que hizo que el corazón de Elizabeth revoloteara en su pecho.

—Señorita Elizabeth —dijo él, con voz baja y sincera—, ¿podría tener el placer del siguiente baile?

Elizabeth sintió que un rubor subía a sus mejillas, su pulso acelerándose ante la idea de estar en los brazos del señor Darcy.

—Sería un honor, señor Darcy.

Mientras tomaban sus lugares en la pista de baile, Elizabeth no pudo evitar maravillarse ante el cambio que había ocurrido en sus sentimientos hacia el hombre que tenía delante. Una vez, lo había encontrado orgulloso y distante, pero ahora, veía la profundidad de su carácter, la fuerza de sus convicciones y la ternura de su corazón.

Mientras se movían en perfecta armonía, Elizabeth sintió una sensación de corrección, un sentimiento de que esto era donde debía estar. Y aunque sabía que aún había obstáculos por superar, incertidumbres que yacían por delante, no pudo evitar sentir un destello de esperanza de que quizás, solo quizás, su propia historia pudiera tener algún día un final feliz, al igual que la de Jane.

Las celebraciones de la boda continuaron hasta bien entrada la noche, mientras los invitados se deleitaban con la alegría de la ocasión. La magnífica fiesta en Netherfield era un espectáculo digno de contemplar, con las grandes salas adornadas con las más finas decoraciones, las mesas cargadas con los más suntuosos festines, y el aire lleno de las notas de la música y las risas jubilosas.

A medida que avanzaba la noche, Elizabeth se vio envuelta en conversaciones con amigos y conocidos, riendo y recordando memorias compartidas. No pudo evitar sentir una sensación de nostalgia agridulce, sabiendo que este capítulo de sus vidas estaba llegando a su fin, que este era el comienzo de la nueva vida de Jane con su esposo, dejando atrás a Elizabeth y a sus otras hermanas.

Entre la alegre multitud, Elizabeth divisó a Lady Lucas y Sir William, sus rostros iluminados con genuina felicidad por los recién casados. Lady Lucas, resplandeciente en un vestido de seda color lavanda pálido, se deslizó hacia Jane y Bingley, con los brazos extendidos en un cálido abrazo.

—Mi querida Jane, eres una novia radiante —exclamó, tomando las manos de la joven entre las suyas—. Y señor Bingley, es usted un hombre afortunado por haber ganado el corazón de semejante tesoro.

Sir William, con los ojos brillantes de alegría, le dio una palmada en la espalda a Bingley, su risa

estruendosa resonando por toda la habitación. —¡Bien hecho, muchacho! —exclamó, con la voz llena de afecto—. No tengo duda de que tú y Jane encontraréis toda la felicidad juntos.

Mientras Elizabeth observaba el intercambio, su corazón se hinchó de amor por su hermana y su nuevo cuñado. Se maravilló de cómo el rostro de Jane resplandecía de satisfacción, de cómo los ojos de Bingley nunca abandonaban el rostro de su novia. Era una historia de amor para la posteridad, un cuento de dos corazones que habían encontrado su pareja perfecta.

Cerca, el señor Bennet estaba de pie junto a Charlotte, quien tenía una sonrisa orgullosa en el rostro por su hijastra. Jane se detuvo para atraer a Charlotte en un abrazo cercano y amoroso.

—Gracias por todo —dijo Jane con ternura—. No sé qué habría sido de nosotros sin ti, pero no creo que hubiera podido alcanzar mi felicidad actual sin tu amorosa guía.

—Lo habrías logrado, mi querida niña —Charlotte acunó las mejillas de Jane entre sus manos—. Eres demasiado buena, y tu señor Bingley es un hombre astuto que te habría reconocido como el diamante que eres en cualquier situación.

Mientras continuaban los brindis y los discursos, Elizabeth se encontró perdida en sus pensamientos, su mente divagando hacia el futuro que le esperaba. Aunque estaba encantada por Jane y Bingley, una parte de ella no podía evitar preguntarse qué le depararía su propio camino. ¿Encontraría un amor tan verdadero y duradero como el de ellos? ¿O estaba destinada a permanecer soltera, contenta con sus libros y su propia compañía?

—¡Por los felices novios! —declaró Sir William Lucas, levantando su copa en alto—. ¡Que vuestro amor siga creciendo y floreciendo con cada día que pase!

Un coro de vítores resonó por toda la habitación, y Elizabeth se unió, su voz sonando junto a las demás. Mientras bebía su vino, vislumbró a Caroline Bingley, con el rostro contraído y agrio a pesar de las festividades. Sin duda estaba descontenta con la atención que se prodigaba a Jane, pensó Elizabeth con una sonrisa irónica.

Pero ni siquiera la expresión amarga de Caroline podía amortiguar la alegría de la ocasión, y cuando la música comenzó a sonar de nuevo, Elizabeth se vio arrastrada por el júbilo. Bailó con su padre y sus hermanas, riendo y girando hasta que sus mejillas se sonrojaron y sus pies dolían en sus zapatillas.

Por fin, cuando la velada comenzaba a decaer, Jane y Bingley se dirigieron al centro de la sala, con las manos fuertemente entrelazadas. —Mis queridos amigos y familia —comenzó Bingley, con la voz temblando ligeramente por la emoción—, Jane y yo no podemos agradeceros lo suficiente por compartir nuestra felicidad hoy. Vuestro amor y apoyo significan el mundo para nosotros, y llevaremos siempre con nosotros los recuerdos de este día.

Jane asintió, con los ojos brillantes de lágrimas de alegría. —Y tenemos una noticia más que compartir —añadió, ampliando su sonrisa—. Nos vamos de viaje de bodas a Bath en unos días, y Elizabeth, mi querida hermana, nos honraría que nos acompañaras. No puedo imaginar celebrar este nuevo capítulo de nuestras vidas sin tenerte a mi lado.

El corazón de Elizabeth se hinchó de amor y gratitud, y se apresuró a abrazar fuertemente a su hermana. —Por supuesto —susurró, con la voz cargada de emoción—. Estaré encantada de acompañaros.

Mientras Elizabeth conversaba con Sir William y Lady Lucas, notó que el señor Darcy merodeaba torpemente cerca, con la mirada fija en ella. Con una leve sonrisa, se excusó de la conversación y se acercó para estar cerca de él.

—Señorita Elizabeth —dijo él, inclinándose ligeramente—. Espero no estar entrometiéndome. No pretendía interrumpir su conversación.

Elizabeth le sonrió con picardía. —No, pero quería hablar conmigo, ¿no es así?

—En efecto —Inclinó la cabeza—. Deseaba despedirme antes de su partida —dijo, con voz baja y seria—. Ambos dejamos Hertfordshire, al parecer, aunque yo acompañaré a Georgiana a Londres para reunirnos con el Conde y la Condesa de Matlock para las celebraciones de la Duodécima Noche.

Elizabeth sintió una punzada de decepción ante sus palabras, aunque no podía explicar exactamente por qué. —Ya veo —dijo, esperando que su voz no traicionara sus sentimientos—. Bien, espero que usted y la señorita Darcy tengan una agradable estancia en Londres.

El señor Darcy se inclinó ligeramente, su mirada deteniéndose en su rostro un momento más de lo necesario. —Tengo asuntos que resolver en Londres antes de tomar cualquier decisión sobre el futuro —dijo, sus palabras cargadas de significado.

—Sin duda tomará decisiones sabias y meditadas, señor Darcy —dijo ella, un poco confundida sobre qué exactamente estaba tratando de comunicarle.

—Echaré de menos su compañía, señorita Elizabeth —dijo suavemente, con voz apenas por encima de un susurro.

Elizabeth contuvo el aliento ante sus palabras, y se encontró sin saber cómo responder. Antes de que pudiera formular una respuesta a esa sorprendente declaración, sin embargo, el señor Darcy se había inclinado una vez más y se había marchado, dejando a Elizabeth sola con sus pensamientos y la creciente conciencia de que sus propios sentimientos hacia el hombre eran mucho más complejos de lo que había creído anteriormente.

Elizabeth observó cómo el señor Darcy se alejaba, su alta figura desapareciendo entre la multitud de personas que se habían reunido para despedir a los recién casados. No podía sacudirse la sensación de que algo significativo acababa de ocurrir entre ellos, aunque no sabía explicar con precisión qué era.

¿Había estado el señor Darcy tratando de decirle algo con sus crípticas palabras sobre asuntos que resolver antes de tomar decisiones? Y si era así, ¿cuáles podrían ser esos asuntos? La mente de Elizabeth corría con posibilidades, cada una más emocionante y aterradora que la anterior.

Recordó la forma en que el señor Darcy la había mirado mientras hablaba, sus ojos intensos y llenos de alguna emoción sin nombre. Era una mirada que le había provocado escalofríos en la espalda y hecho que su corazón latiera más rápido en su pecho. ¿Podría ser que él estuviera luchando con sus propios sentimientos hacia ella, tal como ella luchaba con los suyos hacia él?

Elizabeth sacudió la cabeza, tratando de aclarar su mente de tales pensamientos fantasiosos. No serviría de nada reflexionar sobre lo que podría o no ser, especialmente cuando tenía un viaje por delante y una nueva aventura por emprender.

Aun así, mientras subía al carruaje junto a Jane y Bingley dos días después, Elizabeth no pudo evitar sentir una punzada de pesar ante la idea de dejar Longbourn y todo lo que le era familiar. Sabía que el viaje a Bath sería una distracción bienvenida de las tumultuosas emociones que se arremolinaban en su interior, pero una parte de ella no podía evitar desear que el señor Darcy viniera con ellos.

—No puedo esperar a ver Bath —dijo Jane, su voz temblando de emoción—. He oído cosas maravillosas sobre la ciudad, sobre los grandes salones de baile y los elegantes paseos.

—Y la sociedad de moda —añadió Bingley, sus ojos brillando con picardía—. Me atrevo a decir que seremos la comidilla de la ciudad, llegando como recién casados.

Elizabeth rio, su corazón hinchándose de afecto por su hermana y su nuevo cuñado.

—No tengo duda de que seréis el brindis de Bath —dijo—, y que todo caballero elegible estará compitiendo por la oportunidad de bailar con la hermosa señora Bingley.

Jane se sonrojó, bajando la mirada recatadamente hacia su regazo.

—Oh, Lizzy —la reprendió—, sabes que solo tengo ojos para mi querido esposo. ¡Serás tú quien esté en demanda como pareja de baile!

Mientras el carruaje rodaba por las afueras de Meryton, Elizabeth se encontró perdida en sus pensamientos, su mente divagando hacia los acontecimientos de las últimas semanas. La alegría

de la boda de Jane y Bingley, la agridulce despedida de su familia, y el extraño e inquietante encuentro con el señor Darcy antes de su partida.

¿Qué quiso decir, se preguntaba, *cuando habló de asuntos que resolver antes de tomar decisiones? ¿Podría realmente tener sentimientos por mí, como empiezo a sospechar?*

De repente, un movimiento captó su atención, y Elizabeth se volvió para ver una figura familiar de pie al borde del camino, observando pasar el carruaje. Era el señor Wickham, su apuesto rostro retorcido en un ceño fruncido mientras encontraba su mirada.

Elizabeth sintió un escalofrío recorrer su espalda, una sensación de inquietud asentándose en la boca de su estómago. *¿Qué hace aquí?* pensó, su mente corriendo con posibilidades. *¿Y por qué me mira con una hostilidad apenas disimulada?*

Apartó la mirada rápidamente, su corazón latiendo con fuerza en su pecho mientras trataba de sacudirse la inquietante sensación. *No es nada*, se dijo firmemente, *simplemente un truco de la luz, un producto de mi imaginación hiperactiva.*

Pero incluso mientras intentaba convencerse, Elizabeth no pudo sacudirse la sensación de que algo andaba mal, que la presencia del señor Wickham presagiaba mal para el futuro. *Debo estar en guardia*, pensó, su mandíbula tensa con determinación. *No dejaré que arruine la felicidad que Jane y Bingley tan merecidamente merecen.*

Con un profundo suspiro, Elizabeth volvió su atención a la conversación dentro del carruaje, decidida a apartar de su mente al señor Wickham y su inquietante comportamiento. *Bath nos espera*, pensó, una sonrisa tirando de las comisuras de su boca, *y con ello, la promesa de nuevas aventuras y la oportunidad de explorar las profundidades de mi propio corazón.*



Capítulo Diecisiete

GEORGE WICKHAM PERMANECÍA HIRVIENDO de rabia, con los ojos entrecerrados mientras observaba el carruaje de los Bingley alejarse de Meryton. A través de la ventana, captó un vistazo de Elizabeth Bennet, sus delicadas facciones marcadas por un ceño fruncido mientras lo miraba. Levantó una mano en señal de despedida, con una sonrisa falsa plasmada en su apuesto rostro, pero Elizabeth ya se había dado la vuelta.

El carruaje dobló la curva y desapareció de la vista. La falsa sonrisa de Wickham se desvaneció al instante, reemplazada por una mueca. ¡Esa insufrible y entrometida muchacha! Caminó de un lado a otro, sus botas chapoteando en el camino embarrado.

—Se cree tan lista —murmuró entre dientes—. Siempre metiendo su impertinente naricilla donde no le incumbe.

Sus planes habían quedado en nada, sus cuidadosas maquinaciones reducidas a cenizas. Y no había nadie a quien culpar sino a Elizabeth Bennet. ¡Ella y su maldita familia lo habían echado todo a perder!

Wickham pateó una piedrecilla, enviándola a rebotar por el camino. Anne de Bourgh, esa criatura enfermiza y simplona, habría sido una conquista bastante fácil de no ser por la interferencia de Elizabeth, y Wickham se habría hecho rico más allá de sus sueños más descabellados, como amo y señor de Rosings Park.

—Imbécil —escupió Wickham—. Maldito imbécil.

Metió las manos en los bolsillos, sus dedos rozando unas pocas y míseras monedas, todo lo que quedaba del dinero que había estafado a su última víctima. No durarían mucho, no con sus costosos gustos y sus crecientes deudas.

Necesitaba un nuevo plan, y rápido. Pero, ¿quién? La mente de Wickham se volvió hacia otra posibilidad: Caroline Bingley. Con su dote de veinte mil libras, sería una excelente presa, y con su hermano fuera en su viaje de bodas, estaba protegida en Netherfield solo por ese borracho de Hurst.

Pero incluso mientras lo consideraba, Wickham descartó la idea con el ceño fruncido. La señorita Bingley no era ninguna tonta. Había dejado muy claro su desdén por él durante su breve conocimiento, sus ojos penetrantes parecían atravesar su encantadora fachada. Casi le había dado un corte directo la única vez que le pidió bailar, en Lucas Lodge.

No, tendría que buscar en otra parte. Quizás entre las dependientas de Meryton...

Wickham sacudió la cabeza, asqueado consigo mismo. ¿En qué estaba pensando? ¿Coqueteando con criadas cuando tenía la oportunidad de algo mucho mejor?

Una risita le hizo girar la cabeza, y una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. Sí. Sí, esa sería perfecta. Joven, ingenua y completamente enamorada de él. Sería un juego de niños seducirla, convencerla de que se arrojara a sus brazos y le suplicara que se fugaran juntos. Con su hermana mayor casada con Bingley, habría dinero que obtener. Aunque técnicamente tuviera poca dote por sí misma, Bingley pagaría bien para salvar a la hermana de su esposa de la deshonra.

Y si la mocosa resultaba demasiado fastidiosa, bueno... había formas de deshacerse de una esposa no deseada.

Una fría sonrisa curvó los labios de Wickham mientras contemplaba su plan. Sí, Lydia Bennet serviría muy bien, sin duda. Y si de paso resultaba que aplastaba el tierno corazón de Elizabeth, tanto mejor.

Ella lo había rechazado, había despreciado sus avances y frustrado sus planes. Ahora pagaría el precio por su locura. De una forma u otra, George Wickham siempre conseguía lo que quería.

Con renovada determinación, Wickham se dispuso a orquestar encuentros aparentemente fortuitos con Lydia en Meryton. En casa de su tía, en la sombrerería, incluso en sus paseos diarios: siempre parecía materializarse a su lado, listo con una ocurrencia encantadora o un guiño pícaro que nunca fallaba en hacer reír a la chica.

—¡Vaya, señor Wickham! —exclamó Lydia encantada cuando él apareció a su lado en el sendero una mañana—. ¡Qué agradable sorpresa! No tenía idea de que frecuentara este camino.

—En efecto, normalmente no lo hago —respondió con suavidad, tomando su mano enguantada y depositando un galante beso en sus nudillos—. Pero confieso que la tentación de ver su hermoso rostro de nuevo me atrajo aquí como si fuera una fuerza magnética. Simplemente no pude mantenerme alejado.

Lydia se sonrojó y soltó una risita, claramente emocionada por su atrevida adulación.

—Oh, señor Wickham, dice usted las cosas más encantadoras. Declaro que me hará perder la cabeza con su lengua de plata.

—Ah, pero es usted quien me ha hecho perder la mía —murmuró Wickham, mirándola profundamente a los ojos con fingida adoración—. Desde el momento en que la vi por primera vez, supe que mi corazón nunca volvería a ser libre. Me ha embrujado, en cuerpo y alma, dulce Lydia.

Los ojos de ella se ensancharon, su respiración acelerándose ante sus apasionadas palabras.

—Yo... apenas sé qué decir. Nadie me ha hablado así nunca. ¿Lo dice en serio?

—Con cada fibra de mi ser —juró él, mintiendo con experta facilidad—. Sé que no tengo derecho, que estoy muy por debajo de usted en todos los aspectos. Pero no puedo evitar lo que siento. Es usted la única mujer que podría amar jamás, mi queridísima y adorable Lydia.

Abrumada, ella se inclinó hacia él, y Wickham la atrapó en sus brazos, atrayéndola hacia sí. Ella se derritió contra él, como arcilla en sus manos, tal como él sabía que sucedería.

Wickham ocultó su sonrisa triunfante en el cabello de Lydia, ya imaginando los deleites que le aguardaban, tanto sensuales como financieros. Lydia Bennet era suya, y a través de ella, por fin tendría su venganza contra Elizabeth.

Conforme pasaban los días, Wickham atrajo a Lydia más y más hacia su telaraña, encontrándose con ella en secreto tan a menudo como se atrevía. Con palabras melosas y miradas ardientes, se esforzó por convertirse en el centro de su mundo, el único receptor de sus confidencias y afectos.

—Oh, Wickham, eres el único que realmente me comprende —suspiró Lydia una tarde mientras paseaban del brazo por un sendero apartado, lejos de miradas indiscretas—. Mis hermanas me consideran tonta y frívola. No me ven como tú lo haces.

—No te preocupes, querida mía —la tranquilizó, dando unas palmaditas en su mano—. Están ciegas ante tus encantos, tu vivacidad, tu singular belleza. En verdad, las compadezco por su ignorancia. Pero su pérdida es mi ganancia, pues significa que te tengo solo para mí —le dedicó una mirada ardiente.

Lydia se sonrojó con gracia, recostándose en su costado. —Dices las cosas más maravillosas. ¡Apenas sé cómo soportaré estar separada de ti, aunque sea por un día!

—Es un desgarro en mi alma cada vez que debemos despedirnos —declaró Wickham con sentimiento, aunque interiormente se irritaba por la necesidad pegajosa que ya empezaba a molestarle. Aun así, sabía que debía entretenerla hasta que sus planes dieran fruto—. Si tan solo hubiera una manera de estar juntos siempre, sin que nadie nos censure o interfiera...

La miró con un anhelo fabricado, y ella tembló como una flecha en busca de su objetivo, lista para ser lanzada al vuelo. —Oh, Wickham...

—Shhh, no te preocupes, dulzura. Encontraré una manera para nosotros, lo juro. No importan los obstáculos, nuestro amor lo conquistará todo al final. Confía en mí...

Un crujido en los arbustos los sobresaltó de su íntimo intercambio. La cabeza de Wickham se giró bruscamente hacia el sonido, entrecerrando los ojos. —¿Quién está ahí? ¡Muéstrate!

Avergonzada, Kitty emergió, con ramitas enredadas en su cabello. —¿Lydia? Lo siento, no quería...

—¡Kitty! —chilló Lydia—. ¿Nos has estado espiando? ¡Cómo te atreves!

Wickham puso una mano tranquilizadora en el brazo de Lydia. —Paz, querida. Estoy seguro de que tu hermana no pretendía hacer daño. —Fijó en Kitty una mirada de advertencia—. Pero confío en que mantendrá nuestras conversaciones privadas exactamente así: privadas.

Kitty asintió vigorosamente. —¡Por supuesto! ¡Juro que no diré ni una palabra!

Lydia resopló. —¡Más te vale, o nunca volveré a confiar en ti! —Volvió ojos suplicantes hacia Wickham—. No temas, amor mío. Kitty puede ser una espantosa fisgona, pero sabe que es mejor no cruzarse conmigo.

—Estoy seguro de que es cierto —concordó Wickham, aunque la sospecha aún acechaba en su mirada mientras observaba la retirada de Kitty. Una vez que se hubo ido, atrajo a Lydia cerca de nuevo, su voz bajando a un ronroneo seductor—. Ahora, ¿dónde estábamos? Ah sí, estaba a punto de sugerir algo deliciosamente escandaloso...

Lydia se estremeció de anticipación. —¿Sí? ¡Dímelo!

Una sonrisa maliciosa curvó sus labios. —¿Y si no esperáramos la aprobación de nadie? ¿Y si simplemente... nos fugáramos?

Lydia jadeó. —¿Fugarnos? ¿De verdad? Pero... ¿no sería terriblemente perverso?

—Más bien terriblemente romántico —contrarrestó él suavemente—. ¡Piénsalo, Lydia! Escapándonos en la noche, solo nosotros dos... Una ceremonia secreta en Gretna Green y una acogedora cabaña de luna de miel, sin nadie que critique o haga de carabina. Solo nuestro amor para mantenernos calientes.

Los ojos de Lydia se nublaron soñadoramente. —Oh, vaya... suena espantosamente tentador... — Se mordió el labio, y luego se lanzó hacia él—. ¡Sí, Wickham, sí! ¡Hagámoslo, fuguémonos! ¡No puedo soportar otro momento separada de ti!

Wickham la atrapó, riendo por su entusiasmo. —Esa es mi chica —la elogió, su mente corriendo hacia adelante. Tendría que planear esto cuidadosamente, pero su trampa ya estaba tendida ahora. Lydia pronto sería suya, y a través de ella, la respetabilidad de la familia Bennet y cualquier fortuna que pudiera arrancar de Bingley. Todo lo que quedaba era interpretar su papel de manera convincente.

Selló su triunfo con un beso, mientras Lydia reía tontamente contra su boca, ya perdida en visiones de su futuro, sin darse cuenta de que él planeaba su caída incluso mientras la sostenía en sus brazos.



Charlotte Bennet estaba sentada en su escritorio, leyendo de nuevo sus últimas cartas y sonriendo. Mary había regresado a Londres con los Gardiner después de la boda, y había descubierto, para su sorpresa, que un joven doctor en el círculo de sus conocidos la había echado mucho de menos mientras estaba fuera. Charlotte sospechaba que una visita del joven al señor Bennet, para pedir su permiso para cortejar a Mary, podría ser inminente, y no podía estar más feliz. ¡Qué bueno que Mary hubiera decidido rechazar al señor Collins!

La segunda carta, que yacía junto a la de Mary, era de Elizabeth. Aunque Elizabeth estaba disfrutando de Bath en compañía de Jane y el señor Bingley —y leyendo entre líneas, se había vuelto muy popular entre los solteros elegibles— había indicios en la carta de que Elizabeth se sentía inquieta, encontrando que algo faltaba en su vida. Pensando en la forma en que el señor Darcy había mirado fijamente a Elizabeth durante la boda, y de hecho la forma en que Elizabeth constantemente le había lanzado miradas furtivas, Charlotte sospechaba que sabía cuál era el problema.

Con un suspiro, Charlotte dejó las cartas a un lado. Era demasiado tarde para comenzar sus

respuestas esta noche; escribiría a ambas hijastras mañana. Cerrando su escritorio, asomó la cabeza al estudio del señor Bennet para desearle buenas noches a su esposo antes de subir a su dormitorio.

Mientras se preparaba para dormir, Charlotte no pudo sacudirse la sensación de que algo andaba mal.

Lydia había estado actuando de manera extraña últimamente, riendo y susurrando con Kitty en los rincones, callándose cada vez que Charlotte entraba en la habitación. Al principio lo había descartado como mero entusiasmo, pero ahora una sensación de inquietud la punzaba. Cuanto antes volvieran esas dos a la escuela, mejor, pensó Charlotte para sí misma. Había hecho lo mejor que pudo con ellas, pero Lydia era difícil y testaruda, y francamente bastante estúpida. No importaba lo que Charlotte intentara enseñarle, Lydia parecía decidida a hacer lo que le placía, sin prestar atención a las consecuencias para sí misma o para los demás.

Un golpe en la puerta sobresaltó a Charlotte. —Adelante —llamó, componiendo apresuradamente sus facciones.

Kitty asomó la cabeza, con los ojos abiertos y preocupados. —Madrastra, debo hablar contigo urgentemente —dijo apresuradamente—. Es sobre Lydia.

El corazón de Charlotte se hundió mientras Kitty soltaba toda la sórdida historia: las reuniones secretas, las cartas de amor, los susurros de cariño. Cómo Wickham había encantado a Lydia con halagos y besos, llenando su cabeza de nociones románticas.

—¡Intenté detenerla, de verdad que sí! —Kitty se retorcía las manos—. Pero no quiso escuchar. Y ahora... —Tragó saliva con dificultad—. Ahora temo que piensa hacer algo tonto. ¡La oí decirle a Maria que planeaba fugarse!

—¿Fugarse? —repitió Charlotte, horrorizada—. ¿Está loca esa chica? ¡La arruinará!

—Oh, madrastra, ¿qué hacemos? —Kitty parecía al borde de las lágrimas—. ¡No podría soportarlo si le pasara algo malo!

Charlotte se levantó de su tocador, con una expresión decidida en el rostro. —Kitty, necesito que me cuentes todo lo que sabes sobre sus planes. ¿Dónde se van a encontrar? ¿A qué hora?

Kitty frunció el ceño, tratando de recordar los detalles. —Creo que dijo algo sobre el viejo roble cerca de Netherfield. Y ya se ha ido... se escabulló por las puertas francesas del salón hace unos minutos. Vine directamente a buscarte.

—Tendría que caminar todo el camino. Tenemos tiempo —Charlotte miró el reloj en su repisa,

pensando frenéticamente. Ese viejo roble era exactamente donde Wickham había esperado a Anne de Bourgh... el hombre no era nada si no predecible.

—¿Pero qué vas a hacer? —preguntó Kitty ansiosamente.

—Vamos a detener esta locura antes de que vaya más lejos —el tono de Charlotte no admitía discusión—. Ahora baja corriendo y ve a buscar a John, el cochero. Dile que prepare el carruaje, lo más rápido que pueda.

Kitty asintió antes de salir corriendo de la habitación, obviamente ansiosa por ser útil. Charlotte hubiera deseado que Kitty hubiera acudido a ella antes, antes de que la situación llegara tan lejos, pero no reprocharía a Kitty ahora. Al menos, no si llegaban a tiempo para detener a Lydia y Wickham.

Charlotte se permitió un breve momento para cerrar los ojos y reunir su valor. Luego enderezó la espalda y fue a buscar a su marido. Necesitaría su ayuda, aunque le pesara involucrarlo.

En un abrir y cerrar de ojos, el carruaje estaba listo y Charlotte se aferraba a su pelliza mientras traqueteaban por los senderos iluminados por la luna hacia Netherfield. Kitty estaba sentada a su lado, temblando de pies a cabeza. Charlotte le había dicho que se fuera a la cama, pero Kitty suplicó venir, y al final Charlotte cedió.

El señor Bennet estaba sentado frente a ellas, con el rostro sombrío y en silencio. Había dicho poco cuando Charlotte le explicó apresuradamente la situación, solo asintiendo en acuerdo con su plan.

La mente de Charlotte corría mientras miraba sin ver por la ventana. ¿Cómo podía Lydia ser tan tonta, tan testaruda? ¿No se daba cuenta de la ruina que cortejaba al fugarse con alguien como Wickham? El daño a su reputación sería irreparable.

—No puedo creer que Lydia sea tan imprudente —murmuró, retorciéndose las manos enguantadas con agitación—. ¿En qué estará pensando?

El señor Bennet suspiró profundamente. —No está pensando en absoluto, querida.

—Debemos detenerla —dijo Charlotte con firmeza—. Es demasiado joven, demasiado ingenua para comprender la gravedad de sus acciones.

—¿Y si no podemos? ¿Si se niega a escuchar razones y ya ha echado su suerte con ese canalla de Wickham?

Charlotte oyó el miedo no expresado en la voz de su marido. El espectro de un matrimonio

forzado se cernía, de Lydia encadenada de por vida a un derrochador disoluto. El escándalo y los chismes que se producirían no soportaban pensarlo.

Extendió la mano para apretar la de él. —La haremos escuchar —prometió—. Lo que sea necesario. No veré a Lydia arruinada. No mientras haya aliento en mi cuerpo.

El señor Bennet llevó la mano de ella a sus labios y Charlotte sintió que el calor de su amor y gratitud fluía a través de ella. Sabía que él se culpaba por no haber vigilado más de cerca a Lydia, por no haber frenado su comportamiento salvaje antes de que llegara a esto. Anhelaba tranquilizarlo, aliviar la carga de culpa que pesaba tanto sobre sus hombros, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

El silencio se extendió entre ellos, cargado de miedos y recriminaciones no expresados. Charlotte se obligó a respirar profundamente, a concentrarse en la tarea que tenían entre manos. Debían encontrar a Lydia, debían impedirle que cometiera un error que la perseguiría por el resto de sus días.



Capítulo Dieciocho

LAS BOTAS DE GEORGE Wickham hollaban un sendero fangoso junto al carruaje de alquiler mientras caminaba de un lado a otro en la oscuridad. La luna llena se asomaba entre jirones de nubes, proyectando un tenue resplandor sobre el solitario camino. Sacó su reloj de bolsillo del chaleco y frunció el ceño ante las delicadas manecillas que marcaban más allá de la hora acordada. Lydia ya debería haber llegado.

Un destello de movimiento en la distancia captó su atención. Por fin, una figura femenina encapuchada emergió de las sombras, apresurándose hacia él con pasos ligeros. Wickham se permitió una sonrisa satisfecha. Sus palabras encantadoras y sonrisas secretas habían surtido efecto en la ingenua muchacha, seduciéndola para que arrojara el decoro al viento y huyera con él. Había sido casi demasiado fácil.

Cuando la figura se acercó, Wickham esbozó su sonrisa más cautivadora.

—Ahí estás, mi querida Lydia. Empezaba a temer que te hubieras arrepentido de nuestro plan — dio un paso adelante y extendió una mano enguantada para ayudarla a subir al carruaje, ansioso por ponerse en marcha. Cuanto antes llegaran a Londres, antes podría implementar la siguiente fase de su plan. La ridícula infatuación de Lydia lo libraría de sus deudas y le otorgaría su tan ansiada venganza contra ese insufrible de Darcy. Con la reputación de la familia Bennet hecha trizas, Darcy no podría casarse con Elizabeth Bennet, provocando el dolor de ambos.

Pero al agarrar la pequeña mano de la mujer, Wickham sintió una punzada de inquietud. Algo no encajaba. La mujer vaciló ante la puerta del carruaje. Luego, lenta y deliberadamente, alzó su

mano libre y se echó hacia atrás la capucha de la capa.

El corazón de Wickham se detuvo en su pecho cuando el rostro de la mujer quedó revelado a la luz de la luna. No era Lydia quien estaba ante él, sino su madrastra, Charlotte Bennet. Sus ojos oscuros brillaban con una luz dura y conocedora, y su boca estaba fruncida en una línea sombría.

—Señora Bennet —balbuceó Wickham, soltando su mano como si le hubiera quemado. Su mente trabajaba a toda velocidad mientras intentaba inventar una explicación plausible para su presencia en este camino desierto en medio de la noche—. Yo... yo solo estaba...

—¿Esperando a alguien más, quizás? —preguntó Charlotte, con un tono cargado de sarcasmo. Arqueó una delicada ceja, examinándolo con una expresión de profunda desaprobación—. ¿Una cierta chica tonta e impresionable, que usted pensó que sería una presa fácil para sus encantadoras mentiras y promesas vacías?

Wickham se estremeció ante la acusación, pero rápidamente recuperó la compostura. Forzó una risa y extendió las manos en un gesto de inocente confusión.

—Mi querida señora Bennet, me temo que no tengo idea de lo que quiere decir. Simplemente estaba dando un paseo nocturno, disfrutando de la belleza de la luz de la luna.

Charlotte resopló de una manera muy poco femenina.

—Por favor, señor Wickham. Ahórrese sus engaños ensayados. Usted no es nada si no predecible —dio un paso más cerca, su mirada taladrándolo—. ¿Realmente pensó que nadie notaría sus miradas furtivas y conversaciones susurradas con Lydia? ¿Que todos haríamos la vista gorda ante sus descarados intentos de seducirla para alejarla de su familia y su honor?

Wickham sintió una gota de sudor deslizarse por su espalda, a pesar del frío del aire nocturno. Había subestimado a Charlotte Bennet. Era mucho más perspicaz y formidable de lo que le había dado crédito.

—¿Y en el mismo lugar desde donde intentó fugarse con Anne de Bourgh? —continuó Charlotte, señalando el roble fulminado que se inclinaba precariamente sobre el camino—. Su arrogancia no conoce límites, señor Wickham, pero su plan termina aquí.

Petrificado en su lugar, el corazón de Wickham latía con fuerza en su pecho mientras el sonido de cascos y ruedas de carruaje se acercaba. El estruendo creció, resonando en sus oídos como el tañido de una campana, hasta que un carruaje emergió de las sombras. Se detuvo junto a ellos, los caballos resoplando y escarbando el suelo.

La puerta del carruaje se abrió de golpe y el señor Bennet salió. Su rostro estaba fijado en una

máscara de fría furia, sus ojos ardiendo con rabia apenas contenida. La boca de Wickham se secó al darse cuenta del verdadero alcance de su predicamento.

Como si hubieran sido convocados por alguna orden tácita, un grupo de jinetes se acercó detrás del carruaje. Con una sensación de hundimiento, Wickham reconoció los rostros familiares de sus compañeros oficiales de la milicia. A la cabeza, su oficial al mando, el coronel Forster, lo miraba con una expresión pétrea que prometía graves consecuencias.

—Vaya, vaya, señor Wickham —dijo el señor Bennet, con la voz goteando sarcasmo—. Qué placer inesperado encontrarlo aquí, en compañía de mi esposa, nada menos —dio un paso más cerca, su mirada aguda y penetrante—. Espero que tenga una explicación convincente para esta reunión clandestina.

La mente de Wickham trabajaba a toda velocidad, buscando desesperadamente una mentira plausible que inventar. Siempre había sido capaz de salir con palabras de situaciones difíciles, pero enfrentado a la ira combinada del señor Bennet y el coronel Forster, se encontró inusualmente sin palabras.

—Señor Bennet, le aseguro que esto no es lo que parece —comenzó Wickham, con la voz tensa —. La señora Bennet y yo simplemente estábamos discutiendo... un asunto de interés mutuo.

—¿Es así? —el señor Bennet arqueó una ceja—. ¿Y cuál sería ese asunto, me pregunto? ¿El arte del engaño? ¿Los puntos más finos de arruinar la reputación de una joven?

Wickham se estremeció ante la acusación, su mente aferrándose frenéticamente a una forma de salvar la situación. Pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra, el coronel Forster desmontó de su caballo y avanzó a grandes zancadas, su rostro una tormenta de ira.

—Teniente Wickham —ladró, con voz aguda y autoritaria—. Se explicará usted en este instante. ¿Cuál es el significado de este comportamiento vergonzoso?

La mirada de Wickham se dirigió hacia el carruaje, donde vio el rostro de Lydia surcado de lágrimas presionado contra la ventana, sus ojos abiertos de miedo y confusión. A su lado, Kitty estaba sentada rígidamente, su expresión una mezcla de culpa y determinación. En ese momento, la amarga realización lo golpeó como un golpe físico: Kitty había traicionado sus planes, y ahora él quedaba solo para enfrentar las consecuencias.

La desesperación le atenazó la garganta mientras se volvía para enfrentar a los hombres ante él. Tenía que encontrar una salida a este predicamento, y rápido. Recurriendo a su considerable encanto y lengua de plata, Wickham intentó tejer una historia que pudiera salvar su reputación, si no su plan original.

—Señor Bennet, entiendo cómo debe parecer esto —comenzó suavemente, tratando de parecer

contrito—. Pero le aseguro que mis intenciones eran honorables. Me dejé llevar por mis emociones, por mi profundo afecto por su hija, Lydia. En un momento de pasión, propuse que nos fugáramos a Gretna Green y nos casáramos de inmediato.

Las palabras le sabían amargas en la lengua, pero Wickham se obligó a continuar, con una expresión de sinceridad genuina en el rostro. —Me doy cuenta ahora de que fue precipitado e impulsivo de mi parte, y lamento profundamente cualquier angustia que pueda haber causado a su familia. Pero por favor, créanme cuando les digo que mi amor por Lydia es verdadero e inquebrantable.

Contuvo la respiración, esperando contra toda esperanza que su mentira cuidadosamente elaborada fuera suficiente para convencer a los hombres frente a él. Pero incluso mientras las palabras salían de sus labios, Wickham podía ver el escepticismo y la ira grabados en sus rostros.

Una risa áspera rompió el tenso silencio que siguió a la declaración de Wickham. Todas las miradas se volvieron hacia el conductor del carruaje de alquiler, quien se inclinó hacia adelante con una sonrisa burlona en su rostro curtido.

—¿Gretna Green, eh? —se burló el hombre, con un tono cargado de desprecio—. Es una buena historia, señor, pero no es la verdad. Usted me contrató para llevarlo a Londres, no a Escocia. ¡Y aún no me ha pagado!

Wickham sintió que la sangre se le iba del rostro mientras las palabras del conductor calaban hondo. Su fachada cuidadosamente construida se desmoronó, dejándolo expuesto y vulnerable ante las miradas acusadoras del señor Bennet y el coronel Forster.

—¿Londres? —repitió el señor Bennet, con voz baja y peligrosa—. Y dígame, ¿qué pretendía hacer con mi hija en Londres, señor Wickham?

Wickham abrió la boca para responder, pero no salieron palabras. Su lengua de plata, habitualmente tan rápida y astuta, se había convertido en plomo en su boca. Podía sentir el peso de sus mentiras presionándolo, asfixiándolo con su enormidad.

Pero fue la mirada en el rostro de Denny lo que verdaderamente lo deshizo. Su otrora amigo, que había estado a su lado en las buenas y en las malas, ahora lo miraba con una mezcla de furia y asco. Mientras la acusación del señor Bennet flotaba en el aire, la mano de Denny voló hacia su espada, sus ojos ardiendo de rabia apenas contenida.

—Nunca tuviste la intención de casarte con ella, ¿verdad? —gruñó Denny, con la voz temblando de emoción—. ¡Ibas a arruinarla, a usarla y luego desecharla!

Wickham se estremeció, la verdad de las palabras de Denny golpeándolo como un golpe físico. Mientras estaba allí, con el peso de sus pecados sobre él, Wickham no pudo evitar preguntarse

cómo todo había salido tan mal. Se había creído invencible, intocable por las mezquinas morales y convenciones que ataban a otros hombres. Pero ahora, al enfrentar la ira de aquellos a quienes había agraviado, se daba cuenta de la locura de sus acciones.

Y sin embargo, incluso en ese momento de ajuste de cuentas, una parte de él aún se aferraba a la esperanza de que podría encontrar una salida, que su lengua de plata aún podría salvarlo del destino que le aguardaba. Pero al mirar los ojos implacables del señor Bennet y el coronel Forster, Wickham temió que esta vez no habría escapatoria.

La mirada gélida del coronel Forster se clavó en Wickham, su voz goteando desprecio mientras hablaba. —¿Y qué hay de sus deberes, Wickham? ¿Planeaba abandonar su puesto, desertar del regimiento sin siquiera una palabra de explicación?

El estómago de Wickham se revolvió, una nauseabunda realización amaneciendo sobre él. En su prisa por asegurar a Lydia, no había pensado en las posibles consecuencias negativas de sus acciones.

—Yo... no había pensado... —balbuceó Wickham, su lengua habitualmente ágil abandonándolo frente a la ira de su superior. No había nada que pudiera decir, ninguna mentira que pudiera inventar que lo sacara de este predicamento.

Los ojos del coronel Forster se estrecharon, su expresión fría e implacable. —Eso está claro, Wickham. Ha traído vergüenza sobre usted mismo y sobre este regimiento. No tengo más opción que ponerlo bajo arresto, pendiente de una investigación formal sobre su conducta.

El corazón de Wickham se hundió, una ola de náusea lo invadió mientras la realidad de su situación se asentaba. Había apostado todo en este plan, había arriesgado su propio futuro por la oportunidad de obtener una fortuna. Y ahora, todo se había venido abajo a su alrededor, dejándole nada más que el amargo sabor del arrepentimiento.

Mientras sus antiguos amigos se adelantaban para llevarlo bajo custodia, Wickham no pudo evitar preguntarse qué destino le esperaba. ¿Sería sometido a una corte marcial, despojado de su rango y comisión? ¿Podrían incluso ahorcarlo, por ser atrapado en el acto de deserción?

Pero incluso mientras estos pensamientos corrían por su mente, Wickham sabía que no tenía a nadie más que culpar sino a sí mismo. Había sembrado las semillas de su propia caída, había dejado que su avaricia y su ego lo cegaran ante las consecuencias de sus acciones, y ahora ni siquiera aquellos a quienes había engañado para que se creyeran sus amigos darían un paso adelante para decir una palabra en su defensa.



Elizabeth acababa de regresar de una deliciosa velada en el teatro de Bath con su querida hermana Jane y el señor Bingley cuando llegó la carta urgente, destrozando la atmósfera tranquila con su angustioso contenido. La elegante caligrafía, instantáneamente reconocible como la mano de Charlotte, parecía danzar ante los ojos de Elizabeth mientras leía las alarmantes noticias.

Wickham intentó fugarse con Lydia, proclamaba la carta, cada palabra una puñalada al corazón de Elizabeth. Jadeó, sus dedos temblando mientras aferraba el papel, su mente dando vueltas con las implicaciones de tan escandaloso acto.

Jane, siempre sintonizada con la angustia de su hermana, corrió al lado de Elizabeth, su frente arrugada de preocupación. —Lizzy, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado?

Elizabeth, con la voz temblorosa, transmitió la impactante revelación. —Es Lydia... y el señor Wickham. Intentaron fugarse, Jane. Madrastra dice que él intentó llevársela.

Bingley, su habitual jovialidad reemplazada por una expresión grave, se unió a ellas, sus ojos abriéndose de par en par mientras asimilaba la noticia. —¡Cielos! Esto es realmente angustiante. Debemos regresar a Longbourn de inmediato. Ordenaré que el carruaje parta a primera hora de la mañana.

Mientras se preparaban apresuradamente para su viaje de regreso a Hertfordshire, los pensamientos de Elizabeth corrían, su mente conjurando una miríada de escenarios, cada uno más inquietante que el anterior. ¿Qué había poseído a Lydia para acceder a un plan tan temerario? Y Wickham... Elizabeth se estremeció al pensar en su naturaleza engañosa, su encantadora fachada ocultando un corazón desprovisto de verdadero honor.

—Oh, Jane —se lamentó Elizabeth, sus ojos llenos de lágrimas—, ¿cómo pudo Lydia ser tan tonta? Arriesgar su reputación, su propio futuro, por un hombre como Wickham...

Jane, siempre el alma de la compasión, abrazó a su hermana para consolarla. —Debemos tener fe, Lizzy. Quizás la situación no sea tan terrible como parece. La carta de madrastra decía que la fuga solo fue intentada, no consumada.

Elizabeth asintió, sacando fuerza del optimismo inquebrantable de su hermana. Sin embargo, incluso mientras abordaban el carruaje con destino a Longbourn, un presentimiento persistía en su corazón, una silenciosa plegaria de que pudieran llegar a tiempo para mitigar el daño causado

por las deplorables acciones de Wickham.

—Antes de partir, escribiré a Darcy —anunció Bingley—. Querrá saberlo.

El semblante de Bingley, aunque preocupado, mostraba un aire decidido mientras redactaba la carta para Darcy.

—Me disculpo por la brevedad de esta misiva, Darcy —murmuró Bingley mientras escribía, su pluma rasgando el papel—, pero el tiempo apremia. Wickham ha demostrado una vez más ser un canalla, intentando fugarse con la hermana menor de la señora Bingley, la señorita Lydia. Nos apresuramos a volver a Longbourn, pero temo que el daño ya esté hecho.

Selló la carta y se la entregó a un sirviente que esperaba, sus ojos encontrándose con los de Elizabeth al hacerlo. En ese momento, pasó entre ellos un entendimiento silencioso, un reconocimiento compartido de las pruebas que les esperaban.

Mientras el carruaje traqueteaba por el camino que los llevaría de vuelta a casa en Hertfordshire, Elizabeth miraba por la ventana, sus pensamientos consumidos por el drama que se desarrollaba. Solo podía imaginar el tumulto que debía haber descendido sobre Longbourn, los susurros y especulaciones que seguramente seguirían a raíz de tal escándalo.

Y en medio de todo, un nombre resonaba en su mente, un nombre que una vez la había llenado de emociones tan contradictorias: *el señor Darcy*. ¿Cómo reaccionaría ante esta noticia, sabiendo que el hombre que había buscado destruir primero a su propia hermana y luego a su prima, ahora había puesto sus miras en la familia de Elizabeth?

Cuando llegaron a Longbourn, la atmósfera era de un caos apenas contenido. Los sirvientes corrían de un lado a otro, sus susurros llenando los pasillos, mientras la familia estaba reunida en el salón, sus rostros grabados con preocupación y consternación.

El señor Bennet, su habitual comportamiento sardónico reemplazado por una cansada resignación, los saludó con un asentimiento.

—Ah, Elizabeth, Jane, señor Bingley. Me temo que han regresado a una casa en tumulto.

Elizabeth dio un paso adelante, su voz firme a pesar del temor que atenazaba su corazón.

—Padre, ¿qué se ha hecho? ¿Lydia está...?

—A salvo, por ahora —respondió el señor Bennet—. Y con una reputación que permanecerá mayormente intacta, gracias a la intervención del señor Denny, un joven de lo más honorable. Vino a mí, después del intento de fuga, y ofreció su mano a Lydia.

Los ojos de Elizabeth se ensancharon, la sorpresa mezclándose con un destello de esperanza.

—¿El teniente Denny? Pero yo pensaba...

—¿Que los afectos de Lydia estaban en otra parte? —El señor Bennet negó con la cabeza—. Parece que el aprecio del señor Denny por ella es genuino, y a la luz de los recientes acontecimientos, se sintió obligado a actuar.

Charlotte intervino.

—Por tonta que haya sido Lydia, entiende que la oferta del señor Denny es la única que le permitirá conservar alguna apariencia de reputación y que la familia siga reconociéndola. Lo ha aceptado.

Bingley dio un paso adelante, su voz llena de callada determinación.

—Señor Bennet, si hay algo que pueda hacer para ayudar en este asunto...

El señor Bennet logró esbozar una sonrisa irónica, sus ojos brillando con gratitud.

—Su apoyo es muy apreciado, señor Bingley. Por ahora, debemos centrarnos en salvar lo que queda de la reputación de Lydia y asegurar su futuro. El señor Denny se casará con ella, y aunque proviene de una buena familia, tiene pocas perspectivas en este momento. Debemos hacer algo por él. Venga a mi estudio y hablemos del asunto.



El coronel Forster miraba a Wickham con una mezcla de decepción y desdén, sus labios apretados en una fina línea mientras examinaba al oficial caído en desgracia. La fachada que una vez fue encantadora se había desmoronado, revelando la verdadera naturaleza del hombre debajo, cobarde y despreciable.

—Señor Wickham —comenzó el coronel Forster, su voz destilando desprecio—, parece que sus fechorías pasadas finalmente lo han alcanzado. Me temo que sus acciones me han dejado con pocas opciones más que tomar medidas drásticas.

El rostro de Wickham palideció, sus ojos moviéndose nerviosamente entre el coronel y el señor

Darcy, que permanecía de pie en silencio, su expresión indescifrable.

—Coronel Forster, le aseguro que todo esto ha sido un terrible malentendido. Si tan solo me permitiera explicar...

—¡Basta! —gritó el coronel Forster, silenciando las protestas de Wickham—. Su lengua de plata no le servirá de nada aquí, señor. Sus acciones han traído vergüenza al regimiento, y no permitiré que tal comportamiento quede impune.

Se volvió hacia el señor Darcy, con una expresión de grim determinación grabada en sus rasgos.

—Señor Darcy, creo que es hora de que pongamos fin a este sórdido asunto. El señor Wickham será degradado, con efecto inmediato, y transferido a un regimiento que pronto será enviado al frente de guerra. Quizás allí aprenda el verdadero significado del deber y el honor.

El señor Darcy asintió, sus ojos sin apartarse del rostro de Wickham.

—Estoy de acuerdo, coronel. Ya es hora de que el señor Wickham enfrente las consecuencias de sus acciones. Solo lamento que haya tardado tanto en hacerse justicia.

El rostro de Wickham se contorsionó de rabia, sus puños apretados a los costados.

—¡No pueden hacerme esto! ¡Soy un caballero y exijo ser tratado como tal!

Los ojos del coronel Forster se entrecerraron, su voz baja y peligrosa.

—Usted, señor, no es ningún caballero. Es un canalla y una desgracia para el uniforme que viste. Agradezca que no considere apropiado hacerlo azotar por sus crímenes.

—Estás acabado, Wickham —dijo Darcy suavemente mientras el coronel giraba sobre sus talones y salía a grandes zancadas de la pequeña habitación en la que Wickham había estado confinado desde que lo arrastraron de vuelta a Meryton en desgracia la noche del intento de fuga —. Y permíteme asegurarte que si alguna vez vuelvo a oír tu nombre mencionado en mi presencia, te cazaré como al perro que eres.

Wickham sabía que esta era su última, su verdaderamente última oportunidad.

—Tu padre no habría querido... —comenzó, y se dio cuenta de cuán lejos se había excedido cuando el rostro de Darcy se enrojeció.

—Mi padre se avergonzaría de ver en lo que te has convertido —dijo Darcy, su voz temblando

de rabia—. Has pagado su generosidad con codicia y su bondad con crueldad. ¡Mírate, Wickham! Se te proporcionó la educación de un caballero, se te dio un medio de vida que debería haberte visto cómodo por el resto de tus días, ¡y mira dónde has terminado! Endeudado por cientos, si no miles de libras —oh, lo sé todo sobre tus deudas de juego con tus compañeros oficiales, por no mencionar lo que le debes a los comerciantes de Meryton— desesperadamente intentando casarte por fortuna seduciendo a jóvenes ingenuas, ¡y a un paso de que te estiren el cuello por deserción! Si Dios puso un tonto más grande en esta tierra, espero nunca encontrarlo.

Mientras Darcy también se daba la vuelta y salía, dejándolo solo, Wickham se hundió para sentarse en la cama, poniendo su rostro entre sus manos. Vano y arrogante, toda su absorción en sí mismo no podía permitirle negar que cada palabra abrasadora que Darcy acababa de lanzarle era la absoluta verdad.

Ahora, suponía, lo mejor que podía esperar era no morir una muerte ignominiosa frente a los franceses.



Capítulo Diecinueve

ELIZABETH OBSERVÓ CÓMO LYDIA, resplandeciente en un nuevo vestido, caminaba por el pasillo del brazo del señor Bennet para encontrarse con su novio en el altar. La mirada adoradora del teniente Denny no se apartó del rostro sonriente de Lydia durante toda la sencilla ceremonia, su devoción palpable para todos los presentes.

Después, mientras los recién casados recibían las felicitaciones de los invitados reunidos en la pequeña iglesia, Elizabeth observó la alegre escena con una mezcla de alivio y aprensión. La naturaleza impulsiva de Lydia casi había llevado a la ruina, pero de alguna manera, se había logrado un matrimonio respetable a pesar de todo. Solo podía esperar que su hermana menor encontrara satisfacción y estabilidad en su nueva vida como mujer casada.

—Debo decir que no esperaba ver a Lydia casarse antes que tú —comentó irónicamente el señor Bennet, situándose junto a Elizabeth—. Aunque quizás sea lo mejor. Denny parece un buen tipo, y su afecto por nuestra tonta muchacha es evidente.

Elizabeth asintió, con una pequeña sonrisa en los labios.

—En efecto, padre. Esperemos que el espíritu vivaz de Lydia se atempere con las responsabilidades del matrimonio y que encuentre la felicidad con su esposo.

Realmente esperaba que así fuera. Los esfuerzos combinados de la familia y amigos de Lydia habían conseguido comprar una capitanía para el señor Denny, que pronto asumiría en el regimiento del coronel Fitzwilliam, quien había prometido vigilarlos de cerca a ambos.

Considerando lo que podría haber ocurrido, era un resultado mucho mejor del que Lydia merecía, aunque Elizabeth guardaría ese pensamiento estrictamente para sí misma.

Unos días después, Lydia y su nuevo esposo partieron para unirse a su nuevo regimiento, llevándose consigo los sinceros buenos deseos de todos en Longbourn. Kitty regresó a la escuela, y con Jane ahora como señora de Netherfield y Mary en Londres con los Gardiner, Elizabeth se encontró siendo la única hija Bennet que quedaba en casa.

Aunque era agradable pasar tiempo ininterrumpido con Charlotte y con su padre, Elizabeth se sentía curiosamente inquieta. Jane animaba a Elizabeth a ir a Netherfield tan a menudo como fuera posible, pero Elizabeth pensaba que sería mejor no estar demasiado presente. Jane necesitaba tiempo para adaptarse a su nuevo papel como señora de la casa.

—¿Vas a ir a Netherfield esta mañana, Lizzy? —preguntó Charlotte, entrando en la sala donde Elizabeth estaba sentada junto a la ventana.

—Hoy no —Elizabeth levantó la vista de su libro con una sonrisa—. Me temo que está lloviendo demasiado fuerte para caminar, y uno de los caballos del carruaje no estaba del todo bien ayer, John iba a llevarlo a Meryton al herrador hoy. La señorita Bingley y la señora Hurst planeaban ir de compras a Hatfield, así que el carruaje de los Bingley no estará disponible para que Jane me mande buscar.

—Ya veo —Charlotte le lanzó una mirada conocedora, antes de extenderle una carta—. Bueno, John acaba de regresar hace unos minutos y trajo el correo con él. Una carta para ti.

Elizabeth tomó la carta, su curiosidad despertada por el sello desconocido y el caro papel. Al abrirla, el delicado aroma a lavanda se elevó de las páginas. La carta era nada menos que de Anne de Bourgh, invitando a Elizabeth a visitarla en Kent hasta su próxima boda con el coronel Fitzwilliam.

Querida Elizabeth, había escrito Anne, *me encuentro en un estado de tal alegría y anticipación al acercarse mi día de boda. Tu presencia me traería un consuelo y deleite inconmensurables durante este tiempo. Te imploro que vengas y te quedes conmigo en Rosings hasta la ceremonia. Tu ingenio y compañía serían un bálsamo para mis nervios y una fuente de gran placer.*

Elizabeth no pudo evitar sonreír ante la calidez y sinceridad de las palabras de Anne. La joven, antes reservada y enfermiza, había florecido de felicidad, y Elizabeth sintió una oleada de afecto por su amiga.

—¿Una invitación de la señorita de Bourgh, supongo? —dijo Charlotte con una cálida sonrisa.

—En efecto —respondió Elizabeth, ofreciendo la carta para que Charlotte la leyera—. Me ha pedido que la visite en Kent hasta el día de su boda.

Charlotte arqueó una ceja, con una sonrisa jugando en las comisuras de su boca.

—¿Y aceptarás?

Elizabeth hizo una pausa, considerando la perspectiva de dejar a su familia por un período prolongado. Sin embargo, la idea de estar allí para Anne durante un momento tan trascendental en su vida era demasiado tentadora para resistirse.

—Me gustaría mucho —dijo al fin—. Pero hay cincuenta millas o más hasta Rosings; ¿cómo llegaré allí?

—En cuanto a eso, la tuya no es la única carta que hemos recibido hoy —el señor Bennet entró en la habitación para unirse a ellas, agitando otra carta, esta con el sello ya roto—. Acabo de recibir esta, del señor Darcy. Está al tanto de que la señorita de Bourgh te ha pedido que asistas a su boda, y se ha ofrecido a escoltarte hasta allí cuando vaya a Kent con la señorita Darcy, dentro de unos días. Yo mismo te llevaré a Londres para que te reúnas con ellos.

Elizabeth miró de Charlotte a su padre, sin saber qué decir y bastante sorprendida por la oferta del señor Darcy.

—Bueno, Lizzy —dijo su padre cuando ella permaneció sin palabras, su tono teñido de diversión —, parece que has adquirido todo un campeón en el señor Darcy. Primero, consigue una comisión para nuestro querido señor Denny, y ahora se ofrece a escoltarte a Kent. Casi se podría pensar que tiene un interés particular en tu bienestar.

El corazón de Elizabeth dio un vuelco ante las palabras de su padre, la revelación del papel del señor Darcy en la buena fortuna del señor Denny golpeándola como un rayo.

—¿El señor Darcy... *él* obtuvo la comisión para el señor Denny? —preguntó, con la voz temblorosa de emoción.

El señor Bennet se rio entre dientes, dándole una palmadita afectuosa en la mano.

—En efecto, lo hizo. Aunque sospecho que preferiría que ese conocimiento quedara entre nosotros. El hombre tiene un notable talento para la discreción, al parecer.

Mientras su padre se alejaba, dejándola con sus pensamientos, Elizabeth sintió una oleada de gratitud y admiración por el señor Darcy. Que fuera a tales extremos para asegurar la felicidad de su familia, incluso después de todo lo que había ocurrido entre ellos... decía mucho sobre su carácter y la profundidad de sus sentimientos por ella.

Con una sonrisa jugando en sus labios, Elizabeth miró de nuevo por la ventana a la lluvia que

caía, su corazón lleno de anticipación por el viaje que le esperaba. Quizás, pensó, había esperanza para ella y el señor Darcy después de todo.



El viaje a Kent fue agradable, con el señor Darcy y Georgiana demostrando ser encantadores compañeros de viaje. Elizabeth se encontró participando en animadas conversaciones con ambos hermanos, su corazón se calentaba al ver las tiernas interacciones del normalmente reservado señor Darcy con su hermana.

Al llegar a Rosings Park, Elizabeth fue recibida por una visión que le quitó el aliento. Anne de Bourgh, que anteriormente parecía una criatura pálida y enfermiza, ahora estaba ante ella con las mejillas sonrosadas y una sonrisa radiante, su felicidad evidente en cada aspecto de su comportamiento.

—¡Elizabeth! —exclamó Anne, apresurándose a abrazarla—. ¡Oh, cómo te he echado de menos! Me alegro tanto de que hayas podido venir.

Elizabeth devolvió el abrazo con calidez, maravillándose ante la transformación de su amiga. —Mi querida Anne, te ves radiante. Es maravilloso verte tan feliz.

Anne rio, un sonido musical que llenó el aire de alegría. —Nunca me he sentido tan feliz, Elizabeth. Mi querido coronel Fitzwilliam ha traído tanta luz a mi vida, e incluso mi madre parece haberse suavizado en su presencia.

Como si fuera una señal, Lady Catherine salió de la casa, sus rasgos habitualmente severos suavizados por una sonrisa. —Señorita Bennet, bienvenida a Rosings Park —dijo, su tono carente de la altivez habitual—. ¿Confío en que su viaje fue agradable?

Elizabeth hizo una reverencia, ocultando su sorpresa ante el cambio en el comportamiento de Lady Catherine. —Lo fue, en efecto, su señoría. No puedo agradecerle lo suficiente por su amable invitación.

Mientras se dirigían hacia la casa, Elizabeth se encontró caminando junto al señor Darcy, su corazón acelerándose por su proximidad. Reuniendo valor, se volvió hacia él, sus ojos brillando con gratitud.

—Señor Darcy, debo agradecerle por su papel en asegurar el ascenso a capitán del señor Denny

—dijo suavemente, su voz llena de emoción—. Fue un acto increíblemente generoso, y uno que ha traído gran felicidad a mi familia.

Los ojos del señor Darcy se abrieron con sorpresa, un leve rubor coloreando sus mejillas. —No fue nada, señorita Bennet —dijo, con voz baja y sincera—. Debería haber lidiado con Wickham después de su intento de fuga con Anne, pero tontamente creí que su hermana estaría a salvo de sus maquinaciones, dada su falta de fortuna. Fue un error de mi parte, y uno que lamento profundamente.

Elizabeth negó con la cabeza, su corazón hinchándose de admiración por el hombre frente a ella. —No tiene nada que lamentar, señor Darcy. Sus acciones han mostrado la verdadera profundidad de su carácter, y por eso, estoy eternamente agradecida.

Al entrar en la casa, Elizabeth sintió una sensación de esperanza y anticipación invadirla. Tal vez, pensó, esta visita a Kent resultaría ser el comienzo de algo verdaderamente maravilloso.

En los días que siguieron, Elizabeth se encontró pasando cada vez más tiempo con Georgiana, las dos jóvenes forjando un vínculo profundo y duradero. Pasaban largas horas caminando por los jardines de Rosings Park, hablando y riendo como si se conocieran desde hacía años.

—Debo confesar, señorita Bennet —dijo Georgiana una tarde, su voz teñida de timidez—, que siempre me he sentido un poco intimidada por los amigos de mi hermano. Pero con usted, siento que puedo ser verdaderamente yo misma.

Elizabeth sonrió cálidamente, apretando la mano de Georgiana en señal de confianza. —Y yo siento lo mismo por ti, Georgiana. Te has convertido en otra hermana para mí, y estoy muy agradecida por tu amistad.

A medida que pasaban los días, Elizabeth no pudo evitar notar la forma en que el señor Darcy observaba sus interacciones con Georgiana, sus ojos llenos de una mezcla de orgullo y anhelo. Sentía que su corazón se agitaba cada vez que sus miradas se encontraban, y se encontraba preguntándose si tal vez, solo tal vez, él también albergaba sentimientos por ella.

Pero justo cuando Elizabeth comenzaba a permitirse tener esperanzas, la llegada del conde y la condesa de Matlock trajo una nueva sensación de inquietud. Desde el momento en que pusieron un pie en Rosings Park, Elizabeth sintió como si estuviera siendo escrutada, cada uno de sus movimientos y palabras analizados en busca de algún significado oculto.

—Dígame, señorita Bennet —dijo la condesa una noche, su voz destilando falsa dulzura—, ¿cuáles son sus pensamientos sobre la importancia de las conexiones familiares para asegurar un matrimonio adecuado?

Elizabeth sintió que sus mejillas ardían de indignación, pero se forzó a mantener la calma. —

Creo, Lady Matlock —dijo, con voz firme y clara—, que la verdadera felicidad en el matrimonio no proviene de la riqueza o el estatus, sino del respeto mutuo, la admiración y el amor.

La condesa arqueó una ceja, sus labios curvándose en una sonrisa burlona. —Una noción idealista, sin duda. Pero una que rara vez se confirma en la realidad, me temo.

A medida que pasaban los días, Elizabeth no podía sacudirse la sensación de que estaba siendo probada, su valía como posible pareja para el señor Darcy siendo sopesada y medida por los ojos desaprobadores de sus parientes. Sintió una sensación de desesperación invadirla, preguntándose si tal vez sus esperanzas de un futuro con el hombre que amaba no eran más que un sueño tonto.

Fue en este estado de melancolía que Elizabeth recibió una carta de Jane. Había anticipado ansiosamente noticias de casa, esperando alguna distracción de sus pensamientos preocupados. Sin embargo, mientras leía las palabras de su hermana, su corazón se hundió aún más.

Jane escribía sobre las crecientes dificultades que enfrentaba en Netherfield, con la crueldad sutil pero implacable de Caroline Bingley desgastando su confianza y alegría. *Cuestiona cada una de mis decisiones*, confiaba Jane, *y me socava a cada paso. Charles permanece ciego a sus maquinaciones, y temo que nuestra felicidad se esté escapando.*

Elizabeth se sintió desgarrada, su amor por su hermana luchando contra sus propios sentimientos crecientes por el señor Darcy. Anhelaba correr al lado de Jane, ofrecerle consuelo y apoyo, pero sabía que su lugar, por ahora, estaba en Kent. No podía abandonar a Anne en los días previos a su boda, ni podía soportar la idea de irse sin alguna resolución a la tensión no expresada entre ella y el señor Darcy.

Mientras estaba sentada en la sala de estar, con la carta apretada en su mano, Elizabeth se sobresaltó por el sonido de pasos detrás de ella. Se giró para ver al propio señor Darcy, sus ojos llenos de preocupación al notar su expresión turbada.

—Señorita Bennet —dijo suavemente—, perdóneme por entrometerme, pero no pude evitar notar su angustia. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Elizabeth dudó, dividida entre su deseo de confiar en él y su temor de revelar demasiado. —Es mi hermana, Jane —dijo al fin, su voz apenas por encima de un susurro—. Escribe sobre dificultades en Netherfield, con la señorita Bingley, me temo.

El rostro del señor Darcy se ensombreció, y dejó escapar un profundo suspiro. —Lamento oír eso —dijo, su voz llena de genuino pesar—. Había esperado que el matrimonio de mi amigo trajera felicidad a todos los involucrados, pero está claro que la señorita Bingley no se ha reconciliado con la unión.

Elizabeth asintió, sintiendo que las lágrimas picaban en las esquinas de sus ojos. —Me siento tan

impotente —confesó—. Quiero estar allí para ella, ofrecerle mi apoyo y consejo, pero no puedo irme de aquí hasta después de la boda.

El señor Darcy permaneció en silencio por un momento, su expresión pensativa. —Tal vez haya una forma de brindar apoyo a su hermana sin que usted tenga que dejar Rosings —dijo al fin—. Podría escribir a Bingley y recordarle sus deberes como esposo y caballero. Y quizás Georgiana y yo podríamos acompañarla en una visita a Netherfield, una vez que la boda haya terminado. Me complacería ofrecer mi apoyo y amistad a su hermana.

Elizabeth sintió una oleada de gratitud hacia él y un calor que se extendía por su pecho al pensar en su amabilidad. —Le agradezco mucho, señor Darcy —dijo, con la voz cargada de emoción—. No puedo expresarle cuánto significa su apoyo para mí y para mi familia.

El señor Darcy sonrió, un gesto raro y precioso que hizo que el corazón de Elizabeth diera un vuelco. —No hay de qué, señorita Bennet —respondió con voz baja y sincera—. Haría cualquier cosa para asegurar su felicidad y la de aquellos a quienes usted ama.

Las palabras parecieron quedar suspendidas en el aire entre ellos, y Elizabeth se encontró conteniendo la respiración. ¿Hablaría ahora, le confesaría los sentimientos que ella empezaba a estar segura de que él albergaba y que ahora creía corresponder?

Pero las voces fuertes en el pasillo anunciaron la llegada de Lord y Lady Matlock para unirse a ellos, y Darcy apartó la mirada, rompiendo el momento.



Capítulo Veinte

ELIZABETH ALZÓ LA MIRADA hacia el techo abovedado de la capilla de Rosings, maravillándose con los intrincados frescos que representaban coros angelicales en un canto extasiado. Las melodiosas notas de la marcha nupcial llenaban el aire mientras Anne de Bourgh, resplandeciente en un vestido de seda color junquillo cubierto de delicado encaje de Chantilly, se deslizaba por el pasillo del brazo de su tío, el Conde de Matlock.

El Coronel Fitzwilliam esperaba a su novia en el altar, con su uniforme escarlata contrastando contra la madera oscura de los bancos. Se mantenía erguido y alto, con una leve sonrisa en las comisuras de los labios mientras observaba a Anne acercarse. El señor Collins, oficiando en su calidad de clérigo, inflaba el pecho con un aire de inmensa importancia.

Mientras la pareja nupcial pronunciaba sus votos, Elizabeth se encontró mirando al señor Darcy, que estaba de pie junto a su primo. ¡Qué bien se veía, tan alto y orgulloso en su porte! Sus miradas se cruzaron por el más breve de los instantes y Elizabeth sintió un curioso aleteo en su pecho antes de bajar rápidamente la vista.

La ceremonia concluyó y los invitados comenzaron a salir de la capilla para dirigirse al suntuoso desayuno de bodas que Lady Catherine había organizado. —La ceremonia ha sido un crédito para usted, señor Collins —escuchó Elizabeth que su señoría le comentaba al obsequioso vicario —. Se ha comportado con admirable gravedad. Confieso que tenía algunas reservas sobre su... origen provincial, pero ha superado todas mis expectativas.

—Su señoría es demasiado amable —dijo el señor Collins con voz melosa, inclinándose tanto

que casi se cae hacia adelante—. Haber obtenido su estima es la gloria máxima de mi vida.

Elizabeth contuvo una risa ante el cuadro, apresurando sus pasos para escapar de la capilla antes de que su regocijo la traicionara. *Qué idiota*, pensó. *Gracias a Dios que lo rechacé. Nunca habría podido contenerme de reírme groseramente en su cara cuando hiciera comentarios tan absurdos.*

Mientras Elizabeth se abría paso por la sala, mezclándose cortésmente con los invitados de la boda, se encontró interceptada nada menos que por el señor Collins. El obsequioso clérigo había logrado desenredarse del lado de Lady Catherine y ahora estaba frente a ella, su rostro una máscara de desdén apenas disimulado.

—Prima Elizabeth —dijo, con su voz nasal destilando condescendencia—. Confío en que la ceremonia haya sido de su agrado. Aunque me atrevo a decir que es mucho más grandiosa que las nupcias que una vez imaginé para usted y para mí.

Elizabeth sintió que sus mejillas se enrojecían de ira ante su presunción. ¿Cómo se atrevía a mencionar su desafortunada propuesta ahora, después de todo este tiempo? —Le aseguro, señor Collins —respondió fríamente—, que no tengo ningún arrepentimiento sobre el camino que he elegido.

El señor Collins resopló, sus pequeños ojos entornándose detrás de sus anteojos. Antes de que pudiera hablar de nuevo, Elizabeth lo interrumpió.

—Y entiendo que mi hermana Mary siente lo mismo —añadió—. Está residiendo en Londres con nuestros parientes Gardiner y se nos ha informado que un tal Dr. Watley pronto hará una visita a mi padre.

Elizabeth sintió no poca satisfacción al ver cómo las fosas nasales del señor Collins se dilataban de evidente furia, sus mejillas enrojeciéndose aún más. Abrió la boca, probablemente para gritarle si la forma en que su pecho se inflaba era una indicación, pero antes de que pudiera comenzar, una voz autoritaria cortó el aire. —¡Señor Collins! Mi hermano desea hablar con usted, si me hace el favor. —Era Lady Catherine, su mirada imperiosa fija en el clérigo.

El señor Collins palideció, su bravuconería marchitándose bajo la fuerza de la mirada de su señoría. —Por supuesto, su señoría —balbuceó, haciendo una profunda reverencia—. Estoy a su servicio, como siempre.

Mientras se apresuraba a buscar al Conde de Matlock, Elizabeth se encontró cara a cara con Lady Catherine. La gran dama la miró con aire calculador, sus labios fruncidos en desaprobación.

—Señorita Bennet —dijo, con una voz tan fría como las estatuas de mármol que adornaban Rosings Park—. Puede que haya rechazado la oferta de matrimonio del señor Collins, pero le

aseguro que la oportunidad aún no ha pasado. Sigue siendo un soltero muy elegible, y estaría dispuesta a pasar por alto su anterior... indiscreción... si reconsiderara su decisión.

Elizabeth sintió una oleada de shock y repulsión invadirla. La mera idea de casarse con el señor Collins, de someterse a una vida de sus pomposas lecciones y adulaciones vacías, era suficiente para revolverle el estómago. ¿Cómo podía Lady Catherine siquiera sugerir tal cosa?

—Le agradezco su... generosa oferta, su señoría —logró decir, con la voz tensa de ira apenas contenida—. Pero me temo que debo declinar. Mis sentimientos sobre el asunto no han cambiado, y no tengo intención de aceptar la mano del señor Collins, ni ahora ni nunca.

—¿Tiene idea de lo que está rechazando? ¿La oportunidad de asegurar el futuro de su familia, de elevarse por encima de su posición? —La mirada de Lady Catherine se desvió de la de Elizabeth incluso mientras hablaba, y Elizabeth no pudo evitar mirar para ver qué había captado la atención de su señoría.

Ah, pensó Elizabeth, al ver al señor Darcy de pie con el Coronel Fitzwilliam y Anne. *Lady Catherine está haciendo un último intento por apartarme del campo.*

Pero en voz alta, simplemente inclinó la cabeza, con una pequeña y tensa sonrisa jugando en sus labios. —Aprecio su preocupación, su señoría —dijo, con una voz suave como la seda—. Pero estoy bastante contenta con mi decisión. Ahora, si me disculpa, veo que Georgiana me está buscando. Vamos a tocar un dueto en el pianoforte para entretener a sus invitados, y creo que es hora de que empecemos.

Y con eso, giró sobre sus talones y se alejó, con la cabeza en alto, dejando a una Lady Catherine balbuciente a sus espaldas.

El dueto fue bien recibido por los invitados, pero después, Georgiana, abrumada por toda la atención, le suplicó a Elizabeth que salieran a dar un paseo por el jardín.

—Por supuesto, querida. —Elizabeth apretó la mano de la joven—. Escapemos un rato de esta ruidosa multitud.

Sin embargo, no salieron solas. El señor Darcy se unió a ellas mientras se escabullían hacia los jardines, colocándose entre ambas y tomando a cada una de un brazo.

—No hay escapatoria sin mí —dijo, con un tono casi juguetón.

Elizabeth se rio y le devolvió la broma. —¿Tan desesperadamente necesitaba escapar, señor?

—Creo que a estas alturas me conoce lo suficiente como para entender que una habitación tan

llena de gente como esa es difícil de navegar para mí, señorita Bennet —dijo, con un tono lleno de calidez—. No estoy en mi mejor momento en una multitud, incluso si está compuesta por personas con las que estoy familiarizado.

Georgiana soltó una risita. —¡Y en una multitud de personas que no conoces eres positivamente horrible!

—Oh, sin duda —acordó Elizabeth—. ¿Alguna vez escuchaste lo que dijo de mí en el primer baile al que asistió en Meryton? Dijo que yo era tolerable, pero no lo suficientemente guapa como para tentarlo.

Georgiana dejó escapar un pequeño grito, y la boca de Darcy se abrió de par en par.

—Santo Dios —dijo él—. ¿*Escuchó* eso?

—Lo hice, me temo.

—¡Debo ofrecerle mis más fervientes disculpas, entonces! Yo estaba...

—¿Profundamente incómodo y desesperado por evitar ser presentado a más desconocidos? Lo perdoné hace mucho, señor Darcy.

—Espero que entienda que mi opinión sobre usted está muy lejos de la que expresé entonces —miró profundamente en sus ojos—. Hace tiempo que sé que es una de las mujeres más hermosas que he tenido el placer de contemplar.

Un rubor rojo subió incontrolablemente por las mejillas de Elizabeth, y bajó la mirada, incapaz de soportar la intensidad en sus ojos.

Hubo un breve momento de silencio antes de que fuera roto, sorprendentemente, por Georgiana.

—No pudimos evitar escuchar lo que Lady Catherine le dijo antes —dijo suavemente—. Sobre el señor Collins, quiero decir. ¿Está usted bien?

Elizabeth sintió una oleada de calidez hacia la joven. *Querida y dulce Georgiana*, pensó con cariño.

—Estoy perfectamente bien, Georgiana —le aseguró—. Las palabras de Lady Catherine apenas me sorprendieron. Ha dejado claros sus sentimientos sobre el asunto en el pasado.

El señor Darcy frunció el ceño, arrugando la frente.

—Fue muy impropio de su parte hablarle de esa manera —dijo, con voz baja e intensa—. Especialmente en un día que debería ser una ocasión alegre para nuestra familia.

Elizabeth se encogió de hombros, tratando de parecer despreocupada.

—Me he acostumbrado a los modos entrometidos de Lady Catherine —dijo—. Y en verdad, encuentro bastante divertida la idea de casarme con el señor Collins. ¿Se imagina el tipo de vida que tendríamos juntos?

Afectó una voz alta y nasal, imitando los tonos pomposos del señor Collins.

—"Mi querida señora Collins, debo insistir en que me acompañe a presentar nuestros respetos diarios a Lady Catherine. Es, después de todo, nuestro deber como sus más humildes y obedientes servidores".

Georgiana se rió, cubriéndose la boca con la mano, e incluso los labios del señor Darcy se crisparon de diversión. Elizabeth sintió una oleada de placer por haberlo hecho sonreír, aunque fuera brevemente.

—Habría sido un desajuste de lo más risible. Su ingenio e inteligencia se habrían desperdiciado por completo con un hombre como el señor Collins —dijo Darcy en voz baja, su expresión volviéndose seria de nuevo.

—Es usted muy amable, señor Darcy. Pero le aseguro que no tengo ningún remordimiento por rechazar la propuesta del señor Collins. Nunca podría casarme con un hombre al que no amara y respetara, sin importar cuán ventajosa pudiera ser la unión.

Georgiana asintió, con los ojos abiertos de comprensión.

—¡Me alegro tanto de que lo rechazara, Elizabeth! Usted merece mucho más que eso.

Elizabeth sonrió a la joven, conmovida por su sincera preocupación.

—Gracias, Georgiana. Eso significa mucho para mí.

El señor Darcy se aclaró la garganta, pareciendo ligeramente incómodo con el giro que había tomado la conversación.

—Sí, bueno... Espero que sepa que cuenta con todo nuestro apoyo, señorita Bennet. Si hay algo que podamos hacer para que su estancia en Rosings sea más agradable, por favor no dude en pedirlo.

Elizabeth encontró su mirada, su corazón hinchándose de gratitud y algo más, algo más profundo y trascendente.

—Se lo agradezco, señor Darcy. De verdad.

Por un momento, simplemente se quedaron allí, perdidos en los ojos del otro, el resto del mundo desvaneciéndose. Y aunque no se pronunciaron palabras, Elizabeth sintió que pasaba entre ellos un nuevo entendimiento, un sentido de afinidad y propósito compartido que la llenó de esperanza para el futuro.



Unos días después, tras despedirse cariñosamente de un Coronel y una señora Fitzwilliam felizmente dichosos, el carruaje que llevaba a Elizabeth, el señor Darcy y Georgiana retumbó al llegar a Longbourn. El corazón de Elizabeth se hinchó con una mezcla de alivio y aprensión al divisar la casa familiar, sus acogedores ladrillos desgastados y paredes cubiertas de hiedra, una vista bienvenida después de la grandeza y formalidad de Rosings.

Cuando el carruaje se detuvo, Elizabeth bajó con la ayuda de la fuerte mano del señor Darcy. Se volvió hacia él con una sonrisa agradecida.

—Gracias, señor Darcy, por verme segura en casa. Su amabilidad y generosidad durante nuestra estancia en Rosings han sido muy apreciadas.

El señor Darcy inclinó la cabeza, sus ojos oscuros intensos al encontrarse con los de ella.

—Ha sido un placer, señorita Bennet. Espero que sepa que se ha convertido en una querida amiga tanto para Georgiana como para mí. Extrañaremos mucho su compañía.

Elizabeth sintió que un rubor subía a sus mejillas ante sus palabras, su corazón aleteando en su pecho. Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hablar, la puerta principal de Longbourn se abrió de golpe y Charlotte salió, con una cálida sonrisa en su rostro.

—¡Lizzy, querida! ¡Bienvenida a casa! —exclamó Charlotte, apresurándose a abrazar a su hijastra. Se volvió hacia el señor Darcy y Georgiana con un cortés asentimiento—. Señor Darcy, señorita Darcy, gracias por traer a Elizabeth de vuelta a nosotros sana y salva. ¿No quieren pasar y acompañarnos a tomar el té?

El señor Darcy y Georgiana intercambiaron una mirada, y Elizabeth sintió una repentina punzada de decepción ante la idea de su partida. Pero para su sorpresa y deleite, el señor Darcy asintió, con una pequeña sonrisa tirando de la comisura de su boca.

—Estaríamos honrados, señora Bennet. Gracias por su amable invitación.

Mientras se dirigían a la casa, Elizabeth no pudo evitar maravillarse del cambio en el comportamiento del señor Darcy. Se había ido el caballero orgulloso y distante que había conocido por primera vez en la asamblea de Meryton. En su lugar había un hombre amable, atento y genuinamente interesado en el bienestar de quienes lo rodeaban. *Es muy diferente entre aquellos a quienes conoce bien*, pensó.

Durante el té, el señor Darcy y Georgiana fueron la viva imagen de la cortesía, entablando una animada conversación con el señor Bennet y Charlotte sobre las últimas noticias de Londres y los acontecimientos en Rosings. Elizabeth observaba con un sentimiento de orgullo y afecto, su corazón hinchándose con cada momento que pasaba.

Después de una conversación pausada y encantadora, el señor Darcy y Georgiana partieron hacia Netherfield con corteses agradecimientos, expresando esperanzas de ver a Elizabeth nuevamente pronto.

—Ciertamente lo harán —dijo Elizabeth con una risa—, pues estaré en Netherfield mañana por la mañana para ver a mi hermana.

—Esperaremos verla entonces —dijo el señor Darcy, y añadió solo para los oídos de Elizabeth —: Tengo algo en particular de lo que me gustaría hablar con usted.

Atónita, Elizabeth observó mientras el señor Darcy ayudaba a Georgiana a subir al carruaje. Hacía tiempo que se había perdido de vista y ella seguía allí de pie, mirando hacia donde había estado.

¿Habrá querido decir lo que sospecho?

¿Qué diré cuando me lo pregunte?

Una sonrisa apareció en sus labios, pero aún así permaneció allí, hasta que Charlotte salió a buscarla y la llamó para que entrara, deseando escuchar más sobre la boda de Anne y el Coronel Fitzwilliam.



Pero al día siguiente, la felicidad de Elizabeth se vio destrozada por la llegada de Jane, quien irrumpió en el salón del desayuno en Longbourn en un mar de lágrimas, antes de que Elizabeth pudiera siquiera pensar en partir hacia Netherfield. Elizabeth se puso de pie de un salto, derramando su té en su prisa, con el corazón oprimido ante la visión de la angustia de su querida hermana.

—Jane, querida, ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —exclamó Elizabeth, abrazando a Jane y guiándola hacia el sofá.

Entre sollozos, Jane logró articular las palabras que le helaron la sangre a Elizabeth.

—Es Caroline Bingley. Ha sido simplemente horrible conmigo, Lizzy. ¡No sé qué hacer!

Mientras Jane se derrumbaba contra ella, su cuerpo temblando por la fuerza de sus lágrimas, Elizabeth sintió que surgía en su interior un feroz instinto de protección. No se quedaría de brazos cruzados viendo sufrir a su hermana a manos de esa mujer rencorosa y manipuladora.

Elizabeth acarició el cabello de Jane, con el ceño fruncido de preocupación.

—Cuéntamelo todo, querida. ¿Qué te ha hecho esa mujer despreciable?

Jane sorbió por la nariz, secándose los ojos con un pañuelo de encaje.

—Ha sido tan fría, tan despectiva. Nada de lo que hago parece complacerla. Critica cada uno de mis movimientos, desde la forma en que sirvo el té hasta cómo arreglo las flores. Es como si estuviera decidida a hacer mi vida un infierno.

Un ardiente rubor de ira se extendió por las mejillas de Elizabeth. ¿Cómo se atrevía Caroline a tratar a su dulce y gentil hermana con tal desdén?

—Esto no puede continuar, Jane. Debes hablar con el señor Bingley sobre el comportamiento de su hermana.

Los ojos de Jane se abrieron de par en par, con una expresión de alarma cruzando su rostro.

—Oh, no, Lizzy. No podría. No quiero causar ningún problema entre ellos.

—¿Problema? —se burló Elizabeth—. El único problema es el que Caroline está causando con sus formas rencorosas. El señor Bingley necesita estar al tanto de la situación. Querría saber si su hermana está maltratando a su esposa.

Charlotte, que había estado escuchando en silencio, intervino.

—Elizabeth tiene razón, Jane. Debes defenderte. Demuéstrale a Caroline que no te dejarás intimidar por sus mezquinas crueldades.

Jane se mordió el labio, con la incertidumbre grabada en sus delicadas facciones.

—No sé si tengo la fuerza, madrastra. Nunca he sido partidaria de la confrontación.

El señor Bennet, que había estado observando la escena con una expresión irónica, se rio entre dientes.

—Quizás deberíamos haber enviado a Lydia a quedarse en Netherfield por un tiempo. Eso seguramente le daría una lección a Caroline.

A pesar de la seriedad de la situación, Elizabeth no pudo evitar sonreír ante la broma de su padre.

—Me temo que eso solo empeoraría las cosas, papá. La exuberancia de Lydia bien podría llevar a Caroline a mayores alturas de desagrado.

Poniéndose seria, Elizabeth se volvió hacia Jane, tomando las manos de su hermana entre las suyas.

—Debes encontrar el valor dentro de ti, Jane. Eres más fuerte de lo que crees. Y recuerda, nos tienes a todos aquí para apoyarte.

Al entrar en el salón de Netherfield, la mirada gélida de Caroline Bingley cayó sobre ellas, sus labios curvándose en una sonrisa quebradiza.

—¡Señorita Eliza! Qué encantador verla de vuelta en Hertfordshire —dijo, con un tono que rezumaba insinceridad.

Elizabeth entrecerró los ojos, sus sospechas confirmadas por el comportamiento exageradamente cortés de Caroline.

Georgiana, que había estado sentada tranquilamente junto a la ventana, se levantó para saludarlas, su gentil presencia un bálsamo para la tensión en la habitación.

—Es maravilloso tenerlas aquí —dijo, con voz cálida y genuina.

Mientras se acomodaban en la sala, Elizabeth no pudo evitar notar cómo la mirada de Caroline oscilaba entre Jane y Georgiana, con un brillo calculador en sus ojos. Se acercó a Jane, susurrando:

—Mantente fuerte, querida hermana. Recuerda, ahora tú eres la señora de esta casa, no ella.

Jane asintió, sus delicadas facciones adoptando una expresión decidida. Se volvió hacia Caroline, su voz firme al hablar.

—Caroline, debo hablar contigo sobre un asunto de cierta importancia. Me temo que ha habido un malentendido entre nosotras.

Los ojos de Caroline se abrieron en fingida sorpresa, su mano revoloteando hacia su garganta.

—¿Un malentendido? No puedo imaginar a qué te refieres, Jane.

Elizabeth luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco ante el teatro de Caroline. Miró a Georgiana, quien le devolvió la mirada con complicidad. En ese momento, una idea comenzó a formarse en la mente de Elizabeth, una forma de exponer la verdadera naturaleza de Caroline.

Acercándose a Georgiana, Elizabeth susurró:

—Tengo un plan, pero necesitaré tu ayuda. ¿Puedo contar contigo?

Georgiana asintió, sus ojos brillando con determinación.

—Por supuesto, Elizabeth. Lo que sea por Jane.

Mientras las dos jóvenes juntaban sus cabezas, Elizabeth sintió una oleada de anticipación recorriendo sus venas. Con la ayuda de Georgiana y la recién descubierta fuerza de Jane, seguramente encontrarían una manera de superar a Caroline y asegurar el lugar legítimo de Jane en Netherfield. Por el amor a su hermana, Elizabeth no se detendría ante nada para garantizar su felicidad.



Capítulo Veintiuno

—¡QUÉ DÍA TAN ENCANTADOR para dar un paseo por los jardines! —dijo Elizabeth alegremente—. El aire fresco te sentará bien, Jane. —Sabía bien que Jane nunca se resistiría a la oportunidad de pasar tiempo entre las flores y los lechos de hierbas de los hermosos jardines de Netherfield.

—Suena delicioso —respondió Jane, levantándose de su silla.

Caroline Bingley suspiró, dejando a un lado el libro que no había estado leyendo. —Supongo que podríamos hacerlo. Dios sabe que hay poco entretenimiento aquí dentro.

Elizabeth lanzó una mirada furtiva a Georgiana, quien asintió casi imperceptiblemente. Su plan estaba en marcha. El señor Darcy había prometido asegurarse de que él y el señor Bingley estarían en la biblioteca. Poco usada como estaba, las ventanas abiertas significarían que cualquiera en la habitación podría escuchar claramente las conversaciones en el jardín de flores justo afuera, y Caroline Bingley nunca pensaría que alguien pudiera estar allí.

Cuando las damas salieron, Jane respiró profundamente, cerrando los ojos con satisfacción. —Tenías razón, Lizzy. Es tan agradable aquí entre las flores.

Se inclinó para cortar un poco de romero, inhalando su aroma aromático. Georgiana se alejó de ellas deliberadamente, consciente de que Caroline no desataría toda la fuerza de su veneno en presencia de la señorita Darcy.

—¿Recolectando hierbas *otra vez*, Jane? —comentó Caroline en un tono meloso—. Qué... pintoresco. Supongo que tales placeres simples deben parecer bastante novedosos para aquellos no acostumbrados a las cosas más finas de la vida.

Elizabeth se erizó ante el insulto apenas velado, pero Jane simplemente sonrió y asintió. —Oh sí, encuentro tanta alegría en la belleza de la naturaleza. Es un bálsamo para el alma, ¿no crees?

—En serio, Jane —arrastró las palabras Caroline, su voz goteando desdén—. Sé que vienes de un... digamos, origen humilde, pero seguramente te das cuenta de que una mujer de tu nueva posición tiene preocupaciones más importantes que jugar en la tierra como una trabajadora común.

Los ojos de Elizabeth brillaron de ira, sus manos apretándose en puños a sus costados. Abrió la boca para lanzar una réplica mordaz, pero Jane, siempre la pacificadora, puso una mano suave sobre su brazo.

—Caroline —dijo suavemente, su voz llena de tranquila dignidad—. Entiendo que podamos tener diferentes intereses y actividades, pero seguramente hay espacio para que ambas encontremos alegría a nuestra manera. Nunca presumiría de juzgar tus elecciones, y esperaría que pudieras extenderme la misma cortesía.

—¿Tú? —Caroline soltó una risita—. ¿Juzgarme a *mí*? ¿Con qué medida podrías presumir de juzgarme? Tú, sin educación y poca pretensión de inteligencia o logros.

Con cada palabra cruel, Jane se encogía más en sí misma, hasta que Elizabeth ya no pudo soportarlo más. Nunca, en todo el curso de su vida, había recurrido a la violencia, pero estaba tan enojada que una niebla roja descendió ante sus ojos. Su brazo se balanceó en un amplio arco, y su palma se estrelló contra la mejilla de Caroline Bingley.

Caroline se tambaleó hacia atrás, su boca abriéndose y cerrándose con asombro, el escarlata floreciendo en su mejilla en la huella de los dedos de Elizabeth. —Tú... me *golpeaste* —dijo incrédula.

—Alguien debería haberte azotado el trasero hace mucho tiempo —le espetó Elizabeth—. ¡Quizás entonces habrías aprendido a comportarte de una manera más apropiada para una dama!

—Elizabeth —Jane estaba boquiabierta de horror—. No deberías haber...

Fueron interrumpidas por el sonido de pasos corriendo, y un momento después Darcy y Bingley estaban sobre ellas. Caroline no perdió tiempo en señalar a Elizabeth y chillar: —¡Me *golpeó*! ¡Hermano, exijo que sea removida de Netherfield en este instante!

—Caroline —dijo Bingley, pasando de largo a su hermana hacia Jane, y abrazando a su esposa —, cállate antes de que te abofetee yo mismo.

Asombrada, Caroline se detuvo en medio de su chillido. Miró de su hermano al señor Darcy, obviamente insegura de por qué no estaban inmediatamente simpatizando con su difícil situación.

—Me temo, señorita Bingley —dijo Darcy en tono glacial—, que su hermano y yo estábamos justo en conversación en la biblioteca. —Señaló las ventanas abiertas a solo unos metros sobre sus cabezas—. El señor Bingley estaba extremadamente molesto al escucharla hablar a su esposa de esa manera.

—Yo... —Caroline dio un paso atrás inseguro—. Yo... ella...

—¿Es por esto que has estado tan callada y triste, desde que regresamos de Bath? —preguntó el señor Bingley a Jane, su tono gentil.

Jane dudó, mirando a sus ojos, luego lentamente, asintió. —Lo siento —susurró, retorciendo sus manos—. He intentado todo...

—Esto no es en lo más mínimo tu culpa, querido ángel. —El señor Bingley presionó sus labios en la frente de Jane, y luego miró por encima de su cabeza a su hermana y dijo—: Vete.

—¡Te pido perdón! —Caroline se irguió y lo miró por encima de la nariz.

—Vete —enunció claramente el señor Bingley—. Haz tus maletas y sal de mi casa. Hoy.

—¡Charles, soy tu hermana! —La voz de Caroline se elevó de nuevo—. ¿A dónde se supone que debo ir? —Casi estaba chillando.

—No me importa. Tienes veinte mil libras, Caroline; está completamente bajo tu control. Tómalo y vete. Estoy harto de tus rabietas y tus exigencias. Lo he soportado sin objeción, por el bien de nuestra familia, pero no someteré a mi esposa a tus mezquinas crueldades, ni un minuto más.

Elizabeth nunca había imaginado que el tranquilo, suave y encantador señor Bingley pudiera verse tan feroz. Su voz permaneció calmada y pareja, pero sus ojos estaban mortalmente fríos, y ella no podía dudar que él quería decir cada palabra que decía.

—Nunca más pasarás una sola noche bajo el mismo techo que mi esposa —dijo Bingley firmemente—. Si no estás fuera de esta casa al anochecer, haré que te saquen, y puedes dormir en el seto por lo que me importa. ¡Ahora sal de mi vista, antes de que decida que la sugerencia de

la señorita Elizabeth tiene mucho mérito, y haga que te azoten a fondo antes de que te vayas para enseñarte algunos modales!

Caroline miró en silencio atónito por un momento, y luego todo su rostro se enrojeció. Pisoteó con fuerza, apretó los puños y se adelantó, su boca abriéndose en un grito sin palabras antes de comenzar a lanzar invectivas contra Elizabeth. Algunas de las palabras que usó, Elizabeth nunca las había escuchado antes.

Bingley cubrió los oídos de Jane, y el señor Darcy se interpuso entre Elizabeth y Caroline, agarrando firmemente el brazo de esta última.

—Contrólese, señorita Bingley —dijo bruscamente—. Vayamos adentro y busquemos a su hermana, y pongamos a sus doncellas a empacar. —Miró por encima de su hombro a Bingley, quien le asintió agradecido.

El silencio que cayó cuando el señor Darcy se llevó a Caroline solo fue roto por los suaves sollozos de Jane contra el pecho de su esposo.

—Supongo que no debí haberla abofeteado, y le pido disculpas, señor Bingley —dijo Elizabeth, sintiendo que su ira se desvanecía ahora que la señorita Bingley ya no estaba presente—. Pero cuando la oí decir esas cosas a Jane...

—Hizo usted muy bien en abofetearla, señorita Elizabeth, y tenía toda la razón cuando dijo que probablemente deberían haberle dado unas nalgadas hace mucho tiempo —Bingley acarició el cabello de Jane mientras hablaba—. Caroline siempre ha sido mimada y obstinada, pero nunca imaginé que pudiera ser tan cruel.

Elizabeth no tenía mucho que decir. Bingley llevó a Jane, que aún lloraba, al interior de la casa, y Elizabeth se quedó sola en los jardines. Caminó en silencio durante un rato, tratando de encontrar serenidad en la naturaleza, y de alguna manera no se sorprendió cuando el señor Darcy se puso a caminar a su lado.

—Imagino que está aliviado de escapar de la histeria de arriba —dijo Elizabeth, dirigiéndole una rápida sonrisa.

Darcy hizo una mueca. —Confieso que me retiré estratégicamente de la escena una vez que comenzó el empaquetado. Pensé que era mejor dejar a la señorita Bingley con su hermana.

—Debo agradecerle por lo que hizo por Jane. Fue muy amable de su parte —dijo Elizabeth.

Él inclinó la cabeza, con una leve sonrisa tirando de las comisuras de su boca. —No fue nada. Su hermana merece toda la felicidad del mundo, y Bingley tiene suerte de tenerla.

—Así como ella tiene suerte de tenerlo a él —concordó Elizabeth, desviando su mirada hacia el camino por donde había desaparecido la pareja—. Solo espero que algún día, yo pueda ser tan afortunada de encontrar un amor como el de ellos.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, y sintió que sus mejillas se calentaban de vergüenza. ¿Qué pensaría él de ella, al oírla hablar tan abiertamente de tales cosas?

Pero cuando se atrevió a encontrar sus ojos una vez más, no halló juicio en ellos, solo una curiosa intensidad que hizo que su corazón se acelerara. —No tengo duda, señorita Bennet —dijo suavemente—, de que encontrará un amor que superará incluso al de ellos. Porque, ¿quién podría conocerla y no amarla?

Elizabeth sintió que se le cortaba la respiración ante sus palabras, apenas atreviéndose a creer lo que había oído. —Señor Darcy —susurró—, ¿qué está diciendo?

Él dio un paso más cerca, sin apartar la mirada de la suya. —Estoy diciendo que es usted la mujer más extraordinaria que he conocido jamás. Su ingenio, su inteligencia, su feroz lealtad hacia aquellos que ama, todas estas cosas me han cautivado desde el momento en que nos conocimos. Y hoy, al verla dispuesta a llegar a tales extremos por su hermana, incluso frente a tal desagrado... solo confirmó lo que he creído durante mucho tiempo.

Extendió la mano, tomando la de ella entre las suyas, y Elizabeth se maravilló de la calidez de su tacto. —Señorita Bennet, Elizabeth, he luchado contra mis sentimientos por usted, temiendo que mis atenciones no fueran bienvenidas, después de mi terrible error al insultarla en nuestro primer encuentro. Pero no puedo permanecer en silencio por más tiempo. Debe permitirme decirle cuán ardientemente la admiro y la amo.

Para Elizabeth, durante un largo momento, el mundo entero pareció contener la respiración. No podía oír nada más que el rugido en sus oídos; su visión se redujo al rostro de Darcy, ya no orgulloso sino intensamente vulnerable mientras le abría su corazón.



Capítulo Veintidós

EL CORAZÓN DE DARCY latía con un ritmo staccato en su pecho mientras esperaba la respuesta de Elizabeth, sus ojos grandes y expresivos sosteniendo los suyos. La brisa susurraba entre los imponentes robles que enmarcaban los jardines de Netherfield, agitando mechones del cabello de Elizabeth. Después de lo que pareció un momento interminable, sus labios se separaron, y Darcy se sintió suspendido en el precipicio entre la euforia y la desesperación.

—Señor Darcy, yo... —Elizabeth vaciló, bajando la mirada a sus manos unidas. Sus delicados dedos temblaban en su agarre—. Confieso que estoy bastante abrumada.

—Perdóname —dijo Darcy rápidamente, reprendiéndose en silencio—. He sido demasiado abrupto en mi declaración. Pero señorita Bennet... Elizabeth... seguramente debes saber la profundidad de mi estima, el fervor de mi admiración durante estos muchos meses. No ha pasado un día en que mis pensamientos no hayan estado consumidos por ti.

Elizabeth levantó sus ojos hacia los de él una vez más, y en sus profundidades Darcy percibió la lucha de emociones: un destello de afecto correspondido compitiendo contra una sombra de incertidumbre. Su frente se arrugó ligeramente.

—Me siento profundamente honrada por sus palabras, señor Darcy. De verdad. No me había atrevido a esperar... —Se interrumpió, mordisqueándose el labio inferior.

El pulso de Darcy martilleaba en sus oídos mientras esperaba que ella continuara, para sacarlo de su exquisita miseria de una forma u otra. No sabía cómo lo soportaría si ella lo rechazaba, y sin

embargo, la vacilación en su comportamiento le daba motivos para temer que así fuera.

—Por favor —susurró Darcy, incapaz de ocultar la nota de súplica en su voz—. Dime qué es lo que dudas en decir, Elizabeth. ¿He malinterpretado tus sentimientos? ¿Tu corazón ya está prometido a otro?

Apenas supo cómo pronunció las palabras, tan doloroso era el pensamiento de Elizabeth en los brazos de otro hombre, sonriéndole como amante, como esposa. Su agarre en las manos de ella se apretó involuntariamente.

—No, no —se apresuró a asegurarle, sacudiendo la cabeza con vehemencia—. No has malinterpretado. Mi corazón es enteramente mío. —Hizo una pausa, reuniendo su resolución—. Es decir, lo era. Hasta que tú lo capturaste por completo.

El aliento de Darcy escapó en una exhalación entrecortada, sus hombros cediendo con un alivio palpable. Pero Elizabeth no había terminado.

—En tu carácter, y en mis sentimientos por ti, no tengo la más mínima reserva —continuó, su voz haciéndose más fuerte, más segura—. Ni en mi bienvenida por parte de ciertos miembros de tu familia, especialmente la querida Georgiana, Anne y tu primo, el coronel Fitzwilliam. Pero confieso... albergo dudas sobre mi idoneidad a los ojos de Lady Catherine y Lord y Lady Matlock. Temo que no me consideren una pareja digna para alguien de tu posición, y sé que respetas y honras sus opiniones.

El dedo de Darcy bajo su barbilla inclinó suavemente su rostro hacia arriba, obligándola a encontrarse con su mirada sincera. —Elizabeth —dijo con firmeza, deseando que ella absorbiera la convicción en su tono—, en esto, te aseguro, estás equivocada.

Un ceño fruncido arrugó la frente de Elizabeth, la confusión y la incredulidad luchando en sus ojos expresivos. —¿Equivocada? —repitió—. Pero Lady Catherine, al menos, ha dejado clara su desaprobación de manera abundante.

Los labios de Darcy se curvaron en una sonrisa pesarosa. —En efecto, las reservas iniciales de mi tía no fueron fáciles de superar —reconoció—. Pero Elizabeth, debes saber que la gracia y la fuerza de carácter que mostraste durante tu tiempo en Rosings no pasaron desapercibidas. Los conquistaste a todos, uno por uno.

Hizo una pausa, sus dedos apretándose alrededor de los de ella mientras deseaba que entendiera. —Antes de marcharme, cada uno de ellos —Lady Catherine, Lord y Lady Matlock— me expresaron su aprobación incondicional de ti como la futura señora de Pemberley. Si tú fueras mi elección.



El corazón de Elizabeth se hinchó de alegría incandescente mientras el pleno significado de las palabras de Darcy se asentaba. La aprobación de sus distinguidos parientes, la promesa de un futuro compartido como marido y mujer... era casi demasiado maravilloso para creerlo.

—¿De verdad? —suspiró, su voz temblando de emoción—. ¿Lady Catherine, Lord y Lady Matlock... me aceptarían como tu esposa? ¿Como la señora de Pemberley?

La sonrisa de Darcy era tierna, sus ojos rebosantes de adoración mientras la miraba. —Con toda seguridad, mi amor. Han visto, como yo, la joya rara que eres. Tu gracia, tu mente aguda, tu espíritu generoso... serías un adorno para cualquier familia.

Levantó sus manos a sus labios, depositando besos reverentes en sus nudillos. —Pero especialmente para la mía. Nuestra unión me traería un orgullo y una felicidad indescriptibles.

Lágrimas de felicidad nublaron la visión de Elizabeth mientras las últimas dudas persistentes se desvanecían, reemplazadas por un creciente sentimiento de pertenencia, de corrección. Este hombre, este amor... era todo lo que apenas se había atrevido a soñar.

—Bueno, entonces —logró decir, sus labios curvándose en una sonrisa radiante incluso cuando una gota cristalina se derramó sobre su mejilla—. En ese caso, mi respuesta solo puede ser sí. Sí, señor Darcy, me casaré contigo. Seré tu esposa, ahora y siempre.

Un suspiro de alivio escapó de él, sus ojos cerrándose como si el peso del mundo se hubiera levantado de sus hombros. Cuando los abrió de nuevo, brillaban con asombro y la más pura euforia.

—Mi Elizabeth —dijo con voz ronca—. Mi más querida y hermosa Elizabeth. Me has hecho el más feliz de los hombres.

Con eso, la atrajo hacia él, capturando sus labios en un beso ardiente que la dejó sin aliento y con las rodillas débiles, aferrándose a sus hombros. Vertió cada onza de su pasión, su devoción en la caricia, y ella le correspondió en igual medida, sellando su promesa con la mezcla de aliento y pulso y amor que lo consumía todo.

En ese momento perfecto y brillante, el futuro se desplegó ante ellos, lleno de promesas y posibilidades. Cualesquiera que fueran los desafíos que les esperaban, los enfrentarían juntos,

firmes en el vínculo inquebrantable que habían forjado.

El alma de Elizabeth cantó con un triunfo silencioso y un contentamiento profundo mientras se perdía en el abrazo de su amado. Esto, lo sabía, era un amor para la eternidad, un amor que los protegería y sostendría todos los días de sus vidas.

Y oh, qué vida tan gloriosa sería.

Un jadeo sorprendido perforó su dichoso interludio, devolviendo bruscamente a los amantes al presente. Se separaron apresuradamente, sonrojados y agitados, para encontrar a Georgiana boquiabierta en el sendero del jardín, con los ojos redondos como platos.

—¡Oh! Les ruego me perdonen —balbuceó, con un furioso rubor tiñendo sus mejillas—. No era mi intención interrumpir. No tenía idea... —Se interrumpió, claramente mortificada por su inoportuna intromisión.

Darcy se aclaró la garganta, intentando recuperar algo de compostura. —No pasa nada, Georgiana —le aseguró, con la voz aún ronca por la emoción—. No tienes nada de qué disculparte. —Miró a Elizabeth, con los ojos bailando de júbilo apenas contenido—. De hecho, tu momento no podría ser más perfecto.

Elizabeth se mordió el labio para contener una risita de felicidad, con el corazón tan lleno que parecía a punto de estallar. —En efecto, Georgiana, tenemos la noticia más maravillosa para compartir contigo. —Buscó la mano de Darcy, entrelazando sus dedos en un gesto de unidad—. Tu hermano me ha pedido que sea su esposa, y he aceptado.

La boca de Georgiana se abrió en un silencioso "oh" de asombro, su mirada saltando entre ellos como si buscara confirmación. Al encontrarla en sus radiantes sonrisas y manos unidas, dejó escapar un chillido de puro deleite. —¿De verdad? ¡Oh, esta es la noticia más maravillosa! ¡Estoy tan, tan feliz por ustedes!

Se lanzó hacia ellos, abrazando primero a su hermano, luego a Elizabeth, con entusiasmo desenfrenado. —No podría haber deseado una hermana más perfecta —declaró, con los ojos brillantes de lágrimas de felicidad—. Y Fitzwilliam, nunca te había visto tan contento. Es todo lo que siempre he deseado para ti.

La garganta de Darcy se movió mientras luchaba por dominar sus emociones. —Gracias, querida —murmuró, presionando un tierno beso en la frente de su hermana—. Tu bendición significa el mundo para nosotros.

El corazón de Elizabeth se hinchó de afecto por esta dulce e ingenua muchacha que pronto sería su familia. —Estamos muy agradecidos por tu apoyo, Georgiana —dijo cálidamente, apretando su mano—. Espero que sepas cuánto te quiero ya, y con cuánta ilusión espero ser tu hermana de

verdad.

Georgiana le sonrió radiante, olvidando todo rastro de timidez ante su desbordante alegría. —Siento exactamente lo mismo, Elizabeth. Seremos la familia más feliz, lo sé.

Mientras los tres permanecían juntos en el jardín bañado por el sol, disfrutando del resplandor de esta ocasión trascendental, Elizabeth se maravilló de los giros del destino que la habían llevado a este punto. ¿Quién podría haber imaginado, durante aquellos primeros días de malentendidos y prejuicios, que encontraría un amor tan profundo y aceptación con el orgulloso y enigmático señor Darcy?

Pero ahora, Elizabeth sabía sin la menor duda que este era su lugar. Con Fitzwilliam a su lado y el inquebrantable afecto de Georgiana, podría enfrentar cualquier desafío que el futuro pudiera deparar, segura en el conocimiento de que era amada, valorada y comprendida de una manera que nunca se había atrevido a soñar posible.



La luz menguante del día había comenzado a pintar el cielo con tonos ámbar y rosa cuando Darcy y Elizabeth se acercaron a las familiares puertas de Longbourn. Cogidos de la mano, caminaron por el sendero, sus pasos en perfecta sintonía, un testimonio de la profunda conexión que compartían.

Al entrar en la casa, Elizabeth no pudo evitar maravillarse ante la naturaleza surrealista del momento. Las mismas paredes que habían sido testigo de su crecimiento desde una niña precoz hasta una joven perspicaz ahora parecían pulsar con la energía de este nuevo capítulo en su vida. Apretó la mano de Darcy, sacando fuerzas de su presencia constante mientras se dirigían al estudio de su padre.

El señor Bennet levantó la vista de su libro cuando la pareja entró, con una sonrisa conocedora tirando de las comisuras de su boca. —Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —reflexionó, con los ojos brillando de diversión—. Debo decir, señor Darcy, que había empezado a preguntarme si alguna vez reuniría el valor para pedir la mano de mi Lizzy.

Darcy se rio entre dientes, relajando los hombros al darse cuenta de que las palabras del señor Bennet eran en broma. —Le aseguro, señor, que no fue falta de valor lo que me retrasó, sino más bien el deseo de asegurarme de que mis afectos fueran verdaderamente correspondidos.

Elizabeth, con las mejillas sonrojadas de felicidad, intervino: —Y lo son, papá, con todo el ardor.

La mirada del señor Bennet se suavizó al contemplar a su amada hija. —No tengo ninguna duda de eso, querida. Los he observado a ambos estos últimos meses, y puedo decir con certeza que nunca he visto a dos personas más perfectamente adecuadas la una para la otra. —Levantándose de su silla, extendió la mano hacia Darcy—. Tienen mi bendición, y mi más profunda gratitud por hacer tan feliz a mi Lizzy.

Mientras Darcy y el señor Bennet se estrechaban las manos, Elizabeth sintió que una ola de emoción la invadía. En este momento, rodeada por el amor y la aprobación de los dos hombres más importantes de su vida, supo que todas las pruebas y tribulaciones del pasado habían valido la pena, pues la habían llevado a este momento perfecto y brillante.

Más tarde, cuando Darcy se despidió, Elizabeth se encontró en compañía de su querida madrastra, Charlotte. El rostro de la mujer mayor resplandecía de alegría mientras abrazaba fuertemente a Elizabeth. —Oh, mi querida niña —exclamó—, estoy tan increíblemente feliz por ti. Debo confesar que siempre había esperado que encontraras un matrimonio por amor, pero nunca en mis sueños más locos imaginé una unión tan grandiosa como esta.

Elizabeth rio, con el corazón a punto de estallar. —¡Yo misma apenas puedo creerlo! Pero sé en mi corazón que el señor Darcy es el único hombre para mí, y estoy tan agradecida de que el destino nos haya unido.

Charlotte sonrió, con los ojos brillando de orgullo y afecto. —Eres más que merecedora de esta unión, Elizabeth. Tu inteligencia, tu fuerza de carácter y tu compasión inquebrantable siempre te han distinguido. El señor Darcy es ciertamente un hombre afortunado por haber ganado tu corazón.



Epílogo

LAS NOTAS DEL PIANOFORTE flotaban alegremente por el gran salón de Pemberley mientras los dedos de Georgiana bailaban sobre las teclas. Guirnaldas de acebo y ramas de hoja perenne adornaban la repisa de la chimenea y las ventanas, llenando el aire con el aroma fresco y terroso de la temporada. Un fuego crepitante proyectaba un cálido resplandor sobre los rostros sonrientes de la familia reunida una vez más.

Charlotte se permitió una pequeña sonrisa secreta mientras observaba a su familia reunida. Mary, recientemente casada con el amable y erudito Dr. Watley, había florecido bajo sus atenciones, su sereno semblante reflejaba la alegría de un corazón contento. Incluso la voluble Lydia parecía más asentada desde su matrimonio con el Capitán Denny, su risa ahora nacía de una alegría genuina en lugar de una frivolidad vacía.

Pero era Kitty quien atraía la mirada perspicaz de Charlotte. La chica que antes carecía de rumbo ahora se comportaba con una tranquila dignidad, su mirada se desviaba frecuentemente hacia el caballero alto y apuesto al lado del Sr. Darcy. El Sr. Tom Bertram, como Charlotte había descubierto, no solo era un amigo particular del Sr. Darcy, sino que también estaba destinado a heredar una baronía y una considerable propiedad en Northamptonshire. La admiración en sus ojos cuando miraba a Kitty hablaba por sí sola.

—Vaya, vaya —murmuró el Sr. Bennet, siguiendo la mirada de Charlotte—. Parece que nuestra Kitty pronto podría tener su propio anuncio que hacer. ¡Nada menos que un baronet!

Charlotte rio suavemente.

—En efecto, querido. Aunque sospecho que los afectos de Kitty están comprometidos por algo más que meros títulos y propiedades.

—Como debe ser —concordó el Sr. Bennet, con una sonrisa irónica tirando de sus labios—. Los Bennet tenemos un talento para conseguir cónyuges muy por encima de nuestra posición. Te atribuyo el mérito de haber sentado el ejemplo, Sra. Bennet.

La mirada de Charlotte se desvió hacia donde estaba el Sr. Darcy, su semblante normalmente serio suavizado por un evidente orgullo y satisfacción mientras observaba la escena doméstica ante él. Nunca se alejaba mucho del lado de Elizabeth, notó Charlotte, parado ahora donde podía verla sentada entre Jane y Kitty, las tres riendo mientras escuchaban a Lydia contar una anécdota divertida.

—Qué ocasión tan alegre es tener a todas mis hijas bajo un mismo techo de nuevo —comentó el Sr. Bennet—. ¡Me atrevo a decir que Pemberley nunca ha visto tanta vivacidad!

Charlotte sonrió.

—Me alegra el corazón verlas tan felices. Nuestras chicas se han convertido en excelentes mujeres jóvenes.

—En efecto, querida. Y es en gran parte gracias a ti —el Sr. Bennet le dio una palmadita cariñosa en la mano—. Has sido una verdadera madre para ellas en todos los sentidos que importan.

Un calor floreció en el pecho de Charlotte ante sus palabras, y tomó un respiro para calmarse, preparándose para contarle a su marido el secreto que había estado guardando en su corazón durante algunas semanas. Sin embargo, antes de que pudiera empezar, él habló de nuevo.

—¡Supongo que no pasará mucho tiempo antes de que nos veamos invadidos por un verdadero ejército de nietos!

Charlotte sonrió, con un ligero nerviosismo revoloteando en su vientre mientras encontraba la mirada de su marido. Sabía que había llegado el momento de compartir su noticia, pero una parte de ella vacilaba, saboreando estos últimos segundos antes de que su mundo cambiara para siempre. Su mano se deslizó inconscientemente hacia su vientre, un gesto que no pasó desapercibido para el observador Sr. Bennet.

—¿Charlotte? —preguntó, con una nota de preocupación colándose en su voz—. ¿Está todo bien?

Ella tomó un profundo respiro, preparándose para la revelación que estaba por venir.

—En efecto, Sr. Bennet, todo está más que bien. Es solo que yo... —se interrumpió, de repente sin palabras.

El Sr. Bennet frunció el ceño.

—¿Tú qué, querida? Vamos, dilo. Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

Charlotte sintió una oleada de amor por este hombre que se había convertido en su compañero en todos los sentidos de la palabra. Extendió la mano, tomando la de él en la suya y dándole un suave apretón.

—Me temo que tendrás que esperar un poco más por esos nietos, Sr. Bennet. Parece que antes de ser abuelo, serás padre de nuevo.

Por un largo momento, el Sr. Bennet simplemente la miró fijamente, su expresión ilegible. Luego, para el inmenso alivio de Charlotte, soltó una gran carcajada.

—¡Vaya, vaya! Parece que incluso en mi vejez, aún no estoy más allá de mi mejor momento. El Sr. Collins estará muy disgustado al enterarse de este acontecimiento, me atrevo a decir.

Charlotte no pudo evitar reírse ante la broma de su marido, sintiendo que un peso se levantaba de sus hombros ante su evidente deleite.

—Estoy segura de que encontrará una manera de sobrellevar la decepción —respondió con ironía—. Después de todo, tiene a Lady Catherine para consolarlo. Y, por supuesto, no hay garantía de que te dé un hijo para continuar el legado de Longbourn.

Los ojos del Sr. Bennet se suavizaron mientras acercaba a Charlotte, su mano descansando suavemente sobre su vientre aún plano.

—Un legado en el que tú, Sra. Bennet, has jugado un papel no pequeño en asegurar. No podría pedir una esposa o madre más excelente para mis hijos, y no me importa si me das un hijo o cinco hijas más.

Las lágrimas picaron en los ojos de Charlotte mientras se recostaba en el abrazo de su marido, el amor y la satisfacción que llenaban la habitación envolviéndolos a ambos. En este momento, rodeados por la risa y la alegría de su familia, el futuro nunca había parecido tan brillante ni tan lleno de promesas.



¡Espero que hayas disfrutado esta historia! Sigue leyendo para disfrutar de un capítulo de muestra gratuito de ***Un Luto en Longbourn***.

La repentina muerte del Sr. Bennet tras el baile en Netherfield deja Longbourn en el caos. Con su futuro incierto, Elizabeth y sus hermanas dependen completamente de los caprichos del Sr. Collins... algo que el Sr. Darcy pronto comprende como inaceptable, especialmente cuando el torpe clérigo revela su intención de casarse con Elizabeth. ¿Elizabeth Bennet casada con este absurdo adulador? Imposible. La única solución de Darcy: ¡declarar su propio interés por Elizabeth!

Sorprendida por la revelación de que Darcy había pedido permiso al Sr. Bennet para cortejarla, Elizabeth se encuentra entre dos pretendientes rivales mientras lidia con su propio duelo. Cuando la crueldad del Sr. Collins aumenta, Elizabeth no tiene más remedio que depender de la generosidad de Darcy, especialmente cuando los Bennet son expulsados de Longbourn para enfrentarse al mundo por sí solos.

Aunque inicialmente adversarios, las circunstancias empujan a Darcy y Elizabeth a acercarse. Rodeados de intrigas y crueldad, descubren nuevas profundidades de comprensión. ¿Podrán superar su orgullo y prejuicio para encontrar el amor, o aquellos decididos a separarlos triunfarán?



Un Luto en Longbourn – Capítulo de muestra

El Baile de Netherfield

—ESAS CHICAS SON UNA vergüenza —declaró Caroline Bingley a la señora Hurst, mirando con desprecio mientras Lydia y Kitty Bennet pasaban corriendo y chillando—. No puedo concebir por qué están en sociedad.

Hablaba en voz alta, obviamente sin importarle que Elizabeth estuviera cerca con Charlotte Lucas, perfectamente al alcance del oído.

—¡No digas nada, Lizzy! —Charlotte agarró la manga de Elizabeth—. ¡Recuerda que es nuestra anfitriona!

—Lo sé —Elizabeth, al igual que Charlotte, mantuvo su voz suave para que Caroline Bingley no las oyera—. Y, Charlotte, por una vez estoy de acuerdo con la señorita Bingley. Lydia y Kitty no deberían estar presentadas en sociedad.

Charlotte no respondió, y Elizabeth, al ver en ese momento a su padre pasar y al señor Collins dirigirse decididamente hacia ella, decidió escapar de uno en compañía del otro. Apresurándose al lado de su padre, colocó su mano en su brazo.

—¿Y cómo lo estás pasando, Lizzy? —preguntó el señor Bennet cordialmente, sonriéndole con cariño—. ¿Te sientas esta? Te vi bailando con el señor Darcy, hacéis buena pareja.

—Te complace bromear conmigo, papá —Elizabeth le sonrió, luego suspiró cuando Lydia y Kitty pasaron chillando de nuevo—. Papá...

—Sé perfectamente lo que quieres decir, Lizzy, y lamento que mi respuesta siga siendo no. Tu madre haría mi vida insoportable si enviara a Kitty y Lydia de vuelta al aula, por mucho que se beneficiaran de ello.

—Quizás no de vuelta al aula, papá, pero una mano más firme de tu parte... ¡Seguramente debes ver que su comportamiento pone a toda nuestra familia bajo una luz muy desafortunada! —Elizabeth vio al señor Darcy en ese momento, frunciendo el ceño profundamente mientras uno de los oficiales que perseguía a Lydia casi chocaba con él. El joven se detuvo como si le hubieran disparado cuando la mirada temible del señor Darcy cayó sobre él, retrocediendo apresuradamente.

—Ya veremos, Lizzy —el señor Bennet llevó su mano libre para frotarse el pecho—. Por mi parte, me alegraré cuando termine la velada.

El baile terminó justo en ese momento y se encontraron cerca de Jane y el señor Bingley, quienes se acercaron para hablar con ellos.

—¿Se encuentra bien, señor Bennet? —preguntó el señor Bingley solícitamente—. Parece algo cansado. Quizás le gustaría examinar la biblioteca de Netherfield, aunque sea modesta comparada con la suya.

El señor Bennet se animó considerablemente, aunque continuó frotándose el pecho. —Estaría encantado, Bingley.

—Déjeme llamar a Peters para que lo guíe allí.

Elizabeth vio partir a su padre, complacida de que encontrara al menos algún entretenimiento de su agrado en la velada. Jane le cogió la mano y las dos compartieron una sonrisa antes de que Elizabeth volviera a ver al señor Collins.

—Oh, no —dijo en voz baja, pero Jane la escuchó y con una rápida mirada entendió la situación.

—Señor Bingley, aún no ha bailado con mi querida hermana —dijo dulcemente, colocando la mano de Elizabeth en la de él y alejándose elegantemente para interceptar al señor Collins—. Vaya, primo, ¿no está pasando una noche maravillosa? ¡Declaro que podría bailar toda la noche si hubiera suficientes parejas!

—Es demasiado buena conmigo —Elizabeth no pudo evitar decir.

—Su hermana es un ángel —dijo el señor Bingley en voz baja, y Elizabeth lo miró. Ambos sonrieron en perfecto acuerdo.



A la mañana siguiente, Darcy y Caroline hicieron todo lo posible por persuadir a Bingley de ir a Londres. Él aceptó, pero dijo que irían al día siguiente. Un día más no haría mucha diferencia, después de todo, y tenía la intención de ir a Longbourn para despedirse de Jane en persona. Una carta de Caroline sería demasiado impersonal, insistió, y Darcy finalmente suspiró y accedió. Y pensó para sí mismo que una última mirada a la señorita Elizabeth, una última contemplación de esos hermosos ojos, antes de despedirse de ella por última vez, no haría ninguna diferencia. Ya sería bastante difícil olvidarla tal como estaban las cosas.

Los dos caballeros cabalgaron hacia Longbourn después del almuerzo, sospechando correctamente que habría muchos que se levantarían tarde en Longbourn esa mañana. Fueron recibidos en la puerta principal por Hill, quien hizo una reverencia y los condujo hacia el salón. Pero antes de llegar allí, la puerta del estudio del señor Bennet se abrió de golpe y Jane salió tambaleándose.

—Hill... oh, Hill, mi padre no se encuentra bien... ¡MAMÁ! —Y entonces vio a los dos hombres y, con el rostro blanco, se aferró al brazo de Bingley, toda esa serenidad y reserva despojadas en un instante y sus verdaderas emociones claras para que ellos las vieran—. Charles, oh Charles, ayúdame, no sé qué hacer —lo miró fijamente, sus ojos aterrorizados pero confiando en que de alguna manera él haría que todo estuviera bien.

Darcy no dudó. Pasó directamente junto a Jane y la paralizada señora Hill y entró en el estudio. El señor Bennet estaba desplomado en su sillón de lectura favorito, con el rostro gris. Y no respiraba. Una taza de té había sido colocada en la mesa junto a su codo, obviamente puesta allí por Jane antes de que realmente mirara a su padre.

Con solo tocar la mano del hombre, Darcy supo que era demasiado tarde. La piel de Bennet ya estaba fría. Había estado muerto durante varias horas, al menos. Girando, se movió de vuelta a la puerta para intentar bloquear la entrada, pero Elizabeth, la primera en responder a los gritos de Jane, ya estaba pasando por el umbral.

—No mires... —intentó protegerla lo mejor que pudo, pero con una mirada ella lo supo.

—Papá... —su voz era apenas un susurro, y se acercó a su padre, pasando bajo el brazo extendido de Darcy. Cayendo de rodillas a los pies del señor Bennet, tomó una mano fría entre las suyas y presionó su frente contra ella—. Oh, papá, ¿qué haré ahora?

Juzgando que Elizabeth no iba a entrar en histeria, Darcy se dirigió de vuelta al pasillo, donde Bingley hacía lo posible por consolar a una Jane angustiada. Darcy respondió a la mirada inquisitiva de Bingley con una sacudida de cabeza.

—Debemos enviar por el doctor... —dijo Jane entonces, y Darcy suspiró.

—Señorita Bennet... lo haremos. Pero me temo que es demasiado tarde.

La señora Bennet llegó entonces, entrando inmediatamente en el ataque de histeria más salvaje que Darcy había visto jamás, gritando sobre cómo todos serían echados de su hogar para morir de hambre en las cunetas. Collins bajó las escaleras y la señora Bennet se desmayó de inmediato, lo cual al menos redujo el nivel de ruido.

La casa se sumió en el caos. Jane y Elizabeth, aunque afligidas, al menos mantenían la calma. Tanto Darcy como Bingley vieron aumentado enormemente su desagrado por Collins, mientras este deambulaba pontificando con aire de suficiencia, diciendo que, por supuesto, sus queridas primas no deberían abandonar Longbourn, que todos deberían quedarse allí juntos y que, una vez terminado el periodo de luto, todas serían sus hermanas de todos modos cuando la señorita Elizabeth se convirtiera en su esposa.

—¿La señorita Elizabeth? —Darcy se volvió asombrado. Los tres hombres esperaban en el salón principal la llegada del vicario, ya que Collins no parecía deseoso de realizar ningún oficio clerical para su primo—. ¿*Usted* está comprometido con la señorita Elizabeth?

—Bueno —titubeó Collins—, existe un entendimiento. Su estimada tía, Lady Catherine de Bourgh, me envió aquí con el propósito expreso de elegir esposa entre mis primas, y aunque la señorita Bennet habría sido naturalmente mi primera elección, parece que su corazón ya está entregado a otro. —Hizo una ligera reverencia al señor Bingley, que parecía absolutamente asombrado.

Y con razón, pensó Darcy sombríamente, pues ¿acaso Caroline y él no habían hecho todo lo posible por convencer a Bingley de que Jane era indiferente a él, empujada por su insufrible madre? Aunque Bingley ya no lo creería ahora, no después de ver cómo Jane lo había mirado en el pasillo. Darcy no tenía la menor idea de que la fría y serena señorita Bennet fuera capaz de tal profundidad de emoción hasta ese momento.

Collins seguía parloteando, pero Darcy ya no lo escuchaba. Bennet no habría sido tan necio como para entregar a su hija a este idiota parlanchín, ni siquiera si Elizabeth hubiera estado de acuerdo, pensó. Pero Bennet estaba muerto, y la presión sobre Elizabeth sería increíble. ¿Qué

opción tendría, realmente? Su familia estaba a punto de recluirse en el luto, y cuando salieran de él, sus opciones se limitarían a casarse con el señor Collins o ver a su familia sin hogar. Darcy no dudaba de que el adulador lameculos se volvería desagradable si se le contrariaba.

—Me temo que está equivocado, señor Collins —se encontró diciendo Darcy—. Porque anoche mismo, en el baile, cuando el señor Bennet y yo hablamos en privado en la biblioteca, le pedí permiso para cortejar formalmente a la señorita Elizabeth. —Por el rabillo del ojo vio a Bingley volverse para mirarlo, boquiabierto, pero siguió adelante—. El señor Bennet estuvo de acuerdo. Estoy bastante seguro de que me habría mencionado cualquier *entendimiento* entre usted y la señorita Elizabeth. —No había estado allí más que un minuto o dos con Bennet, y entre los dos no habían intercambiado más que media docena de palabras, pero no había testigos que dijeran lo contrario.

Collins se quedó atónito, balbuceando. —¿Qué... pero...? —fue todo lo que logró articular durante dos minutos completos, y luego se recompuso—. Pero, señor Darcy, ¡usted está comprometido con la señorita Anne de Bourgh!

—Ciertamente no lo estoy —respondió Darcy, alzando las cejas con desdén.

—Pero Lady Catherine dijo que ustedes tenían un entendimiento...

—Mi prima y yo tenemos muy claro que no nos casaremos. El entendimiento del que habla, señor Collins, existe únicamente en la mente de la única persona que desea esa unión: la propia Lady Catherine. Tal como sospecho que ocurre con el entendimiento entre usted y la señorita Elizabeth.

—Ciertamente no... La señora Bennet...

—La señora Bennet temía con razón que su esposo pudiera morir y dejarlas a todas dependiendo de su misericordia —interrumpió Bingley—. Hizo lo que cualquier madre que ama a sus hijas haría: lo mejor posible para verlas a todas cómodamente establecidas.

Collins se quedó de pie, parpadeando, mirando alternativamente a los dos. Pero Darcy ya podía ver esa mente furtiva trabajando, calculando cómo podría aún conseguir a Elizabeth.

—Collins, usted, por supuesto, a partir de hoy ya no depende de la buena voluntad de mi tía —dijo, haciendo lo posible por ser amable—. Pero permítame decirle que ella nunca habría aprobado a la señorita Elizabeth como pareja para usted. La señorita Elizabeth es demasiado independiente, demasiado propensa a decir lo que piensa. No sería en absoluto adecuada como esposa de un clérigo. —Tan pronto como habló, Darcy se dio cuenta de que debería haber omitido la última parte de la declaración.

—Pero no será la esposa de un clérigo... será la señora de Longbourn —dijo Collins

triunfalmente—. Un puesto para el que no puede negar que está eminentemente calificada.

—No niego, señor, que esté bien capacitada para un puesto como señora de una propiedad. Yo tenía en mente Pemberley para ella.

Ante eso, no había respuesta viable que Collins pudiera dar. Darcy se volvió, evitando la mirada de Bingley, y se dirigió a la puerta. Había visto por la ventana al vicario caminando rápidamente por el camino de entrada.



¿Quieres saber qué sucede después? ¡Lee ***Un Luto en Longbourn*** ahora!



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa

La series **Variaciones de Orgullo y Prejuicio**

Las Mejores Relaciones

Relaciones Infames

Un Milagro de Navidad en Longbourn

Penas y Agravios

La Segunda Señora Bennet

Un Luto en Longbourn

Los Entrometidos Matlock

Otros libros

Su Querida Duquesa

La Novia Dijo No

¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!